

EL TIEMPO ES CANALIA



Premio
Pulitzer
2011

JENNIFER EGAN

Traducción de Carles Andreu



minúscula

Jennifer Egan

El tiempo es un canalla

Título original: *A Visit From the Goon Squad*

Jennifer Egan, 2010

Traducción: Carles Andreu

Para Peter M.,
con gratitud

Los poetas sostienen que recobramos por un momento lo que fuimos en otro tiempo al entrar de nuevo en tal casa, en tal jardín donde vivimos de jóvenes. Son peregrinaciones muy arriesgadas y tras las cuales se cosechan tantas decepciones como éxitos. Los lugares fijos, contemporáneos de años distintos, más bien debemos buscarlos en nosotros mismos.

Lo desconocido en la vida de los seres humanos es como lo desconocido en la naturaleza, que cada descubrimiento científico hace retroceder pero no anula.

MARCEL PROUST,
En busca del tiempo perdido

1

Objetos encontrados

Empezó como de costumbre, en el baño del bar del Hotel Lassimo. Sasha estaba frente al espejo retocándose la sombra de ojos amarilla cuando vio que en el suelo, junto al lavamanos, había un bolso que debía de pertenecer a la mujer a la que se oía orinar tras la puerta abovedada de uno de los retretes. Por el bolso entreabierto asomaba una cartera de cuero verde claro. Al pensarlo luego, Sasha se dio cuenta de que la confianza ciega de la mujer del baño había sido una provocación: «Vivimos en una ciudad donde a poco que te despistes te roban hasta el aliento, ¿y tú vas y dejas tus cosas a la vista de todo el mundo y encima esperas que sigan ahí cuando salgas?». Le entraron ganas de darle una lección. Sin embargo, bajo ese deseo se camuflaba una sensación mucho más íntima que siempre la había acompañado: aquella cartera tan mullida y succulenta se había cruzado en su camino... Era tan gris, tan vulgar dejarla ahí y no aprovechar el momento, aceptar el reto, dar el paso, arrojarse al vacío, jugársela, vivir peligrosamente («Ya capto», dijo Coz, su psicoanalista), y llevarse la cartera de los cojones.

—Quieres decir robarla.

Coz estaba intentando que Sasha utilizara esa

palabra, mucho más difícil de eludir en el caso de una cartera que en el de los múltiples objetos que había tomado prestados durante el último año, cuando su afección (como él la llamaba) había empezado a agravarse: cinco juegos de llaves, catorce gafas de sol, una bufanda infantil a rayas, unos prismáticos, un rallador de queso, una navaja, veintiocho pastillas de jabón y ochenta y cinco bolígrafos, desde los bolis de plástico que utilizaba para firmar los recibos de la tarjeta de débito hasta el Visconti color berenjena que costaba doscientos sesenta dólares en internet, y que le birló al abogado de su antiguo jefe durante la firma de un contrato. Sasha ya no cogía nada de las tiendas: sus productos fríos e inertes no la tentaban. Solo los de la gente.

Vale —dijo ella—. Robarla.

Sasha y Coz habían bautizado aquel impulso que a menudo la dominaba como su «reto personal», es decir: llevarse la cartera para Sasha era una forma de demostrar su dureza, de reafirmar su individualidad. Debían conseguir revertir esa situación, de modo que el reto no fuese llevarse la cartera, sino dejarla. Entonces Sasha estaría curada, aunque Coz nunca utilizaba palabras como «curarse». Llevaba suéteres de colores chillones y dejaba que ella lo llamara Coz, pero en realidad pertenecía a la vieja escuela, impenetrable hasta el punto de que Sasha no sabía si era gay o hetero, si había escrito algún libro de éxito, o

si (como sospechaba a veces) era uno de esos timadores fugitivos de la ley que se hacen pasar por cirujanos hasta que un día se olvidan el instrumental quirúrgico dentro del cráneo de alguien. Desde luego, todas esas preguntas se podrían haber resuelto en Google en menos de un minuto, pero eran dudas útiles (según Coz) y, de momento, Sasha había logrado aguantarse.

Estaba tendida en un diván de piel azul muy blando. A Coz le gustaba el diván, según le había contado, porque eso les ahorra tener que establecer contacto visual.

—¿No te gusta el contacto visual? —le había preguntado una vez Sasha. Le parecía raro que un psicoanalista admitiera algo así.

—Me cansa —había respondido él—. Así los dos podemos mirar hacia donde queramos.

—¿Y tú hacia dónde sueles mirar?
Él sonrió.

—Ya ves las opciones que tengo.

—Pero ¿qué miras normalmente? Cuando tienes gente en el diván, quiero decir.

—Nada en concreto —dijo Coz—. Al techo. Al vacío.

—¿Y alguna vez te has quedado dormido?

—No.

Normalmente Sasha miraba hacia la ventana, que daba a la calle, y en la que aquella noche, mientras iba

contando su historia, se arremolinaba la lluvia. Había visto la cartera, apetecible y madura como un melocotón. La había sacado del bolso de la mujer y se la había guardado en el suyo, más pequeño, cerrando la cremallera antes incluso de que dejara de oírse el sonido del pis. Luego abrió la puerta del baño, cruzó el vestíbulo flotando y volvió al bar. Sasha y la dueña de la cartera no se vieron las caras.

Antes de lo de la cartera, Sasha había tenido una noche horrible: una cita patética (otra más) con un tipo que rumiaba tras su flequillo negro y que de vez en cuando echaba un vistazo al televisor de pantalla plana; el partido de los *Jets* parecía interesarle más que las historias francamente manidas que Sasha contaba sobre Bennie Salazar, su antiguo jefe, que se había hecho famoso tras fundar la discográfica Sow's Ear y que (según había sabido Sasha) se echaba copos de oro en el café —como afrodisíaco, sospechaba ella—, además de insecticida en los sobacos.

Después de lo de la cartera, en cambio, la situación rebosaba de excitantes posibilidades. Sasha advirtió las miradas de los camareros mientras se deslizaba de nuevo hacia su mesa, asiendo el bolso, que solo ella sabía que pesaba más de la cuenta. Se sentó, tomó un sorbo de su Melon Madness Martini y ladeó la cabeza mirando a Alex. Le dirigió una de sus sonrisas de ni sí ni no.

—Hola —dijo Sasha.

Su sonrisa de ni sí ni no era enormemente eficaz.

—Te veo feliz —dijo Alex.

—Yo siempre estoy feliz —dijo Sasha—. Pero a veces se me olvida.

Alex había pagado la cuenta mientras ella estaba en el lavabo, una prueba clara de que había estado a punto de abortar la cita. Pero ahora la miraba fijamente.

—¿Te apetece ir a otro sitio?

Se levantaron. Alex llevaba pantalones de pana negros y camisa blanca. Era secretario judicial. Por *e-mail* le había parecido entre extravagante y atolondrado, pero en persona parecía nervioso y aburrido a la vez. Era evidente que estaba en perfecta forma, no porque fuera al gimnasio, sino porque aún era lo bastante joven como para que su cuerpo conservara la impronta de los deportes que había practicado en la universidad y en el instituto. Sasha, a sus treinta y cinco años, ya había pasado ese punto. Sin embargo, ni siquiera Coz sabía qué edad tenía realmente. Los que más se acercaban le echaban treinta y uno, aunque la mayoría creían que andaba por los veintitantos. Hacía ejercicio a diario y evitaba el sol. En todos sus perfiles de internet constaba que tenía veintiocho.

Mientras seguía a Alex hacia la puerta, no pudo evitar abrir el bolso para tocar un momento la mullida cartera verde, y notó que se le aceleraba el corazón.

—Tú sabes muy bien cómo te sientes al robar algo —dijo Coz—, hasta el punto de que lo rememoras para sentirte mejor. Pero ¿te has preguntado alguna vez cómo se sentirá la otra persona?

Sasha volvió la cabeza para mirarlo. Lo hacía de vez en cuando para recordarle a Coz que no era idiota: sabía que la pregunta tenía una respuesta correcta. Ella y Coz colaboraban en la redacción de una historia con un final decidido de antemano: Sasha iba a ponerse bien. Dejaría de robar a la gente y empezaría a preocuparse de nuevo por las cosas que habían guiado su vida: la música, los amigos que había conocido al llegar a Nueva York y una serie de objetivos que había garabateado en una hoja de papel de periódico y que siempre colgaba en las paredes de sus apartamentos:

Descubrir una banda y convertirme en su mánager

Entender las noticias

Estudiar japonés

Tocar el arpa

—No pienso en la gente —dijo Sasha.

—Pues tampoco es que te falte empatía —dijo Coz—. Lo sabemos por lo del fontanero.

Sasha soltó un suspiro. Le había contado a Coz la historia del fontanero hacía un mes, y desde entonces su psicoanalista se las había arreglado para sacar el tema en casi cada sesión. El fontanero era un anciano que el casero había mandado a su casa para que arreglara un escape de agua que había en el piso de

abajo. Se presentó en la puerta de Sasha, tenía el pelo lleno de canas, y al cabo de un minuto, ¡zas!, se echó al suelo y se metió debajo de la bañera como un animal en busca de su madriguera. Tenía los dedos, con los que manoseaba los pernos de la bañera, manchados de tanto fumar; al estirar los brazos se le subió la sudadera y le quedó a la vista la espalda, pálida y fofa. Sasha se dio la vuelta, incómoda ante la humillación del viejo y ansiosa por largarse a su trabajo eventual, pero el fontanero estaba hablando con ella y le preguntaba por la duración y la frecuencia de sus duchas.

—No la utilizo nunca —le respondió secamente—. Me ducho en el gimnasio.

El hombre asintió, haciendo caso omiso de aquella falta de delicadeza, a la que parecía habituado. A Sasha empezó a picarle la nariz; cerró los ojos y se masajeó las sienes con fuerza.

Cuando volvió a abrir los ojos, se dio cuenta de que el cinturón de las herramientas del fontanero estaba en el suelo, a sus pies. Dentro había un destornillador precioso, con el mango naranja traslúcido que brillaba como un chupachups, atrapado dentro de la presilla de piel desgastada, y la caña plateada, reluciente y esbelta. Sasha sintió como todo su ser se concentraba en aquel objeto con un único bostezo de apetito; necesitaba sostener el destornillador en la mano, tan solo durante un instante.

Se agachó y lo sacó silenciosamente de la presilla. Ni un ruido: sus manos huesudas generalmente eran torpes, pero aquello se le daba bien; «yo he nacido para esto», se decía a menudo durante los primeros momentos de euforia después de mangar algo. Y en cuanto tuvo el destornillador en la mano, sintió que al instante se aliviaba la pena por tener a aquel viejo de espalda fofa husmeando bajo su bañera, y acto seguido sintió también algo más que alivio: una bendita indiferencia, como si la idea de sentir pena por algo así resultara desconcertante.

—¿Y cuándo se hubo marchado? —le preguntó Coz la primera vez que Sasha le había contado la historia—. ¿Qué te pareció el destornillador entonces?

Hubo una pausa.

—Normal —respondió finalmente.

—¿En serio? ¿Ya no tenía nada especial?

—Era un destornillador como cualquier otro.

Sasha oyó a sus espaldas que Coz cambiaba de postura y entonces sucedió algo extraño en la sala: el destornillador, que había dejado encima de la mesa (a la que hacía poco había tenido que incorporar una segunda mesa) donde guardaba todas las cosas que había robado, y que no había vuelto a mirar desde entonces, parecía colgar del aire en medio de la consulta de Coz. Estaba suspendido en el aire, entre ambos: un símbolo.

—¿Y cómo te sentiste —preguntó Coz en voz

baja— tras haberle robado a un fontanero que te daba pena?

¿Cómo se había sentido? ¿Que cómo se había sentido? Había una respuesta correcta a aquella pregunta, desde luego; a veces Sasha tenía que resistir la tentación de mentir solo para no darle el gusto a Coz.

—Mal, ¿vale? —dijo finalmente—. Me sentí mal. Joder, me estoy arruinando para pagar estas sesiones; es evidente que me doy cuenta de que esta no es la mejor forma de vivir.

En más de una ocasión, Coz había intentado vincular al fontanero con el padre de Sasha, que había desaparecido cuando ella tenía seis años. Sasha hacía lo posible por no alimentar esa idea.

—No me acuerdo de él —le respondía—. No tengo nada que decir.

Actuaba así para proteger a Coz, y también a sí misma: lo que estaban escribiendo era una historia de redención, de nuevos inicios y segundas oportunidades. Pero por ese camino solo iban a encontrar dolor.

Sasha y Alex cruzaron el vestíbulo del Hotel Lassimo en dirección a la calle. Sasha se colocó el bolso bajo el brazo y notó el cálido grosor de la cartera acurrucado en su axila. Al pasar frente a los angulosos setos en flor que había junto a las grandes puertas de cristal que daban a la calle, una mujer se cruzó en su

camino con paso zigzagueante.

—Un momento —dijo—. ¿No habrán visto...? Estoy desesperada.

Sasha sintió un acceso de terror: se trataba de la propietaria de la cartera, lo supo al instante, aunque la persona que tenía ante sí no se parecía en nada a la mujer despreocupada de pelo negro azabache que había imaginado. En realidad tenía los ojos marrones y un aspecto vulnerable, y llevaba unos zapatos planos y puntiagudos que tableteaban con excesivo estruendo sobre el suelo de mármol. Tenía el pelo castaño y crespo, con bastantes canas.

Sasha cogió a Alex del brazo e intentó dirigirlo hacia la puerta. Notó su reacción de sorpresa al sentir que lo tocaba, pero Alex mantuvo la calma y preguntó:

—¿Si hemos visto qué? —preguntó Alex.

—Me han robado la cartera. Llevaba el carnet de identidad y tengo que coger un avión mañana por la mañana. ¡Es que no sé qué hacer!

Les dirigió una mirada suplicante. Era el típico gesto de necesidad imperiosa que los neoyorquinos aprenden rápidamente a disimular, y Sasha se encogió; no se le había ocurrido que la mujer pudiera no ser de la ciudad.

—¿Ha llamado a la policía? —preguntó Alex.

—El portero ha dicho que llamaría, pero... ¿puede ser que se me haya caído en alguna parte? —dijo, y miró con impotencia el suelo de mármol alrededor de

sus pies. Sasha se relajó un poco. La mujer era una de esas personas que irritan a la gente sin ni siquiera proponérselo; incluso ahora, mientras seguía a Alex hacia la recepción, un aire de disculpa ensombrecía sus movimientos. Sasha se quedó algo rezagada.

—¿Alguien puede ayudar a esta mujer? —le oyó preguntar a Alex.

El portero era un joven con el pelo de punta.

—Hemos llamado a la policía —respondió este, a la defensiva.

Alex se volvió hacia la mujer.

—¿Dónde ha sucedido?

—En el lavabo de mujeres. Creo.

—¿Había alguien más?

—No, nadie.

—¿Estaba vacío?

—Es posible que hubiera otra persona, pero no la he visto. Alex se volvió hacia Sasha.

—Tú acabas de estar en el lavabo —dijo—. ¿Has visto a alguien?

—No —logró decir Sasha. Llevaba Xanax en el bolso, pero no lo podía abrir. Aun con la cremallera cerrada, temía que la cartera saltara a la vista de algún modo que escapara a su control y que eso desencadenara una cascada de desgracias: arresto, vergüenza, pobreza y muerte.

Alex se volvió hacia el portero.

—¿Por qué soy yo y no usted quien hace todas

estas preguntas? —dijo—. Acaban de robar a una mujer en su hotel. ¿No hay..., no sé, alguien de seguridad?

Las palabras «robar» y «seguridad» lograron penetrar en el suave latido balsámico que palpitaba no solo en el Lassimo, sino en todos los hoteles similares de Nueva York. Una vaga oleada de interés recorrió el vestíbulo.

Ya he avisado a seguridad —respondió el portero, ajustándose el cuello de la camisa—. Voy a llamar otra vez.

Sasha miró a Alex. Estaba enfadado, y aquel enfado hacía visible algo que una hora de cháchara sin ton ni son (básicamente había hablado ella, eso era cierto) no había logrado revelar: que no era de Nueva York. Venía de algún lugar más pequeño. Y estaba dispuesto a enseñarles una o dos cosas sobre cómo hay que tratar a la gente.

Aparecieron dos seguratas. En la vida real son como en la tele: unos tíos fornidos cuya escrupulosa cortesía parece de algún modo conectada con su predisposición a partir cráneos. Se separaron y empezaron a registrar el bar. Sasha deseó fervientemente haber dejado la cartera donde estaba, como si en realidad aquel hubiera sido un impulso al que no había logrado resistirse por poco.

—Echaré un vistazo en el lavabo —le dijo a Alex, y se obligó a pasar lentamente por delante de los

ascensores. El lavabo estaba vacío. Sasha abrió el bolso, sacó la cartera, cogió el bote de Xanax y se metió uno entre los dientes. El efecto era más rápido si los masticabas. Mientras su sabor cáustico le inundaba la boca, echó un vistazo a su alrededor intentando decidir dónde dejar la cartera: ¿en el retrete? ¿Debajo del lavamanos? La indecisión la paralizó. Tenía que hacerlo bien, salir indemne de aquello, y si lo hacía, si lo lograba... tenía la delirante sensación de que iba a hacerle una promesa a Coz.

La puerta del lavabo se abrió y la mujer entró. Sus ojos desesperados se clavaron en los de Sasha en el espejo: rasgados, verdes, igualmente desesperados. Hubo una pausa durante la cual Sasha se sintió atacada: la mujer lo sabía, lo había sabido desde el principio. Sasha le tendió la cartera. Por la expresión de asombro de la mujer se dio cuenta de que se había equivocado.

—Lo siento —se disculpó Sasha rápidamente—. Es un problema que tengo.

La mujer abrió la cartera. El alivio físico que experimentó por haberla recuperado invadió a Sasha con una oleada de calidez, como si sus cuerpos se hubieran fusionado.

—Está todo, lo juro —dijo—. Ni siquiera la he abierto. Tengo un pequeño problema, pero me estoy tratando. Solo que... No se lo diga a nadie, se lo ruego. Estoy colgando de un hilo.

La mujer levantó la mirada y sus ojos marrones escrutaron el rostro de Sasha. ¿Qué vería? Sasha habría querido volverse y mirarse de nuevo al espejo, como si eso fuera a revelar finalmente una parte de ella, algo que había perdido. Pero no lo hizo. Se quedó quieta y dejó que la mujer la observara. La sorprendió que esta tuviera casi la misma edad que ella, su edad real. Probablemente tendría hijos.

—De acuerdo —susurró la mujer, bajando la mirada—. Quedará entre nosotras.

—Gracias —respondió Sasha—. Gracias, gracias.

El alivio y los primeros efectos del Xanax le provocaron un mareo y tuvo que apoyarse en la pared. Notó que la mujer tenía ganas de largarse; a ella le habría gustado deslizarse lentamente hasta el suelo.

Llamaron a la puerta y una voz de hombre dijo:

—¿Ha habido suerte?

Sasha y Alex salieron del hotel y se adentraron en el desierto y ventoso barrio de Tribeca. Ella había sugerido el Lassimo por pura costumbre: estaba cerca de Sow's Ear Records, donde había trabajado durante doce años como ayudante de Bennie Salazar. Pero detestaba aquel barrio por la noche sin el World Trade Center, cuyas resplandecientes autopistas de luz la habían llenado siempre de esperanza. Estaba cansada de Alex. En apenas veinte minutos, habían pasado de una deseable «conexión positiva gracias a una experiencia compartida» a la situación mucho menos

atractiva de «conocerse demasiado bien». Alex llevaba un gorro de lana que le cubría la frente. Tenía las pestañas largas y negras.

—Qué raro, ¿no? —dijo finalmente.

—Sí —asintió Sasha—. ¿Te refieres a que la hayamos encontrado? —añadió tras una pausa.

—A todo. Pero sí —dijo Alex, volviéndose hacia ella—. ¿Estaba..., no sé, escondida en algún lugar recóndito?

—Estaba en el suelo, en un rincón. Como detrás de una maceta.

Decir todas aquellas mentiras hizo que a Sasha se le perlara de sudor el cráneo, a pesar del Xanax. Estuvo tentada de añadir: «En realidad no había ninguna maceta», pero logró contenerse.

—Es casi como si lo hubiera hecho aposta —dijo Alex—. Para llamar la atención o algo así.

—No me ha parecido de esa clase de personas.

—Nunca se sabe. Eso es algo que estoy aprendiendo aquí, en Nueva York: uno no tiene nunca ni puta idea de cómo son realmente los demás. No es que tengan dos caras: más bien tienen personalidad múltiple.

—Esa mujer no era de Nueva York —dijo Sasha, irritada porque Alex no se enteraba de nada, a pesar de que en realidad ella se esforzaba porque así fuera—. Iba a coger un avión, ¿recuerdas?

—Es verdad —contestó Alex. Hizo una pausa y

ladeó la cabeza, observando a Sasha bajo la escasa luz de la acera—. Pero sabes a qué me refiero, ¿no? Lo de la gente, digo.

—Sí, lo sé —respondió ella con cautela—. Pero creo que uno se acostumbra.

—Pues yo preferiría irme a otro sitio.

Sasha tardó un momento en comprender a qué se refería.

—No hay otro sitio.

Alex se volvió hacia ella, desconcertado. Entonces sonrió. Sasha le devolvió el gesto: no era una de sus sonrisas de ni sí ni no, pero se le parecía.

—Eso es absurdo —dijo Alex.

Cogieron un taxi y subieron al apartamento de Sasha, en el cuarto piso de un edificio sin ascensor del Lower East Side. Vivía allí desde hacía seis años. El piso olía a velas aromáticas, había una colcha de terciopelo encima del sofá cama y un montón de cojines, un viejo televisor en color con una imagen muy nítida y una colección de *souvenirs* de sus viajes que abarrotaban las repisas de las ventanas: una concha de mar blanca, un par de dados rojos, un pequeño tarro de bálsamo de tigre de la China, que se había secado hasta adquirir una textura gomosa, y un diminuto bonsái que Sasha regaba religiosamente.

—Anda —dijo Alex—. ¡Pero si tienes una bañera en la cocina! He oído... Quiero decir que he leído que existían, pero no sabía si aún quedaba alguna. La

ducha es nueva, ¿no? Así pues, este es uno de esos «apartamentos con bañera en la cocina», ¿no?

—Pues sí —dijo Sasha—. Pero no la uso casi nunca. Me ducho en el gimnasio.

La bañera estaba cubierta con un tablón hecho a medida y que Sasha utilizaba para amontonar los platos. Alex pasó las manos por el borde de la bañera y examinó los pies en forma de garras. Sasha encendió sus velas, sacó una botella de grapa del armario de la cocina y llenó dos vasitos.

—Me encanta este piso —comentó Alex—. Tiene un aire al Nueva York de otra época. Uno sabe que hay lugares así, pero encontrarlos ya es otra cosa.

Sasha se apoyó en la bañera, junto a él, y tomó un sorbito de grapa. Sabía a Xanax. Estaba intentando recordar la edad que constaba en el perfil de Alex. Diría que eran veintiocho, aunque parecía más joven, incluso mucho más joven. Intentó ver su apartamento tal como debía de verlo él: un fogonazo de color local que se desvanecería casi al instante en la vorágine de aventuras que todo el mundo vive al llegar por primera vez a Nueva York. A Sasha le daba un poco de rabia pensar que iba a convertirse en un destello en la bruma de recuerdos que Alex intentaría organizar al cabo de uno o dos años: «¿Dónde estaba aquel piso de la bañera? ¿Quién era aquella chica?».

Alex se alejó de la bañera y fue a explorar el resto del apartamento. A un lado de la cocina estaba el

dormitorio de Sasha; al otro, el que daba a la calle, su sala de estar-estudio-despacho, donde había dos sillas tapizadas y un escritorio que reservaba para los proyectos externos al trabajo (publicidad para bandas en las que creía, breves reseñas para Vibe y Spin), aunque estos se habían reducido drásticamente en los últimos años. De hecho, el apartamento entero, que hacía seis años parecía una estación de paso hacia un lugar mejor, había terminado solidificándose en torno a Sasha, ganando masa y peso, hasta que ella había acabado por sentirse al mismo tiempo atrapada y afortunada por tenerlo, no solo como si no pudiera seguir avanzando, sino como si tampoco lo quisiera.

Alex se agachó y echó un vistazo a la pequeña colección de las repisas de las ventanas. Se detuvo en la foto de Rob, el amigo de Sasha que se había ahogado cuando iban a la universidad, pero no hizo ningún comentario. Aún no había visto las mesas donde Sasha almacenaba el montón de objetos que había robado: bolígrafos, prismáticos, llaves, y la bufanda infantil que simplemente no había devuelto a la niña que la había perdido al salir de un Starbucks de la mano de su madre. Por aquel entonces Sasha ya estaba visitándose con Coz, por lo que había identificado la letanía de excusas a medida que estas iban asomando a su mente: el invierno ya casi ha terminado; los niños crecen tan rápido; los niños detestan las bufandas; es demasiado tarde, ya se han

marchado; me da vergüenza devolverla; podría perfectamente no haberme dado cuenta de que se le caía... De hecho no lo he visto, acabo de descubrirla ahora mismo: «¡Fíjate, una bufanda! Una bufanda de niña, amarilla a rayas rosas... Vaya, ¿de quién será? Bueno, la recogeré y me la quedará un rato...». En casa, la había lavado a mano y la había doblado con esmero. Era uno de sus objetos favoritos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Alex.

Había descubierto las mesas y estaba contemplando lo que parecía el trabajo de un castor aficionado a las miniaturas: un montón de objetos con una lógica incomprensible, pero desde luego no aleatoria. A ojos de Sasha, las mesas casi se zarandeaban bajo el peso de tanta vergüenza y tantas situaciones de las que había logrado salvarse por los pelos, las pequeñas victorias y los momentos de pura euforia. Allí había años de su vida comprimidos. El destornillador estaba en una esquina. Sasha se acercó más a Alex, atraída por el modo en que este iba asimilando todos los detalles.

—¿Y cómo te sentiste al encontrarte junto a Alex ante todas las cosas que habías robado? —preguntó Coz.

Sasha volvió la cara hacia el diván azul porque se estaba ruborizando y eso era algo que detestaba. No quería contarle a Coz los sentimientos encontrados que había experimentado allí, junto a Alex: el orgullo que

le producían aquellos objetos, una ternura que aún se acentuaba más por la forma vergonzosa como los había conseguido. Lo había arriesgado todo, y ahí estaba el resultado: el núcleo descarnado, retorcido de su vida. Al ver a Alex recorrer con la mirada aquellos objetos se emocionó. Lo abrazó por la espalda y él se volvió, sorprendido pero dispuesto. Lo besó en los labios, le bajó la bragueta y se quitó las botas de un puntapié. Alex intentó llevársela hacia la otra habitación, donde podrían echarse en el sofá cama, pero Sasha se arrodilló junto a la mesa y tiró de él, con el picor de la alfombra persa en la espalda y a la luz de las farolas, que entraba por la ventana e iluminaba la expresión hambrienta, optimista de Alex y sus pálidos muslos desnudos.

Al terminar, se quedaron echados en la alfombra durante mucho rato. Las velas empezaron a chisporrotear. Sasha vio la espinosa silueta del bonsái recortada contra la ventana, cerca de su cabeza. Su excitación había desaparecido por completo y en su lugar había quedado tan solo una terrible tristeza, un vacío violento, como si la hubieran abierto en canal. Se levantó tambaleándose, con la esperanza de que Alex, que aún llevaba la camisa puesta, se marchara pronto.

—¿Sabes qué me apetecería ahora? —dijo entonces, levantándose—. Meterme en la bañera.

—Adelante —dijo Sasha sin entusiasmo

alguno—. Funciona, el fontanero estuvo aquí hace nada.

Ella se subió los vaqueros y se dejó caer en una silla. Alex se acercó a la bañera, apartó con cuidado los platos de encima del tablón de madera y lo levantó. El agua salió del grifo con fuerza, una potencia que había sorprendido a Sasha las pocas veces que la había utilizado.

Los pantalones negros de Alex yacían arrugados en el suelo. La cartera había dejado un recuadro gastado en la pana de uno de los bolsillos traseros, como si llevara aquellos pantalones a menudo y siempre con la cartera en el mismo sitio. Sasha se volvió hacia él: salía vapor de la bañera, y Alex metió la mano en el agua para comprobar la temperatura. Entonces se acercó de nuevo al montón de objetos y se inclinó como si buscara algo en concreto. Sasha lo observó, esperando sentir una vez más aquel estremecimiento de excitación, pero el momento había pasado.

—¿Puedo echar un poco de esto?

Tenía en la mano un paquete de sales de baño que Sasha se había llevado de casa de su mejor amiga, Lizzie, hacía unos años, antes de que se retiraran la palabra. Las sales estaban aún en su envoltorio de topos. Alex las había sacado del fondo del montón, que se había desmoronado ligeramente. ¿Cómo había podido verlas?

Sasha dudó un instante. Ella y Coz habían hablado largo y tendido sobre el motivo por el que mantenía los objetos robados al margen del resto de su vida: porque utilizarlos implicaría que actuaba por codicia o interés personal; porque al dejarlos intactos parecía como si un día fuera a devolverlos; porque si los amontonaba evitaba que su poder se perdiera.

—Sí —dijo—. Supongo que sí.

Era consciente de que acababa de modificar la historia que ella y Coz estaban escribiendo, de que había dado un paso simbólico, aunque no estaba segura de si este los acercaba o los alejaba del final feliz.

Notó la mano de Alex en la nuca, acariciándole el pelo.

—¿Te gusta caliente? —le preguntó—. ¿O templada?

—Caliente —dijo ella—. Muy, muy caliente.

—A mí también.

Alex volvió a la bañera, ajustó los grifos, echó parte de las sales y la cocina se llenó al instante de un olor húmedo y vegetal que Sasha reconoció de inmediato: era el olor del baño de Lizzie, de cuando Sasha se duchaba allí después de que ella y su amiga salieran a correr por Central Park.

—¿Dónde tienes las toallas? —preguntó Alex.

Las guardaba dobladas en una cesta que había en el baño. Alex fue a buscarlas y cerró la puerta. Sasha

oyó que empezaba a hacer pis. Se arrodilló, sacó la cartera del bolsillo de los pantalones de Alex y la abrió, con el corazón desbocado por una súbita urgencia. Era una cartera negra, normal y corriente, con los bordes de un desgastado tono gris. Examinó rápidamente el contenido: una tarjeta de débito, una identificación del trabajo, el carnet de un gimnasio. En un bolsillo lateral, una fotografía descolorida de dos niños y una niña con aparatos dentales y los ojos entrecerrados, en una playa. Un equipo deportivo con uniforme amarillo, con las cabezas tan pequeñas que Sasha era incapaz de decir si una de ellas era la de Alex. De entre aquellas fotos con las esquinas dobladas salió un trozo de papel de libreta que fue a caer en el regazo de Sasha. Parecía muy antiguo, tenía los bordes roídos y casi se habían borrado las rayas azules. Sasha lo abrió; dentro, escrito con un lápiz sin punta, ponía: Yo CREO EN TI. Se quedó petrificada al ver aquellas palabras; tuvo la sensación de que le llegaban a través de una especie de túnel desde aquel mísero papelito, provocándole un ataque de vergüenza por Alex, que había guardado aquel mensaje medio desintegrado en su cartera medio desintegrada, y a continuación se avergonzó de sí misma por haberlo leído. Fue vagamente consciente de que acababan de abrirse los grifos del lavabo, de modo que debía actuar con rapidez. Apresuradamente, con gestos mecánicos, recompuso la cartera, pero se quedó el papelito. Voy a

tenerlo un momento en la mano, fue consciente de estar pensando mientras volvía a meter la cartera en el bolsillo de Alex. Se lo devolveré más tarde; probablemente ni se acuerde de que estaba ahí; en realidad le estoy haciendo un favor, eliminándolo antes de que alguien lo descubra. Le diré: «Oye, he encontrado esto encima de la alfombra, ¿es tuyo?». Y él dirá: «¿Eso? No lo he visto en mi vida; debe de ser tuyo, Sasha». Y a lo mejor es cierto. A lo mejor alguien me lo dio hace años y se me olvidó.

—¿Y lo hiciste? ¿Se lo devolviste? —preguntó Coz.

—No tuve ocasión. Salió del lavabo.

—¿Y más tarde? Después del baño. O al volveros a ver.

—Después del baño se puso los pantalones y se marchó. No he vuelto a hablar con él.

Hubo una pausa durante la cual Sasha tuvo plena conciencia de que Coz estaba detrás de ella, esperando. Y ella quería complacerlo desesperadamente, decirle algo como: «Fue un punto de inflexión, ahora lo veo todo distinto», o: «Llamé a Lizzie y finalmente hicimos las paces», o: «He vuelto a tocar el arpa», o simplemente: «Estoy cambiando, estoy cambiando, estoy cambiando: ¡he cambiado!». Redención, transformación... Dios, cómo deseaba aquello. Cada día, a cada minuto. ¿No le sucedía a todo el mundo?

—Por favor —le dijo a Coz—, no me preguntes cómo me siento.

—De acuerdo —respondió él en voz baja.

Se quedaron sentados en silencio, el silencio más largo que se había producido entre ellos. Sasha contempló la ventana, constantemente bañada por la lluvia, que emborronaba las luces en la oscuridad creciente. Se quedó muy tensa, tendida en el diván, reclamando su lugar en aquella sala, su visión de la ventana y las paredes, el leve zumbido que oía siempre que aguzaba el oído, y aquellos minutos del tiempo de Coz: uno más, luego otro, y otro.

La terapia del oro

Aquel día los recuerdos vergonzosos empezaron bien pronto para Bennie, durante la reunión de la mañana, cuando uno de sus directores ejecutivos propuso cerrarles el grifo a las Stop/Go, un grupo formado por dos hermanas con las que Bennie había firmado un contrato para tres discos hacía unos años. En su momento, las Stop/Go habían parecido una gran apuesta; las hermanas eran jóvenes y encantadoras, y tenían un sonido potente y simple y pegadizo («una mezcla entre Cindy Lauper y Chrissie Hynde», había sido la frase de Bennie), con un bajo envolvente y una percusión curiosa (Bennie recordaba un cencerro). Además, habían escrito unas cuantas canciones que no estaban mal; ¡joder, pero si habían vendido doce mil discos tan solo en los conciertos, antes de que Bennie las oyera siquiera tocar! Con un poco de tiempo para poder componer unos cuantos singles, una buena campaña de *marketing* y un videoclip apañado, podían llegar a lo más alto.

Sin embargo, las hermanas estaban a punto de cumplir los treinta, según lo que la productora ejecutiva, Collette, le había contado a Bennie, y su imagen de chicas recién salidas del instituto ya no resultaba creíble, sobre todo porque una de ellas tenía

una hija de nueve años. Los demás miembros de la banda estudiaban derecho. Habían despedido a dos productores y otro había dimitido. Aún no habían sacado ningún disco.

—¿Quién es su mánager? —preguntó Bennie.

—El padre. Han mandado otra grabación casera —dijo Collette—. Las voces están enterradas bajo siete capas de guitarra.

Fue en aquel preciso instante cuando el recuerdo se apoderó de Bennie (¿lo habría provocado la palabra «hermanas»?): se vio a sí mismo, acucillado al alba detrás de un convento de monjas en Westchester, después de una noche de fiesta. ¿Hacía cuánto? ¿Veinte años? ¿Más? Se oía un sonido puro, a un tiempo estremecedor y dulce, que resonaba y se elevaba hacia el cielo del amanecer: eran las monjas del convento, que no veían a nadie más aparte de sus compañeras y que habían hecho voto de silencio, cantando misa. Hierba húmeda bajo sus rodillas, cuya iridiscencia hería sus agotados globos oculares. Aún hoy, la dulzura celestial de las voces de aquellas monjas seguía resonando en los oídos de Bennie.

Había concertado una cita con la madre superiora (la única monja con la que se podía hablar), se había llevado a un par de chicas de la oficina para disimular y había esperado en una especie de antesala, hasta que la madre superiora apareció detrás de una abertura cuadrada en la pared, una especie de ventana sin

cristal. Iba vestida toda de blanco y una toca le enmarcaba la cara. Bennie recordaba que la mujer reía mucho, y que sus mejillas sonrosadas subían y bajaban, tal vez por la felicidad que le producía pensar que acercaba a Dios a millones de hogares, o tal vez por la novedad que suponía recibir a un tipo del departamento de contrataciones de una discográfica con pantalones de pana morados dispuesto a hacer negocios. Cerraron el trato en cuestión de minutos.

Él se acercó al hueco de la pared para despedirse (aquí Bennie se revolvió en la silla de la sala de conferencias, anticipándose al momento que se aproximaba). La madre superiora se inclinó levemente hacia delante y ladeó la cabeza de una forma que debió de activar algo en Bennie, porque se abalanzó por encima de la repisa y la besó en los labios: una piel aterciopelada con un suave vello y un olor íntimo, a talco para bebés, durante medio segundo hasta que la monja soltó un grito y se apartó bruscamente. Entonces Bennie se enderezó, sonriendo ante la expresión herida, consternada de la monja.

—¿Bennie? —Collette estaba delante de la consola, con el CD de las Stop/Go en la mano. Todos parecían estar esperando—. ¿Quieres oírlo o no?

Pero Bennie estaba atrapado en un bucle temporal de hacía veinte años, abalanzándose por encima de la repisa hacia la madre superiora, como una figurita rota saliendo de un reloj, una vez más. Y otra. Y otra.

—No —gruñó.

Entonces volvió su rostro sudoroso hacia la brisa del río que entraba por las ventanas de la antigua fábrica de café de Tribeca adonde Sow's Ear Records se había trasladado hacía seis años y en la que ya ocupaba dos plantas. Nunca llegó a grabar a las monjas. Al regresar del convento, lo estaba esperando un mensaje.

—No quiero —le dijo a Collette—. No quiero oír la grabación.

Se sentía débil, sucio. Bennie despedía a artistas continuamente, a veces incluso tres por semana, pero ahora su propia vergüenza teñía el fracaso de las Stop/Go, como si la culpa fuera suya. A aquella sensación le siguió la imperiosa necesidad, de signo opuesto, de recordar qué era lo que originalmente le había parecido tan excitante de las hermanas, y de sentir esa excitación de nuevo.

—¿Y si voy a visitarlas? —preguntó de repente.

Collette reaccionó primero con sorpresa, luego con recelo y finalmente con preocupación, una sucesión de estados de ánimo que a Bennie le habría parecido muy graciosa si no hubiera estado tan desconcertado.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Collette.

—Sí, ¿por qué no? Iré hoy después de recoger a mi hijo.

La ayudante de Bennie, Sasha, le llevó una taza de

café, con crema de leche y dos azucarillos. Entonces Bennie se sacó del bolsillo una cajita roja esmaltada, abrió el complejo cierre, pellizcó unos copos de oro con dedos temblorosos y los echó en la taza. Había empezado aquel régimen hacía dos meses, después de leer en un libro sobre medicina azteca que estos creían que el oro y el café combinados garantizaban la potencia sexual. De hecho, el objetivo de Bennie era mucho más humilde: él solo pretendía recuperar su apetito sexual, que se había esfumado misteriosamente. No estaba seguro de cuándo había sucedido, ni siquiera de qué lo había provocado: ¿habría sido su divorcio de Stephanie? ¿Las disputas por la custodia de Christopher? ¿Cumplir los cuarenta y cuatro? ¿Las quemaduras recientes y circulares en el antebrazo izquierdo, sufridas durante «La Fiesta», una debacle que había organizado ni más ni menos que la antigua jefa de Stephanie, que actualmente estaba en la cárcel?

El oro se posó sobre la superficie lechosa del café y empezó a girar a toda velocidad. Bennie estaba fascinado por aquel torbellino, que consideraba una prueba definitiva de la química explosiva de oro y café, un frenesí de actividad que lo arrastraba en círculos: ¿no era esa una descripción bastante precisa del deseo? A veces Bennie ni siquiera lamentaba su desaparición; casi era un alivio no experimentar el deseo constante de follarse a alguien. El mundo era sin

duda un lugar mucho más tranquilo sin la semierección que había sido su compañera constante desde los trece años, pero ¿quería Bennie vivir en ese mundo? Sorbió su café adulterado con oro y echó un vistazo fugaz a los pechos de Sasha, que se habían convertido en la prueba de fuego con la que calibraba su mejoría. La había deseado durante casi todos los años que llevaba trabajando para él, primero al tenerla en prácticas, luego como recepcionista y finalmente como su ayudante (posición que había insistido en conservar, extrañamente reacia a convertirse en ejecutiva por méritos propios), pero Sasha había logrado eludir ese deseo sin tener que decirle que no, herir sus sentimientos o cabrearlo ni una sola vez. Ahora, en cambio, al mirar los pechos de Sasha bajo aquel ligero suéter amarillo, Bennie no sentía nada, ni siquiera un inofensivo cosquilleo de excitación. ¿Sería capaz siquiera de que se le empinara si así lo quería?

Mientras iba en coche a buscar a su hijo, Bennie alternaba los Sleepers con los Dead Kennedys, dos bandas de San Francisco con las que había crecido. Le gustaba su sonido sucio, la sensación de estar oyendo músicos de verdad que tocaban instrumentos de verdad en una sala de verdad. Actualmente ese tipo de música (si es que existía) era por lo general fruto de un efecto que pretendía imitar el sonido analógico, más que de una grabación genuina; todo eran efectos en los productos anodinos que Bennie y sus colegas sacaban

al mercado como salchichas. Bennie trabajaba de forma febril, incansable, para que las cosas salieran bien, para mantenerse en lo más alto, para hacer canciones que la gente escuchara, comprara y se bajara como politono (y también de forma ilegal, desde luego), pero sobre todo para tener contenta a la petrolera multinacional a la que había vendido su sello hacía cinco años. Pero Bennie sabía que lo que lanzaba al mundo era una mierda. Demasiado claro, demasiado limpio. El problema era la precisión, la perfección; el problema era la digitalización, que engullía la vida de todo lo que se filtraba a través de su microscópico tamiz. El cine, la fotografía, la música: todo muerto. «¡Un holocausto estético!». Eso sí, Bennie sabía perfectamente que no podía decirlo en voz alta.

Sin embargo, para Bennie lo verdaderamente excitante de aquellas viejas canciones eran los accesos de entusiasmo adolescente que le provocaban: Bennie y su pandilla del instituto, Scotty y Alice, Jocelyn y Rhea, a quienes no había visto desde hacía décadas (a excepción de un incómodo encuentro con Scotty en su oficina, años atrás) pero que en cierto modo aún creía que lo estarían esperando junto a los Mabuhay Gardens (que habían desaparecido hacía ya tiempo), en San Francisco, con el pelo teñido de verde y la cara llena de imperdibles, si se le ocurría dejarse caer por ahí un sábado por la noche.

Más tarde, mientras Jello Biafra destrozaba Too

Drunk to Fuck, la mente de Bennie vagó hasta llegar a una ceremonia de entrega de premios en los que había querido presentar a una pianista de *jazz* como «incomparable» y la había terminado llamando «incompetente» ante dos mil quinientas personas. No debería haber intentado decir «incomparable»: era una palabra que no iba con él, demasiado extravagante; de hecho, se le había atragantado cada vez que había ensayado su discurso delante de Stephanie. Pero era un adjetivo muy apropiado para aquella pianista, que tenía una melena rubia que medía varias millas y que, según ella misma dejaba caer de vez en cuando, había estudiado en Harvard. Bennie había acariciado el temerario sueño de llevársela a la cama, notar como su pelo le acariciaba los hombros y el pecho.

Se dedicó a matar el tiempo delante del colegio de Christopher mientras esperaba a que aquel recuerdo espasmódico se fuese. Al entrar en el aparcamiento, había visto a su hijo cruzando la pista de atletismo con sus amigos. Chris iba dando saltitos —saltitos de verdad— y lanzando un balón por los aires, pero toda su ligereza desapareció de un plumazo en cuanto se hundió en el asiento del Porsche amarillo de Bennie. ¿Por qué? ¿Era posible que Chris supiera algo de su metedura de pata en la ceremonia de entrega de premios? Bennie se dijo que aquello era una locura, pero aun así le entraron unas ganas terribles de confesarle su ridícula confusión a su hijo de nueve

años. El Dr. Beet había bautizado aquel impulso como la «voluntad de mostrarse» y había animado a Bennie a anotar todo aquello que se sintiera tentado de confesar en lugar de obligar a su hijo a cargar con sus problemas. Bennie lo hizo, garabateó «incompetente» en el reverso de una multa que le habían puesto el día anterior. Entonces se acordó de la humillación que había rememorado hacía unas horas y añadió a la lista: «Besar a la madre superiora».

—Bueno, jefe —dijo—. ¿Qué te apetece hacer?

—No sé.

—¿Algún antojo en particular?

—Pues no.

Bennie miró por la ventanilla con gesto de impotencia. Hacía unos meses, Chris le había preguntado si podían cancelar su cita semanal con el Dr. Beet y pasar la tarde «haciendo algo». No habían vuelto a visitarse, una decisión que ahora Bennie lamentaba. En lugar de «haciendo algo», habían pasado las tardes vagando desganadamente, hasta que Chris solía excusarse diciendo que tenía deberes.

—¿Te apetece un café? —sugirió Bennie.

Un atisbo de sonrisa.

—¿Podré pedir un frapuccino?

—Pero no se lo digas a tu madre.

Stephanie no aprobaba que Chris tomara café —una postura razonable, teniendo en cuenta la edad del niño—, pero Bennie no podía resistir la tentación

de que los dos desafiaran a su exmujer al unísono. «Vínculos de traición», lo llamaba el Dr. Beet y, lo mismo que la «voluntad de mostrarse», estaba en la lista negra.

Pidieron los cafés y regresaron al Porsche para bebérselos. Chris sorbió con glotonería su frapuccino. Bennie sacó su cajita roja esmaltada, pellizcó unos copos de oro y los echó por debajo de la tapa de plástico de su vaso.

—¿Qué es eso? —preguntó Chris.

Bennie se asustó. Lo del oro se había vuelto tan rutinario que había dejado de actuar como si fuera algo clandestino.

—Un medicamento —dijo al cabo de un rato.

—¿Para qué?

—Para unos síntomas que tengo.

«O, mejor dicho, que no tengo», añadió mentalmente.

—¿Qué síntomas?

¿Empezaban a notarse los efectos del frapuccino? Chris ya no estaba tan hundido en el asiento, sino más erguido, y observaba a Bennie con sus ojos grandes, oscuros, francamente hermosos.

—Dolor de cabeza —dijo Bennie.

—¿Me lo dejas ver? —preguntó Chris—. El medicamento, quiero decir. Lo de esa cosa roja.

Bennie le ofreció la cajita. En unos segundos, el chaval averiguó cómo funcionaba el cierre y la abrió.

—Ostras, papá —dijo—. ¿Qué es esto?

—Ya te lo he dicho.

—Parece oro. Copos de oro.

—Tiene una consistencia como de copos, sí.

—¿Puedo probar uno?

—Hijo, pero si tú no...

—Solo uno.

Bennie suspiró.

—Vale.

El niño cogió con cuidado un copo de oro y se lo puso sobre la lengua.

—¿A qué sabe? —no pudo evitar preguntar Bennie, que solo había consumido el oro mezclado con café, que anulaba por completo su sabor.

—Como a metal —dijo Chris—. Una pasada. ¿Puedo comerme otro?

Bennie puso el coche en marcha. ¿Y si aquella leyenda médica era un timo descarado? En cualquier caso, su hijo no se la tragaba.

—Uno más —dijo—. Y basta.

Su hijo cogió un buen pellizco de copos de oro y se los metió en la boca. Bennie intentó no pensar en el dinero. Lo cierto era que en los últimos dos meses se había gastado ocho mil dólares en oro. Volverse adicto a la cocaína le habría costado menos.

Chris sorbió los copos de oro y cerró los ojos.

—Papá —dijo—. Es como si me estuviera despertando por dentro.

—Qué interesante —reflexionó Bennie—. Ese es exactamente el efecto que se supone que debe provocar.

—¿Y funciona?

—Pues parece que sí, ¿no?

—A ti, quiero decir —dijo Chris.

Bennie estaba casi seguro de que su hijo le había preguntado más cosas en los últimos diez minutos que durante el año y medio que había transcurrido desde que él y Stephanie se separaran. ¿Se trataría de un efecto secundario del oro? ¿La curiosidad?

—Aún tengo dolores de cabeza —dijo.

Conducía sin rumbo fijo entre las mansiones de Crandale («hacer algo» implicaba pasar horas conduciendo sin rumbo fijo), en cada una de las cuales parecía haber cuatro o cinco niños rubios vestidos con ropa Ralph Lauren jugando en el jardín. Al ver a esos niños, Bennie se dio cuenta de que él, moreno y desaliñado incluso cuando iba recién duchado y afeitado, no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir en un lugar como aquel. En cambio, Stephanie había logrado meterse en el primer equipo de dobles del club.

—Chris —dijo Bennie—, tengo que ir a visitar a un grupo de música, unas hermanas jóvenes. Bueno, más o menos jóvenes. Pensaba ir más tarde, pero si te apetece tal vez podríamos...

Vale.

—¿En serio?

—Sí, claro.

¿Podía ser que con aquellos «vale» y «sí, claro» Chris estuviera cediendo tan solo para complacer a Bennie, tal como el Dr. Beet sugería que hacía a menudo? ¿O era más bien que la curiosidad que provocaba el oro se había manifestado también en un nuevo interés por el trabajo de Bennie? Chris había crecido rodeado de bandas de *rock*, naturalmente, pero formaba parte de la generación postpiratería, para la que no existían conceptos como *copyright* o propiedad intelectual. Bennie no culpaba a Chris de ello, faltaría más: los destructores que habían matado el negocio de la música pertenecían a la generación anterior a la de su hijo y eran ya adultos. Sin embargo, había decidido seguir el consejo del Dr. Beet: dejar de intimidar (en palabras del propio Beet) a Chris con el declive de la industria musical y concentrarse en disfrutar de la música que les gustaba a ambos; por ejemplo Pearl Jam, que Bennie puso en el coche a toda pastilla hasta que llegaron a Mount Vernon.

Las hermanas Stop/Go vivían aún con sus padres en una casa grande y destartalada, a la sombra de unos frondosos árboles típicos de las zonas residenciales. Bennie había estado allí hacía dos o tres años, al poco de descubrirlas y antes de confiar las dos hermanas a una retahíla de ejecutivos que no habían conseguido nada. En cuanto él y Chris salieron del coche, el

recuerdo de su última visita le provocó un acceso de rabia que hizo que le hirviera la sangre: ¿por qué coño no habían progresado nada en todo ese tiempo?

Encontró a Sasha esperando ante la puerta: había cogido el tren en Grand Central al recibir la llamada de Bennie y había llegado antes que él.

—¿Qué pasa, Crisco? —dijo Sasha, desordenándole el pelo al chaval. Conocía a Chris desde que había nacido, le había comprado chupetes y pañales en Duane Reade. Bennie echó un vistazo a sus pechos: nada. O, por lo menos, nada sexual; sí sintió una oleada de gratitud y de aprecio hacia su ayudante, que contrastaba con el furor asesino que le despertaban el resto de sus empleados.

Hubo una pausa. La luz amarillenta se abría paso entre las hojas a tijeretazos. Bennie apartó los ojos de los pechos de Sasha y la miró a la cara. Tenía los pómulos altos, los ojos verdes y rasgados, y un pelo ondulado que iba del rojizo al morado, según el mes. Hoy lo llevaba rojo. Sasha sonrió a Chris, pero Bennie detectó un dejo de preocupación en su sonrisa. Raras veces pensaba en Sasha como una persona independiente y, aparte de tener una vaga idea de que tenía novios que iban y venían (vaga al principio por respeto a su intimidad, últimamente por mera indiferencia), no sabía gran cosa de su vida. Sin embargo, al verla frente a aquella casa unifamiliar, Bennie experimentó un destello de curiosidad: Sasha

aún estudiaba en la Universidad de Nueva York cuando la conoció en un concierto de The Conduits en el Pyramid Club; eso significaba que ahora tendría treinta y tantos años. ¿Por qué no se había casado? ¿Quería tener hijos? ¿Era posible que de pronto pareciera mayor, o era que Bennie casi nunca la miraba directamente a la cara?

—¿Qué pasa? —preguntó Sasha al notar su mirada.

—Nada.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien —respondió Bennie, y de repente llamó a la puerta.

Las hermanas tenían un aspecto fantástico: ya no parecían recién salidas del instituto, pero al menos sí de la universidad, sobre todo si se habían tomado uno o dos años sabáticos, o habían cambiado de carrera un par de veces. Llevaban el pelo negro recogido en una coleta y sus ojos brillaban, y tenían un libro entero con material nuevo: «¡Joder, pero fíjate en esto!». La furia de Bennie hacia su equipo se intensificó aún más, aunque era una furia agradable, estimulante. La nerviosa excitación de las dos hermanas generaba un ambiente eléctrico en la casa; sabían que aquella visita suponía su última gran esperanza. Chandra era la mayor y Louisa la pequeña. La hija de Louisa, Olivia, que se había pasado la última visita de Bennie yendo de aquí para allá en su triciclo, llevaba ahora unos

tejanos ajustados y una diadema de diamantes que al parecer era un accesorio, no un disfraz. Bennie se dio cuenta de que en cuanto Olivia entró en la sala, Chris adoptó una actitud mucho más atenta, como si en su interior una serpiente encantada hubiera empezado a emerger de un cesto.

Bajaron en fila india por un estrecho tramo de escaleras que conducía al estudio de grabación de las hermanas, en el sótano. Se lo había construido su padre hacía años. Era un espacio diminuto, con las paredes, el suelo y el techo cubiertos con una moqueta naranja. Bennie se sentó en la única silla disponible y se fijó, con satisfacción, en el cencerro que había junto al teclado.

—¿Café? —le preguntó Sasha. Chandra la acompañó de nuevo escaleras arriba para prepararlo. Louisa se sentó al teclado y empezó a improvisar melodías. Olivia cogió unos bongos y se puso a acompañar libremente a su madre. Entonces le ofreció una pandereta a Chris que, ante la sorpresa de Bennie, empezó a tocarla con un impecable sentido del ritmo. «Mola —pensó—. Mola mucho». El día había dado un giro inesperadamente positivo. La hija casi adolescente no era un problema, se dijo: siempre podía incorporarse al grupo como si fuera una hermana menor, o una prima, para reforzar el toque preadolescente. A lo mejor incluso Chris podía participar, aunque en ese caso él y Olivia iban a tener

que intercambiar los instrumentos: un chico tocando la pandereta...

Sasha le llevó su café, y Bennie sacó su cajita roja es maltada y echó un pellizco de copos de oro en la taza. Mientras sorbía el café, una sensación de placer le llenó el pecho, del mismo modo que una tormenta de nieve llena el cielo. Dios mío, qué bien se sentía. Había estado delegando demasiado. Oír cómo se hacía la música, eso era lo que le gustaba a él: cómo unas personas, unos instrumentos y unos aparatos de aspecto desvencijado se combinaban de repente para generar una estructura única de sonido, flexible y viva. Las hermanas estaban junto al teclado, preparándose para tocar, y Bennie tuvo un presentimiento: allí estaba a punto de suceder algo. Lo sabía, lo notaba en los brazos y en el pecho.

Tenéis Pro Tools instalado, ¿verdad? —preguntó señalando el portátil que había en medio de los instrumentos—. ¿Están todos los micros conectados? ¿Podemos grabar un par de canciones?

Las hermanas asintieron y echaron un vistazo al ordenador: estaban preparadas para grabar.

—¿Las voces también? —preguntó Chandra.

—Desde luego —respondió Bennie—. Vamos a grabarlo todo a la vez. ¡Que salga volando el tejado de la casa, joder!

Sasha estaba de pie, a la derecha de Bennie. La acumulación de cuerpos había hecho subir la

temperatura del cuartito, y su piel desprendía el aroma del perfume que llevaba desde hacía años (¿o sería una loción?), y que olía a albaricoques; no solo la parte dulce, sino también la ligeramente amarga de alrededor del hueso. Mientras Bennie inspiraba la loción de Sasha, su polla se levantó como un chucho viejo al que le acabaran de pegar un puntapié. A Bennie le faltó nada para dar un salto de sorpresa, pero logró contenerse. No le metas presión, que sea lo que tenga que ser. No vayas a asustarla.

Entonces las hermanas empezaron a cantar. ¡Qué maravilla, el sonido puro y algo ronco de sus voces mezclado con el estruendo de los instrumentos! Aquellas sensaciones desencadenaron en él una reacción mucho más profunda que la apreciación de la música o incluso el placer: entraron en íntima comunión con su cuerpo, cuya réplica temblorosa, impetuosa, le provocó un mareo. Y ahí estaba su primera erección desde hacía meses, inducida por Sasha, a quien había tenido demasiado cerca durante todos esos años como para verla realmente, como en las novelas decimonónicas que leía a escondidas, pues se suponía que ese tipo de libros solo podían gustar a las chicas. Bennie cogió el cencerro y unas baquetas y se puso a seguir el ritmo con entusiasmo. Notaba la música en la boca, en las orejas, en las costillas... ¿O eran acaso los latidos de su corazón? ¡Estaba ardiendo!

Y en el cenit de aquella explosión de alegría y

lujuria se acordó de un *e-mail* entre dos de sus colegas, que lo habían puesto en copia por error y en el que se referían a él como «bola de pelo». Dios, qué sensación de bochorno líquido había experimentado al leer esas palabras. No estaba seguro de a qué se referían: ¿a qué era peludo? (Cierto). ¿Sucio? (¡Falso!). ¿O se trataba de algo más literal, algo así como que obstruía la garganta de la gente y les provocaba arcadas, como le sucedía a la gata de Stephanie, Sylph, que de vez en cuando vomitaba pelo en la alfombra? Ese mismo día Bennie había ido a cortarse el pelo y se había planteado seriamente depilarse la espalda y los brazos, hasta que Stephanie lo había convencido de que no lo hiciera: esa noche, en la cama, le había acariciado los hombros con sus frías manos y le había dicho que a ella le gustaba peludo: lo último que necesitaba el mundo era otro tío depilado.

Música, Bennie estaba escuchando música. Las hermanas chillaban y el cuartito estaba a punto de hacer implosión a causa de aquel sonido, mientras Bennie intentaba recuperar la profunda satisfacción que había experimentado hacía tan solo un minuto. Pero lo de la «bola de pelo» lo había afectado. De pronto, aquel cuartucho le parecía incómodamente pequeño. Bennie dejó el cencerro a un lado y se sacó la multa del bolsillo. Escribió «bola de pelo», con la esperanza de exorcizar el recuerdo. Inspiró profundamente, fijó su mirada en Chris, que agitaba la

pandereta intentando seguir el ritmo errático de las hermanas, y volvió a suceder: hacía unos años, había llevado a su hijo a que le cortaran el pelo y su peluquero de toda la vida, Stu, había dejado las tijeras y había hecho un aparte con Bennie.

—Tenemos un problema con el pelo de su hijo —le había dicho.

—¿Un problema?

Stu acompañó a Bennie hasta la silla donde estaba Chris y le separó el pelo con el peine, dejando a la vista un puñado de bichitos oscuros del tamaño de semillas de amapola que correteaban por el cuero cabelludo. Bennie se sintió desfallecer.

—Piojos —susurró el peluquero—. Los pillan en la escuela.

—¡Pero si va a un colegio privado! —exclamó Bennie—. ¡En Crandale, Nueva York!

Chris puso unos ojos como platos, muerto de miedo.

—¿Qué pasa, papá?

El resto de clientes los miraban, y Bennie, con su rebelde cabellera, había sufrido un acceso de responsabilidad, hasta el punto de que, aún hoy, se rociaba cada mañana los sobacos con insecticida OFF!, del que también guardaba una lata en el despacho. ¡Era una locura! ¡Y lo sabía! Habían recogido sus abrigos bajo las miradas de toda la peluquería, Bennie colorado como un pimiento; Dios

mío, recordar aquello le resultaba doloroso, físicamente doloroso, como si el recuerdo fuera un rastrillo que le dejara surcos en la piel. Ocultó la cara en las manos. Quería taparse los oídos, silenciar el estruendo de las Stop/Go, pero se concentró en Sasha, que seguía a su derecha, en su olor entre dulce y amargo, y de pronto se acordó de una chica a la que le había ido detrás durante una fiesta, nada más llegar a Nueva York, cuando aún vendía vinilos en el Lower East Side, hacía siglos. La chica era rubia y estaba buenísima... ¿Cómo se llamaba? ¿Abby? Mientras vigilaba a Abby, Bennie había esnifado varias rayas de coca y de pronto le había entrado una necesidad imperiosa de hacer de vientre. Estaba sentado en el cagadero, en medio seguramente (aunque a Bennie le dolía el cerebro al recordarlo) de un pestazo descomunal, cuando la puerta del baño, que no tenía pestillo, se abrió. Y ahí estaba Abby, observándolo. Durante un momento horrible, interminable, se miraron a los ojos; entonces la chica cerró la puerta.

Bennie se marchó de la fiesta con otra persona (siempre había otra persona) y lo que le gustaba suponer que había sido una noche de diversión acabó borrando el recuerdo del episodio con Abby. Pero ahora había vuelto; Dios, ahí estaba, acompañado por oleadas de vergüenza tan grandes que amenazaban con engullir partes enteras de su vida y hacerlas desaparecer: sus logros, sus éxitos, los momentos de

los que se sentía orgulloso, todo arrasado hasta que no quedaba nada; él no era nada, tan solo un tío sentado en un retrete, contemplando la cara de asco de la mujer a la que había querido impresionar.

Bennie se levantó del taburete de un salto y pisó el cencerro con un pie. El sudor le picaba en los ojos. El pelo se le pegó a la moqueta del techo.

—¿Estás bien? —preguntó Sasha, alarmada.

—Lo siento —jadeó Bennie, secándose la frente—. Lo siento, lo siento, lo siento.

Habían subido todos, y ahora Bennie estaba ante la puerta de la casa, llenándose los pulmones de aire fresco. A su alrededor, las hermanas Stop/Go y su hija se disculpaban por la falta de ventilación de la sala de grabación, culpa de su padre, que no había logrado instalar ningún sistema eficaz, y recordaban las numerosas ocasiones en las que ellas mismas se habían mareado intentando trabajar ahí abajo.

—Podemos tararear las melodías —dijeron, y eso fue lo que hicieron, Olivia también, las tres muy cerca del rostro de Bennie, pero la desesperación hacía temblar sus sonrisas. Un gato grisáceo trazó un ocho alrededor de las piernas de Bennie y restregó extáticamente su huesuda cabeza en su espinilla. Fue un alivio volver a meterse en el coche.

Iba a acompañar a Sasha al centro, pero primero tenía que llevar a Chris a su casa. Su hijo iba hecho un ovillo en el asiento trasero, con la ventanilla abierta.

Bennie tenía la sensación de que su alegre idea para aquella tarde había terminado torciéndose. Resistió las ganas de mirar los pechos de Sasha; prefería calmarse y recuperar el equilibrio antes de ponerse a prueba otra vez. Finalmente, ante un semáforo en rojo, miró hacia ella lentamente, con indiferencia, en un primer momento ni siquiera enfocando, y luego con mayor atención. Nada. Se sintió aplastado por una sensación de pérdida tan abrumadora que tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar. Lo había tenido, ¡lo había tenido! ¿Dónde estaba ahora?

—Papá, está verde —dijo Chris.

Bennie arrancó y se obligó a preguntarle a su hijo:

—Bueno, jefe, ¿qué te han parecido?

El chaval no respondió. A lo mejor fingía no oírlo, o a lo mejor el viento le daba realmente demasiado fuerte en la cara. Bennie miró a Sasha.

—¿Y tú qué dices?

—Buf —dijo ella—, son malísimas.

Bennie parpadeó, herido. Experimentó un ataque de rabia contra Sasha, que pasó al cabo de unos segundos y dejó tras de sí una extraña sensación de alivio. Pues claro, eran malísimas. Ahí estaba el problema.

—No hay por dónde cogerlas —siguió diciendo Sasha—. No me extraña que te diera un patatús.

—No lo entiendo —dijo Bennie.

—¿El qué?

—Hace dos años sonaban... distinto.

Sasha le dirigió una mirada burlona.

—No hace dos años —le dijo—. Hace cinco.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque la última vez que fui a su casa fue después de una reunión en Windows on the World.

Bennie tardó un momento en comprender a qué se refería.

—¡Ah, vaya! —dijo finalmente—. ¿Fue mucho antes de...?

—Cuatro días.

—Caray. No tenía ni idea. —Esperó respetuosamente unos segundos y luego siguió hablando—. Sea como sea, dos años, cinco años...

Sasha se volvió y lo miró fijamente. Parecía enfadada.

—Pero ¿con quién estoy hablando? —preguntó—. ¡Tú eres Bennie Salazar! Y esto es el mundo de la música. «Cinco años son quinientos años»: son palabras tuyas.

Bennie no contestó. Se estaban acercando a su excasa, que era el nombre que le daba mentalmente. No podía referirse a ella como «su vieja casa», de hecho ni siquiera podía llamarla «su casa», aunque desde luego la había pagado él. Su excasa estaba apartada de la calle, en lo alto de una cuesta con césped, un edificio colonial de un blanco reluciente que lo había llenado de asombro cada vez que sacaba

la llave del bolsillo para abrir la puerta. Bennie aparcó junto a la acera y apagó el motor. No tuvo valor para entrar en el caminito de acceso a la casa.

Chris estaba inclinado hacia delante y su cabeza asomaba entre Sasha y Bennie, que no sabía cuánto tiempo llevaba allí.

—Creo que necesitas un poco de tu medicina, papá —dijo.

—Buena idea —respondió Bennie. Empezó a rebuscar en los bolsillos, pero la cajita roja no aparecía por ninguna parte.

Toma, la tengo yo —dijo Sasha—. Se te ha caído al salir de la sala de grabación.

Sasha lo hacía cada vez más a menudo, eso de encontrar las cosas que él perdía, a veces antes incluso de que Bennie supiera que las había perdido, algo que no hacía sino exacerbar la sensación casi extática de dependencia que sentía hacia ella.

—Gracias, Sash —le dijo.

Abrió la cajita. Dios, cómo brillaban los copos. Ciertamente, el oro nunca perdía lustre. Al cabo de cinco años, aquellos copos conservarían el mismo aspecto que tenían en aquel momento.

—¿Me los pongo encima de la lengua, como tú antes? —le preguntó a su hijo.

—Sí, pero a mí también me toca un poco.

—Sasha, ¿quieres probar un poco de la medicina? —preguntó Bennie.

—Eh... Vale —dijo—. ¿Qué se supone que hace?

—Te soluciona los problemas —dijo Bennie—.

Calma el dolor de cabeza, quiero decir. Aunque ya sé que tú no tienes.

—No, nunca —respondió Sasha con la misma sonrisa cautelosa.

Cada uno cogió un pellizco de oro y se lo puso encima de la lengua. Bennie intentó no calcular el valor crematístico de lo que acababan de meterse en la boca y se concentró en el sabor: ¿sabía a metal, o era tan solo lo que él esperaba? ¿A café, o era que aún conservaba este sabor en la boca de antes? Enroscó la lengua con fuerza alrededor del oro y le exprimió todo el jugo: agrio, pensó. Amargo. ¿Dulce? Parecía cambiar a cada segundo, pero al final Bennie tuvo la impresión de que sabía a mineral, como a piedra. O incluso a tierra. Finalmente el terrón se deshizo.

—Debería irme, papá —dijo Chris. Bennie lo dejó salir del coche y lo abrazó con fuerza. Como siempre, Chris permaneció en silencio entre sus brazos, aunque Bennie nunca sabía si estaba saboreando el momento o únicamente soportándolo.

Se apartó y miró a su hijo. El bebé al que él y Stephanie habían acurrucado y besado, convertido ahora en aquella presencia dolorosa, misteriosa. Bennie se sintió tentado de decirle: «No le cuentes a tu madre lo de la medicina», deseoso de gozar de un momento de complicidad con Chris antes de que

entrarse en la casa. Sin embargo, dudó e hizo la operación mental que le había enseñado el Dr. Beet: ¿realmente creía que el niño iba a contarle a Stephanie algo sobre el oro? No. Y ahí estaba la señal de alerta: «vínculo de traición». Bennie no dijo nada.

Se metió de nuevo en el coche, pero no le dio al contacto. Observó cómo Chris ascendía por el sinuoso jardín hacia su excasa. La hierba era de un verde fluorescente. Su hijo parecía estar a punto de sucumbir al peso de su enorme mochila. ¿Qué coño llevaría ahí dentro? Bennie había visto a fotógrafos profesionales llevar menos peso. Cuando Chris se acercó a la casa, su imagen se volvió algo borrosa, o tal vez era que a Bennie se le habían humedecido los ojos. Observar el largo trayecto de su hijo hasta la puerta de la casa se le hizo insoportable. Temía que Sasha fuese a hablar, que dijera algo como «es un buen chaval», o «ha estado bien», algo que obligara a Bennie a volverse y mirarla. Pero Sasha sabía cuándo debía callar; Sasha lo sabía todo. Se quedó en silencio junto a Bennie, mirando a Chris mientras subía por el césped abundante, luminoso, hasta la puerta principal, la abría sin volverse y entraba.

No volvieron a hablar hasta que dejaron la avenida Henry Hudson y se incorporaron a la autopista del West Side, que llevaba al Lower Manhattan. Bennie puso algo de los primeros Who, de los Stooges, de grupos que había escuchado incluso cuando aún era

demasiado pequeño para ir a conciertos. Luego le había dado por Flipper, The Mutants y Eye Protection, bandas de los setenta del área de la bahía con cuya música él y su pandilla bailaban slam en los Mabuhay Gardens cuando no estaban ensayando con su propio grupo, los infumables Flaming Dildos. Se dio cuenta de que Sasha prestaba atención a la música e imaginó que le confesaba toda su desilusión: su odio hacia una industria a la que había con sagrado su vida. Empezó a sopesar cada una de las canciones que ponía, extrayendo sus argumentos de las propias canciones: la poesía andrajosa de Patti Smith (pero ¿por qué se había retirado?), el jock hardcore de Black Flag y Circle Jerks, que había dado paso a la música alternativa, ese gran compromiso, y a partir de ahí cuesta abajo, abajo, abajo, hasta llegar a los singles que ese mismo día había estado pidiendo a las emisoras que añadieran a sus listas, canciones que eran caparazones vacíos, sin vida, tan fríos como los recuadros de neón de oficina que recortaban el crepúsculo azul.

—Me parece increíble —dijo Sasha—, es que no hay nada.

Atónito, Bennie se volvió hacia ella. ¿Era posible que hubiera seguido su perorata musical hasta llegar a la misma conclusión que él? Sasha estaba mirando hacia el downtown y Bennie siguió su mirada hasta el espacio vacío donde en su día habían estado las Torres

Gemelas.

—Debería haber algo, ¿no? —añadió, sin mirar a Bennie—. Como un eco. O una silueta.

Bennie soltó un suspiro.

—Ya pondrán algo —dijo—. Cuando hayan terminado de pelearse.

—Lo sé.

Pero seguía mirando hacia el sur, como si se hallase ante un problema que no lograba resolver. A Bennie le tranquilizó que no lo hubiera entendido. Se acordó de que su mentor, Lou Kline, le había contado en los noventa que el *rock and roll* había alcanzado su cenit durante el Monterey Pop Festival. Estaban en la casa de Lou en Los Ángeles, con sus cascadas, las chicas guapas de las que Lou solía rodearse y la colección de coches aparcados ante la puerta, y Bennie había mirado su famosa cara de ídolo y había pensado: «Estás acabado». La nostalgia era el fin, eso lo sabía todo el mundo. Lou había muerto hacía tres meses, después de quedar paralizado por un derrame cerebral.

En un semáforo, Bennie se acordó de su lista. Sacó la multa y completó la lista.

—¿Qué andas garabateando en ese papel? —le preguntó Sasha.

Bennie se lo pasó, pues sus reticencias a que unos ojos humanos pudieran ver la lista no lo abrumaron hasta un segundo más tarde. Para su horror, Sasha empezó a leerla en voz alta:

—Besar a la madre superiora, incompetente, bola de pelo, semillas de amapola, en el cagadero.

Bennie escuchó angustiado, como si las palabras pudieran por sí mismas provocar una catástrofe. Sin embargo, en cuanto Sasha las pronunció con su voz áspera quedaron neutralizadas.

—No está mal —dijo—. Son títulos, ¿no?

—Claro —respondió Bennie—. ¿Puedes volver a leerlos?

Lo hizo, y ahora también a él le parecieron títulos. Se sintió en paz, limpio.

—Mi preferido es «Besar a la madre superiora» —dijo Sasha—. Debemos encontrar una forma de utilizarlo.

Habían aparcado ante su edificio, en Forsyth. La calle estaba vacía y mal iluminada. Bennie pensó que le gustaría que Sasha viviera en un lugar mejor. Sasha cogió su omnipresente bolso negro, un amorfo pozo de los deseos del que había logrado arrancar cualquier documento, número o papel que Bennie hubiera necesitado en los últimos doce años. Bennie le cogió una mano, pálida y delgada.

—Oye —dijo—. Oye, Sasha.

Ella levantó la mirada. Bennie no sentía ni asomo de deseo; ni siquiera la tenía dura. Lo que sentía por Sasha era amor, una sensación de seguridad y de proximidad como la que había experimentado junto a Stephanie antes de fallarle tantas veces que ella no

podía sino estar furiosa.

—Estoy loco por ti, Sasha —dijo—. Loco.

—Vamos, Bennie —lo reprendió ella suavemente—. ¿Con qué me sales, ahora?

Él le cogió la mano entre las suyas. Sasha tenía los dedos fríos y temblorosos. Tenía la otra mano apoyada en la puerta.

—Espera —insistió Bennie—. Por favor.

Ella se volvió hacia él, ahora con expresión sombría.

—Ni hablar, Bennie —le dijo—. Nos necesitamos mutuamente.

Se miraron el uno al otro bajo la luz escasa. Los delicados huesos del rostro de Sasha estaban levemente cubiertos de pecas; era un rostro de niña, aunque Sasha había dejado de ser una niña mientras él no miraba.

Sasha se inclinó y besó a Bennie en la mejilla: un beso casto, un beso entre hermano y hermana, entre madre e hijo, pero Bennie notó la suavidad de su piel, el cálido vaivén de su respiración. Entonces Sasha salió del coche, lo saludó a través de la ventanilla y dijo algo que él no pilló. Bennie se echó encima del asiento vacío, pegó la cara al cristal y la miró fijamente mientras ella se lo repetía. Pero tampoco lo entendió. Mientras intentaba abrir la puerta, Sasha lo dijo de nuevo, vocalizando lentamente cada palabra.

—Nos. Vemos. Mañana.

3

A mí me resbala

Entrada la noche, cuando ya no queda ningún lugar al que ir, vamos a casa de Alice. Scotty conduce su furgoneta abierta, dos de nosotros nos sentamos apretujados en la parte de delante, con él, escuchando cintas piratas de The Strangers, The Nuns y Negative Trend a todo volumen, y los otros dos en la parte trasera, donde te congelas durante todo el año, dando bandazos por lo que viene siendo el aire cuando Scotty llega a lo alto de la colina. De todos modos, cuando se trata de Bennie y de mí siempre rezo porque nos toque en la parte trasera, donde puedo arrimarme a su hombro si hace frío y abrazarme a él durante un segundo si pillamos un bache.

La primera vez que fuimos a Sea Cliff, donde vive Alice, ella señaló una colina donde la niebla serpenteaba entre los eucaliptos y dijo que su antigua escuela estaba ahí: una escuela de chicas a la que ahora van sus hermanas pequeñas. Desde el parvulario hasta sexto llevas un jersey verde a cuadros escoceses y zapatos marrones, y más tarde falda verde y marinera blanca; los zapatos los puedes elegir tú. Scotty dice: ¿Podemos verlas?, y Alice dice: ¿Mis faldas?, pero Scotty dice: No, a tus supuestas hermanas.

Alice sube las escaleras, seguida de cerca por Scotty y Bennie. Ambos están fascinados por Alice, aunque quien está perdidamente enamorado de ella es Bennie. Y ella está enamorada de Scotty, por supuesto.

Bennie se ha quitado los zapatos y yo me fijo en como sus talones bronceados se hunden en la alfombra blanco algodón de azúcar, tan gruesa que amortigua todos nuestros movimientos. Jocelyn y yo somos las últimas en entrar. Se me acerca y en su aliento noto el olor a chicle de cereza que disimula los quinientos cigarrillos que nos hemos fumado. Lo que no huelo, en cambio, es la ginebra de la reserva secreta de mi padre que nos hemos bebido al empezar la noche, camuflada en latas de coca-cola para así poder tomárnosla por la calle.

Jocelyn dice: Ya verás, Rhea. Sus hermanas van a ser rubias.

Y yo: ¿Y eso por qué?

Porque los niños ricos siempre son rubios, dice Jocelyn. Tiene que ver con las vitaminas.

A mí no me engaña: aunque lo diga tan convencida, sé que son cuentos. Jocelyn no conoce a nadie a quien no conozca yo también.

La habitación está a oscuras excepto por una lamparita rosa. Me quedo junto a la puerta y Bennie se queda también algo rezagado, pero los otros tres se agolpan entre las dos camas. Las hermanas pequeñas de Alice duermen tendidas de costado, con la colcha

hasta los hombros. Una se parece a Alice, con el pelo claro y ondulado, y la otra es morena, como Jocelyn. Temo que en cualquier momento se despierten y se asusten al ver nuestros collares de perro, imperdibles y camisetas hechas jirones. Y pienso: no deberíamos estar aquí, Scotty no debería haber preguntado si podíamos entrar y Alice no debería haber dicho que sí, aunque Alice dice que sí a todo lo que Scotty le pide. Entonces pienso: me gustaría echarme en una de esas camas y dormirme.

Ejem, le susurro a Jocelyn mientras salimos del cuarto: una es morena.

Jocelyn responde, también en voz baja: La oveja negra.

Mil novecientos ochenta está a la vuelta de la esquina, gracias a Dios. Los *hippies* están envejeciendo, el ácido les ha fundido los sesos y ahora piden limosna en todas las esquinas de San Francisco. Tienen el pelo enmarañado y los pies tan negros y encallecidos que parece que lleven zapatos.

En el instituto, pasamos tanto tiempo como podemos en la cantera. No es una cantera en el sentido estricto de la palabra, sino tan solo una franja de cemento que queda algo más arriba de los campos de deporte. La hemos heredado de los canteranos del año pasado, que ya han terminado el instituto, y sin embargo siempre nos ponemos nerviosas si cuando llegamos hay ya otros canteranos: Tatum, que lleva

cada día un Danskin de un color distinto, o Wayne, que cultiva marihuana en lo que viene siendo su armario, o Boomer, que desde que su familia se largó a la costa Este se pasa el día abrazando a todo el mundo. A mí me pone nerviosa ir sola a menos que Jocelyn esté ahí, y a ella lo mismo, pero conmigo. Somos intercambiables.

Cuando hace calor Scotty toca la guitarra. No la eléctrica que utiliza en los conciertos de los Flaming Dildos, sino una lap steel guitar que se toca de otra forma. En realidad Scotty se construyó él mismo el instrumento: moldeó la madera, la pegó y la lacó. Todo el mundo se le acerca, es imposible no hacerlo cuando Scotty toca. Un día, el equipo de fútbol americano de J. V. al completo dejó de jugar y subió hasta la cantera para oírlo tocar; miraban a su alrededor, enfundados en sus camisetas y sus largos calcetines rojos, como si no supieran cómo habían llegado hasta allí. Scotty tiene magnetismo. Y lo digo yo, que no estoy enamorada de él.

Los Flaming Dildos han tenido un montón de nombres: los Crabs, los Croks, los Crimps, los Crunch, los Scrunch, los Gawks, los Gobs, los Flaming Spiders y los Black Widows. Cada vez que Scotty y Bennie cambian de nombre, Scotty cubre la funda de su guitarra y la funda del bajo de Bennie con pintura negra, hace una plantilla con el nombre nuevo y lo pinta con espray. No sabemos cómo deciden cuándo

van a cambiar de nombre, porque Bennie y Scotty no hablan nunca. Pero siempre están de acuerdo en todo, a lo mejor mediante percepción extrasensorial. Jocelyn y yo escribimos todas las letras y luego sacamos la música con Bennie y Scotty. Cantamos con ellos en los ensayos, pero no nos gusta subir al escenario. A Alice tampoco le gusta; es lo único que tenemos en común con ella.

Bennie llegó el año pasado procedente de un instituto de Daly City. No sabemos dónde vive, pero algunos días, al acabar las clases, vamos a visitarlo a Revolver Records, en Clement, donde trabaja. Si Alice nos acompaña, Bennie se toma su pausa de la tarde y compartimos un bollo de carne de cerdo en la panadería china que hay junto a la tienda, mientras la niebla pasa al galope al otro lado de las ventanas. Bennie tiene la piel ligeramente oscura y unos ojos extraordinarios, y se plancha el pelo a lo mohawk, negro y reluciente como un disco virgen. Normalmente mira a Alice, de modo que puedo observarlo tanto rato como quiera.

Hay un caminito que baja de la cantera en el que se reúnen los hispanos, con sus chupas de cuero negro, sus lustrosos zapatos y su pelo oscuro recogido con unas redecillas casi invisibles. A veces hablan con Bennie en español y este les sonríe, pero nunca contesta. ¿Por qué le hablarán en español?, le pregunto a Jocelyn, y ella me mira y dice: Rhea, Bennie es

hispano. ¿No te parece evidente?

Eso es una locura, digo yo, que me estoy poniendo colorada. Lleva el pelo a lo mohawk. Y ni siquiera es amigo de los hispanos.

Jocelyn dice: No todos los hispanos son amigos. Y entonces añade: La buena noticia es que las niñas ricas no salen con hispanos. O sea que nunca conseguirá a Alice, punto final.

Jocelyn sabe que estoy esperando a Bennie. Pero Bennie espera a Alice, que a su vez espera a Scotty, que a su vez espera a Jocelyn, que es la que lo conoce desde hace más tiempo y hace que se sienta seguro, creo, porque aunque Scotty tiene magnetismo y un pecho fornido que le gusta lucir cuando hace sol, su madre murió hace tres años por una sobredosis de somníferos. Desde entonces Scotty habla menos y, cuando hace frío, tiembla como si alguien lo zarandeara.

Jocelyn quiere a Scotty, pero no está enamorada de él. Jocelyn espera a Lou, que es un tipo mayor que la recogió un día mientras hacía autostop. Lou vive en Los Ángeles, pero le dijo que la llamaría cuando regresara a San Francisco. De eso hace ya varias semanas.

A mí no me espera nadie. En esta historia, yo soy la chica a la que nadie espera. Normalmente esa chica es gorda, pero mi problema es más peculiar, son mis pecas: es como si alguien me hubiera arrojado un

puñado de tierra a la cara. Cuando era pequeña, mi madre me decía que eran especiales. Gracias a Dios podré quitármelas, cuando sea mayor y me lo pueda permitir. Hasta entonces, llevaré mi collar de perro y el pelo teñido de verde, porque ¿a quién se le iba a ocurrir referirse a mí como «la chica de las pecas» teniendo el pelo verde?

Jocelyn lleva una melena negra escalada, que parece estar siempre húmeda, y doce *piercings* en las orejas que yo misma le perforé utilizando un pendiente afilado, sin hielo. Tiene también unos atractivos rasgos achinados. Y eso es un punto.

Jocelyn y yo lo hemos hecho todo juntas desde que íbamos a cuarto: jugar a la rayuela y saltar a la comba, hacernos pulseras de colgantes, enterrar tesoros, leer Harriet the Spy, convertirnos en hermanas de sangre, hacer llamadas anónimas de broma, fumar hierba, esnifar coca y tomar metacualonas. Ella ha visto a mi padre vomitando en el seto que hay junto a nuestro bloque, y yo estaba con ella en Polk Street la noche en que reconoció a uno de los tipos vestidos de cuero que se abrazaban delante del White Swallow: era su padre, que se suponía que estaba de «viaje de negocios», antes de que se marchara de casa. Por eso aún no puedo creerme que me perdiera el día en que conoció a ese hombre, Lou. Jocelyn volvía a su casa haciendo autostop desde el centro y él paró con un Mercedes rojo y la llevó a un apartamento que utiliza

durante sus visitas a San Francisco. Desenroscó la parte inferior de una lata de desodorante y de dentro salió una bolsita de cocaína. Lou esnifó varias rayas sobre el culo desnudo de Jocelyn y lo hicieron dos veces, sin contar la vez en que ella se la chupó. Le hice repetir a Jocelyn todos los detalles de su historia hasta que supe lo mismo que ella, así estamos otra vez a la par.

Lou es productor musical y conoce personalmente a Bill Graham. Tenía las paredes cubiertas de discos de oro y plata, y un millar de guitarras eléctricas.

Los ensayos de los Flaming Dildos son los sábados, en el garaje de Scotty. Cuando Jocelyn y yo llegamos, Alice está preparando el nuevo radiocasete que le ha comprado su padrastro, con un micrófono de verdad. Es una de esas chicas a las que les gustan las máquinas, otro motivo para que Bennie esté enamorado de ella. Joel, el batería fijo de los Dildos, es el siguiente en llegar; lo acompaña su padre, que espera en la ranchera a que termine el ensayo, leyendo libros sobre la Segunda Guerra Mundial. Joel saca sobresalientes en todo y ha pedido plaza en Harvard, o sea que imagino que su padre no quiere correr riesgos.

Donde vivimos nosotros, en Sunset, basta con mirar por encima del hombro para ver el mar, y las casas están pintadas como si fueran huevos de Pascua. Pero en cuanto Scotty cierra la puerta del garaje, nos enfurecemos. El bajo de Bennie cobra vida propia y

pronto empezamos a vociferar nuestras canciones, que tienen títulos como Pet Rock, Do the Math o Pass Me the Kool-Aid, aunque cuando las cantamos a grito pelado en el garaje de Scotty, la letra podría ser perfectamente «coño, coño, coño, coño, coño, coño, coño». De vez en cuando, algún chico de la orquesta del instituto (al que Bennie ha invitado al ensayo) aporrea la puerta del garaje, y entonces Scotty tira de la cuerda que la abre y quedamos cegados por la luz del día, que nos mira como reprendiéndonos.

Hoy probamos a un saxo, una tuba y un banjo, pero el saxo y el banjo monopolizan el escenario y la chica de la tuba se tapa los oídos en cuanto empezamos a tocar. Cuando el ensayo está a punto de concluir, vuelven a llamar a la puerta del garaje y Scotty tira de la cuerda. Ante nosotros aparece un chaval enorme con la cara llena de granos, una camiseta de AC/DC y una funda de violín en las manos. Y el tío va y dice: Esto... busco a Bennie Salazar.

Jocelyn, Alice y yo nos miramos horrorizadas y por un momento parece como si las tres fuéramos amigas, como si Alice fuera una de las nuestras.

—Hola, tío —dice Bennie—. Justo a tiempo. A ver, peña, os presento a Marty.

Aunque sonrío, la cara de Marty es un caso perdido. Pero como me preocupa que él pueda pensar lo mismo de mí, no le devuelvo la sonrisa.

Marty conecta su violín y empezamos a tocar nuestra mejor canción, What the Fuck?:

*Dijiste que eras una princesa de cuento
dijiste que eras una estrella fugaz
dijiste que iríamos a Bora Bora
pero mira dónde coño estamos ahora...*

Lo de Bora Bora fue idea de Alice, los demás ni siquiera habíamos oído el nombre antes. Mientras nos desgañitamos cantando el estribillo («¿Pero qué coño? ¿Pero qué coño? ¿Pero qué coño?»), me fijo en Bennie, que escucha con los ojos cerrados, su pelo a lo mohawk como un millón de antenas que le salen de la cabeza. Cuando la canción termina, abre los ojos y sonríe.

—Espero que lo hayas grabado, Al —dice y Alice rebobina la cinta para asegurarse.

Alice graba todos los ensayos y prepara una cinta con lo mejor; entonces Bennie y Scotty van por los clubes intentando convencer a los jefes de que contraten a los Flaming Dildos para un concierto. Nuestra gran esperanza es el Mab, naturalmente: los Mabuhay Gardens, en Broadway, donde tocan todas las bandas de punk. Scotty espera en la furgoneta mientras Bennie negocia con los capullos de los clubes. Debemos tener cuidado con Scotty. En quinto, cuando su madre se marchó por primera vez, se pasó todo el día sentado en su jardín, mirando el sol. Se

negó a ir al colegio o a entrar en casa. Su padre se sentó con él e intentó cubrirle los ojos, y después del colegio Jocelyn y yo fuimos y también nos sentamos junto a él, en el césped. Ahora Scotty al mirar siempre ve unas manchas grises. Él dice que le gustan; bueno, en realidad lo que dice es: «Yo considero que me realzan la vista». Los demás creemos que le recuerdan a su madre.

Vamos al Mab cada sábado por la noche, después del ensayo. Hemos oído a Crime, a los Avengers, los Germs y un montón de grupos más. El bar es demasiado caro, de modo que bebemos de la reserva de mi padre antes de entrar. Jocelyn tiene que beber más que yo para pillar un pedal, pero en cuanto nota que el alcohol empieza a hacer efecto, respira hondo y finalmente vuelve a ser ella.

En los aseos del Mab, llenos de grafitis, aguzamos el oído: Ricky Sleeper se cayó del escenario durante un concierto, Joe Rees de Target Video está preparando una película sobre el punk *rock*, dos hermanas que siempre vemos en el club han empezado a vender su cuerpo para pagar la heroína. Saber todo eso hace que estemos un poco más cerca de ser reales, aunque no del todo. ¿En qué momento pasa un falso peinado a lo mohawk a ser auténtico? ¿Quién lo decide? ¿Cómo sabes que ha sucedido?

Durante los conciertos bailamos slam delante del escenario. Nos empujamos y nos peleamos, nos

caemos al suelo y volvemos a levantarnos, hasta que nuestro sudor se mezcla con el sudor de los punkis auténticos y nuestra piel ha tocado su piel. Bennie es el que lo hace menos; yo creo que prefiere escuchar la música.

Pero de algo sí me he dado cuenta: no hay punkis con pecas. No existen.

Una noche, Jocelyn descuelga el teléfono y es Lou, que dice: Hola, guapa. Lleva días y días llamando, dice, pero nadie se ponía al teléfono. ¿Y por qué no intentó llamar por la noche?, le pregunto a Jocelyn cuando me lo cuenta.

El sábado, después del ensayo, en lugar de con nosotros sale con Lou. Vamos al Mab y luego acabamos en casa de Alice. A estas alturas actuamos como si viviéramos allí: nos comemos los yogures que su madre prepara en la yogurtera y nos echamos en el sofá de la sala de estar, con los pies descalzos en los apoyabrazos. Una noche su mamá nos preparó chocolate caliente y nos lo trajo a la sala en una bandeja dorada. Tenía los ojos grandes y cansados, y se le marcaban los músculos del cuello. Jocelyn me susurró al oído: A la gente rica le gusta hacer de anfitrión para poder fardar de sus cosas bonitas.

Esta noche, aprovechando que Jocelyn no está, le pregunto a Alice si aún conserva los uniformes escolares que mencionó hace tiempo. Se muestra sorprendida. Sí, dice, aún los tengo.

La sigo por los escalones mullidos hasta lo que viene siendo su cuarto, que yo no había visto nunca. Es más pequeño que el de sus hermanas, con una alfombra azul y un papel pintado a rayas azules y blancas, en cruz. Su cama está debajo de una montaña de animales de peluche, que son todas ranas de color verde claro, verde intenso, verde fluorescente, algunas con moscas de peluche pegadas a la lengua. Su mesita de noche tiene forma de rana, al igual que su almohada.

Le digo: No sabía que te gustaran tanto las ranas, y Alice contesta: ¿Cómo ibas a saberlo?

En realidad, es la primera vez que estoy a solas con Alice. No parece tan simpática como cuando está Jocelyn.

Abre el armario, se sube a una silla y saca una caja en la que hay algunos uniformes: un vestido a cuadros escoceses verdes de cuando era pequeña y un traje marinero de dos piezas de cuando era algo mayor. ¿Cuál te gustaba más?, le pregunto.

Ninguno, responde ella. ¿A quién le gusta llevar uniforme?

A mí me gustaría, digo yo.

¿Es un chiste?

¿Por qué iba a ser un chiste?

No sé, como cuando tú y Jocelyn os reís porque habéis contado un chiste y yo no lo he pillado.

Se me seca la garganta y digo: Ya no me reiré.

Con Jocelyn.

Alice se encoge de hombros. A mí me resbala, dice.

Nos sentamos en la alfombra, con los uniformes encima del regazo. Alice lleva unos tejanos rasgados y el maquillaje negro de los ojos corrido, pero tiene el pelo largo y rubísimo. Tampoco ella es una punki de verdad.

Al cabo de un rato le pregunto: ¿Por qué nos dejan venir aquí, tus padres?

No son mis padres. Son mi madre y mi padrastro. Pues eso.

Porque quieren teneros controlados, supongo.

Las sirenas antiniebla de Sea Cliff son particularmente ruidosas, es como si estuviéramos solas en un barco que atraviesa una densa niebla. Me abrazo las rodillas y pienso que ojalá Jocelyn estuviera aquí con nosotros.

¿Es lo que están haciendo ahora?, pregunto en voz baja. ¿Nos están controlando?

Alice inspira hondo y suelta el aire. No, dice. Están durmiendo.

Marty, el violinista, ni siquiera va al instituto: es estudiante de segundo año en la San Francisco State, donde Jocelyn, Scotty (si aprueba álgebra III) y yo iremos el curso que viene. Jocelyn le dice a Bennie: Como dejéis que ese ganso suba al escenario la vamos a cagar y bien.

Supongo que tendremos ocasión de comprobarlo, responde Bennie, que se mira el reloj como si estuviera pensando. Dentro de dos semanas, cuatro días, seis horas y no-sé-cuántos-minutos.

Nos lo quedamos mirando, sin comprender. Entonces lo suelta: Dirk Dirksen, del Mab, le ha llamado. Jocelyn y yo gritamos y abrazamos a Bennie; para mí, tener lo que viene siendo su cuerpo entre mis brazos es como tocar algo eléctrico. Recuerdo todos los abrazos que le he dado. Cada vez descubro algo nuevo: lo caliente que tiene la piel, que tiene los mismos músculos que Scotty aunque nunca se quite la camiseta. Esta vez noto el latido de su corazón, que me palpita en la mano a través de la espalda.

¿Quién más lo sabe?, pregunta Jocelyn.

Scotty, por supuesto. Y también Alice, aunque eso no nos preocupa hasta más tarde.

Como yo tengo primos en Los Ángeles, Jocelyn llama a Lou desde nuestro apartamento, donde el número no llamará la atención en la factura telefónica. Estoy a dos centímetros de ella, encima de la colcha floreada de mis padres, cuando Jocelyn marca el número con su larga uña negra. Oigo una voz de hombre que contesta y me sorprendo de que sea real, de que no se trate de una invención de Jocelyn, aunque en ningún momento se me había ocurrido que pudiera serlo. Sin embargo, lo que dice no es: Hola guapa, sino: Te dije que ya te llamaría yo.

Lo siento, dice Jocelyn con voz hueca. Le quito el teléfono de las manos y digo: ¿Qué forma de saludar es esa? Y Lou dice: ¿Con quién leches estoy hablando? Con Rhea, digo yo, y él dice, con voz más calmada: Me alegro de conocerte, Rhea. Y, ahora, ¿te importaría pasarle otra vez el teléfono a Jocelyn?

Jocelyn se aleja un poco. Parece que quien habla la mayor parte del tiempo es Lou. Al cabo de uno o dos minutos, Jocelyn me dice entre dientes: Tienes que irte. ¡Sal!

Salgo del dormitorio de mis padres y voy a la cocina. Un helecho cuelga de la cadena de la lámpara y sus hojas marrones caen sobre el fregadero. Las cortinas tienen un motivo de piñas. Mis dos hermanos están en el balcón, haciendo injertos en una judía para el proyecto científico de mi hermano pequeño. Salgo con ellos, el sol me da en los ojos. Intento mirarlo directamente, como hizo Scotty.

Al cabo de un rato Jocelyn sale al balcón. Su pelo y su piel rezuman felicidad. A mí me resbala, pienso yo.

Más tarde me cuenta que Lou ha dicho que sí: vendrá al concierto de los Dildos en el Mab y a lo mejor incluso nos ofrece un contrato discográfico. No es una promesa, le ha advertido, pero en cualquier caso nos lo pasaremos bien, ¿verdad, guapa? Como siempre, ¿verdad?

La noche del concierto Jocelyn y yo nos reunimos

con Lou para cenar en Vanessi's, un restaurante de Broadway que hay junto a Enrico's, donde los turistas y la gente rica se sientan a beber café irlandés en la terraza y nos miran boquiabiertos al vernos pasar. Podríamos haber invitado a Alice, pero Jocelyn ha dicho: Probablemente sus padres la lleven a Vanessi's cada dos por tres. Querrás decir su madre y su padrastro, digo yo.

En un rincón hay un reservado circular, desde donde un hombre nos sonríe enseñándonos los dientes; ese hombre es Lou. Tendrá la edad de mi padre, o sea, cuarenta y tres. Lleva el pelo rubio y desgredado, y tiene un rostro atractivo, supongo, como sucede a veces con los padres.

Ven aquí, preciosa, dice Lou, y le hace un gesto a Jocelyn. Lleva una camisa tejana azul claro y un brazalete de cobre. Jocelyn da la vuelta a la mesa y se encaja bajo su brazo. Rhea, dice Lou, y levanta el otro brazo, o sea que en lugar de sentarme junto a Jocelyn, como tenía pensado, termino al otro lado de Lou, que me pasa el brazo por los hombros. Y así, como si nada, nos convertimos en las chicas de Lou.

Hace una semana le eché un vistazo al menú que hay frente a Vanessi's y vi que tenían linguine con almejas. Llevo toda la semana pensando en pedir ese plato. Jocelyn elige lo mismo y, cuando hemos acabado de pedir, Lou le pasa algo por debajo de la mesa. Salimos las dos del reservado y nos metemos en

el lavabo de mujeres. Se trata de un frasco marrón lleno de cocaína. Hay una diminuta cucharita unida a una cadena y Jocelyn se lleva la cucharita dos veces a cada orificio nasal. Esnifa, hace un ruidito y cierra los ojos. A continuación la llena de nuevo y me la ofrece a mí. Para cuando regreso a la mesa, tengo la cabeza llena de ojos que ven todo lo que pasa en el restaurante al mismo tiempo. A lo mejor lo que nos hemos metido otras veces no era realmente cocaína. Nos sentamos y le hablamos a Lou de un grupo nuevo que hemos oído llamado Flipper, y Lou nos habla de un tren que cogió en África y que no llegaba a pararse en las estaciones, solo frenaba un poco para que la gente pudiera bajarse y subir. ¡Yo quiero ir a África!, digo y Lou dice: A lo mejor iremos juntos, los tres, y parece como si realmente fuera a suceder. Dice: La tierra en las montañas es tan fértil que es roja, y yo digo: Mis hermanos injertan judías, pero están plantadas en tierra marrón normal y corriente, y Jocelyn dice: ¿Y qué pasa con los mosquitos?, y Lou dice: No he visto nunca un cielo más negro ni una luna más clara, y me doy cuenta de que mi vida adulta está empezando en este momento, esta noche.

Cuando el camarero trae mis linguine con almejas no puedo probar bocado. Solo Lou come: un bistec casi crudo, una ensalada César y vino tinto. Es una de esas personas que nunca dejan de moverse. En tres ocasiones se acercan desconocidos a nuestra mesa a

saludarlo, pero él no nos presenta. Hablamos y hablamos mientras se nos enfría la comida, y cuando Lou acaba de comer nos marchamos de Vanessi's.

En Broadway sigue rodeándonos con un brazo a cada una. Pasamos junto a las cosas de costumbre: el tipo sórdido con un fez que intenta atraer a la gente al Casbah, las *strippers* que esperan junto a la entrada del Condor y el Big Al's. Los punkis van de aquí para allá riendo a carcajadas, fumando como carreteros. El tráfico avanza lentamente por Broadway, la gente hace sonar el claxon y saluda desde los coches, como si estuviéramos todos en un fiestón enorme. Con mis mil ojos todo tiene un aspecto distinto, como si yo fuera una persona distinta viéndolo. Pienso: Cuando me haya librado de las pecas, toda mi vida será así.

El portero del Mab reconoce a Lou y nos deja pasar por delante de la serpenteante cola de personas que esperan a The Cramps y The Mutants, que tocan más tarde. Dentro, Bennie, Scotty y Joel ya están montando en el escenario, con Alice. Jocelyn y yo nos ponemos el collar de perro y los imperdibles en el lavabo. Cuando salimos, Lou se está presentando a la banda. Bennie le da la mano y dice: Es un honor, señor.

Tras la presentación sarcástica habitual de Dirk Dirksen, los Flaming Dildos empiezan con Snake in the Grass. No hay nadie bailando o siquiera escuchando: aún están entrando en el bar o matando el

tiempo hasta que empiecen a tocar los grupos que han venido a ver. Normalmente Jocelyn y yo estaríamos delante mismo del escenario, pero esta noche nos quedamos al fondo de la sala, apoyadas en una pared con Lou. Nos ha invitado a *gin tonics* a las dos. Soy incapaz de decir si los Dildos suenan bien o mal porque casi ni los oigo: el corazón me va a cien por hora y mis mil ojos escrutan toda la sala. A juzgar por los músculos de las mejillas de Lou, le rechinan los dientes.

Marty sale al escenario para la siguiente canción, pero da un traspié y se le cae el violín. El público sigue pasando bastante del tema, pero se oyen algunos insultos cuando se agacha para enchufar de nuevo el instrumento y deja a la vista su raja de fontanero. Es un momento tan importante que ni siquiera puedo mirar a Bennie.

Cuando empiezan a tocar Do the Math, Lou me grita al oído: «¿A quién se le ocurrió lo del violín?».

A Bennie, digo yo.

¿El chaval del bajo?

Yo asiento, y entonces Lou observa a Bennie tocar durante un minuto y yo hago lo mismo. No es nada del otro mundo, dice Lou.

Pero es..., intento explicar yo. El tema es que...

Algo sale volando hacia el escenario, algo que parece cristal, pero cuando le da a Scotty en la cara, gracias a Dios resulta que son tan solo los cubitos de

una bebida. Scotty da un respingo pero sigue tocando y entonces alguien tira una lata de Budweiser y le da a Marty en toda la frente. Jocelyn y yo intercambiamos una mirada de pánico, pero cuando intentamos movernos Lou nos retiene. Los Dildos empiezan a tocar What the Fuck?, pero ahora cae una lluvia de basura al escenario; los instigadores son cuatro tíos con unos imperdibles que les conectan las ventanas de la nariz con los lóbulos de las orejas. Cada pocos segundos una bebida impacta en la cara de Scotty, que al final acaba tocando con los ojos cerrados, y yo me pregunto si estará viendo las manchas grises. Alice intenta pararle los pies a los que tiran cosas y de pronto el público empieza a bailar slam a tortazo limpio, ese baile que en realidad es una pelea. Joel se emplea a fondo con sus baquetas y en ese momento Scotty se saca la camiseta empapada y empieza a atizar a los que lanzaban basura; le da a uno en la cara con un chasquido húmedo y luego le da a otro (¡chop!), como mis hermanos cuando se pelean con las toallas del baño pero más fuerte. El magnetismo de Scotty empieza a surtir efecto: la gente mira sus músculos desnudos que brillan por el sudor y la cerveza. Entonces uno de los que tiraban basura intenta subir al escenario, pero Scotty le pega una patada en el pecho con la suela de la bota; el público suelta un grito ahogado y el tío sale volando de espaldas. Scotty sonrío de oreja a oreja, como le he

visto hacer muy pocas veces, enseñando los dientes como un lobo, y me doy cuenta de que, de todos nosotros, Scotty es el único que está cabreado de verdad.

Me vuelvo hacia Jocelyn, pero ha desaparecido. A lo mejor son mis mil ojos lo que me lleva a mirar hacia abajo. Veo los dedos de Lou agarrándole el pelo negro. Jocelyn está arrodillada ante él, chupándosela, como si la música fuera un disfraz y nadie pudiera verlos. Y a lo mejor nadie los ve. Lou me sigue sujetando el hombro con el otro brazo y supongo que por eso no echo a correr, aunque en realidad podría. Pero me quedo donde estoy mientras Lou empuja la cabeza de Jocelyn hacia él, una y otra vez, y no entiendo cómo puede respirar, hasta que tengo la sensación de que ni siquiera se trata de Jocelyn, sino más bien de un animal o incluso de una máquina irrompible. Hago un esfuerzo supremo para mirar hacia la banda, hacia Scotty, que sigue atizándole a la gente en los ojos con su camiseta húmeda y pateándolos con sus botas, y Lou me estruja el hombro con fuerza, vuelve la cabeza hacia mi cuello y suelta un gemido caliente y entrecortado que oigo incluso a través de la música. Tan cerca está. Un gemido nace en mi interior. Se me llenan de lágrimas los ojos, pero solo los dos de la cara. Los otros mil ojos están cerrados.

Las paredes del apartamento de Lou están repletas de guitarras eléctricas y discos de oro y platino, tal

como dijo Jocelyn. Lo que no mencionó es que el piso está en la planta treinta y cinco, a seis bloques del Mab, ni tampoco que el ascensor estaba cubierto con losas de mármol verde. En mi opinión dejó de contar demasiadas cosas.

En la cocina, Jocelyn llena un plato con Fritos y saca un cuenco de cristal con manzanas verdes de la nevera. Ya ha rulado las metacualonas, que ha ofrecido a todos menos a mí. Creo que le da miedo mirarme. ¿Quién es la anfitriona ahora?, tengo ganas de preguntarle.

En la sala de estar, Alice está sentada con Scotty, que lleva una camiseta Pendleton que ha salido del armario de Lou, y está pálido y tembloroso, a lo mejor por todas las cosas que le han tirado, o a lo mejor porque finalmente ha comprendido que Jocelyn tiene novio y no es él, y nunca lo será. Marty también está ahí. Tiene un corte en la mejilla y un ojo morado y repite una y otra vez: Eso ha sido intenso, aunque no habla con nadie en particular. A Joel se lo han llevado directamente a casa, por supuesto. Todo el mundo coincide en que el concierto ha ido bien.

Cuando Lou acompaña a Bennie por una escalera de caracol hacia su estudio de grabación, yo los sigo. Llama a Bennie «chaval» y le cuenta para qué sirven todos los aparatos de la sala, que es pequeña y calurosa y tiene las paredes forradas de planchas de espuma negra. Lou mueve las piernas nerviosamente y se come

una manzana verde a dentelladas ruidosas, como si estuviera masticando piedras. Bennie echa un vistazo hacia la puerta, por encima de la barandilla que da a la sala de estar, intentando ver a Alice. Estoy todo el rato al borde del llanto. Me da pavor que lo que acaba de pasar en el bar pueda considerarse como tener relaciones sexuales con Lou (que yo haya tomado parte en ello).

Finalmente bajo las escaleras. En un extremo de la sala de estar veo una puerta entreabierta y, detrás, una cama grande. Entro y me tiendo boca abajo encima de una colcha de terciopelo. Un picante olor a incienso se extiende a mi alrededor. La sala está fresca y en penumbra, hay fotografías enmarcadas a ambos lados de la cama. Me duele todo el cuerpo. Al cabo de unos minutos entra alguien que se echa a mi lado y sé que es Jocelyn. No decimos nada, nos quedamos ahí tendidas, la una junto a la otra, en la oscuridad. Finalmente digo: Me lo tendrías que haber dicho.

¿Decirte qué?, pregunta ella, pero no lo sé ni yo. Entonces dice: Son demasiadas cosas, y yo tengo la sensación de que en ese preciso instante algo se termina.

Al cabo de un rato Jocelyn enciende una lamparita que hay junto a la cama. Mira, dice. Tiene en las manos una foto de Lou en una piscina, rodeado de niños; los dos más pequeños casi bebés. Los cuento y me salen seis. Jocelyn dice: Son sus hijos. La chica

rubia, a la que todos llaman Charlie, tiene veinte años. Rolph, ese de ahí, tiene nuestra edad. Los dos fueron con él a África.

Me acerco a la foto. A Lou se le ve tan feliz rodeado de sus hijos, como cualquier padre normal, que me cuesta creer que el que está con nosotros sea el mismo Lou. Entonces me fijo en su hijo Rolph. Tiene los ojos azules, el pelo negro y brillante y una sonrisa encantadora. Noto un aleteo en el estómago. Digo: Rolph no está nada mal, y Jocelyn se ríe y dice: Ya ves. Entonces añade: No le digas a Lou que he dicho eso.

Un minuto más tarde Lou entra en la habitación, masticando ruidosamente una manzana. Me doy cuenta de que las manzanas son todas para Lou, que las devora sin pausa. Salgo sigilosamente de la cama sin mirarlo y él cierra la puerta a mis espaldas.

Necesito un segundo para comprender lo que está pasando en la sala de estar. Scotty está sentado con las piernas cruzadas, tocando una guitarra dorada con forma de llama. Alice está detrás de él, abrazándolo por el cuello, con la cara pegada a la suya y el pelo esparcido sobre su regazo. Alice tiene los ojos cerrados de felicidad. Durante un segundo me olvido de quién soy realmente: solo puedo pensar en cómo va a sentirse Bennie cuando vea esto. Lo busco a mi alrededor, pero solo veo a Marty, que observa los discos que hay colgados en las paredes, intentando

pasar desapercibido. Y de pronto percibo la música que emana de todo el apartamento al mismo tiempo (del sofá, de las paredes, incluso del suelo) y sé que Bennie está solo en el estudio de Lou, inundándonos de música. Hace un momento fue Don't Let Me Down. Luego Heart of Glass, de Blondie. Ahora es The Passenger, de Iggy Pop:

I am the passenger

And I ride and I ride

I ride through the city's backside

I see the stars come out of the sky

Mientras escucho, pienso: Nunca sabrás cómo te entiendo.

Noto que Marty mira hacia mí, como dudando, y veo perfectamente cómo se supone que funciona esto: yo soy el cardo, de modo que me toca Marty. Abro una puerta corredera y salgo al balcón de Lou. Nunca he visto San Francisco desde tan arriba: es de un azul oscuro pálido, con luces de colores y una niebla que parece humo gris. Los largos muelles se extienden hasta la oscura bahía. Sopla un viento furioso, de modo que entro a por la chaqueta, salgo de nuevo y me acurruco en una silla blanca de plástico. Contemplo la vista hasta que empiezo a serenarme. Pienso: En realidad el mundo es enorme. Esa es la parte que nadie puede explicar realmente.

Al rato la puerta se abre. No levanto la cabeza,

pensando que será Marty, pero resulta que es Lou. Va descalzo y lleva bermudas. Tiene las piernas bronceadas incluso en la oscuridad. ¿Dónde está Jocelyn?, pregunto.

Durmiendo, dice Lou. Está apoyado en la barandilla, mirando a lo lejos. Es la primera vez que lo veo callado.

¿Tú te acuerdas siquiera de cuando tenías nuestra edad?, digo, sentada aún en la silla.

Lou me sonríe, pero es una copia de la sonrisa que exhibía durante la cena. Yo tengo vuestra edad, dice.

Ejem, digo yo. Tienes seis hijos.

Eso también, dice él. Me da la espalda, esperando a que desaparezca. Pienso: No me he acostado con este hombre. Ni siquiera lo conozco. Entonces él dice: Yo no envejeceré nunca.

Ya eres viejo, le digo yo.

Él se vuelve y me mira, acurrucada en la silla. Das miedo, dice. ¿Lo sabías?

Es por las pecas, respondo yo.

No, no son las pecas, eres tú. No aparta la mirada de mí, pero de pronto algo cambia en su cara y dice: Me gusta.

Preferiría que no te gustara.

Pues me gusta. Voy a serte sincero, Rhea.

Me sorprende que se acuerde de mi nombre. Digo: Es ya un poco tarde para eso, Lou.

Ahora se ríe, se ríe de verdad, y en ese momento

comprendo que Lou y yo somos amigos. Aunque lo odie, que lo odio. Me levanto del asiento y me acerco a la barandilla, donde está él.

La gente intentará cambiarte, Rhea, dice Lou. No les dejes.

Pero es que yo quiero cambiar.

No, dice él, muy serio. Eres preciosa. Sigue siendo así.

Pero las pecas, digo yo, y noto ese dolor en la garganta.

Las pecas son lo mejor, dice Lou. Algún tío va a perder el culo por esas pecas. Te las va a besar una a una.

Me pongo a llorar y ni siquiera lo oculto.

Ey, dice Lou. Se inclina hasta que nuestras caras están muy cerca y me mira fijamente a los ojos. Parece cansado, como si alguien hubiera caminado por su piel y hubiera dejado huellas. Dice: El mundo está lleno de capullos, Rhea. No los escuches a ellos, escúchame a mí.

Y yo sé que Lou es uno de esos capullos, pero lo escucho.

Dos semanas después de aquella noche, Jocelyn desaparece. Me entero al mismo tiempo que todos los demás.

Su madre viene directamente a nuestro apartamento. Ella, mis padres y mi hermano mayor me interrogan: ¿Que qué sé? ¿Quién es ese novio nuevo?

Les hablo de Lou. Vive en Los Ángeles y tiene seis hijos. Conoce personalmente a Bill Graham. Se me ocurre que es posible que Bennie sepa quién es realmente Lou, de modo que la madre de Jocelyn viene a nuestra escuela para hablar con Bennie Salazar. Pero no es fácil dar con él. Ahora que Alice y Scotty están juntos, Bennie ha dejado de acudir a la cantera. Él y Scotty siguen sin hablarse, aunque antes eran una sola persona. Ahora, en cambio, es como si no se conocieran.

Y yo no puedo dejar de preguntarme: Si me hubiera alejado de Lou y les hubiera plantado cara a los que tiraban basura, ¿se habría conformado Bennie conmigo como Scotty se ha conformado con Alice? ¿Es posible que ese detalle lo hubiera cambiado todo?

Al cabo de unos días localizan a Lou. Le cuenta a la madre de Jocelyn que fue hasta su casa haciendo autostop, sin siquiera avisarlo. Le dice que está sana y salva, que él se ocupa de ella, que mejor eso a que esté por la calle. Lou promete que la llevará a casa la semana que viene, cuando vaya a la ciudad. ¿Y por qué no esta semana?, me pregunto yo.

Mientras espero a Jocelyn, Alice me invita a su casa. Cogemos el autobús desde el colegio, hay un buen trecho hasta Sea Cliff. De día su casa parece más pequeña. En la cocina, ponemos miel en los yogures caseros de su madre y nos comemos dos cada una. Subimos a su habitación, donde están todas las ranas, y

nos sentamos en el asiento empotrado que hay bajo su ventana. Alice me cuenta que tiene planeado conseguir ranas de verdad y criarlas en un terrario. Ahora que Scotty la quiere está tranquila y feliz. Soy incapaz de decir si ahora es realmente auténtica o si ha dejado de preocuparle ser auténtica o no serlo. ¿Es posible que una persona empiece a ser auténtica en el momento en que deja de preocuparse por serlo?

Me pregunto si la casa de Lou estará cerca del océano. ¿Contemplará Jocelyn las olas? ¿Saldrán alguna vez del dormitorio de Lou? ¿Estará Rolph con ellos? Me pierdo en esas preguntas, una y otra vez. Entonces se oyen unas risitas y unos golpes, y pregunto: ¿Qué ha sido eso?

Mis hermanas, dice Alice. Están jugando a tetherball.

Bajamos por las escaleras y salimos al jardín de Alice, que hasta hoy solo había visto de noche. Pero ahora luce el sol sobre una alfombra de flores y un limonero cargado de limones. En un extremo del jardín hay dos niñas pequeñas golpeando una pelota de color amarillo fosforescente atada a un poste plateado. Se vuelven hacia nosotras y se ríen, vestidas con sus uniformes verdes.

4

Safari

I

Hierba

—¿Te acuerdas, Charlie? ¿En Hawai? ¿Cuando fuimos a la playa de noche y empezó a llover?

Rolph habla con su hermana mayor, Charlene, que detesta su nombre real. Pero como están sentados alrededor de una hoguera con los demás participantes del safari, y como Rolph no habla demasiado a menudo, y como su padre, Lou, que está sentado detrás de ellos en una silla de *camping* (mientras ellos dibujan sobre la tierra con unas ramitas), es un productor musical cuya vida privada es de interés general, quienes están lo bastante cerca aguzan el oído.

—¿Te acuerdas? Mamá y papá se quedaron en la mesa tomándose otra copa y...

—Eso es imposible —lo interrumpe su padre, que les guiña un ojo a las ancianas observadoras de aves que tiene a su izquierda. Ambas mujeres llevan prismáticos aunque sea de noche, como si esperaran avistar algún pájaro en el árbol iluminado por la hoguera.

—¿Te acuerdas, Charlie? ¿Recuerdas que la playa aún estaba caliente y soplaba un viento endemoniado?

Pero Charlie está muy concentrada en las piernas de su padre, que se han entrecruzado con las de su novia, Mindy, a sus espaldas. Pronto darán las buenas

noches al grupo y se meterán en la tienda, donde harán el amor en uno de los catres estrechos y desvencijados, o posiblemente en el suelo. Desde la tienda adyacente que comparte con Rolph, Charlie los oye (no los sonidos, sino más bien los movimientos). Rolph es demasiado joven para enterarse de nada.

Charlie vuelve la cabeza de repente y su padre se sobresalta. Lou está a punto de cumplir los cuarenta y su cara de surfista, de mandíbula prominente, presenta unas incipientes ojeras.

—Estabas casado con mamá durante ese viaje —le informa Charlie, con la voz levemente estrangulada por culpa de la torsión de cuello, del que pende una gargantilla de conchas.

—Sí, Charlie —dice Lou—. Lo sé muy bien.

Las observadoras de aves intercambian una sonrisa triste. Lou es uno de esos hombres cuyo inquieto encanto ha dejado un rastro casi visible de trastornos personales a sus espaldas: dos matrimonios fallidos y dos hijos más que se han quedado en Los Ángeles, pues eran aún demasiado pequeños para irse de safari tres semanas. El safari es una nueva empresa que han montado él y su compañero del ejército, Ramsey, con quien había bebido y hecho todo tipo de gamberradas tras eludir por los pelos lo de Corea, hace casi veinte años.

Rolph le toca el hombro a su hermana. Quiere que lo recuerde, que vuelva a sentir todo aquello: el viento,

el océano negro, interminable, y ellos dos escrutando la oscuridad como si esperaran una señal de sus vidas adultas, distantes.

—¿Te acuerdas, Charlie?

—Sí —dice Charlie, entornando los ojos—. Me acuerdo.

Los soldados samburu han llegado: son cuatro, dos llevan tambores y hay un niño escondido entre las sombras, cuidando de una vaca amarillenta de cuernos larguísimos. Vinieron también ayer, después del safari fotográfico, mientras Lou y Mindy «echaban la siesta». Fue entonces cuando Charlie intercambió unas tímidas miradas con el guerrero más atractivo, que tiene unas cicatrices que le atraviesan como vías de tren el pecho, los hombros y la espalda.

Charlie se levanta y se acerca más a los guerreros: una chica delgada con *shorts*, una basta camisa de algodón con unos pequeños botones de madera y una dentadura algo irregular. Los del tambor empiezan a tocar y su soldado y el otro se ponen a cantar emitiendo unos sonidos guturales que les suben desde el vientre. Charlie se balancea ante ellos. Durante los diez días que lleva en África ha empezado a actuar como si fuera otro tipo de chica, de esas que antes del viaje la intimidaban. En una ciudad de edificios de hormigón que visitaron hace unos días, se bebió un mejunje de aspecto turbio en un bar y terminó dándole sus pendientes de plata en forma de mariposa (regalo

de cumpleaños de su padre) a una chica muy joven que vivía en una cabaña y cuyos pechos rezumaban leche. Los demás estaban esperándola en los *jeeps*; Albert, que trabaja para Ramsey, tuvo que ir a por ella.

—Prepárate —la advirtió—. Tu padre está hecho una fiera.

A Charlie ni le importó entonces ni le importa ahora; le encanta estar al mando de la caprichosa atención de su padre, percibir su incomodidad mientras ella baila, sola, junto al fuego.

Lou suelta la mano de Mindy y se pone tenso. Quiere agarrar el delgado brazo de su hija y alejarla de aquellos hombres negros, pero no lo hace, naturalmente; eso sería concederle la victoria.

El guerrero sonríe a Charlie. Tiene diecinueve años, apenas cinco más que ella, y ha vivido lejos de su pueblo desde los diez. Sin embargo, ha cantado ya para suficientes turistas americanos como para darse cuenta de que, en su mundo, Charlie aún es una niña. Dentro de treinta y cinco años, en 2008, este guerrero se verá involucrado en los enfrentamientos tribales entre los *kiktyu* y los *luo* y morirá en un incendio. Habrá tenido cuatro mujeres y sesenta y tres nietos, uno de ellos, un niño llamado Joe, heredará su *lalema*: el puñal de caza de hierro que ahora lleva colgando a un costado, enfundado en una vaina de piel. Joe irá a Columbia, donde estudiará ingeniería, y se convertirá en un experto en tecnología robótica visual capaz de

detectar pequeños movimientos irregulares (el legado de haber pasado la infancia escrutando los pastos por si aparecía un león). Se casará con una estadounidense llamada Lulu y se quedará a vivir en Nueva York, donde inventará un escáner que se convertirá en un instrumento de uso estándar para la seguridad de masas. Él y Lulu se comprarán un ático en Tribeca y colocarán el puñal de caza de su abuelo en una urna de plexiglás, justo debajo de un tragaluz.

—Hijo —le dice Lou a Rolph al oído—. Vamos a dar una vuelta.

El niño se levanta del suelo y se marcha con su padre lejos de la fogata. Doce tiendas, con dos turistas de safari en cada una, describen un círculo alrededor de la hoguera, junto con tres letrinas y un barracón con la ducha, donde el agua, calentada al fuego, sale de una bolsa al tirar de una cuerda. Ocultas tras la cocina hay una serie de tiendas más pequeñas para el personal, y detrás de ellas se abre la negra, susurrante inmensidad de la maleza, donde les han advertido que no deben ir nunca.

—Tu hermana se está comportando como una chiflada —dice Lou, penetrando en la oscuridad a grandes zancadas.

—¿Por qué? —pregunta Rolph, que no ha percibido ni rastro de chifladura en la actitud de Charlie. Pero su padre ha interpretado la pregunta de otra forma.

—Las mujeres están locas —dice—. Podrías pasarte la vida entera intentando comprender por qué.

—Mamá no lo está.

—Es verdad —dice Lou, más calmado—. De hecho, tu madre no está lo suficientemente loca.

Los cánticos y los tambores se desvanecen de repente y dejan a Lou y Rolph solos bajo la luna clara.

—¿Y Mindy? —pregunta Rolph—. ¿Está loca?

—Buena pregunta —dice Lou—. ¿Tú qué crees?

—Le gusta leer. Ha traído un montón de libros.

—No me digas.

—A mí me gusta —dice Rolph—. Pero no sé si está loca. Ni tampoco cuál es el nivel de locura apropiado.

Lou rodea a Rolph con un brazo. Si fuera un hombre introspectivo, habría comprendido hacía años que su hijo era la única persona del mundo que tenía el poder de calmarlo. Y que, aunque espera que Rolph sea como él, lo que más le gusta de su hijo son las muchas cosas en las que es distinto: tranquilo, reflexivo, conectado con el mundo natural y el dolor de los demás.

—A quién le importa —dice Lou—. ¿No?

—Sí —dice Rolph, y las mujeres se desvanecen como los tambores, y los dejan a él y a su padre juntos, como una unidad inquebrantable. A sus once años, Rolph sabe dos cosas sobre sí mismo: que él le pertenece a su padre. Y que su padre le pertenece a él.

Se quedan muy quietos, rodeados por la susurrante maleza. Rolph cierra los ojos y vuelve a abrirlos. Piensa: «Recordaré esta noche durante el resto de mi vida». Y no se equivoca.

Cuando finalmente regresan al campamento, los guerreros se han marchado. Solo quedan unos cuantos fanáticos de la Facción de Phoenix (nombre con el que Lou se refiere a los participantes del safari procedentes de ese turbio lugar) sentados junto a la hoguera, comparando los avistamientos de animales del día. Rolph entra en su tienda, se quita los pantalones y se mete en el catre en camiseta y calzoncillos. Supone que Charlie estará durmiendo. Cuando esta habla, se da cuenta por su voz de que ha estado llorando.

—¿Dónde os habíais metido? —dice.

II Colinas

—¿Qué demonios llevas en esa mochila?

Es Cora, la agente de viajes de Lou. Cora odia a Mindy, pero Mindy no se lo toma como algo personal: es un «odio estructural», un término que ha acuñado ella misma y que le está resultando de lo más útil durante este viaje. Una mujer soltera y cuarentona que lleva camisas de cuello alto para ocultar las arrugas del cuello experimentará un odio estructural hacia la novia de veintitrés años de un macho poderoso que no solo es el jefe de dicha mujer de mediana edad, sino que además le ha pagado el billete para este viaje.

—Libros de antropología —le cuenta a Cora—. Estoy en el programa de doctorado en Berkeley.

—¿Y por qué no los lees?

—Porque el coche me marea —dice Mindy, y Dios sabe que es plausible teniendo en cuenta cómo se menean esos *jeeps*, aunque en realidad es mentira. No está segura de por qué aún no ha abierto su Boas, su Malinowski o su John Murra, aunque supone que debe de estar aprendiendo por otras vías que se revelarán igualmente fructíferas. En los momentos más audaces, alimentada por el café solo que sirven cada mañana en la tienda comedor, Mindy se pregunta incluso si sus opiniones sobre el vínculo entre estructuras sociales y

respuestas emocionales puede dar lugar a algo más que a un refrito de Lévi-Strauss: un refinamiento, una aplicación contemporánea. Solo está en su segundo curso de doctorado.

Su *jeep* es el último de una hilera de cinco y avanza lentamente por un camino de tierra a través de una densa pradera cuya apariencia marrón oculta el espectro interior de colores: los morados, los verdes y los rojos. Albert, el hosco inglés que es la mano derecha de Ramsey, va al volante. Mindy ha logrado evitar el *jeep* de Albert durante varios días, pero este se ha ganado la fama de descubrir los mejores animales, y aunque hoy no está previsto ningún safari fotográfico —se están trasladando a las colinas, donde pasarán la noche en un hotel por primera vez en todo el viaje—, los niños han insistido en ir con él. Y parte de la tarea de Mindy consiste en lograr que los hijos de Lou estén felices o, por lo menos, tan felices como sea estructuralmente posible.

Resentimiento estructural: la hija adolescente de un macho divorciado por segunda vez no podrá tolerar la presencia de su nueva novia y hará todo lo posible dentro de sus limitadas capacidades para evitar que se fije en ella, para lo que utilizará como arma principal su propia sexualidad incipiente.

—Afecto estructural —el hijo preadolescente (y el preferido) de un macho divorciado por segunda vez abrazará y aceptará a la nueva novia de su padre

porque aún no ha aprendido a diferenciar entre los amores y deseos de su padre y los suyos propios. En cierto modo, también él la amará y la deseará, y ella albergará sentimientos maternales hacia él, aunque ni siquiera sea lo bastante mayor como para ser su madre.

Lou abre la voluminosa maleta de aluminio donde lleva su nueva cámara, protegida con almohadillas de espuma, como un rifle desmontado. Utiliza la cámara para combatir el aburrimiento que lo aflige cuando le resulta físicamente imposible moverse. Se ha equipado de un pequeño radiocasete con auriculares de espuma para poder escuchar demos y grabaciones caseras. De vez en cuando le pasa el aparato a Mindy y le pide su opinión, y la experiencia de la música resonando en sus tímpanos —y en los de nadie más— le provoca siempre una sacudida que hace que se le llenen los ojos de lágrimas; la sensación de intimidad y el modo en que esta transforma su entorno en un montaje dorado, como si estuviera contemplando esta divertida aventura en África con Lou desde un futuro distante.

Incompatibilidad estructural: un macho poderoso y divorciado por segunda vez será incapaz de reconocer, y menos aún validar, las ambiciones de una compañera hembra mucho más joven que él. Por definición, su relación será temporal.

Deseo estructural: la compañera hembra mucho más joven que un macho poderoso se sentirá inexorablemente atraída por un macho soltero próximo

que no reconoce el poder de su compañero.

Albert conduce con un codo asomando por la ventanilla. Se ha comportado como una presencia taciturna durante la mayor parte del safari, comiendo apresuradamente en la tienda comedor y respondiendo lacónicamente a las preguntas de los demás. («¿Dónde vives?». «En Mombasa». «¿Cuánto tiempo llevas en África?». «Ocho años». «¿Qué te trajo aquí?». «Nada en particular»). Rara vez se une al grupo alrededor de la hoguera después de la cena. Una noche, mientras se dirigía a uno de los retretes, Mindy vio fugazmente a Albert junto a la otra hoguera, cerca de las tiendas del personal, bebiendo cerveza y riéndose con los conductores kiktyu. Con el grupo de turistas no sonríe casi nunca. Cada vez que sus ojos se cruzan fugazmente con los de Mindy, esta siente vergüenza: por ser tan guapa; por dormir con Lou; porque no deja de repetirse a sí misma que todo esto constituye una investigación antropológica sobre dinámicas de grupo y enclaves etnográficos, cuando lo que busca en realidad es lujo, aventuras y un respiro de sus cuatro compañeras de habitación insomnes.

Junto a Albert, en el asiento del copiloto, Chronos está soltando una perorata sobre animales. Es el bajista de los Mad Hatters, una de las bandas de Lou, y ha venido al viaje invitado por él, junto con el guitarrista de los Hatters y sus respectivas novias. Los cuatro se han enzarzado en una visceral competición para ver

quién avista más animales (Fijación estructural: una obsesión colectiva e inducida contextualmente se convierte en un locus temporal de codicia, competición y envidias). Cada noche discuten sobre quién ha visto qué y a qué distancia, invocando testigos de sus respectivos *jeeps* y con la promesa de aportar pruebas definitivas cuando vuelvan a casa y revelen los carretes.

Detrás de Albert está Cora, la agente de viajes, y junto a ella, mirando por la ventana, Dean, un actor rubio cuyo talento para hacer comentarios obvios («Hace calor», o «Se está poniendo el sol», o «No hay muchos árboles») constituye una de las principales fuentes de diversión para Mindy. Dean está rodando una película en cuya banda sonora participa Lou; al parecer, todos dan por sentado que su estreno catapultará a Dean a una fama estratosférica e inmediata. En el asiento de detrás, Rolph y Charlie le están enseñando su revista *Mad* a Mildred, una de las dos ancianas observadoras de aves. O ella o su amiga, Fiona, andan siempre cerca de Lou, que flirtea con ellas incansablemente y las pincha para que se lo lleven a ver pájaros. Las atenciones que Lou dispensa a esas dos mujeres, que rondan los setenta (y a las que no conocía antes del viaje), tienen intrigada a Mindy, que no logra encontrar ningún motivo estructural para explicarlas.

En el asiento del fondo, junto a Mindy, Lou

asoma el torso por el techo corredizo y hace fotografías, ignorando la norma de permanecer sentado siempre que el *jeep* esté en movimiento. Albert vira súbitamente el volante y Lou se golpea con la cámara en la frente y cae sobre el asiento. Maldice a Albert, pero sus palabras son engullidas por el rumor del *jeep*, que atraviesa la alta maleza. Han abandonado el camino. Chronos se asoma a la ventana abierta y Mindy se da cuenta de que Albert debe de estar dando un rodeo por él, para darle a Chronos la oportunidad de avanzar a sus rivales. ¿O acaso la tentación de obligar a Lou a sentarse era demasiado dulce como para resistirse?

Al cabo de uno o dos minutos de conducción caótica, el *jeep* sale por entre unos arbustos y se detiene a pocos metros de una manada de leones. Todos observan boquiabiertos, en silencio: es lo más cerca que han estado de un animal en todo el viaje. El motor aún está en marcha; Albert no se atreve a apartar la mano del volante, pero los leones parecen tan relajados, tan indiferentes, que termina apagando el motor. Por encima de los chasquidos mecánicos oyen la respiración de los leones: dos hembras, dos machos y un cachorro. Los cachorros y una de las hembras están pegándose un atracón con el cadáver ensangrentado de una cebra. Los demás duermen.

—Están comiendo —dice Dean.

A Chronos le tiembla la mano mientras coloca un

carrete en la cámara.

—Joder —masculla una y otra vez—. Joder.

Albert se enciende un cigarrillo (prohibido en la maleza) y espera, tan indiferente a lo que tiene delante como si se hubiera detenido junto a un lavabo.

—¿Podemos levantarnos? —preguntan los niños—. ¿Es peligroso?

—Yo me voy a levantar sí o sí —dice Lou.

Lou, Charlie, Rolph, Chronos y Dean se suben a sus asientos y sacan el tronco por el techo corredizo. A efectos prácticos, Mindy se queda a solas dentro del *jeep* con Albert, Cora y Mildred, que contempla los leones con sus prismáticos de avistar pájaros.

—¿Cómo lo sabías? —pregunta Mindy tras un silencio.

Albert se vuelve y la mira al otro extremo del *jeep*. Lleva el pelo alborotado y un poblado bigote castaño. A su rostro asoma una expresión divertida.

—Simple intuición.

—¿Desde un kilómetro de distancia?

—Probablemente tendrá un sexto sentido —dice Cora—, después de tantos años aquí...

Albert se vuelve de nuevo y saca el humo por la ventanilla abierta.

—¿Has visto algo? —insiste Mindy.

No espera que Albert vuelva a girarse, pero lo hace, se inclina sobre el respaldo de su asiento y sus ojos se posan sobre los de ella por entre las piernas

desnudas de los niños. Mindy siente una sacudida de atracción, más o menos como si alguien le hubiera agarrado los intestinos y se los hubiera estrujado. Ahora comprende que es algo mutuo, lo ve en la cara de Albert.

—Unos matojos rotos —dice, mirándola fijamente—. Como si hubiera habido una persecución. Podría no haber sido nada.

Cora, que se siente excluida, suelta un suspiro cansado.

—¿Alguien se sienta y me deja echar un vistazo?

—Voy —dice Lou, pero Chronos es más rápido, se escurre hasta el asiento delantero y se asoma por la ventanilla. Coral que lleva una falda rosa, se levanta. Mindy se ha puesto colorada. Su ventanilla, como la de Albert, da al lado izquierdo del *jeep*, el opuesto a los leones. Mindy ve como Albert se humedece los dedos y apaga el cigarrillo. Se quedan en silencio, con una mano colgando de sus respectivas ventanillas, mientras una leve brisa les agita el vello de los brazos, ignorando el avistamiento de animales más espectacular de todo el safari.

—Me estás volviendo loco —dice Albert, en voz muy baja. Es como si el sonido de su voz saliera por su ventanilla y entrara de nuevo por la de Mindy, como si viajara a través de un tubo—. Supongo que ya lo sabes.

—No lo sabía —murmulla ella detrás.

—Pues es la verdad.

—Tengo las manos atadas.

—¿Para siempre?

Ella sonríe.

—Por favor. Es un paréntesis.

—¿Ah, sí?

—Estoy haciendo un doctorado. En Berkeley.

Albert suelta una risita, pero Mindy no está segura de su significado: ¿le hace gracia que esté estudiando un doctorado, o que Berkeley y Mombasa, donde vive él, sean dos lugares irreconciliables?

—Chronos, chalado hijo de puta, vuelve aquí.

Es la voz de Lou a través del techo abierto, pero Mindy se siente aletargada, medio grogui, y solo reacciona con el cambio en el tono de voz de Albert.

—No —dice este entre dientes—. ¡No! Vuelve al *jeep*.

Mindy se acerca a la ventanilla del lado opuesto. Chronos está merodeando entre los leones y acerca la cámara a las cabezas del macho y la hembra dormidos, mientras va sacando fotografías.

—Camina hacia atrás —dice Albert con un apremiante susurro—. Hacia atrás, Chronos, poco a poco.

El movimiento llega de donde nadie lo esperaba: la hembra que estaba royendo los huesos de la cebrilla se echa sobre Chronos con un brinco ágil, que desafía la ley de la gravedad y que cualquiera que tenga un gato

reconocería fácilmente. Se abalanza sobre su cabeza y lo tumba al instante. Se oyen gritos, un disparo, y los que estaban de pie se sientan de forma tan violenta que en un primer momento Mindy cree que les han disparado a ellos. Pero el disparo ha alcanzado a la leona; Albert la ha matado con un rifle que tenía escondido en alguna parte, tal vez bajo su asiento. Los otros leones han huido; solo quedan los huesos de la cebra y el cuerpo de la leona, con las piernas de Chronos asomando por debajo.

Albert, Lou, Dean y Cora salen corriendo del *jeep*. Mindy quiere seguirlos, pero Lou se lo impide y ella comprende que quiere que se quede con sus hijos. Se inclina por encima del respaldo del asiento delantero y los abraza a los dos. Mientras miran por la ventanilla abierta, una oleada de náuseas se apodera de Mindy, que siente que puede desmayarse en cualquier momento. Mildred sigue donde estaba, junto a los niños, y a Mindy se le ocurre pensar, distraídamente, que la anciana observadora de aves ha estado dentro del *jeep* todo el tiempo mientras ella y Albert hablaban.

—¿Está muerto Chronos? —pregunta Rolph sin rodeos.

—Estoy segura de que no —dice Mindy.

—¿Y por qué no se mueve?

—Porque tiene la leona encima. Están intentando apartarla, ¿ves? Es probable que no le haya pasado

nada.

—La leona tiene sangre en la boca —dice Charlie.

—Es de la cebra. ¿No recuerdas que estaba comiéndose la cebra?

Tiene que hacer un esfuerzo supremo para evitar que le castañeen los dientes, pero Mindy sabe que debe impedir que los niños perciban su terror, su convicción de que, independientemente de lo que haya pasado, la culpa es suya.

Aguardan en un aislamiento palpitante, envueltos por el día caluroso, prístino. Mildred pone una mano huesuda sobre el hombro de Mindy, que nota como se le llenan los ojos de lágrimas.

—Estará bien —dice la anciana en voz baja—. Ya lo verás.

Para cuando el grupo entra en tromba en el hotel de montaña, después de cenar, todo el mundo parece haber logrado algo. Chronos ha logrado una victoria aplastante ante su compañero de banda y sus respectivas novias, que le ha costado treinta y dos puntos en la mejilla izquierda, lo que también podría considerarse un logro (al fin y al cabo es una estrella del *rock*), y varias píldoras antibióticas enormes administradas por un médico inglés de párpados caídos y aliento a cerveza, un viejo amigo de Albert al que este ha podido localizar en una ciudad de edificios de hormigón situada a una hora de donde están los leones.

Albert ha logrado el estatus de héroe, aunque

nadie lo diría viéndolo. Se bebe un *bourbon* y responde entre dientes a las confusas preguntas de la Facción de Phoenix. Nadie le ha planteado aún las palabras condenatorias fundamentales: «¿Qué hacías en los matorrales? ¿Cómo estabas tan cerca de los leones? ¿Por qué no impediste que Chronos saliera del *jeep*?». Pero Albert sabe que Ramsey, su jefe, sí formulará todas esas preguntas y que es muy probable que la consecuencia sea su despido: el último de una serie de fracasos desencadenados por lo que su madre, que vive en Minehead, denomina sus «tendencias autodestructivas».

Los participantes del safari de Ramsey han logrado vivir una historia que van a contar durante el resto de sus vidas y que empujará a algunos de ellos, dentro de unos años, a buscarse en Google y en Facebook, incapaces de resistirse a la fantasía de estar cumpliendo el sueño que ofrecen estos portales: «¿Qué habrá sido de...?». En unos pocos casos, se encontrarán de nuevo para recordar los viejos tiempos y asombrarse ante sus respectivas transformaciones físicas, que parecerán disiparse a los pocos minutos. Dean, que no conseguirá triunfar hasta entrada la madurez, interpretando a un fontanero barrigón y lenguaraz en una popular comedia televisiva, se reunirá para tomar un espresso con Louise (que ahora no es más que una chica rellenita de doce años perteneciente a la Facción de Phoenix), que lo habrá

buscado en Google tras su divorcio. Después del café, se retirarán al Days Inn, junto a San Vicente, donde echarán un polvo inesperadamente conmovedor, de ahí a Palm Springs, donde pasarán un fin de semana jugando al golf, y de ahí, finalmente, al altar, acompañados de los cuatro hijos adultos de Dean y de los tres adolescentes de Louise. Pero esa será la gran excepción: en general, los reencuentros conducirán al descubrimiento mutuo de que haber participado en un safari treinta y cinco años atrás no implica tener demasiado en común, y todos volverán a sus asuntos preguntándose qué era exactamente lo que esperaban.

Los pasajeros del *jeep* de Albert han logrado el estatus de testigos y los interrogarán interminablemente sobre lo que vieron, oyeron y sintieron. Un grupo de niños, entre ellos Rolph, Charlie, dos gemelos de ocho años de Phoenix y Louise, la chica rellenita de doce años, salen de estampida por un camino cubierto con listones hasta un escondrijo que hay junto a un abrevadero: una cabaña de madera llena de largos bancos y con una rendija a través de la cual pueden mirar sin ser vistos por los animales. Dentro está oscuro. Corren todos hacia la rendija, pero ahora mismo no hay animales bebiendo.

—¿Habéis llegado a ver al león? —pregunta Louise, con asombro.

—Leona —puntualiza Rolph—. Había dos,

además de un león. Y tres cachorros.

—Se refiere a la que se ha llevado el tiro —dice Charlie, con impaciencia—. Naturalmente que la hemos visto. ¡Estábamos a unos pocos centímetros!

—Metros —la corrige Rolph.

—Los metros están formados por centímetros —dice Charlie—. Lo hemos visto todo.

Rolph ha empezado a detestar esas conversaciones: la jadeante excitación que las rodea y el modo en que Charlie parece deleitarse con ellas. Hay algo que lo tiene preocupado.

—Me pregunto qué les pasará a los cachorros —dice—. La leona a la que dispararon debía de ser su madre... Estaba comiendo con ellos.

—No necesariamente —responde Charlie.

—Pero si lo era...

—A lo mejor su padre se hará cargo de ellos —dice Charlie, sin demasiada convicción. Los otros niños guardan silencio reflexionando sobre ello.

—Los leones tienden a criar a sus cachorros en comunidad —dice una voz procedente del otro extremo del escondrijo. Mildred y Fiona o bien ya estaban allí, o acaban de entrar: al ser viejas y mujeres, suelen pasar desapercibidas—. Es probable que la manada se ocupe de ellos —dice Fiona—, incluso si la leona muerta era su madre.

—Que podría no serlo —añade Charlie.

—Que podría no serlo —admite Mildred.

A los niños no se les ocurre preguntarle a Mildred, que también estaba en el *jeep*, qué ha visto ella.

—Yo me vuelvo —le dice Rolph a su hermana.

Toma el caminito que conduce al hotel. Su padre y Mindy aún siguen en el bar lleno de humo; Rolph está turbado por aquella sensación extraña, festiva. Su mente vuelve una y otra vez al *jeep*, pero sus recuerdos son confusos: la leona saltando, la sacudida por el retroceso de la escopeta y Chronos gimiendo mientras lo llevaban a ver al médico y la sangre se iba acumulando en un charco debajo de su cabeza, en el suelo del *jeep*, como si fuera un cómic. Todo ello teñido por la sensación de tener a Mindy abrazándolo desde detrás, con la mejilla apoyada en su cabeza, y su olor, no dulzón, como el de su madre, sino más bien salado, casi amargo; un olor que parece estar íntimamente relacionado con los propios leones.

Se detiene junto a su padre, que deja a medias una historia sobre el servicio militar que está contando con la ayuda de Ramsey.

—¿Estás cansado, hijo?

—¿Quieres que te acompañe arriba? —le pregunta Mindy y Rolph asiente: sí, eso quiere.

La noche azul y amosquitada asoma por las ventanas del hotel. De repente, al salir del bar, Rolph no se siente tan cansado. Mindy recoge la llave de la habitación en la recepción y dice:

—Salgamos al porche.

Salen. A pesar de la oscuridad reinante, las siluetas de las montañas que se recortan contra el cielo aún son más oscuras. Rolph oye a lo lejos la voz de los otros niños, que siguen en el escondrijo. Se siente aliviado por haber podido librarse de ellos. Se acerca con Mindy al borde del porche y observa las montañas. El olor salado, penetrante de Mindy lo envuelve. Rolph tiene la sensación de que ella está esperando algo y él espera, también, con el corazón desbocado.

Se oye una tos en el otro extremo del porche. Rolph ve la punta anaranjada de un cigarrillo moviéndose en la oscuridad y Albert se les acerca con un crujir de botas.

—Hola, ¿qué tal? —dice dirigiéndose a Rolph. Como no le dice nada a Mindy, Rolph decide que aquel hola debe de ser para los dos.

—Hola.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Albert.

Rolph se vuelve hacia Mindy:

—¿Qué hacemos?

—Disfrutar de la noche —responde ella, mirando aún hacia las montañas, pero con voz tensa—.

Tendríamos que subir —le dice a Rolph y se mete repentinamente en el hotel.

Rolph se siente incómodo por su tosquedad.

—¿Te vienes? —le pregunta a Albert.

—¿Por qué no?

Los tres suben por las escaleras, mientras del bar llegan sonidos alegres. Rolph siente la extraña necesidad de entablar conversación.

—¿Tu habitación también está por aquí?
—pregunta.

—En aquel pasillo —dice Albert. La número tres.

Mindy abre la puerta de la habitación de Rolph, entra y deja a Albert en el pasillo. De pronto Rolph se enfada con ella.

—¿Quieres ver mi habitación? —le pregunta a Albert—. Bueno, es mía y de Charlie.

Mindy suelta una carcajada monosilábica: así es como se ríe la madre de Rolph cuando algo la ha irritado hasta lo absurdo. Albert entra en su habitación. Es sencilla, con muebles de madera y unas polvorientas cortinas de flores, pero tras diez noches durmiendo en tiendas de campaña aquello parece un lujo.

—Muy bonita —dice Albert. Con esa melena de pelo castaño y el bigote parece un explorador de verdad, piensa Rolph. Mindy se cruza de brazos y mira por la ventana. En la habitación flota una sensación que Rolph no logra identificar. Está enfadado con Mindy y cree que Albert también debe de estarlo. «Las mujeres están locas». Mindy tiene un cuerpo esbelto y elástico; podría escabullirse por el ojo de la cerradura, o por debajo de la puerta. Su fino jersey morado sube y baja rápidamente con su respiración. Rolph se

sorprende de lo enfadado que está.

Albert saca un cigarrillo de su paquete, pero no se lo enciende. No tiene filtro y el tabaco asoma por ambos extremos.

—Bueno —dice—, que descanséis.

Rolph había imaginado que Mindy lo arroparía en la cama, que su brazo lo rodearía de nuevo, como en el *jeep*. Pero ahora le parece imposible. No puede ponerse el pijama delante de Mindy; no quiere ni siquiera que vea su pijama, estampado con pequeños elfos azules.

—Puedo yo solo —le dice, advirtiendo la frialdad en su propia voz—. Ya puedes irte.

—Vale —responde ella, que le abre la cama, ahueca la almohada y entorna la ventana abierta. Rolph tiene la sensación de que está buscando excusas para no tener que marcharse.

—Tu padre y yo estaremos en la habitación de al lado —dice Mindy. Ya lo sabes, ¿verdad?

¿Y a ti qué te parece? —refunfuña, pero pronto recupera las formas—. Sí, ya lo sé.

III

Arena

Cinco días más tarde cogen un largo y anticuado tren nocturno a Mombasa. Cada pocos minutos, reduce la velocidad lo justo para que unos pasajeros puedan saltar desde las puertas, apretando sus fardos contra el pecho, y otros monten precipitadamente. El grupo de Lou y la Facción de Phoenix se instalan en el abarrotado coche restaurante, que comparten con varios africanos vestidos con traje y bombín. Charlie obtiene permiso para tomarse una cerveza, pero logra beberse dos más a escondidas con la ayuda del atractivo Dean, que está de pie junto a su estrecho taburete.

—Te has quemado —dice y le pone un dedo encima de la mejilla—. El sol africano es muy fuerte.

—Pues sí —dice Charlie, que sonríe mientras da un trago de cerveza. Desde que Mindy le hizo notar las perogrulladas de Dean, a Charlie le parece divertidísimo.

—Tienes que ponerte crema —comenta.

Ya lo sé; ya me puse.

—Con una vez no basta. Tienes que ponerte más.

Charlie ve a Mindy por el rabillo del ojo y le da un ataque de risa tonta. Su padre se acerca.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—La vida —dice Charlie, apoyándose en él.

—¡La vida! —exclama Lou—. ¿Pero tú qué edad tienes?

Abraza a su hija y la acerca a él. Cuando Charlie era pequeña lo hacía siempre, pero a medida que va creciendo eso pasa cada vez con menos frecuencia. Su padre tiene la piel cálida, está casi ardiendo, y su corazón suena como si alguien llamara a una puerta pesada.

—Ay —dice Lou—. Me estás clavando la púa.

Es una púa blanca y negra de puercoespín que Charlie encontró en las colinas y que utiliza para recogerse su largo pelo. Su padre se la quita y su enmarañada melena dorada se desparrama por sus hombros como una ventana hecha añicos. Charlie es consciente de que Dean no la pierde de vista.

—Me gusta —dice Lou, estudiando la punta traslúcida de la púa—. Es un arma peligrosa.

—Las armas son necesarias —dice Dean.

El día siguiente, al atardecer, los participantes del safari se han instalado en un hotel situado media hora al norte de la costa de Mombasa. En una playa blanca por la que transitan hombres de pecho huesudo que venden abalorios y cuencos hechos con calabaza, Mildred y Fiona aparecen animosamente ataviadas con trajes de baño con motivos florales, con sus prismáticos colgando todavía del cuello. La furiosa Medusa que Chronos lleva tatuada en el pecho llama

menos la atención que su incipiente barriga, un decepcionante rasgo que comparte con muchos hombres, particularmente los padres. Aunque no con Lou, que está delgado, algo fibroso y bronceado de hacer surf de vez en cuando. Camina hacia el mar color crema con un brazo alrededor de Mindy, que tiene un aspecto aún mejor de lo esperado (y eso que las expectativas eran altas) ataviada con su deslumbrante bikini azul.

Charlie y Rolph se echan juntos debajo de una palmera. A Charlie no le gusta nada el bañador deportivo rojo de una pieza que eligió con su madre para este viaje y decide que pedirá unas tijeras en la recepción y lo convertirá en un bikini.

—No quiero volver a casa nunca más —dice, adormilada.

—Yo echo de menos a mamá —dice Rolph. Su padre y Mindy están nadando. Rolph ve el destello del bikini de Mindy a través del agua nacarada.

—Bueno, mamá podría venir.

—Papá ya no la quiere —dice Rolph—. Mamá no está lo bastante loca.

—¿Qué quieres decir con eso, si se puede saber? Rolph se encoge de hombros.

—¿Tú crees que quiere a Mindy?

—Qué va; ya se ha cansado de ella.

—¿Y si Mindy lo quiere a él?

—¿A quién le importa? —dice Charlie—. Todas

lo quieren.

Después de nadar un rato, Lou va a por arpones y material de buceo, resistiéndose a la tentación de volver con Mindy a la habitación, aunque es innegable que a ella le gustaría que la siguiera. La chica ha perdido la chaveta desde que han dejado las tiendas (las mujeres pueden ponerse raras cuando duermen en una tienda): tiene ganas a todas horas, le arranca la ropa a Lou en los momentos más extraños y quiere volver a empezar cuando él apenas ha acabado. Siente ternura por Mindy, ahora que el viaje está a punto de terminar. Ella está estudiando algo en Berkeley y Lou nunca ha viajado por una mujer. Es improbable que vuelva a verla.

Rolph está leyendo en la arena cuando Lou llega con el equipo de bucear, pero deja a un lado *El hobbit* sin protestar y se levanta. Charlie los ignora y Lou se pregunta durante un instante si debería haberla incluido en aquello. Él y Rolph se acercan al agua, se ponen las gafas y las aletas de bucear, y se cuelgan los arpones de un cinturón. Rolph está esmirriado; debería hacer algo más de ejercicio. En el agua se muestra cohibido. Su madre es una apasionada de la lectura y la jardinería, y Lou tiene que combatir constantemente su influencia. Le gustaría que Rolph pudiera vivir con él, pero cada vez que lo menciona los abogados se limitan a negar con la cabeza.

Los peces, que mordisquean el coral, son

llamativos, objetivos fáciles. Lou ya ha arponeado a siete cuando se da cuenta de que Rolph aún no ha matado ninguno.

—¿Qué pasa, hijo? —le pregunta cuando vuelven a salir a la superficie.

—Es que me gusta mirarlos —dice Rolph.

La corriente los ha acercado a un espigón de rocas que se adentra en el mar. Salen del agua con cuidado. Las pozas intermareales están llenas de estrellas, erizos y pepinos de mar; Rolph se pone en cuclillas y los estudia. Lou lleva sus peces en una bolsa de red que le cuelga de la cintura. En la playa, Mindy los observa con los prismáticos de Fiona. Los saluda agitando la mano y ellos le devuelven el saludo.

—Papá —dice Rolph, que saca un pequeño cangrejo verde de una de las pozas—, ¿qué piensas de Mindy?

—Mindy es genial. ¿Por qué?

El cangrejo abre sus pequeñas pinzas. Lou observa satisfecho que su hijo sabe cómo cogerlo para que no le pellizque. Rolph lo mira entornando los ojos.

—Bueno, me refiero a si está lo bastante loca.

Lou suelta una carcajada. Ya se había olvidado de aquella conversación, pero a Rolph nunca se le olvida nada, algo que hace las delicias de su padre.

—Está bastante loca, sí. Pero la locura no lo es todo.

—Pues yo creo que es grosera —dice Rolph.

—¿Grosera? ¿Contigo?

—No. Con Albert.

Lou se vuelve hacia su hijo y ladea la cabeza.

—¿Con Albert?

Rolph suelta el cangrejo y empieza a contar la historia. Recuerda todos los detalles (el porche, las escaleras, «la número tres»), y mientras habla repara en las ganas que tenía de contarle todo esto a su padre para así castigar a Mindy. Su padre escucha con atención, sin interrumpirlo. Sin embargo, a medida que va hablando, Rolph se da cuenta de que su historia está provocando un impacto que no comprende.

Cuando termina, su padre inspira profundamente y expulsa el aire. Se vuelve hacia la playa. El sol está a punto de ponerse y los bañistas han empezado ya a sacudir la arena blanca de sus toallas y a recoger sus cosas. El hotel tiene una discoteca y el grupo ha planeado ir a bailar después de cenar.

—¿Y eso cuándo pasó exactamente? —pregunta Lou.

—El día de los leones, esa misma noche. —Rolph aguarda un momento—. ¿Por qué crees que fue tan grosera? —pregunta.

—Las mujeres son todas unas zorras —dice su padre—. Por eso.

Rolph se lo queda mirando boquiabierto. Su padre está cabreado, le tiembla un músculo de la mandíbula y, sin previo aviso, Rolph se enfada también; lo asalta

una rabia intensa, nauseabunda, que solo se le despierta muy de vez en cuando: cuando él y Charlie regresan tras un desenfrenado fin de semana alrededor de la piscina de su padre, con estrellas del *rock* saltando desde el tejado, guacamole y grandes cuencos de chile, y encuentran a su madre sola en su *bungalow*, bebiendo té de menta. Rabia hacia aquel hombre que aparta a todo el mundo de su lado.

—No son todas unas...

Rolph no es capaz de repetir la palabra.

—Sí lo son —insiste Lou, tajante—. Y pronto no te cabrá ninguna duda.

Rolph le da la espalda a su padre. Pero no puede ir a ninguna parte, de modo que salta de nuevo al agua y empieza a nadar lentamente de vuelta a la orilla. El sol está bajo, el agua está picada y llena de sombras.

Rolph imagina tiburones bajo sus pies, pero no se vuelve, ni mira hacia atrás. Sigue nadando hacia la arena blanca, instintivamente consciente de que su lucha por mantenerse a flote es la tortura más exquisita que puede infligir a su padre (y también de que, si se ahoga, Lou se zambullirá al momento para salvarlo).

Esa noche, Rolph y Charlie tienen permiso para beber vino durante la cena. A Rolph no le gusta el sabor agrio, pero disfruta al notar como desdibuja líquidamente lo que tiene a su alrededor: las gigantescas flores con aspecto de picos de pájaro que decoran el comedor; los peces que su padre ha

arponeado y que el cocinero ha preparado con olivas y tomates; Mindy con un vestido verde brillante. Su padre la rodea con el brazo. Ya no está enfadado, de modo que Rolph tampoco lo está.

Lou se ha pasado la última hora en la cama, follándose a Mindy hasta dejarla inconsciente. Le pone una mano sobre el esbelto muslo, justo por debajo del dobladillo, mientras espera a que a la chica se le enturbie la mirada de esa forma tan suya. Lou es un hombre que no tolera la derrota, que no concibe sino como acicate para la inevitable victoria. Tiene que ganar. No le importa una mierda Albert. Albert es invisible, Albert no es nadie (de hecho, Albert ha abandonado el grupo y ha regresado a su apartamento, en Mombasa). Lo que importa ahora es que Mindy también lo vea así.

Llena las copas de vino de Mildred y Fiona hasta que ambas tienen las mejillas coloradas.

—Aún no me han llevado a ver pájaros —las reprende—. Yo no hago más que pedírselo, pero ustedes nunca me invitan.

—Podríamos ir mañana —dice Mildred—. Hay algunos pájaros costeros que esperamos poder avistar.

—¿Es una promesa?

—Una promesa solemne.

—Ven —le susurra Charlie a Rolph—. Salgamos.

Abandonan furtivamente el abarrotado comedor y llegan a la playa plateada. Las palmeras restallan con

un chapoteo húmedo, pero el ambiente es seco.

—Es como en Hawai —dice Rolph, deseando que sea cierto. Los ingredientes están ahí: la oscuridad, la playa, su hermana. Pero la sensación no es la misma.

—Pero sin la lluvia —dice Charlie.

—Sin mamá —dice Rolph.

—Yo creo que va a casarse con Mindy —dice Charly.

—¡Ni hablar! Dijiste que no la quería.

—¿Y qué? Aun así puede casarse con ella.

Se hunden en la arena, que conserva una ligera calidez y despide un brillo lunar. El mar fantasma se abate contra ella.

—No está tan mal —dice Charlie.

—A mí no me gusta. ¿Y qué te hace creer que eres la experta mundial en el tema?

Charlie se encoge de hombros.

—Conozco a papá.

Charlie no se conoce a sí misma. Dentro de cuatro años, cuando cumpla los dieciocho, entrará en una secta con sede al otro lado de la frontera con México y cuyo carismático líder abogará por una dieta de huevos crudos; estará a punto de morir de salmonelosis antes de que Lou la rescate. La adicción a la cocaína la obligará a someterse a una reconstrucción parcial de la nariz que le cambiará el aspecto, y una serie de hombres irresponsables y dominantes la convertirán en una mujer solitaria antes incluso de cumplir los treinta,

mientras intenta reestablecer la paz entre Rolph y Lou, que habrán dejado de dirigirse la palabra.

En cambio, Charlie sí conoce a su padre. Lou se casará con Mindy, porque ganar significa eso, y porque las ganas de Mindy de poner punto final a aquel extraño episodio y retomar su carrera durarán exactamente hasta el momento en el que abra la puerta de su apartamento de Berkeley y se tope con el olor a estofado de lentejas, uno de los guisos baratos a base de los cuales sobreviven ella y sus compañeros de piso. Se derrumbará en un sofá deteriorado que encontraron en la calle, desempaquetará los libros y caerá en la cuenta de que, tras varias semanas cargándolos por África, no ha leído prácticamente nada. Entonces sonará el teléfono y le dará un vuelco el corazón.

Insatisfacción estructural: volver a las circunstancias que en su día te complacieron, después de experimentar una vida más emocionante u opulenta, y descubrir que ya no las toleras.

Pero nos estamos desviando del tema.

Rolph y Charlie están galopando por la playa, atraídos por el latido de luz y música de una discoteca al aire libre. Se cuelan descalzos por entre la multitud, dejando un rastro de arena fina en la pista de baile traslúcida formada por rombos de color reluciente. Rolph tiene la sensación de que la estremecedora línea del bajo interfiere en el ritmo de su corazón.

—Vamos —dice Charlie—. Bailemos.

Empieza a ondularse ante él, tal como la nueva Charlie tiene planeado bailar cuando regrese a su casa. Pero a Rolph le da vergüenza: él no puede bailar así. Están rodeados por el resto del grupo: la rellenita Louise, que tiene un año más que él, está bailando con Dean, el actor. Ramsey rodea con sus brazos a una de las madres de la Facción de Phoenix. Lou y Mindy bailan muy pegados, tocándose con todo el cuerpo, pero Mindy está pensando en Albert, como hará periódicamente después de casarse con Lou y tener dos hijas (que para él serán el quinto y el sexto hijo) en rápida sucesión, como si esprintara contra la inevitable deriva de su atención. Sobre el papel, a Lou no le quedará ni un centavo y Mindy terminará trabajando en una agencia de viajes para poder mantener a sus hijas. Durante un tiempo Mindy llevará una vida triste; tendrá la sensación de que las niñas lloran demasiado y recordará con nostalgia este viaje a África como el último momento feliz de su vida, cuando aún tenía opciones, cuando era libre y no tenía responsabilidades. Soñará sin sentido, inútilmente, con Albert, y se preguntará qué habría sucedido si se hubiera marchado con él, tal como este había sugerido, medio en broma, cuando lo había visitado en la habitación número tres. Más tarde, naturalmente, se dará cuenta de que «Albert» no era más que un foco de arrepentimiento por su propia inmadurez y sus

desastrosas decisiones. Cuando sus dos hijas entren en el instituto, finalmente, retomará sus estudios, se doctorará en la UCLA y, a los cuarenta y cinco, iniciará su carrera académica, lo que durante los siguientes treinta años la llevará a pasar largos períodos realizando trabajos de campo relacionados con estructuras sociales en la selva tropical de Brasil. Su hija menor empezará a trabajar para Lou, se convertirá en su protegida y heredará su negocio.

—Mira —le dice Charlie a Rolph, por encima de la música—. Las observadoras de aves nos están mirando.

Mildred y Fiona están sentadas junto a la pista de baile y saludan a Rolph y a Charlie, vestidas con sus largos vestidos estampados. Es la primera vez que los niños las ven sin prismáticos.

—Supongo que son demasiado mayores para bailar —dice Rolph.

—O a lo mejor les recordamos a sus pájaros —sugiere Charlie.

—O a lo mejor cuando no hay pájaros observan a la gente —dice Rolph.

Vamos, Rolphus —insiste Charlie—. Baila conmigo.

Lo coge de las manos. Mientras se mueven juntos, Rolph se da cuenta de que su timidez se desvanece milagrosamente, como si él estuviera creciendo ahí mismo, en la pista de baile, y se convirtiera en un

chico que baila con chicas como su hermana. Charlie también lo nota. De hecho, ese recuerdo particular acudirá a su mente una y otra vez durante el resto de su vida, hasta mucho después de que Rolph se pegue un tiro en la cabeza, en casa de su padre, a los veintiocho años: su hermano de niño, con el pelo alisado y ojos relucientes, aprendiendo tímidamente a bailar. Pero la mujer que lo recordará no será Charlie: tras la muerte de Rolph adoptará su nombre real (Charlene) y se desligará para siempre de la chica que bailó con su hermano en África. Charlene se cortará el pelo muy corto y estudiará derecho. Cuando tenga su primer hijo querrá ponerle Rolph, pero sus padres aún estarán demasiado afectados. Por eso lo llamará así solo en privado, mentalmente, y años más tarde, junto a su madre, formará parte de una multitud de padres entusiastas reunidos junto a un campo de deporte, viéndolo jugar: un niño de mirada soñadora que levanta los ojos hacia el cielo.

—¡Charlie! —exclama Rolph—. ¿A que no sabes qué acabo de descubrir?

Charlie se inclina hacia su hermano, que sonríe al pensar en lo que está a punto de revelarle. Rolph ahueca las manos y las acerca al pelo de Charlie para que esta pueda oírlo por encima del estruendo de la música. Su aliento, cálido y dulzón, llena su oído.

—Creo que esas dos señoras no han estado observando pájaros en ningún momento —dice Rolph.

Vosotros

Todo sigue ahí: la piscina con sus baldosas azules y amarillas de Portugal, y el agua que resbala como un susurro por una pared negra de pizarra. La casa es la misma, pero silenciosa. Ese silencio resulta incomprensible. ¿Gas nervioso? ¿Sobredosis? ¿Arresto masivo?, me pregunto mientras seguimos a una criada a través de diversas habitaciones alfombradas, dispuestas en curva, con la piscina observándonos desde el otro lado de todas las ventanas. ¿Qué otra cosa podría haber acabado con aquellas fiestas inacabables?

Pero no es nada de eso. Han pasado veinte años.

Él está en el dormitorio, en una cama de hospital, con la nariz llena de tubos. El segundo derrame cerebral realmente lo ha fulminado; el primero no fue tan dañino, solo le provocó un leve temblor en una pierna. Eso es lo que Bennie me contó por teléfono. Bennie del instituto, nuestro viejo amigo. El protegido de Lou. Me encontró en casa de mi madre, aunque esta se marchó de San Francisco hace años y me siguió a Los Ángeles. Bennie el organizador, el que reúne a la gente de antaño para decirle adiós a Lou. Al parecer, con un ordenador se puede encontrar a casi todo el mundo. Dio con Rhea en Seattle, a pesar de que se

había cambiado el apellido.

De nuestra antigua pandilla el único que ha desaparecido es Scotty. A ese no hay ordenador que pueda encontrarlo.

Rhea y yo nos colocamos junto a la cama de Lou, sin saber qué hacer. Lo conocimos en una época en que eso de que la gente normal se muriera no existía.

Había pistas, indicios de una alternativa poco deseable a la vida (Rhea y yo las rememoramos tomando un café, antes de venir a verlo: contemplando nuestros nuevos rostros a través de la mesa de plástico, nuestros rasgos familiares enjuagados por la misteriosa edad adulta). Estaba la madre de Scotty, naturalmente, que murió por una sobredosis de píldoras cuando aún íbamos al instituto, aunque eso no era normal. Mi padre, de sida, aunque por aquel entonces ya no lo veía casi nunca. De todos modos, eso fueron catástrofes. No como esto: visitas médicas a pie de cama, un penetrante olor a medicina y alfombras aspiradas. Me recuerda a cuando estuve en el hospital. No el olor, exactamente (el hospital no tiene alfombras), sino el ambiente apagado, la sensación de estar lejos de todo.

Guardamos silencio. Todas mis preguntas parecen inapropiadas: ¿Cómo envejeciste tanto? ¿Sucedió de repente, en un día, o te fuiste apagando poco a poco? ¿Cuándo dejaste de montar fiestas? ¿Y todo lo demás? ¿Envejeció contigo? ¿O fuiste solo tú? ¿Aún queda gente en la casa, oculta detrás de las palmeras,

aguantando la respiración bajo el agua? ¿Cuándo te hiciste tus últimos largos? ¿Te duelen los huesos? ¿Sabías que se avecinaba esto y lo disimulaste, o te tendió una emboscada por la espalda?

Pero lo que digo es:

—Hola, Lou.

Y al mismo tiempo Rhea dice:

—¡Caray, todo está igual! —y nos reímos.

Lou sonríe y la forma de esa sonrisa, a pesar de que me sorprenden sus dientes amarillentos, me resulta familiar, y un dedo cálido me remueve la tripa. Su sonrisa, que se revela en este lugar tan extraño.

—Seguís estando estupendas, chicas —dice entrecortadamente.

Miente. Tengo cuarenta y tres años, como Rhea, que está casada y tiene tres hijos en Seattle. Soy incapaz de sobreponerme a eso: tres hijos. Yo vivo de nuevo con mi madre e intento terminar la carrera en UCLA Extension tras una serie de largos y confusos rodeos. «Tus desgastados años veinte», tal como denomina mi madre el tiempo que perdí intentando hacer algo razonable y divertido, aunque en realidad empezó antes de los veinte años y duró hasta mucho después. Rezo porque haya terminado. Algunas mañanas el sol tiene un aspecto raro al otro lado de mi ventana. Me siento en la mesa de la cocina, echándome sal sobre el vello del brazo, y una sensación se apodera de mí: todo ha terminado. Todo

pasó, sin mí. En esos días sé que no debo cerrar los ojos durante demasiado tiempo o la diversión empezará de verdad.

—Vamos, Lou, somos dos vejestorios, admítelo —dice Rhea y le da un manotazo en el hombro, tan frágil.

Le enseña fotos de sus hijos, se las acerca a la cara.

—Es mona —dice al ver la mayor, Nadine, que tiene dieciséis años. Yo diría que guiña un ojo, o a lo mejor es que le tiemblan los párpados.

—Corta el rollo —dice Rhea.

Yo no digo nada. Pero noto el dedo, de nuevo. En el estómago.

—¿Y qué hay de tus hijos? —le pregunta Rhea a Lou—. ¿Los ves a menudo?

—A algunos —responde él, con su nueva voz ahogada.

Tenía seis, de tres mujeres de las que se aburrió y a las que acabó dando puerta. Rolph, el segundo mayor, era su preferido. Rolph vivía aquí, en esta casa. Era un chico de ojos azules que se ponía triste siempre que su padre no podía sostenerle la mirada. Rolph y yo teníamos exactamente la misma edad: habíamos nacido el mismo día del mismo año. A veces pensaba en nosotros, dos bebés en hospitales distintos, llorando al mismo tiempo. Una vez nos colocamos desnudos, uno junto al otro, delante de un espejo de cuerpo

entero, intentando determinar si haber nacido el mismo día había dejado alguna señal en nosotros, alguna marca visible.

Al final Rolph ni siquiera me hablaba y salía de la habitación en cuanto yo entraba.

La enorme cama de Lou con la colcha arrugada ha desaparecido, gracias a Dios. El televisor es nuevo, plano y alargado, y el partido de baloncesto que retransmite tiene una nitidez histórica, que hace que parezca que el dormitorio e incluso nosotros estamos borrosos. Aparece un tío vestido de negro, con un diamante en la oreja, comprueba las cánulas de Lou y le toma la presión. De debajo de las sábanas salen más tubos que conectan otras partes de Lou con unas bolsas de plástico transparente que intento no mirar.

Un perro ladra. Lou tiene los ojos cerrados y ronca. El elegante enfermero-mayordomo echa un vistazo a su reloj de pulsera y se marcha.

De modo que en eso invertí tanto tiempo: en un hombre que se ha hecho viejo, en una casa que ha quedado vacía. No puedo evitarlo, me echo a llorar. Rhea me abraza. A pesar del tiempo que ha pasado, no duda ni un momento. Le cuelga la piel; la piel pecosa envejece de forma prematura, me dijo Lou una vez, y Rhea es toda pecas. «Nuestra amiga Rhea —dijo— está condenada».

—Tienes tres hijos —sollozo, con la cabeza hundida en su pelo.

—Shhh.

—¿Qué tengo yo?

Chavales que recuerdo del instituto están haciendo películas, haciendo ordenadores. Haciendo películas con ordenadores. Una revolución, oigo que dice todo el mundo. Estoy intentando aprender español. Por la noche, mi madre me pone a prueba con fichas de vocabulario.

Tres hijos. La mayor, Nadine, tiene casi la edad que tenía yo cuando conocí a Lou. Diecisiete, haciendo autostop. Él conducía un Mercedes rojo. En 1979 eso podía ser el principio de una historia emocionante, una historia en la que podía pasar de todo. Hoy es un chiste.

—Fue todo sin motivo —digo.

—Eso nunca es verdad —responde Rhea—. Es solo que aún no has encontrado el motivo.

Durante todo el tiempo, Rhea sabía lo que hacía. Incluso cuando bailaba, incluso cuando sollozaba. Incluso con una aguja en la vena, siempre estaba medio fingiendo. Yo no.

—Me perdí —digo.

Al final va a ser un mal día, un día en el que parece como si el sol tuviera dientes. Esta noche, cuando mi madre llegue a casa, dirá: «Olvídate del español», y preparará dos Virgin Mary con unas sombrillitas. Con Dave Brubeck en el estéreo, jugaremos al dominó o a *gin rummy*. Cuando miro a

mi madre, ella sonríe, siempre. Pero tiene la cara surcada por el cansancio.

El silencio se vuelve elocuente y nos damos cuenta de que Lou nos está mirando. Tiene los ojos tan vacíos que podría estar muerto.

—No he. Salido. Desde hace. Semanas —dice, tosiendo un poco—. No he querido.

Rhea empuja la cama y yo la sigo un paso por detrás, empujando el cuentagotas con ruedas. Mientras lo llevamos a través de la casa siento pavor, como si la combinación de la luz del sol y la cama de hospital pudiera provocar una explosión. Me da miedo que el viejo Lou pueda estar junto a la piscina, donde vivía, con un teléfono rojo conectado a un largo cable y un cuenco lleno de manzanas verdes, y que el Lou real y este Lou anciano se peleen. «¿Cómo te atreves? Nunca he tenido a un viejo en mi casa y no pienso empezar ahora». Edad, fealdad: no había sitio para eso. Nunca iban a entrar desde afuera.

—Ahí —dice, señalando junto a la piscina, donde siempre.

Aún hay un teléfono: un inalámbrico negro sobre una mesita de cristal, y junto a él un batido de fruta. El enfermero-mayordomo, o algún otro empleado, extiende sus alas sobre la casa vacía.

¿O tal vez Rolph? ¿Es posible que Rolph siga aquí, cuidando a su padre? ¿Estará Rolph en casa? Y en ese momento lo percibo, exactamente como antes,

cuando podía decir si había entrado en una habitación sin tener que mirar. Tan solo por cómo se movía el aire. Una vez, después de un concierto, nos escondimos detrás de la caseta de la piscina mientras Lou me llamaba a gritos: «¡Doce-lyn! ¡Joce-lyn!». Rolph y yo nos reíamos mientras el generador nos reverberaba en el pecho. Más tarde pensé: mi primer beso. Lo que era una locura. Todo lo que jamás haría, ya lo había hecho.

En el espejo, Rolph tenía el pecho liso. No había ninguna marca. La marca estaba por todas partes. La marca era la juventud.

Y entonces sucedió, en el diminuto dormitorio de Rolph, con el sol entrando a listas por entre los estores, y yo fingí que era nuevo. Me miró al fondo de los ojos y me di cuenta de lo normal que aún podía ser. Éramos lisos, los dos.

—¿Dónde está? La cosa esa —pregunta Lou, que se refiere al mando que sirve para inclinar la cama. Quiere incorporarse y controlarlo todo como en otros tiempos, con su traje de baño rojo y sus piernas bronceadas que olían a cloro. Con el teléfono en la mano y yo entre sus piernas, su palma sobre mi cabeza. Entonces también debían de gorjear los pájaros, pero no los oíamos por culpa de la música. ¿O es que ahora hay más pájaros?

La cama rechina mientras va levantando su cuerpo. Él mira a su alrededor, aguzando la vista.

—Me he vuelto viejo —dice.

El perro ladra de nuevo. El agua de la piscina se mueve, como si acabara de entrar o salir alguien.

—¿Y qué hay de Rolph? —pregunto, mis primeras palabras desde que he dicho «hola».

—Rolph —repite Lou, y parpadea.

—Tu hijo, Rolph.

Rhea me mira y menea la cabeza: hablo demasiado fuerte. A veces una especie de rabia me llena la cabeza y me borra los pensamientos como si fueran de tiza. ¿Quién es este hombre viejo y moribundo que tengo ante mí? Quiero al otro, a ese hombre egoísta y vehemente que me colocaba entre sus piernas a la vista de todos y me cogía por la nuca con la mano libre, mientras se reía al teléfono. Sin preocuparse por que todas las habitaciones de la casa dieran a esta piscina (la de su hijo, por ejemplo). Tengo una o dos cosas que contarle.

Lou intenta decir algo y nosotras nos acercamos, atentas. Costumbre, supongo.

—Rolph no lo consiguió —dice.

—¿De qué hablas? —pregunto yo.

Ahora el viejo está llorando. Las lágrimas resbalan por sus mejillas.

—¿De qué va a servir, Jocelyn? —me pregunta Rhea, y en ese preciso instante distintas partes de mi cerebro se encuentran entre sí y me doy cuenta de que yo ya sabía lo de Rolph. Y Rhea también, todo el

mundo lo sabía. Una tragedia antigua.

—Tenía. Veintiocho años —dice Lou.

Cierro los ojos.

—Hace mucho tiempo —dice, y sus palabras se desintegran en su pecho jadeante—. Pero.

Sí, es cierto. Hace mucho que teníamos veintiocho. El sol me duele en los ojos, de modo que los cierro.

—Perder a un hijo —murmura Rhea—. No puedo imaginarlo.

La rabia me asfixia, me aplasta desde dentro. Me duelen los brazos. Agarro la cama de hospital de Lou por debajo y la vuelco; él cae a la piscina color turquesa y las agujas intravenosas se le arrancan de los brazos; salen chorros de sangre, que se arremolina en el agua y va adquiriendo un tono amarillento. Aún soy fuerte, incluso después de todo este tiempo. Salto tras él, Rhea grita; salto y lo sujeto bajo el agua, coloco su cabeza entre mis rodillas y lo aguanto ahí abajo hasta que pierde la fuerza y nos limitamos a esperar, Lou y yo esperamos, y finalmente empieza a temblar, se agita entre mis piernas, se sacude mientras la vida lo abandona. Cuando está completamente inmóvil, dejo que vuelva flotando a la superficie.

Abro los ojos. No se ha movido nadie. Lou sigue llorando y contempla la piscina con la mirada perdida. A través de la sábana, Rhea le acaricia el pecho.

Es un mal día. El sol me duele en la cabeza.

—Debería matarte —digo, mirándolo fijamente—. Te mereces morir.

—Ya basta —dice Rhea, con su severa voz de madre.

De pronto Lou me mira a los ojos. Siento exactamente lo mismo que la primera vez. Finalmente lo veo, veo al hombre que dijo: «Eres lo mejor que me ha pasado» y «Tú y yo vamos a ver el mundo entero» o «Joder, ¿cómo puedo necesitarte tanto?», y «¿Quieres que te lleve, chavala?». Sonriendo bajo un sol de justicia que forma charcos de luz sobre su coche rojo. «¿Adónde quieres ir?».

Parece asustado, pero sonrío. Esa vieja sonrisa, que regresa de nuevo

—Demasiado tarde —dice.

Demasiado tarde. Vuelvo la cabeza hacia el tejado. Rolph y yo pasamos una noche entera sentados ahí arriba, observando en secreto una fiesta que Lou había montado para una de sus bandas. Nos quedamos ahí arriba incluso después de que terminara la música, sintiendo las frías tejas en la espalda. Esperábamos la salida el sol. Este se levantó rápidamente, pequeño, brillante y redondo. «Como un bebé», dijo Rolph, y yo me puse a llorar. Aquel frágil nuevo sol en nuestros brazos.

Cada noche, mi madre marca un día más que he pasado limpia. Llevo ya más de un año, mi racha más larga de momento. «Jocelyn, tienes aún tanta vida por

delante», dice. Y cuando la creo, durante un minuto, se me aclara la mirada. Como si saliera de una habitación sin luz.

Lou está hablando. Intentando hablar.

—Poneos una. A cada lado. ¿Vale, chicas?

Rhea le coge una mano y yo le cojo la otra. No es la misma mano de antaño; está llena de protuberancias, seca y pesa. Rhea y yo nos miramos por encima de él. Ahí estamos los tres, como antes. Hemos vuelto al principio.

Él ha dejado de llorar. Contempla su mundo. La piscina, las baldosas. Nunca fuimos a África, ni a ninguna otra parte. Casi nunca salimos de esta casa.

—Qué bien estar. Con vosotras. Chicas —dice, respirando con dificultad.

Nos agarra las manos con fuerza, como si fuéramos a largarnos. Pero no lo hacemos. Contemplamos la piscina y escuchamos los pájaros.

—Un minuto más —dice—. Gracias, chicas. Uno más. Así.

Ceros y unos

He aquí cómo empezó: yo estaba sentado en un banco de Tompkins Square Park, leyendo un ejemplar de Spin que había mangado de Hudson News, observando como las hembras del East Village cruzaban el parque de camino a sus casas tras una jornada de trabajo y preguntándome (como hacía a menudo) cómo se lo habría montado mi exmujer para llenar Nueva York de cientos de mujeres que no se le parecían en nada y que, sin embargo, me la recordaban, cuando de pronto hice un descubrimiento: ¡mi viejo amigo Bennie Salazar era productor discográfico! La revista Spin traía un artículo entero dedicado a Bennie y a cómo había logrado hacerse un nombre con un grupo llamado The Conduits, que había conseguido varios discos de platino hacía tres o cuatro años. Había una foto de Bennie recibiendo no sé qué premio, con aspecto sofocado y mirada algo estrábica: una de esas instantáneas frenéticas que revelan una existencia feliz tras ellas. Observé la foto durante menos de un segundo y cerré la revista. Decidí no pensar en Bennie. La raya que separa pensar en alguien y pensar en no pensar en alguien es muy fina, pero yo tengo la paciencia y el autocontrol necesarios para caminar por esa raya durante horas, días si hace

falta.

Tras una semana no pensando en Bennie (pensando tanto en no pensar en Bennie que casi no me quedaba espacio en el cerebro para ningún otro tipo de pensamiento), decidí mandarle una carta. En el sobre escribí la dirección de su discográfica, que tenía la sede en un edificio de cristal verde de Park Avenue con la calle 52. Cogí el metro, me planté delante del edificio y levanté la cabeza, mirando a lo alto, a lo alto, preguntándome qué aspecto tendría la oficina de Bennie. Sin apartar los ojos del edificio, metí la carta en el buzón que había enfrente. «Ey, Benjo —había escrito (porque así es como solía llamarlo)—. ¡Cuánto tiempo! Me he enterado de que ahora eres el rey. Felicidades. No podría haberle pasado a nadie más suertudo. Que te vaya bien, Scotty Hausmann».

¡Y me contestó! Su carta llegó a mi abollado buzón de la calle 6 Este unos cinco días más tarde, mecanografiada, o sea que supongo que se la escribió una secretaria, aunque reconocí que se trataba de Bennie:

«Scotty, chaval. Oye, gracias por la nota. ¿Dónde te has metido? A veces aún me acuerdo de la época de los Dildos. Espero que sigas tocando la slide guitar. Tuyo, Bennie», con su firmita encima del nombre escrito a máquina.

La carta me causó bastante efecto. Las cosas se habían... ¿cómo decirlo? Secado. Sí, en cierto modo

las cosas se habían secado para mí. Trabajaba para el ayuntamiento como conserje en un colegio del barrio y, en verano, limpiaba la basura del parque que hay junto a East River, cerca del puente de Williamsburg. Esas actividades no me causaban ninguna vergüenza, pues comprendía lo que nadie más parecía pillar: que solo había una diferencia infinitesimal, una diferencia tan pequeña que apenas si existía como producto de la imaginación humana, entre trabajar en un rascacielos de cristal verde de Park Avenue y recoger basura en un parque. De hecho, es posible que no hubiera ninguna diferencia.

Resultó que tenía el día siguiente libre (el día siguiente a la llegada de la carta de Bennie), de modo que a primera hora de la mañana fui al East River a pescar. Lo hacía muy a menudo y además me comía los peces. Había contaminación, desde luego, pero lo bueno del caso es que lo sabías todo de esa contaminación, a diferencia de lo que sucedía con el veneno que consumías a diario sin tener ni idea. Fui a pescar y Dios debía de estar de mi parte, o a lo mejor es que se me había pegado la suerte de Bennie, porque pesqué mi pieza más grande de todos los tiempos: ¡una enorme lubina rayada! Mis colegas de pesca, Sammy y Dave, se sorprendieron al ver que pescaba un ejemplar tan magnífico. Lo dejé sin sentido y lo envolví con papel de periódico, lo metí en una bolsa y me lo llevé a casa bajo el brazo. Me puse lo más parecido a un traje

que tenía: pantalones caqui y una chaqueta que había llevado a la tintorería pero que muchas veces. La semana antes la había llevado a lavar metida aún en la bolsa de plástico, lo que provocó la consternación de la chica del otro lado del mostrador.

—¿Por qué limpia? Ya está limpia, bolsa no abierta, usted tiras dinero.

Sé que me estoy desviando del tema, pero permitidme únicamente que añada que saqué la chaqueta de la bolsa de plástico con tanto ímpetu que la chica se calló de golpe, y la deposité con cuidado encima del mostrador de la tintorería.

—Merci pour vous consideración, madama —le dije y ella aceptó la prenda sin hacer más comentarios. Baste decir que la chaqueta que me puse la mañana en que fui a ver a Bennie Salazar era una chaqueta limpia.

El edificio de Bennie era uno de esos sitios con pinta de poder poner en práctica severos controles de seguridad si es necesario, pero supongo que aquel día no lo era. La buena suerte de Bennie seguía pegándoseme como si fuera miel. Tampoco es que por lo general yo fuera tan desafortunado; más bien diría que mi suerte era regular, bordeando la mala suerte solo de vez en cuando. Por ejemplo, solía pescar menos que Sammy, aunque iba a pescar más a menudo y con una caña mejor. En cualquier caso, y si era cierto que aquel día se me había pegado la suerte de Bennie, ¿significaba eso que mi buena suerte era también la

suya? ¿Que el hecho de que lo visitara inesperadamente era también una suerte para él? ¿O acaso había logrado desviar su suerte durante un tiempo, de modo que lo había dejado sin suerte para aquel día? Y si, efectivamente, había logrado eso, ¿cómo lo había hecho y, lo más importante, cómo podía conseguir que durase para siempre?

Eché un vistazo al panel de información, vi que Sow's Ear Records estaba en la planta cuarenta y cinco, cogí el ascensor y, tras cruzar unas puertas de cristal *beige*, entré tan campante en la sala de espera, que era de lo más ostentosa. La decoración me recordó un piso de soltero de los años setenta: sofás de piel negros, una gruesa alfombra de lana y varias mesas pesadas de cristal y cromo cubiertas con ejemplares de Vibe, Rolling Stone y revistas similares. Una iluminación estudiadamente tenue. Eso último era indispensable, me dije, para que los músicos pudieran esperar ahí sin que sus ojos vidriosos y las marcas de los pinchazos llamaran demasiado la atención.

Dejé mi pescado sobre el mostrador de recepción, con un golpe fuerte, húmedo: ¡zas!; juro por Dios que sonó a pescado, ni más ni menos. La chica (pelo rojo, ojos verdes, labios como pétalos de flor, el tipo de chica a la que quieres acercarte y decirle con dulzura: «Debes de ser muy inteligente; ¿de qué otro modo habrías conseguido este trabajo?») levantó los ojos y dijo:

—¡Ey, hola!

—Vengo a ver a Bennie —dije yo—. Bennie Salazar.

—¿Te está esperando?

—Ahora mismo no.

—¿Tu nombre?

—Scotty.

Llevaba auriculares, aunque cuando habló por un pequeño micrófono que le quedaba a la altura de la boca me di cuenta de que en realidad era un teléfono. Dijo mi nombre y a continuación detecté una mueca en sus labios, como si reprimiera una sonrisa.

—Está en una reunión —dijo—. Pero puede dejarme un mens...

—Esperaré.

Dejé mi pescado encima de la mesita de cristal, junto a las revistas, y me acomodé en un sofá de piel negro. Los cojines desprendían un delicioso olor a piel. Me invadió una profunda sensación de comodidad. Empecé a amodorrarme. Quería quedarme allí para siempre, dejar mi apartamento de la calle 6 Este y vivir el resto de mi vida en la sala de espera de Bennie.

Cierto: hacía mucho que no pasaba demasiado tiempo en público. Pero ¿acaso era aquel un dato relevante en nuestra «era de la información», en que podías recorrer el planeta Tierra y el universo entero sin moverte del sofá de terciopelo verde que habías

sacado de un vertedero y habías convertido en el centro de tu apartamento de la calle 6 Este? Empezaba cada noche pidiendo judías verdes, que tomaba acompañándolas de Jágermeister. Era increíble la cantidad de judías verdes que podía comerme: cuatro raciones, cinco, a veces incluso más. A juzgar por la cantidad de paquetes de salsa de soja y palillos incluidos en mi pedido, Fong Yu debía de creer que me disponía a dar judías verdes a un grupo de ocho o nueve vegetarianos. ¿Es posible que la composición química del Jágermeister provoque un deseo de comer judías verdes? ¿O son acaso las judías verdes las que, por alguna propiedad intrínseca, se vuelven adictivas en las contadas ocasiones en las que se comen acompañadas de Jágermeister? Ese tipo de cosas me preguntaba mientras iba engullendo judías verdes, a bocados enormes y crujientes, y veía la tele: extraños programas por cable, que en su mayoría era incapaz de identificar y que tampoco veía durante demasiado rato. Podría decirse que creaba mi propio programa a partir de todos esos programas, y sospechaba que era mejor que los propios programas. De hecho, estaba seguro.

En resumidas cuentas: si los seres humanos somos «máquinas de procesamiento de información» capaces de leer ceros y unos y luego traducir esa información en lo que la gente denomina, con voz entrecortada, «experiencia», y si yo tenía acceso a la misma información a través de la televisión por cable y las

diversas revistas que hojeaba en Hudson News durante cuatro o cinco horas en mis días libres (mi récord estaba en ocho horas, incluida la media hora que pasé detrás de la caja durante la pausa para comer de uno de los empleados más jóvenes, que creyó que yo trabajaba allí); si yo disponía no solo de la información sino también de la capacidad de darle forma a esa información usando el ordenador que tenía dentro de la cabeza (los ordenadores de verdad me daban miedo: si tú puedes encontrarlos a Ellos, entonces Ellos pueden encontrarte a ti, y yo no quería que me encontraran), entonces, técnicamente hablando, ¿no estaba yo viviendo las mismas experiencias que todas esas otras personas?

Para poner a prueba mi teoría me planté ante la biblioteca pública de la Quinta Avenida con la calle 42 durante una gala benéfica dedicada a las enfermedades del corazón. Lo elegí al azar: a la hora de cerrar, mientras salía de la sala de revistas, advertí la presencia de varios individuos bien vestidos que ponían manteles blancos en las mesas y se llevaban ramos de orquídeas hacia el vestíbulo de entrada de la biblioteca, y cuando le pregunté a una rubia con un bloc de notas que qué pasaba allí, me contó lo de la gala benéfica dedicada a las enfermedades del corazón. Me fui a casa y me comí mis judías verdes, pero esa noche, en lugar de enchufar la tele, cogí el metro y volví a la biblioteca, donde la gala dedicada a

las enfermedades del corazón estaba en pleno apogeo. Oí que dentro tocaban Satin Doll, oí risas, gritos y grandes carcajadas, vi aproximadamente cien largas limusinas negras y utilitarios negros más cortos esperando con el motor al ralentí a lo largo de la acera, y medité sobre el hecho de que tan solo una serie de átomos y moléculas combinadas de una forma particular para conformar algo conocido como una «pared de ladrillo» se interponía entre mi persona y la gente que estaba dentro de la biblioteca, bailando al ritmo que marcaba la sección de viento, que cojeaba ostensiblemente por la parte del saxo tenor. Y, sin embargo, mientras escuchaba, me sucedió una cosa extraña: sentí dolor. No en la cabeza, ni en el brazo, ni en una pierna, sino en todas partes al mismo tiempo. Me dije que no había ninguna diferencia entre estar «dentro» y estar «fuera», que todo se reducía a una serie de ceros y unos a los que uno podía llegar de formas distintas, pero el dolor fue en aumento hasta el punto de que creí que iba a darme un colapso, de modo que me marché cojeando.

Como todos los experimentos fallidos, ese en particular me enseñó algo sorprendente: que un ingrediente crucial de la llamada experiencia es la fe ilusoria de que esta es algo único y especial, y de que quienes se ven incluidos en ella son unos privilegiados, mientras que quienes se ven excluidos se lo están perdiendo. Y yo, como un científico que

accidentalmente hubiera inhalado gases tóxicos de un vaso de precipitados que hervía en mi laboratorio, había terminado, por pura proximidad física, contagiándome de esa misma falsa ilusión y, en mi estado alterado por las drogas, me había convencido de que era un excluido: condenado a permanecer temblando en el exterior de una biblioteca pública en la Quinta Avenida con la calle 42 para siempre jamás, imaginando el esplendor del interior.

Me acerqué al mostrador de la recepcionista, haciendo equilibrios con el pescado entre las dos manos. El papel ya había empezado a empaparse.

—Esto es un pescado —le dije.

Ella ladeó la cabeza y me miró como si de repente me hubiera reconocido.

—Ajá —dijo.

—Dile a Bennie que pronto empezará a apestar.

Volví a sentarme. Mis «vecinos» en la sala de espera eran un hombre y una mujer, ambos de la rama empresarial. Percibí que se apartaban ligeramente.

—Soy músico —dije, como presentándome—. Slide guitar.

No respondieron.

Finalmente salió Bennie. Se le veía elegante. Se le veía en forma. Llevaba pantalones negros y una camisa abotonada hasta el cuello, aunque sin corbata. Al ver esa camisa me di cuenta de algo por primera vez: me di cuenta de que las camisas caras quedan

mejor que las camisas baratas. El tejido no era brillante, no; eso es una ordinariez. Y, sin embargo, resplandecía, como si tuviera luz interior. Lo que quiero decir es que era una camisa de puta madre, preciosa.

—Scotty, colega, ¿cómo te va? —dijo Bennie, y me dio unas cariñosas palmaditas en el hombro mientras nos estrechábamos las manos—. Siento haberte hecho esperar. Supongo que Sasha habrá sido buena contigo.

Señaló a la chica con la que yo había estado tratando, cuya sonrisa despreocupada podría traducirse aproximadamente como: «Ya ha dejado oficialmente de ser mi problema». Yo le dediqué un guiño cuya traducción exacta era: «Yo no estaría tan segura».

—Ven, vayamos a mi oficina —dijo Bennie, que me cogió por los hombros y me condujo hacia el vestíbulo.

—¡Espera, me he olvidado de algo! —exclamé, y volví a por el pescado. Al pasar de la mesita a mis manos, salió un chorrito de líquido de una esquina de la bolsa y los dos tipos con pinta de empresarios pegaron un salto, como si aquello fuera un escape nuclear. Me volví hacia «Sasha» esperando encontrarla encogida detrás del mostrador, pero me di cuenta de que contemplaba la situación con una mirada que podría definirse como divertida.

Bennie me esperó junto al vestíbulo. Noté, con

satisfacción, que tenía la piel más morena aún que en el instituto. Lo había leído en alguna parte: la piel va oscureciendo por la acumulación de años de exposición a la luz del sol, y la de Bennie lo había hecho de tal modo que habría sido muy generoso llamarlo caucásico.

—¿Has estado comprando? —preguntó, echando un vistazo a la bolsa.

—Pescando —respondí.

Bennie tenía una oficina asombrosa, y no lo digo en el sentido que los skaters adolescentes han dado al término, sino en su sentido tradicional, literal. Su escritorio era un óvalo gigante de color negro azabache, con la superficie de aspecto mojado, como los pianos caros. Me recordó a una pista de patinaje negra. Por detrás del escritorio todo era vista: la ciudad entera se extendía ante nosotros igual que los vendedores ambulantes extienden sus mantas llenas de cinturones y relojes baratos y relucientes. Ese es el aspecto que tenía Nueva York: algo estupendo que uno podía tener fácilmente, incluso yo. Me quedé junto a la puerta, con mi pescado entre las manos. Bennie rodeó el óvalo negro húmedo de su mesa. La mesa parecía ajena a cualquier tipo de fricción, como si pudieras deslizar una moneda por su superficie y esta fuera a llegar flotando hasta el extremo opuesto.

—Siéntate, Scotty —dijo Bennie.

—Espera —respondí yo—. Esto es para ti.

Me acerqué y, con cuidado, dejé el pescado encima de su mesa. Me sentí como si acabara de depositar una ofrenda en un altar Shinto, en lo alto de la montaña más alta de Japón. La vista me tenía alucinado.

—¿Me estás dando un pescado? —dijo Bennie—. ¿Eso es un pescado?

—Una lubina rayada. La he pescado esta mañana en el East River.

Bennie me miró como si esperara que añadiera la coletilla del chiste.

—No está tan contaminado como la gente cree —dije yo, sentándome en una pequeña silla negra, una de las dos que había frente a la mesa de Bennie.

Él se levantó, cogió el pescado, rodeó el escritorio y me lo devolvió.

—Gracias, Scotty —dijo—. Aprecio el detalle, de veras. Pero aquí, en mi oficina, un pescado se va a echar a perder.

—¡Pues llévatelo a casa y cómetelo! —respondí yo.

Bennie esbozó una sonrisa tranquila, pero no hizo ademán de querer recuperar el pescado. «Pues vale —pensé—. Me lo comeré yo».

Al principio creí que mi silla negra sería incómoda; mientras me sentaba pensé: «Esta va a ser una de esas sillas horribles que hacen que el culo te duela y se te duerma». Pero era sin lugar a dudas la

silla más cómoda en la que me hubiera sentado nunca, más cómoda incluso que el sofá de piel negra de la sala de espera. Si con el sofá me había dormido, con aquella silla iba a levitar.

—Desembucha, Scotty —dijo Bennie—. ¿Me quieres enseñar una demo? ¿Tienes un disco? ¿Un grupo? ¿Canciones que quieres que te produzca? ¿Qué tienes en mente?

Estaba apoyado en el borde de la gran pastilla negra, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos: una de esas poses que parecen muy relajadas pero que en realidad son muy tensas. Mientras lo observaba comprendí varias cosas, en una especie de efecto cascada: 1) Bennie y yo ya no éramos amigos ni volveríamos a serlo. 2) Él estaba intentando deshacerse de mí lo antes posible y con el menor fastidio posible. 3) Yo ya sabía que pasaría eso, lo había sabido desde antes de llegar. 4) Aquel era el motivo por el que había ido a verlo.

—¿Scotty? ¿Sigues ahí?

—Bueno —dije yo—. Ya veo que estás hecho un campeón, todos quieren algo de ti.

Bennie volvió a su silla de escritorio y se sentó ante mí con los brazos cruzados, en una pose que parecía menos relajada que la primera, pero que en realidad lo era más.

Vamos, Scotty —dijo—. Primero me escribes una carta y luego te presentas en mi oficina; imagino que

no habrás venido únicamente a traerme un pescado.

—No, eso era un regalo —repliqué—. He venido porque quiero saber qué ha pasado entre A y B.

—Bennie parecía estar esperando algo más—. A es cuando tocábamos juntos en el grupo e íbamos detrás de la misma chica. Y B es ahora.

Supe al instante que mencionar a Alice había sido un acierto. Literalmente había dicho una cosa, sí, pero por debajo había dicho algo más: tú y yo éramos dos capullos y ahora el único que es un capullo soy yo, ¿por qué? Y, por debajo de eso, otra cosa más: quien ha sido un capullo, será siempre un capullo. Y, por debajo de todo: eras tú quien le iba detrás. Pero ella me eligió a mí.

—Que me he dejado los cojones trabajando —dijo Bennie—. Eso es lo que ha pasado.

—Lo mismo digo.

Nos miramos a través de la mesa negra, el templo del poder de Bennie. Se hizo un silencio largo, extraño, y durante ese silencio tuve la sensación de que arrastraba a Bennie (aunque a lo mejor era él quien me arrastraba a mí) de vuelta a San Francisco, donde éramos dos de los cuatro miembros de los Flaming Dildos, y Bennie era uno de los bajistas más malos que te podías echar a la cara, un chaval de piel morena y manos peludas, y mi mejor amigo. Noté un latigazo de rabia tan violento que me mareé. Cerré los ojos e imaginé que me abalanzaba sobre Bennie por

encima de la mesa y le arrancaba la cabeza, que se la arrancaba de cuajo del cuello de aquella espléndida camisa como un hierbajo seco con largas raíces enmarañadas. Imaginé que llevaba la cabeza hasta la ostentosa sala de espera agarrándola por los pelos y que la dejaba caer sobre el mostrador de Sasha.

Me levanté de la silla y Bennie se alzó al mismo tiempo que yo; pegó un brinco, mejor dicho, pues cuando lo miré ya estaba de pie.

—¿Te importa que mire por la ventana? —le pregunté.

—Qué va.

Su voz no sonó asustada, pero por el olor me di cuenta de que lo estaba. Vinagre: a eso huele el miedo.

Me acerqué a la ventana. Fingí contemplar la vista, aunque tenía los ojos cerrados.

Al cabo de un rato noté que Bennie se había acercado a mí.

—¿Sigues haciendo música, Scotty? —preguntó con delicadeza.

—Lo intento —respondí—. Sobre todo cuando estoy solo, para no perder la soltura.

En aquel momento pude abrir los ojos, pero aún no podía mirarlo.

—Eras increíble con esa guitarra —dijo—. ¿Estás casado? —preguntó entonces.

Divorciado. De Alice.

—Eso lo sé —dijo—. Me refería a si te has vuelto

a casar.

—Duró cuatro años.

—Lo siento, colega.

—Fue mejor así —dije yo. Entonces me volví hacia Bennie. Él estaba de espaldas al ventanal, y me pregunté si alguna vez se tomaría la molestia de contemplar la vista, si tener tanta belleza tan cerca significaría algo para él—. ¿Y tú? —pregunté.

—Estoy casado. Tengo un hijo de tres meses.

Entonces sonrió: una sonrisa boba, avergonzada, al pensar en su bebé, como si supiera que no se lo merecía. Y tras la sonrisa de Bennie el miedo seguía presente: miedo a que hubiera averiguado su paradero para arrebatarse aquellos regalos que la vida le había hecho, para borrarlos del mapa en unos segundos decisivos. Me dieron ganas de reírme a carcajadas: «Oye, “colega”, ¿no lo comprendes? ¡Tú no tienes nada que yo no tenga! Todo son ceros y unos a los que se puede llegar de un millón de formas distintas». Pero en ese momento me distrajeran dos ideas: 1) Que yo no tenía lo que tenía Bennie. 2) Que él estaba en lo cierto.

Entonces pensé en Alice. Eso era algo que casi nunca me permitía: pensar en ella sin más, por oposición a pensar en no pensar en ella, que es algo que hago constantemente. Aquel pensamiento sobre Alice surgió en mi interior y yo dejé que se desplegara hasta que vi su pelo bajo el sol (dorado, tenía el pelo

dorado) y olí esos aceites que solía aplicarse en las muñecas con un cuentagotas. ¿Pachulí? ¿Almizcle? Ya no recordaba los nombres. Vi su cara, que conservaba aún todo el amor intacto, sin rabia, sin miedo, sin ninguna de las cosas lamentables que aprendí a hacerle sentir. «Entra», dijo su cara y eso hice. Durante un minuto, entré.

Contemplé la ciudad. Su extravagancia me pareció un dispendio, como si estuviera vertiendo petróleo o alguna otra sustancia preciosa que Bennie quería guardarse para él solito, como si quisiera gastarla para que no quedara para nadie más. Pensé: si dispusiera de una vista como esta y pudiera contemplarla cada día, tendría la energía y la inspiración necesarias para conquistar el mundo. El problema es que cuando más necesitas una vista así, nadie te la ofrece.

Inspiré profundamente y me volví hacia Bennie.

—Te deseo salud y felicidad, hermano —dije, y le sonreí por primera y única vez: dejé que mis labios se abrieran y se ensancharan, algo que hago muy pocas veces porque me faltan la mayor parte de los dientes a ambos lados. Los dientes que me quedan son blancos y anchos, de modo que las mellas negras resultan realmente chocantes. Me percaté de la sorpresa en la cara de Bennie al verlos. De pronto me sentí fuerte, como si hubiera habido una alteración en el equilibrio y ahora todo el poder de Bennie —la mesa, la vista, la

silla levitatoria— me perteneciera a mí. Bennie también lo notó. El poder es así: todo el mundo lo nota al mismo tiempo.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta, sin dejar de sonreír. Me sentía ligero, como si llevara la camisa blanca de Bennie y la luz irradiara de su interior.

—Oye, Scotty, espera —dijo Bennie, con voz conmovida.

Se acercó a su mesa, pero yo seguí caminando, mi sonrisa guiaba mis pasos hacia el vestíbulo y la zona de recepción donde estaba Sasha, mis zapatos susurraban sobre la moqueta a cada paso, lento, muy digno. Bennie me alcanzó y me tendió una tarjeta de visita: un papel lujoso con un grabado en relieve. Tenía un tacto exquisito. La cogí con cuidado. «Presidente», leí.

—No seas tan caro de ver, Scotty —dijo Bennie. Parecía desconcertado, como si se le hubiera olvidado cómo había llegado yo hasta allí; como si me hubiera invitado él y yo estuviera marchándome de forma prematura—. Si alguna vez tienes algo de música y quieres que la oiga, mándamela.

No pude evitar echarle otro vistazo a Sasha. Tenía los ojos serios, casi tristes, pero seguía enarbolando la bandera de su hermosa sonrisa.

—Cuídate, Scotty —dijo.

Fuera del edificio, me encaminé directamente

hacia el buzón donde había echado mi carta a Bennie hacía unos días. Incliné la cabeza hacia atrás y contemplé la torre de cristal verde, intentando contar las plantas hasta la cuarenta y cinco. Solo entonces me di cuenta de que tenía las manos vacías: ¡me había olvidado el pescado en la oficina de Bennie! Me pareció hilarante y me reí con ganas, imaginé que esos dos tipos con pinta de empresarios se sentaban en las sillas levitatorias, frente a la mesa de Bennie, y uno de ellos levantaba la bolsa pesada y húmeda del suelo, la reconocía («Dios, es el pescado del tío ese») y la dejaba caer de nuevo, con gesto de asco. ¿Y qué podía hacer Bennie?, me pregunté mientras me dirigía lentamente hacia el metro. ¿Se desharía del pescado de una vez y para siempre, o lo metería en la nevera de la oficina y por la noche se lo llevaría a su casa, con su mujer y su hijo, y les hablaría de mi visita? Y si llegaba tan lejos, ¿era posible que abriera la bolsa y echara un vistazo, solo porque sí?

Esperaba que lo hiciera. Sabía que iba a quedarse atónito. Era un pescado precioso, reluciente.

No pude hacer gran cosa más durante el resto del día. Tengo muchos dolores de cabeza por culpa de una lesión ocular que sufrí de niño y el dolor es tan intenso que proyecta en mi retina imágenes deslumbrantes, insoportables. Esa tarde me tumbé en la cama, cerré los ojos y vi un corazón que ardía, suspendido en la oscuridad, y emitía luz en todas las direcciones. No era

un sueño, porque no pasaba nada. El corazón simplemente flotaba, inmóvil.

Como me había acostado por la tarde, al día siguiente me levanté, salí de mi apartamento y me planté debajo del puente de Williamsburg, con el anzuelo hundido en el East River desde mucho antes de que amaneciera. Sammy y Dave llegaron al cabo de poco. En realidad a Dave la pesca le daba lo mismo: estaba ahí para ver como las hembras del East Village salían a hacer *footing* por la mañana, antes de ir al instituto, a la NYU, a trabajar en una *boutique* o a lo que sea que dediquen sus días las chicas del East Village. Dave solía quejarse de los sujetadores de deporte, que para su gusto impedían un balanceo satisfactorio. Sammy y yo no le hacíamos demasiado caso.

Aquella mañana, cuando Dave empezó otra vez, me dio por contestarle.

—Sabes, Dave? —le dije—. Creo que se trata de eso.

—¿De qué se trata?

—De que no les boten los pechos —dije—. Les duele. Por eso se ponen sujetadores de deporte.

Me dirigió una mirada desconfiada.

—¿Y desde cuándo eres un experto en el tema?

—Mi mujer hacía *footing*.

—¿Hacía? ¿Quieres decir que lo dejó?

—Dejó de ser mi mujer. A lo mejor aún hace

footing.

Era una mañana tranquila. Oí el acompasado pop, pop de las pelotas de tenis en las pistas del otro lado del puente de Williamsburg. De buena mañana, aparte de quienes hacían *footing* o jugaban al tenis, generalmente solo había un puñado de yonquis junto al río. Yo siempre me fijaba en si veía a una pareja en concreto, un hombre y una mujer que llevaban unas chupas de piel hasta los muslos, de piernas esqueléticas y cara destrozada. Tenían que ser músicos. Llevaba mucho tiempo desconectado de ese mundillo, pero era capaz de reconocer a un músico en cualquier parte.

Salió el sol, grande y brillante y redondo, como un ángel que levantara la cabeza. Nunca lo había visto tan radiante. El agua se tiñó de plata. Me entraron ganas de zambullirme y nadar. «Contaminación?», pensé. «Dejaos de monsergas». Y entonces me fijé en la chica. La vi periféricamente porque era menuda y corría dando brincos, con unos pasos altos distintos a los de los demás. Tenía el pelo castaño claro, pero cuando lo tocaba la luz del sol sucedía algo que no podía pasar desapercibido. «Rumpelstiltskin», pensé yo. Dave la miraba con los ojos como platos, e incluso Sammy se volvió a mirarla, pero yo no aparté la vista del río y me concentré en el hilo por si picaban. Vi a la chica sin tener que mirar.

—Oye, Scotty —dijo Dave—. Creo que acaba de

pasar tu mujer corriendo.

—Estoy divorciado —le contesté.

—Bueno, pues era ella.

—No —dije yo—. Vive en San Francisco.

—Pues a lo mejor es tu próxima mujer —sugirió Sammy.

—No, es la mía —dijo Dave—. ¿Y sabéis qué es lo primero que le voy a decir? «No las reprimas, déjalas botar».

Observé el destello del sol en el hilo de mi caña. Se me había acabado la suerte; sabía que no iba a pescar nada más. Pronto tenía que estar en el trabajo. Recogí el hilo y me puse a andar hacia el norte, siguiendo el río. La chica estaba ya bastante lejos, su pelo oscilaba con cada paso. La seguí, pero a tanta distancia que en realidad no la estaba siguiendo; tan solo caminaba en la misma dirección que ella. Estaba tan concentrado que no advertí la presencia de la pareja de yonquis hasta que ya casi habían pasado de largo. Iban abrazados, tenían un aspecto demacrado y sensual, como sucede con algunas parejas jóvenes durante un tiempo, hasta que ya solo están demacrados.

—Eh —dije, y me interpose en su camino.

Debíamos de habernos visto unas veinte veces junto al río, pero el tío me apuntó con las gafas de sol como si no me hubiera visto nunca y la chica ni siquiera me miró.

—¿Sois músicos? —les pregunté.

El tío me dio la espalda, como para quitárseme de encima, pero la chica levantó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos, irritados, y me pregunté si le dolería la luz del sol y por qué su novio, o su marido, o lo que fuera no le prestaba sus gafas.

—Es un músico asombroso —dijo, usando la palabra en el sentido en que la usan los skaters adolescentes. O a lo mejor no, pensé. A lo mejor lo decía literalmente.

—Te creo —dije—. Seguro que es un músico asombroso.

Me metí la mano en el bolsillo de la camisa y saqué la tarjeta de Bennie. Había utilizado un clínex para sacarla de la chaqueta del día antes y guardármela en la camisa, para que no se doblara ni se ensuciara. Sus letras grabadas en relieve me recordaban una moneda romana.

—Llamad a este tío —les dije—. Es el director de una discográfica. Decidle que os manda Scotty.

Los dos se quedaron mirando la tarjeta, entrecerrando los ojos por los rayos oblicuos del sol.

—Llamadle —insistí—. Es colega mío.

—Vale —dijo el tío, sin mucha convicción.

—Espero de veras que lo hagáis —dije, pero me sentí impotente. Solo podría hacer aquello una vez; nunca más volvería a tener la tarjeta.

Mientras el tío estudiaba la tarjeta, la chica me

miró.

—Le llamaremos —dijo y entonces sonrió; tenía unos dientes pequeños y perfectos, de esos que solo se consiguen llevando aparatos—. Lo obligaré a llamar.

Asentí, me volví y empecé a alejarme de los yonquis. Me encaminé hacia el norte e intenté fijar la vista tan lejos como me fue posible, aunque la chica que hacía *footing* había desaparecido mientras yo no miraba.

—¡Eh! —oí a mis espaldas, dos voces rasgadas; me volví—. Gracias —gritaron, los dos al unísono.

Hacía mucho tiempo que nadie me daba las gracias por nada.

—Gracias —dije para mí. Lo repetí una y otra vez, intentando retener mentalmente el sonido de sus voces, sentir de nuevo aquel vuelco de sorpresa en el pecho.

¿Es posible que el cálido ambiente primaveral tenga algo que haga que los pájaros canten con más fuerza? Eso fue lo que me pregunté al enfilear el paso elevado que cruzaba la autopista del East Side y daba a la calle 6 Este. Las flores empezaban a asomar en los árboles. Pasé bajo la aromática lluvia de polen, mientras me dirigía apresuradamente hacia mi apartamento. Quería llevar la chaqueta a la tintorería de camino al trabajo: tenía ganas de hacerlo desde el día anterior. La había dejado rebujada en el suelo, junto a mi cama, y la llevaría así, hecha un guiñapo.

La dejaría caer encima del mostrador, como si nada, a ver si la chica se atrevía a llevarme la contraria.

Aunque, ¿qué iba a decirme?

«He estado por ahí y necesito limpiar la chaqueta», diría, como hacen todos. Y ella volvería a dejársela como nueva.

7
De A a B

I

Stephanie y Bennie tuvieron que vivir durante un año en Crandale antes de que los invitaran a un cóctel. No era un lugar que se abriera fácilmente a los desconocidos. Cuando llegaron allí ya lo sabían y no les importaba: ellos ya tenían sus propios amigos. Sin embargo, a Stephanie la afectaba más de lo que había imaginado encontrarse (cada vez que llevaba a Chris a la guardería y saludaba o sonreía a una madre rubia mientras esta desembarcaba a su progenie igualmente rubia de un cuatro por cuatro o un Hummer) con una sonrisa forzada, interrogante, cuya traducción parecía ser: «¿Y tú quién eras?». Eran unos *snoobs*, unos idiotas, o ambas cosas a la vez, se decía Stephanie, y sin embargo su frialdad le dolía inexplicablemente.

Durante aquel primer invierno en la ciudad, la hermana de una de las artistas de Bennie propuso su ingreso en el Club de Campo de Crandale. A finales de junio, tras un proceso apenas un poco más arduo que el que se necesita para conseguir la nacionalidad, fueron aceptados. El primer día se presentaron en el club con sus propios trajes de baño y sus toallas, pues ignoraban que el CCC (tal como se lo conocía) ofrecía sus propias toallas monocromas para reducir el contraste de colores en la piscina. En el vestuario femenino, Stephanie se cruzó con una de las rubias que llevaban

a sus hijos al colegio de Chris y por primera vez le devolvieron un «hola»; al parecer, su presencia en dos lugares separados había completado algún tipo de triangulación que Kathy requería como prueba de su personalidad. Porque se llamaba así: Kathy. Stephanie lo había sabido desde el principio.

Kathy llevaba una raqueta de tenis y un vestidito blanco bajo el cual se insinuaban unos *shorts* de tenis, apenas visibles. Su prodigiosa maternidad no había dejado rastro alguno en su estrecha cintura, ni tampoco en sus bronceados bíceps. Llevaba su radiante melena recogida en una coleta y los mechones sueltos sujetos con pasadores.

Stephanie se puso el traje de baño y se reunió con Bennie y Chris frente al bar. Mientras aguardaban, indecisos, con sus toallas de colores, Stephanie reconoció un lejano pop, el pop de unas pelotas de tenis. Aquel sonido le provocó un ataque de nostalgia. Al igual que Bennie, Stephanie provenía de ninguna parte, aunque su ninguna parte era algo distinta: Bennie era originario de la ninguna parte urbana de Daly City, en California, donde sus padres se habían dedicado a trabajar hasta el punto de estar totalmente ausentes, mientras una agotada abuela los criaba a él y a sus cuatro hermanas. Stephanie, en cambio, provenía de la ninguna parte burguesa del Midwest, donde había un club en cuyo bar servían hamburguesas grasientas en lugar de la salade nicoise con atún fresco braseado

que ofrecían aquí; donde se jugaba al tenis en pistas agrietadas por el sol, y donde Stephanie había logrado un cierto nivel de excelencia a los trece años. No había vuelto a jugar desde entonces.

Al final de aquel primer día, atontados por el sol, se habían duchado, vestido y sentado en una terraza con el suelo de losa donde un pianista interpretaba melodías anodinas en un reluciente piano vertical. El sol había empezado a ponerse. Chris se revolcaba en un parterre cercano con dos niñas de su clase de parvulario. Bennie y Stephanie bebían *gin tonics* y contemplaban las luciérnagas.

—Así que esto es lo que se siente... —dijo Bennie.

A Stephanie se le ocurrieron diversas respuestas: alguna referencia al hecho de que aún no conocían a nadie, o a su sospecha de que tampoco había nadie que mereciera la pena. Pero optó por no decir nada. Había sido Bennie quien había elegido Crandale y en el fondo Stephanie comprendía por qué: habían viajado en *jet* privado a islas que eran propiedad de algunas de las estrellas del *rock* de su discográfica, pero aquel club de campo era lo más lejos que Bennie había estado nunca de su abuela, una mujer de ojos negros que vivía en Daly City. Había vendido su discográfica el año anterior. ¿Había alguna forma mejor de ratificar el propio éxito que instalarse en un lugar al que uno no pertenecía?

Stephanie cogió la mano de Bennie y le besó los nudillos.

—A lo mejor me compro una raqueta de tenis —dijo.

La invitación a la fiesta llegó tres semanas más tarde. El anfitrión, el mánager de un fondo de inversión libre que se hacía llamar Duck, los había invitado tras enterarse de que Bennie había descubierto a The Conduits, la banda preferida de Duck, y había editado sus discos. Después de su primera clase de tenis, Stephanie los encontró enzarzados en una conversación junto a la piscina.

—Ojalá volvieran a juntarse —dijo Duck pensativo—. ¿Qué fue del chalado de su guitarrista?

—¿Bosco? Sigue grabando —respondió Bennie con mucha diplomacia—. Su nuevo disco saldrá dentro de unos meses: A to B. Su música en solitario es más introspectiva.

Evitó mencionar que Bosco era obeso, alcohólico y tenía cáncer. Era su amigo más antiguo.

Stephanie se había sentado en el borde de la hamaca de Bennie, radiante porque aún se acordaba de darle a la bola: su golpe con efecto seguía intacto y su potente servicio conservaba toda la precisión. Había notado que una o dos rubias se detenían junto a la pista a mirarla y había experimentado un aguijonazo de orgullo al constatar lo poco que se parecía a aquellas mujeres, con su pelo corto y moreno, el tatuaje de un

pulpo minoico que le cubría la pantorrilla, y sus diversos y gruesos anillos. Aunque, por otro lado, era cierto que se había comprado un traje de tenis especialmente para la ocasión, ajustado y blanco, con unos diminutos *shorts*: las primeras prendas de color blanco que Stephanie usaba desde que era adulta.

En el cóctel, vio a Kathy (¿a quién si no?) en el extremo opuesto de la amplia terraza. Mientras Stephanie se preguntaba si iba a ser digna de otro «hola» o si iba a verse degradada de nuevo a un simple «¿y tú quién eras?», Kathy la vio y se encaminó hacia ella. El marido de Kathy, Clay, llevaba unos *shorts* de cloqué y una camiseta rosa, una combinación que en otra persona podría haber parecido irónica. Kathy llevaba una blusa azul marino clásica que resaltaba el azul claro de sus ojos. Stephanie se dio cuenta de que Bennie le echaba un vistazo a Kathy y se puso tensa, un espasmo de desazón residual tan efímero como la atención de Bennie (que ya estaba hablando con Clay). Kathy llevaba el pelo rubio suelto, aunque aún sujeto con pasadores a los lados. Stephanie se preguntó cuántos pasadores utilizaría aquella mujer en una semana.

—Te he visto en la pista —dijo Kathy.

—Hacía mucho que no entrenaba —respondió Stephanie—. Aún estoy recuperando el tono.

—Un día podríamos jugar un partido.

—Sí, claro —respondió Stephanie con

indiferencia, pero notó el latido del corazón en las mejillas. Cuando Clay y Kathy se alejaron, experimentó un atolondramiento que la avergonzó. Acababa de conseguir la victoria más ridícula de toda su vida.

II

Unos meses más tarde, cualquiera habría dicho que Stephanie y Kathy eran amigas. Jugaban regularmente al tenis dos mañanas a la semana y formaban un potente equipo de dobles en una liga entre clubes, que las enfrentaba a otras rubias vestidas con diminutos trajes de tenis, procedentes de ciudades próximas. Sus vidas presentaban una plácida simetría que abarcaba incluso sus nombres (Kath y Steph, Steph y Kath) y sus hijos, que iban juntos a primero: Chris y Colin, Colin y Chris. ¿Por qué de todos los nombres que Stephanie y Bennie habían barajado mientras ella estaba embarazada (Xanadou, Peek-a-boo, Renaldo, *Cricket*) habían terminado eligiendo el único que encajaba a la perfección en el inane paisaje onomástico de Crandale?

La preeminente posición de Kathy en la jerarquía de las rubias locales permitió a Stephanie una entrada fácil, neutral, y su estatus de protegida se extendió también a su pelo negro y corto y a sus tatuajes: era distinta pero legal, y la habían eximido de las aceradas críticas que recibían otras. Stephanie nunca habría dicho que le gustaba Kathy: Kathy era republicana, una de esas personas que utilizan la imperdonable fórmula «estaba escrito», sobre todo para referirse a su propia fortuna o a las calamidades que les sucedían a

otros. Kathy no sabía demasiado de la vida de Stephanie y seguramente se habría quedado de piedra si se hubiera enterado, por ejemplo, de que el famoso periodista que había copado los titulares hacía unos años tras agredir sexualmente a Kitty Jackson, una joven estrella de cine, mientras la entrevistaba para la revista Details era el hermano mayor de Stephanie, Jules. De vez en cuando, Stephanie se preguntaba si su amiga comprendería más cosas de las que ella suponía. «Ya sé que nos odiáis», imaginaba que pensaba Kathy; «nosotros también os odiamos a vosotros, y ahora que hemos zanjado este tema vamos a pegarles una paliza a esas zorras de Scarsdale». A Stephanie el tenis le gustaba con una agresividad voraz que la avergonzaba: soñaba con bolas que iban a la línea y golpes de revés. Kathy jugaba aún mejor que ella, pero la diferencia entre ambas se iba reduciendo, algo que parecía picarlas y divertir las por igual. Como compañeras y adversarias, madres y vecinas, Steph y Kath encajaban a la perfección. El único problema era Bennie.

Stephanie no lo creyó la primera vez que, el verano después de la invasión (el segundo que pasaban en Crandale), Bennie le dijo que tenía la sensación de que la gente lo miraba de forma rara en la piscina. Ella supuso que se refería a las mujeres que admiraban sus ojos oscuros y sus bronceados abdominales que asomaban por encima del traje de baño.

—¿Desde cuándo te molesta que te miren? —le

soltó.

Pero Bennie no se refería a eso, y pronto Stephanie empezó a percibirlo también: una cierta duda o vacilación en torno a su marido. A Bennie no parecía molestarle en exceso: le habían preguntado «¿qué tipo de nombre es Salazar?» tan tas veces en su vida que se había vuelto relativamente inmune al escepticismo sobre sus orígenes y su raza, y había perfeccionado un arsenal de atractivos que lograban borrar ese escepticismo, particularmente con las mujeres.

A mediados de ese segundo verano, en otro cóctel organizado por un fondo de inversión libre, Bennie y Stephanie se encontraron charlando, junto con Kathy, Clay (o Caracartón, como ellos lo llamaban en secreto) y otros invitados, con Bill Duff, un congresista de la zona que acababa de participar en una reunión del Consejo de Relaciones Exteriores. El tema era la presencia de Al Qaeda en el área de Nueva York. Había agentes, les confió Bill, sobre todo en los barrios periféricos, posiblemente comunicados entre sí (Stephanie notó que las pálidas cejas de Clay se arqueaban y que este ladeaba la cabeza de forma extraña, como si se le hubiera metido agua en la oreja), pero la pregunta era: ¿qué intensidad tenía su vínculo con el buque nodriza? (aquí Bill se rió); porque cualquier chalado rencoroso podía decir que formaba parte de Al Qaeda, pero si no disponía del dinero, el

entrenamiento y el respaldo necesarios (Clay meneó de nuevo la cabeza y lanzó una fugaz mirada hacia Bennie, situado a su derecha), no tenía ningún sentido destinar recursos...

Bill hizo una pausa, claramente desconcertado. Otra pareja se unió al grupo; Bennie cogió a Stephanie por el brazo y se alejaron. Tenía la mirada tranquila, casi adormilada, pero le agarraba el brazo con tanta fuerza que le hacía daño.

Se marcharon de la fiesta poco después. Bennie pagó a la canguro, una chica de dieciséis años apodada *Scooter*, y la llevó a su casa. Regresó antes de que Stephanie tuviera tiempo de echarle un vistazo al reloj o de reflexionar sobre lo guapa que era *Scooter*. Lo oyó activar la alarma antirrobo y acto seguido Bennie subió por las escaleras montando tal estruendo que Sylph, su gata, se escondió aterrorizada debajo de la cama. Stephanie salió corriendo del dormitorio y coincidió con Bennie en lo alto de la escalera.

—¿Qué cojones estoy haciendo yo aquí? —gritó él.

—Chsss, vas a despertar a Chris.

—¡Esto es una película de miedo!

—Ha sido muy feo —dijo—, aunque Clay es un tío extr...

—¿Los estás defendiendo?

—Claro que no. Pero es solo cosa suya.

—¿En serio crees que los demás no se han dado

cuenta de lo que pasaba?

Stephanie temía que pudiera ser así: ¿se habrían dado cuenta todos? No quería que Bennie pensara eso.

—No seas paranoico. Incluso Kathy dice que...

—¡Otra vez! ¡Pero qué te pasa!

Estaba en lo alto de la escalera, con los puños apretados. Stephanie se le acercó y lo abrazó; Bennie se desplomó y estuvo a punto de hacerla caer. Se quedaron así hasta que la respiración de ambos se ralentizó.

—Vayámonos de aquí —dijo Stephanie en voz baja.

Bennie se apartó, asustado.

—Lo digo en serio —insistió ella—. Toda esta gente no me importa una mierda. Venir a vivir a un lugar como este era un experimento, ¿no?

Bennie no respondió. Miró a su alrededor, al suelo de *parquet* que había lijado con sus propias manos, de rodillas, pues no había querido confiarle un trabajo tan delicado a otra persona. Miró la cristalera de la puerta del dormitorio, que había pasado varias semanas decapando con la ayuda de una navaja; las alacenas de la escalera, que había decorado una tras otra con objetos artísticos antes de instalar las luces. Su padre había sido lampista, Bennie era capaz de iluminar lo que fuera.

—Que se vayan ellos —dijo—. Esto es mi casa.

—Vale. Pero llegado el momento, por mí

podemos irnos. Mañana, dentro de un mes o dentro de un año.

—Quiero morir aquí —declaró Bennie.

—Joder —dijo Stephanie, y de repente les dio un ataque de risa que pronto los tuvo a ambos desternillándose, doblados sobre el *parquet*, mandándose callar por turnos, entre susurros.

Así pues se quedaron. A partir de entonces, cada mañana que Bennie veía a Stephanie ponerse el traje de tenis blanco le decía: «¿Vas a ir a jugar con los fascistas?». Stephanie sabía que él quería que lo dejara, que renunciara a formar equipo con Kathy como protesta contra el fanatismo y la imbecilidad de Caracartón. Pero Stephanie no tenía intención de dejarlo. Si iban a vivir en un lugar cuya vida social orbitaba alrededor de un club de campo, quería tener una buena relación con la mujer que le garantizaba una aceptación fácil. Malditas las ganas que tenía de acabar siendo una marginada como Noreen, su vecina de la casa de la derecha, con sus gestos exagerados, sus enormes gafas de sol y sus manos temblorosas (por culpa de la medicación, suponía Stephanie). Noreen tenía tres hijos encantadores, asustadizos, pero las mujeres no hablaban con ella. Era un fantasma. «No, gracias», pensaba Stephanie.

En otoño, cuando el tiempo ya refrescaba, empezó a quedar para jugar a tenis cada vez más tarde, aprovechando que Bennie ya no estaba en casa y no la

veía cambiarse de ropa. Ahora que trabajaba por cuenta propia para la empresa de relaciones públicas de La Doll y podía organizar las reuniones en Manhattan a su antojo, le resultaba fácil. En cierta medida aquello era engañarlo, desde luego, aunque solo por omisión, para proteger a Bennie de algo que lo angustiaba. Stephanie nunca negaba haber jugado si él se lo preguntaba. Además, ¿acaso él no la había engañado lo suyo a lo largo de los años? ¿No le debía unas cuantas en ese sentido?

III

La primavera siguiente, el hermano mayor de Stephanie, Jules, salió con la condicional del correccional de Attica y se fue a vivir con ellos. Había estado fuera de juego durante cinco años, primero en Rikers Island, esperando el juicio por el intento de violación de Kitty Jackson, y luego otros cuatro años, después de que retiraran la acusación de violación (a petición de la propia Kitty Jackson) y lo condenaran por secuestro con el agravante de agresión sexual; una exageración, sobre todo teniendo en cuenta que la joven estrella había ido a Central Park con Jules por propia voluntad y no había sufrido ni una sola herida. De hecho, la muchacha había terminado testificando para la defensa, pero el fiscal del distrito había convencido al jurado de que el apoyo de Kitty hacia Jules era una especie de síndrome de Estocolmo. «El hecho de que insista en proteger a este hombre no es sino una prueba más de las profundas heridas que ha sufrido...», recordaba Stephanie que había dicho durante el juicio contra su hermano, que ella había presenciado durante diez angustiosos días, intentando mostrarse optimista.

En la cárcel, Jules pareció recuperar la serenidad que había perdido espectacularmente los meses previos a la agresión. Empezó a medicarse para el

trastorno bipolar y acabó por aceptar el fracaso de su matrimonio. Editó un periódico semanal en la cárcel y su cobertura del impacto de los atentados de las Torres Gemelas en la vida de los presos le valió una mención especial del Programa para Escritores Encarcelados del PEN Club. Jules obtuvo permiso para acudir a Nueva York a recoger el galardón y Bennie, Stephanie y sus padres lloraron durante todo su titubeante discurso de aceptación. Había empezado a jugar a básquet, había perdido algo de barriga y se había curado milagrosamente del eczema. Al fin parecía estar preparado para retomar la carrera periodística que lo había llevado a Nueva York hacía más de veinte años. Cuando el comité de la condicional decidió concederle la libertad anticipada, Stephanie y Bennie le ofrecieron alegremente su casa mientras se recuperaba.

Pero ahora, dos meses después de la llegada de Jules, la situación se había estancado. Había tenido una serie de entrevistas de trabajo que había encarado con terror y sudores fríos, pero ninguna de ellas había fructificado. Jules adoraba a Chris y, mientras Chris estaba en el colegio, pasaba horas montando enormes ciudades con microscópicas piezas de Lego para darle una sorpresa cuando regresara. Con Stephanie, en cambio, su hermano mantenía una distancia sarcástica, y respondía a sus vanos correteos (aquella mañana, por ejemplo, al salir los tres disparados hacia el colegio y

el trabajo) con irónico desconcierto. Llevaba el pelo desgredado y su rostro tenía un aspecto desinflado, tocado de una tristeza que apenas a Stephanie.

—¿Vas a ir a la ciudad? —le preguntó Bennie a Stephanie mientras ella amontonaba los platos del desayuno en el fregadero.

No, no iba a ir a la ciudad... aún. Desde que el tiempo volvía a ser cálido, había retomado sus partidos de tenis matutinos con Kathy. Sin embargo, había encontrado la forma de apartarlos de la vista de Bennie: dejaba el trajecito blanco de tenis en el club y se vestía por la mañana para ir a trabajar, pero acto seguido se dirigía al club, donde se cambiaba para jugar. Stephanie minimizaba el engaño haciendo que la mentira fuera puramente cronológica: si Bennie le preguntaba adónde iba, siempre mencionaba una cita que iba a tener lugar más tarde ese mismo día, de modo que si por la noche le preguntaba cómo había ido, podía responderle honestamente.

—He quedado con Bosco a las diez —dijo. Bosco era el único músico de *rock* para el que seguía trabajando como relaciones públicas. En realidad la cita era a las tres.

—¿Con Bosco, antes del mediodía? —preguntó Bennie—. ¿Fue idea suya?

Stephanie se dio cuenta inmediatamente de que había cometido un error: Bosco pasaba las noches sumido en una neblina alcohólica. Había cero

posibilidades de que estuviera consciente a las diez de la mañana.

—Creo que sí —respondió; mentirle a la cara a su marido le provocó un acceso de vértigo—. Aunque tienes razón: es raro.

—No, es preocupante —respondió Bennie. Le dio un beso de despedida a Stephanie y se dirigió hacia la puerta con Chris—. ¿Me llamarás después de verlo?

En aquel momento, Stephanie supo que iba a cancelar el partido con Kathy (que iba a darle plantón a Kathy, básicamente) y que iría a Manhattan para reunirse con Bosco a las diez. No tenía alternativa.

Cuando se hubieron marchado, Stephanie percibió la tensión que parecía generarse siempre que se quedaba a solas con Jules: sus preguntas no formuladas sobre los planes y la agenda de su hermano chocaban en silencio contra la resistencia de este a dichas preguntas. Aparte de montar legos, resultaba difícil saber qué hacía Jules durante todo el día. En dos ocasiones, Stephanie se había encontrado el televisor de su dormitorio sintonizado en un canal porno y eso la había molestado tanto que le había pedido a Bennie que llevara el televisor extra a la habitación de invitados, donde estaba Jules.

Subió al piso de arriba y dejó un mensaje de voz en el móvil de Kathy en el que le decía que tenía que cancelar el partido. Cuando regresó a la cocina, se encontró a Jules mirando por la ventana.

—¿Qué le pasa a tu vecina? —preguntó.

—¿Noreen? —dijo Stephanie—. Creemos que está loca.

—Está haciendo algo cerca de vuestra valla.

Stephanie se acercó a la ventana. Era cierto: vio la coleta desteñida de Noreen (una caricatura de los sutiles reflejos naturales que tiene el pelo de la demás gente) subiendo y bajando al otro lado de la valla. Sus gigantescas gafas de sol le daban el aspecto de una abeja o una alienígena de dibujos animados. Stephanie se encogió de hombros, irritada con Jules porque incluso tenía tiempo para obsesionarse con Noreen.

—Llego tarde —dijo.

—¿Me puedes llevar a la ciudad?

A Stephanie se le aceleró el pulso.

—Claro que sí —dijo—. ¿Tienes una entrevista?

—La verdad es que no. Pero me apetece salir un poco.

Mientras se dirigían hacia el coche, Jules se volvió y dijo:

—Creo que nos está observando. Noreen. A través de la valla.

—No me sorprendería.

—¿Y te quedas tan tranquila?

—¿Qué quieres que hagamos? No nos ha hecho nada, ni siquiera está en nuestra propiedad.

—Podría ser peligrosa.

—Tú eres una autoridad en el tema, ¿no?

—No tiene gracia... —dijo Jules.

En el Volvo, Stephanie metió la copia anticipada del nuevo disco de Bosco, A to B, en el reproductor de CD, como si con ello estuviera reforzando su coartada. Los últimos discos de Bosco consistían en enrevesadas cancioncillas acompañadas por un ukelele. Bennie seguía publicándolos por simple amistad.

—¿Puedo quitar esto, por favor? —preguntó Jules después de dos canciones y apagó la radio antes de que Stephanie pudiera responder—. ¿Es el tío al que vamos a ver?

—¿Cómo que vamos? Creía que solo estaba acompañándote a la ciudad.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Jules—. Por favor...

Su voz sonó humillada y lastimera: la voz de un hombre que no tenía nada que hacer ni ningún lugar al que ir. A Stephanie le dieron ganas de ponerse a gritar. ¿Era aquello un castigo por haberle mentado a Bennie? En los últimos treinta minutos se había visto forzada a cancelar un partido de tenis que se moría por jugar, a cabrear a Kathy y a embarcarse en un recado inventado para reunirse con una persona que sabía que no iba a estar consciente, y ahora, encima, tenía que llevarse al perdido e hipercrítico de su hermano y dejar que presenciara como su coartada se iba al garete.

—No estoy segura de que vaya a ser muy divertido.

—No pasa nada —respondió Jules—. Estoy acostumbrado a no divertirme.

Dirigió una mirada nerviosa a Stephanie mientras esta abandonaba la Hutchinson River Parkway y cogía la Cross Bronx Expressway; estar en el coche parecía inquietarlo. Cuando se hubieron incorporado por completo al tráfico, le preguntó:

—¿Tienes una aventura?

Stephanie se lo quedó mirando.

—¿Te has vuelto loco?

—¡Mira a la carretera!

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque te veo nerviosa. A ti y a Bennie, a los dos. Y no es así como os recordaba, tíos.

Stephanie estaba perpleja.

—¿Te parece que Bennie está nervioso?

El viejo temor se apoderó de ella y notó como si una mano le oprimiera el cuello, a pesar de la promesa que Bennie le había hecho dos años antes, al cumplir los cuarenta, y de no tener motivos para dudar de él.

—Os veo... no sé, como más formales.

—¿En comparación con la gente de la cárcel?

Jules sonrió.

—Vale —dijo—. A lo mejor es este sitio. Crandale, Nueva York —dijo, alargando las palabras—. Seguro que está lleno de republicanos.

—Mitad y mitad, más o menos.

Jules se volvió hacia ella, con incredulidad.

—No me digas que alternáis con republicanos...

—Son cosas que pasan, Jules.

—¿Tú y Bennie? ¿Andáis con republicanos?

—¿Te das cuenta de que estás gritando?

—¡Mira a la carretera! —bramó Jules.

Stephanie lo hizo; las manos le temblaban al volante. Le entraron ganas de dar media vuelta y llevar a su hermano a casa, pero eso habría significado perderse su inexistente reunión.

—Me marchó unos años y todo el mundo está patas arriba —dijo Jules, cabreado—. Han desaparecido edificios, te cachean cada vez que vas a la oficina de alguien. Parece que todos vayan drogados, porque están mandando *e-mails* mientras hablan contigo. Tom y Nicole ya no están juntos... Y ahora resulta que mi hermana roquera y su marido tratan con republicanos. ¡La madre que os parió!

Stephanie respiró hondo para calmarse.

—¿Qué planes tienes, Jules?

—Ya te lo he dicho: quiero ir contigo a reunirme con ese...

—Quiero decir que qué piensas hacer.

Hubo una larga pausa.

—No tengo ni idea —dijo Jules finalmente.

Ella lo miró. Habían cogido la Henry Hudson Parkway y Jules contemplaba el río con una expresión carente de energía o esperanza. Stephanie sintió como el miedo le atenazaba el corazón.

—Cuando llegaste por primera vez a Nueva York —le dijo—, hace años, tenías un montón de ideas.

Jules resopló.

—¿Quién no las tiene a los veinticuatro años?

—Quiero decir que sabías adónde ibas.

Él se había licenciado por la Universidad de Michigan dos años antes. Una de las compañeras de piso de Stephanie en la Universidad de Nueva York había dejado la carrera para seguir un tratamiento contra la anorexia y Jules había ocupado su habitación durante tres meses, en los que se había dedicado a pasear por la ciudad con un bloc de notas y a colarse en las fiestas de Paris Review. Para cuando la anoréxica regresó, Jules tenía un trabajo en Harper's, un apartamento en la calle Ochenta y Uno con York y tres compañeros de piso, dos de los cuales ahora eran editores de revistas. El tercero había ganado el Pulitzer.

—No lo entiendo, Jules —dijo Stephanie—. No entiendo qué te ha pasado.

Jules contempló el rutilante perfil del Lower Manhattan sin reconocer nada.

—Soy como Estados Unidos —dijo.

Stephanie se volvió para mirarlo, desconcertada.

—¿Pero qué dices? —le preguntó—. ¿Has dejado de tomarte la medicación?

—Ambos tenemos las manos sucias —dijo Jules.

IV

Stephanie dejó el coche en un aparcamiento de la Sexta Avenida y ella y Jules se adentraron en el Soho, sorteando una multitud de compradores cargados con bolsas descomunales de Crate and Barrel.

—Bueno. ¿Quién es el tal Bosco? —preguntó Jules.

—¿Te acuerdas de The Conduits? Él era el guitarrista.

Jules dejó de caminar.

¿Y vamos a reunirnos con él? ¿Con Bosco de The Conduits? ¿El pelirrojo flacucho?

—Sí, bueno. Ha cambiado un poco.

Giraron hacia el sur por Wooster y se dirigieron hacia Canal Street. La luz del sol se reflejaba en los adoquines, lo que despertó un vago recuerdo en la mente de Stephanie: la sesión fotográfica para la portada del primer disco de The Conduits en esa misma calle, entre carcajadas nerviosas, mientras Bosco se maquillaba las mejillas y el fotógrafo jugueteaba con su cámara. El recuerdo la asaltó mientras llamaba al timbre de Bosco y esperaba, rezando en silencio: «Por favor, no estés en casa, por favor, no contestes, por favor». Por lo menos eso pondría punto y final a aquella parte del día, que se había convertido en una farsa.

Nadie respondió al interfono, solo se oyó un zumbido. Stephanie abrió la puerta algo desorientada, preguntándose si realmente habría quedado con Bosco a las diez. ¿Era posible que se hubiera equivocado de timbre?

Entraron y llamaron el ascensor. Tardó un buen rato en bajar, entre chirridos y traqueteos.

—¿Este trasto es de fiar? —preguntó Jules.

—Puedes esperarme aquí si quieres.

—Deja ya de intentar librarte de mí.

Era imposible reconocer en Bosco al músico escuálido y jadeante que a finales de los ochenta tocaba una mezcla entre punk y *ska*, aquel enjambre pelirrojo e histérico que hacía que Iggy Pop pareciera indolente sobre el escenario. En más de una ocasión, los dueños de los clubes habían llamado al 911 durante los conciertos de The Conduits, convencidos de que a Bosco le había dado un ataque.

Actualmente estaba inmenso, según él por culpa de la medicación (una mezcla de antidepresivos y de tratamiento poscáncer), aunque un vistazo en su cubo de la basura revelaba casi siempre la presencia de un bote de helado Dreyer's Rocky Road de tres litros. Su pelo rojo había degenerado en una coleta canosa y grasienta. Un implante de prótesis de cadera fallido le había dejado un andar tambaleante, como una nevera sobre una carretilla, que hacía que su barriga diera bandazos. Pero estaba despierto, vestido e incluso

afeitado. Había subido las persianas de su ático y en el ambiente flotaba una neblina de ducha, en la que se mezclaba un agradable olor a café a medio preparar.

—Te esperaba a las tres —dijo Bosco.

—Pensaba que habíamos dicho a las diez —respondió Stephanie, buscando algo dentro del bolso para evitar su mirada—. ¿Oí mal la hora?

Bosco no era estúpido, sabía que estaba mintiendo. Pero también era un tipo curioso y su atención se centró de forma natural en Jules. Stephanie los presentó.

—Es un honor —dijo Jules en tono grave.

Bosco escudriñó su rostro en busca de algún signo de ironía antes de estrecharle la mano.

Stephanie se sentó en la silla plegable que había junto al asiento abatible de piel negra donde Bosco pasaba la mayor parte del tiempo. Estaba colocado junto a una ventana cubierta de polvo a través de la cual se veía el río Hudson e incluso parte de Hoboken. Bosco le sirvió café a Stephanie y empezó a sumergirse espasmódicamente en su silla, que lo succionó con gelatinosa voracidad. Aquella reunión debía servir para discutir la promoción de A to B. Ahora que Bennie tenía que responder ante los directores corporativos, no podía dedicarle a Bosco ni un centavo más aparte de la producción y la distribución de su CD. Así pues, Bosco pagaba a Stephanie por horas para que actuara como su agente

de publicidad y representante. En realidad, los títulos eran más bien simbólicos: Bosco había estado demasiado enfermo como para hacer casi nada tras la publicación de sus últimos dos discos y el mundo había respondido a su lasitud con indiferencia.

—Esta vez va a ser una historia completamente distinta —empezó diciendo Bosco—. Voy a hacerte trabajar, pequeña Stephi. Este disco va a ser mi retorno.

Stephanie supuso que estaba bromeando, pero él le devolvió la mirada desde el interior de los pliegues de piel negra de su silla.

—¿Tu retorno? —le preguntó.

Jules había estado deambulando por el ático, echando un vistazo a los discos enmarcados de oro y platino de The Conduits que cubrían las paredes, las pocas guitarras de las que Bosco no se había desprendido y su colección de obras de arte precolombino que guardaba en inmaculadas urnas de plástico y se negaba a vender. Stephanie advirtió que de repente, al oír la palabra «retorno», su hermano prestaba atención.

—El disco se llama A to B, ¿no? —dijo Bosco—. Pues esa es la pregunta que quiero plantear sin rodeos: ¿cómo he pasado de ser una estrella de *rock* a convertirme en un gordo que no le importa a nadie? No tiene sentido fingir que no es así.

Stephanie estaba demasiado perpleja como para

responder.

—Quiero entrevistas, artículos y todo eso —añadió Bosco—. Llena toda mi vida de esa mierda. Documentemos cada humillación, joder. Esto es la realidad, ¿no? Pasan veinte años y ya no tienes tan buena pinta, particularmente si te han quitado la mitad de los intestinos. El tiempo es un canalla, ¿no? ¿No dice eso el dicho?

Jules se había acercado desde el otro extremo de la sala.

—Nunca lo había oído —dijo—. ¿El tiempo es un canalla?

—¿No te lo parece? —preguntó Bosco, en tono desafiante.

Hubo una pausa.

—Sí —respondió Jules.

—Mira —dijo Stephanie—, me encanta tu honestidad, Bosco...

—No me vengas con «me encanta tu honestidad, Bosco» —la interrumpió él—. A mí no te me pongas en plan relaciones públicas.

—Pero es que soy tu relaciones públicas —le recordó Stephanie.

Vale, pero que todo ese rollo no se te suba a la cabeza —dijo Bosco—. Eres demasiado vieja para eso.

—Solo intentaba ser diplomática —dijo Stephanie—. El caso es que a la gente le importa un huevo que tu vida se haya ido al carajo, Bosco. Y me

hace gracia que creas que esto puede interesarle a alguien. Si fueras una estrella del *rock*, aún, pero ya no eres una estrella del *rock*. Eres una reliquia.

—Eres un poco cruel —dijo Jules.

Bosco se rió.

—Se ha cabreado porque la he llamado vieja.

—Pues sí —admitió Stephanie.

Jules los miró alternativamente, incómodo.

Parecía que cualquier tipo de conflicto le ponía nervioso.

—Mira —dijo Stephanie—, puedo decirte que me parece una idea genial e innovadora y dejar que muera por sí sola, o puedo serte sincera: es una idea ridícula. No le importa a nadie.

—Aún no has oído la idea —dijo Bosco.

Jules cogió una silla plegable y se sentó.

—Quiero hacer una gira —dijo Bosco—. Como antes, haciendo las mismas cosas en el escenario. Voy a moverme igual que antes, solo que más.

Stephanie dejó la taza. Le habría gustado que Bennie estuviera allí; solo Bennie habría sabido apreciar la profundidad de la escena de autoengaño que estaba presenciando.

—A ver si lo he entendido —dijo—. Quieres conceder un montón de entrevistas y hacer que la prensa divulgue el hecho de que eres la sombra renqueante y decrepita del hombre que fuiste. Y luego quieres hacer una gira...

—Una gira nacional.

—Una gira nacional. Y actuar como si aún fueras ese hombre.

—Bingo.

Stephanie respiró hondo.

—Le veo una serie de problemas, Bosco.

Ya había contemplado esa posibilidad

—respondió él y le guiñó el ojo a Jules—. Dispara.

—Bueno, para empezar, lograr que un periodista se interese en esto no va a ser fácil.

—A mí me interesa —intervino Jules— y soy periodista.

«Dios, ayúdame», estuvo a punto de decir Stephanie, pero logró contenerse. Hacía años que no oía a su hermano referirse a sí mismo como periodista.

Vale, ya tienes a un periodista interesado...

—Tiene todos los derechos —dijo Bosco, que se volvió hacia Jules—. Lo tendrás todo, acceso completo. Puedes verme cagar, si quieres.

Jules tragó saliva.

—Me lo pensaré.

—Quiero decir que no hay límites.

—Vale —volvió a empezar Stephanie—, ya tienes a un...

—Y también puedes filmarme —le dijo Bosco a Jules—. Puedes hacer un documental, si te interesa.

Jules empezaba a poner cara de preocupación.

—¿Me dejáis terminar de una puta vez mi frase?

—preguntó Stephanie—. Tienes a un periodista para una noticia que no le va a interesar a nadie...

—¿Puedes creerte que esta sea mi publicista? —le preguntó Bosco a Jules—. ¿Debería despedirla?

—Que tengas suerte buscando a otro —dijo Stephanie—. En cuanto a la gira...

Bosco sonreía, hundido en su glutinosa silla que para cualquier otra persona habría pasado por un sofá. De pronto Stephanie sintió pena por él.

—No será nada fácil conseguir que te contraten —dijo con delicadeza—. Quiero decir, ha pasado bastante tiempo desde la última gira y no estás... Dices que quieres hacer lo mismo que antes, pero...

Bosco se estaba riendo en su cara, pero Stephanie continuó:

—Físicamente, no estás... Quiero decir que tu salud...

Estaba dándole vueltas al hecho de que Bosco no era ni siquiera remotamente capaz de actuar como en los viejos tiempos, y que intentarlo acabaría matándolo, probablemente más pronto que tarde.

—¿Pero es que no lo entiendes, Steph? —estalló finalmente Bosco—. Se trata ni más ni menos que de eso. Todos sabemos cómo terminará, pero no sabemos ni cuándo, ni dónde, ni quién estará presente cuando finalmente suceda. Es una Gira Suicida.

Stephanie empezó a reírse. La idea le parecía inexplicablemente divertida. Pero de pronto Bosco se

había puesto serio.

—Estoy acabado —dijo—. Estoy viejo, estoy deprimido... Y eso cuando tengo un buen día. Quiero librarme de este marrón. Pero no quiero apagarme, ¡quiero estallar! Quiero que mi muerte sea una atracción, un espectáculo, un misterio. Una obra de arte. Y ahora, señora relaciones públicas —dijo, recogiendo sus carnes flácidas e inclinándose hacia ella, con los ojos relucientes en su cara abotargada—, intenta decirme que eso no va a interesarle a nadie. Joder, con la de *reality shows* que hay: difícilmente va a haber algo más real que esto. El suicidio es un arma, eso ya lo sabemos. ¿Pero puede ser también una obra de arte?

Observó a Stephanie con ansiedad: era un hombre enorme y enfermo al que le quedaba una idea atrevida y que ardía en deseos de que a ella le gustara. Se hizo una larga pausa mientras Stephanie intentaba ordenar sus pensamientos.

Pero el primero en hablar fue Jules.

—Es una idea genial.

Bosco lo miró con ternura, conmovido por su propio discurso y por constatar que también Jules estaba conmovido.

—Una cosa, chicos... —dijo Stephanie. Acababa de tomar conciencia del parpadeo de una idea perversa en su interior: si al final, de un modo u otro, aquella idea funcionaba (aunque era casi seguro que no sería

así: era una locura, tal vez ilegal y repugnante hasta lo grotesco), iba a querer contar con un periodista de verdad.

—Nah, nah, nah —la interrumpió Bosco haciendo que no con el dedo, como si hubiera expresado su cínica duda en voz alta. Entonces, entre suspiros y gemidos y rechazando la ayuda que le ofrecían, se levantó de su silla, que emitió un quejumbroso ruidito de alivio, y cruzó la sala con paso tambaleante. Llegó junto a un desordenado escritorio y se apoyó en él, jadeando de forma audible. Luego buscó papel y bolígrafo.

—¿Cómo te llamabas? —preguntó gritando.

—Jules. Jules Jones.

Bosco pasó varios minutos escribiendo.

—Bueno —dijo; regresó trabajosamente y le tendió el papel a Jules, que lo leyó en voz alta. «Yo, Bosco, en plena posesión de mis facultades físicas y mentales, concedo a Jules Jones los derechos informativos en exclusiva para cubrir la historia de mi decadencia y mi Gira Suicida».

Bosco estaba exhausto por el esfuerzo. Se dejó caer sobre la silla, con la respiración entrecortada y los ojos cerrados. Bosco, el espantapájaros demente de antaño, hizo su aparición traviesa, espectral, en la mente de Stephanie, repudiando al taciturno monstruo que tenían ante ellos. La embistió una oleada de tristeza.

Bosco abrió los ojos y miró a Jules.

—Pues eso —dijo—. Es tuyo.

Durante la comida en el jardín de esculturas del MoMA, Jules parecía un hombre nuevo: animado, parlanchín, incapaz de contener sus opiniones sobre la reciente renovación del museo. Había ido directamente a la tienda de *souvenirs* y se había comprado una agenda y un bolígrafo (ambos cubiertos con unas nubes de Magritte) para anotar su cita con Bosco la mañana siguiente.

Stephanie se comió su burrito de pollo mientras contemplaba La cabra de Picasso, deseando poder compartir el entusiasmo de su hermano. Pero le resultaba imposible, como si la excitación de Jules le hubiera sido trasvasada mediante un sifón desde el interior de Stephanie, de forma que esta experimentaba un agotamiento proporcional a la energía que mostraba su hermano. Se dio cuenta de que estaba deseando tontamente no haberse saltado el partido de tenis.

—¿Qué pasa? —le preguntó finalmente Jules mientras se bebía su tercer zumo de arándanos con soda—. Pareces abatida.

—No lo sé —dijo Stephanie.

Él se inclinó hacia ella; Jules era su hermano mayor, y de repente Stephanie tuvo un fogonazo de cómo habían sido de pequeños, aquella sensación casi física de que Jules era su protector, su guardián, que la acompañaba a los partidos de tenis y le masajeaba las

pantorrillas cuando le daba una rampa. Aquella sensación había quedado enterrada bajo los decisivos años caóticos de Jules, pero ahora regresó, agradable y plena de vida, y le llenó los ojos de lágrimas.

Su hermano parecía aturdido.

—Steph —dijo, cogiéndole la mano—, ¿qué sucede?

—Tengo la sensación de que todo termina —contestó ella.

Estaba pensando en los viejos tiempos, tal como ella y Bennie los llamaban ahora; no solo de antes de Crandale, sino también de antes del matrimonio, antes de la paternidad, antes de tener dinero, antes de renunciar a las drogas duras, antes de cualquier tipo de responsabilidad, cuando aún salían por el Lower East Side con Bosco, se colaban en los apartamentos de desconocidos, se acostaban después del amanecer, hacían el amor casi en público y cometían imprudencias que en más de una ocasión incluían (en su caso) pincharse heroína, porque nada de aquello iba en serio. Eran jóvenes y afortunados y fuertes: ¿de qué tenían que preocuparse? Si no les gustaban las consecuencias, podían dar marcha atrás y volver a empezar. Y ahora Bosco estaba enfermo, apenas si era capaz de moverse y se dedicaba a planear febrilmente su propia muerte. Aquel resultado, ¿era una aberración anómala de las leyes de la naturaleza, o era algo normal, que deberían haber previsto? ¿Lo habían

provocado ellos de algún modo?

Jules le pasó el brazo por el hombro.

—Si me lo hubieras preguntado esta mañana, te habría dicho que estábamos acabados —dijo—. Todos: nosotros, el país... joder, el mundo entero. Pero ahora siento lo contrario.

Stephanie lo sabía, prácticamente podía oír la esperanza recorriendo como el agua el cuerpo de su hermano.

—¿Y cuál es el veredicto? —dijo.

—Que sí, que todo se va a terminar —dijo Jules—, pero no inmediatamente.

V

Stephanie logró soportar su siguiente reunión con un diseñador de bolsos de charol; acto seguido ignoró las advertencias de su instinto y pasó por su oficina. Su jefa, La Doll, estaba hablando por teléfono, como siempre, pero puso la llamada en espera y exclamó desde su despacho:

—¿Qué sucede?

—Nada —respondió Stephanie, sobresaltada. Aún estaba en el vestíbulo.

—¿Qué tal con el tipo de los bolsos?

La Doll llevaba sin esfuerzo aparente la agenda de todos sus empleados, incluso de los colaboradores externos como Stephanie.

—Normal.

La Doll terminó su llamada, se sirvió un espresso de la cafetera Krups de su escritorio en su taza sin fondo tamaño dedal y la llamó:

Ven, Steph.

Stephanie entró en la inmensa oficina esquinera de su jefa. La Doll era una de esas personas que, incluso para quienes las conocen bien, parecen estar retocadas digitalmente: la melena bob rubia y resplandeciente, el lápiz de labios rapaz, los ojos errantes, algorítmicos.

—La próxima vez —le dijo, clavándole

brevemente la mirada— cancela la reunión.

—¿Disculpa?

—He notado tu melancolía desde el vestíbulo —dijo La Doll—. Es como tener la gripe: mejor no exponer a los clientes.

Stephanie se rió. Conocía a su jefa desde hacía una eternidad, lo bastante larga como para saber que hablaba totalmente en serio.

—Dios, eres una bruja —le dijo.

La Doll soltó una risita y empezó a marcar otro número.

—Es una carga —dijo.

Stephanie regresó a Crandale en coche (Jules había vuelto en tren) y pasó a recoger a su hijo del entreno de fútbol. A las siete, su hijo aún tenía energías para echarse a los brazos de Stephanie tras haber pasado un día separados. Ella lo abrazó e inspiró el olor a trigo de su pelo.

—¿Tío Jules está en casa? —preguntó Chris—. ¿Ha estado construyendo algo?

—Pues la verdad es que tío Jules hoy ha estado trabajando —respondió Stephanie, que al decir esas palabras experimentó un aguijonazo de orgullo—. Ha estado trabajando en la ciudad.

Las vicisitudes del día se habían traducido en un deseo acuciante de hablar con Bennie. Stephanie había hablado con Sasha, su secretaria, de quien durante mucho tiempo había sospechado que se encargaba de

ocultarle las travesuras de Bennie, pero a la que con los años, y desde que Bennie se había corregido, había acabado cogiendo cariño. Bennie la había llamado de camino a casa, metido en un atasco, pero para entonces Stephanie prefería contárselo en persona. Se imaginó riéndose de Bosco con Bennie, notando como aquella extraña tristeza se disipaba. De una cosa estaba segura: no iba a mentir más sobre los partidos de tenis.

Bennie aún no estaba en casa cuando ella y Chris regresaron. Jules apareció con un balón de baloncesto y retó a Chris a un tres faltas. Se fueron hacia la entrada; la puerta del garaje retumbaba con cada tiro. El sol empezaba a ponerse.

Finalmente llegó Bennie, que se dirigió directamente al primer piso a ducharse. Stephanie metió unos muslos de pollo congelados en agua caliente para descongelarlos y fue tras él. El vapor salía por la puerta entreabierta del baño y entraba en el dormitorio, donde se arremolinaba a la luz de los últimos rayos de sol. También a Stephanie le apetecía ducharse: tenían una ducha doble con mandos hechos a mano, cuyo desorbitado precio había sido motivo de disputa. Pero Bennie se había mostrado inflexible.

Se quitó los zapatos de un puntapié, se desabrochó la blusa y la arrojó encima de la cama, con la ropa de Bennie. El contenido de los bolsillos de Bennie estaba ahora esparcido sobre la mesita de anticuario donde siempre los vaciaba. Stephanie echó un vistazo a lo

que había, un hábito que había adquirido cuando aún vivía con la sospecha permanente: monedas, envoltorios de chicle y el *ticket* de un garaje. Entonces dio un paso hacia la ducha y algo se le clavó en la planta del pie descalzo. Lo recogió (era un pasador) y se acercó a la papelería. Antes de tirarlo, le echó un vistazo: era un pasador corriente, dorado, idéntico a los pasadores que uno encontraría en los rincones de las casas de casi todas las mujeres de Crandale. Excepto en la suya.

Stephanie permaneció inmóvil, contemplando el pasador. Había mil razones por las que podía estar allí —una fiesta que habían organizado, alguna amiga que podía haber subido a usar el baño, la mujer de la limpieza—, pero Stephanie supo de quién era, como si lo hubiese sabido desde siempre, como si no lo estuviese descubriendo en aquel momento, sino únicamente recordándolo. Se hundió en la cama vestida con falda y sujetador, acalorada y temblorosa, parpadeando por el golpe. Claro. No hacía falta mucha imaginación para comprender que todo encajaba: el dolor, la venganza, el poder, el deseo. Bennie se había acostado con Kathy. Claro.

Stephanie volvió a ponerse la camisa y se la abrochó cuidadosamente, sin soltar el pasador. Entró en el baño y vislumbró la figura oscura de Bennie a través del vapor y el agua. No la había visto. Y entonces se detuvo presa de una espantosa sensación

de familiaridad, de que sabía todo lo que iban a decir: el penoso trayecto que iba de la negación a la disculpa autovejatoria para Bennie y de la cólera a la dolorosa aceptación para ella. Stephanie creía que nunca más volverían a recorrer ese trayecto. Lo había creído de veras.

Salió del baño y tiró el pasador a la basura. Bajó en silencio las escaleras del porche, descalza. Jules y Chris estaban en la cocina, bebiendo agua de la Brita. Solo pensaba en salir de allí, como si estuviera sacando una granada cargada de casa para que así, al estallar, la destruyera solo a ella.

El cielo por encima de los árboles era de un azul eléctrico, pero el jardín le pareció oscuro. Stephanie fue hasta donde terminaba el césped y se sentó con la frente apoyada en las rodillas. El césped y la tierra aún conservaban el calor del día. Quería llorar pero no podía. Lo que sentía era demasiado profundo.

Se tendió sobre la hierba, de costado, hecha un ovillo, como si estuviera protegiendo la parte dañada de sí misma o intentando contener el dolor que emanaba de esta. Con cada pensamiento se acrecentaba su sensación de horror, su convencimiento de que no iba a poder recuperarse, de que ya no disponía de recursos de los que echar mano. ¿Por qué esta vez era peor que las anteriores? En cualquier caso lo era.

Oyó la voz de Bennie, que la llamaba desde la

cocina:

—¿Steph?

Se levantó, tropezó y se metió en un parterre con flores. Ella y Bennie las habían plantado juntos: gladiolos, hostas y rudbeckias bicolor. Oyó como los tallos se partían bajo sus pies, pero no bajó la mirada. Fue hasta la verja y se arrodilló en la tierra.

—¿Mamá? —preguntó la voz de Chris desde el piso de arriba. Stephanie se tapó los oídos.

Entonces resonó otra voz, tan cercana que Stephanie la oyó incluso a través de las manos. Hablaba en susurros.

—Hola.

Stephanie tardó un momento en distinguir esa voz nueva, cercana, de las del interior de su casa. No sentía miedo, tan solo una vaga curiosidad.

—¿Quién eres?

—Soy yo.

Stephanie se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Los abrió y miró a través de las tablillas de la verja. Entre las sombras logró distinguir la cara pálida de Noreen, que la observaba desde el otro lado. Se había quitado las gafas de sol; Stephanie vio distraídamente aquellos ojos asustadizos.

—Hola, Noreen.

—Me gusta sentarme aquí —dijo Noreen.

—Ya lo sé.

Stephanie quería marcharse, pero era incapaz de

moverse. Volvió a cerrar los ojos. Noreen no dijo nada, y a medida que fueron pasando los minutos le pareció que se fundía con la crepitante brisa y la cháchara de los insectos, como si la noche tuviera vida propia. Stephanie pasó mucho rato acurrucada sobre la tierra, o lo que le pareció mucho tiempo, aunque a lo mejor solo fue un minuto. Permaneció arrodillada hasta que empezaron a llamarla de nuevo; también Jules, su voz aterrorizada resonaba en la oscuridad. Finalmente se levantó, tambaleándose, desplegándose, y notó como aquella cosa tan dolorosa se asentaba en su interior. Le temblaban las rodillas a causa de aquel peso nuevo, incómodo.

—Buenas noches, Noreen —dijo mientras empezaba a desandar el camino por entre las flores y los arbustos, de vuelta a su casa.

—Buenas noches —respondió una voz apagada.

El lavado de cara del general

La primera gran idea de Dolly fue el gorro. Eligió uno color azul cerceta, peludo, con unas orejeras que cubrían las enormes orejas del general, que parecían dos albaricoques secos. Aquellas orejas eran impresentables, pensaba Dolly, y lo mejor era taparlas.

Cuando vio la fotografía del general en el Times unos días más tarde, casi se le atraganta el huevo escalfado: parecía un bebé, un bebé enorme y enfermo con un bigote gigantesco y una papada doble. El titular no podría haber sido peor:

**EL EXTRAÑO GORRO DEL GENERAL B.
DISPARA LOS RUMORES SOBRE UN
CÁNCER
CRECE LA INQUIETUD CIUDADANA**

Dolly se levantó de un salto en su lóbrega cocina, se giró con gesto frenético y se derramó el té sobre el albornoz. Miró la foto del general con ojos como platos y de pronto se dio cuenta: las tiras, no habían cortado las tiras de debajo del gorro tal como ella les había indicado, y el tupido lazo que colgaba bajo la papada doble del general era un desastre. Dolly fue corriendo descalza a su despacho-dormitorio y empezó a releer páginas y más páginas de fax, intentando

encontrar el último número de contacto de Arc, el capitán a cargo de los recursos humanos del general. El general cambiaba de residencia muy a menudo para evitar que lo asesinaran, pero Arc era muy meticuloso a la hora de mandarle faxes a Dolly con la información de contacto actualizada. Generalmente los faxes llegaban a las tres de la madrugada, y despertaban a Dolly y a veces también a su hija, Lulu. Dolly nunca se había quejado por ello: el general y su equipo estaban convencidos de que era la relaciones públicas número uno de Nueva York, una mujer que tendría el fax en una oficina rinconera con vistas panorámicas sobre Nueva York (y había sido así, pero de eso hacía muchos años), y no a un palmo del sofá cama donde dormía. Dolly solo podía atribuir el malentendido a que les hubiera caído en las manos algún artículo antiguo de Vanity Fair, InStyle o People que hablara de Dolly utilizando su apodo de entonces: La Doll.

La primera llamada desde el campamento del general había llegado justo a tiempo. Dolly acababa de empeñar su última joya. Corregía libros hasta las dos de la madrugada, dormía hasta las cinco y a continuación charlaba por teléfono con japoneses de Tokio que aspiraban a hablar algún día en inglés, hasta que llegaba la hora de despertar a Lulu y prepararle el desayuno. Pero ni así iba a poder seguir pagando las tasas del Colegio Femenino de la Señorita Rutger al que iba Lulu. A menudo, Dolly pasaba las tres horas

de sueño de que disponía entre espasmos de preocupación solo de pensar en la desmesurada cuota de matrícula que se avecinaba.

Y entonces había llegado la llamada de Arc. El general quería un servicio exclusivo. Quería su rehabilitación, granjearse las simpatías americanas y acabar de una vez con los intentos de asesinato de la CIA. Si Gadafi podía hacerlo, ¿por qué no iba a poder él? Dolly se planteó seriamente si no estaría alucinando por el exceso de trabajo y la falta de sueño, pero propuso un precio. Arc empezó a anotar su información bancaria. «El general imaginaba que sus honorarios serían más altos», dijo. Si Dolly hubiera podido hablar, le habría dicho: «Esa es la tarifa semanal, no mensual, hombre», o «Aún no le he dado la fórmula que le permite calcular el precio final», o «Eso es solo un anticipo por las dos semanas de prueba, y luego ya decidiré si me interesa trabajar con ustedes». Pero Dolly no podía hablar. Estaba llorando.

Cuando apareció el primer ingreso en su cuenta bancaria, Dolly experimentó un alivio tan inmenso que casi silenció por completo la vocecita angustiada que le decía: «Tu cliente es un dictador genocida». Dios sabía que Dolly había trabajado para cabrones con anterioridad; si no aceptaba aquel trabajo, lo haría otra persona; ser relaciones públicas significa no juzgar a tus clientes. Todas esas excusas estaban alineadas en formación, preparadas para el despliegue si aquella

vocecita disidente reunía el valor necesario para subir el tono. Pero últimamente Dolly ni siquiera la oía.

Y en aquel preciso instante, mientras iba de un extremo a otro de su raída alfombra persa buscando el número más reciente del general, sonó el teléfono. Eran las seis de la mañana. Dolly se abalanzó sobre él, rezando porque Lulu no se despertara.

—¿Diga? —preguntó, aunque ya sabía quién era.

—No estamos nada contentos —dijo Arc.

—Yo tampoco —respondió Dolly. No cortaron la...

—El general no está nada contento.

—Arc, escúcheme. Tienen que cortar la...

—El general no está nada contento, señorita Peale.

—Escúcheme, Arc.

—No está nada contento.

—Eso es porque... Mire, coja unas tijeras y...

—No está nada contento, señorita Peale.

Dolly se quedó en silencio. En algunas ocasiones, oyendo la malhumorada y monótona voz de Arc, habría jurado que percibía un dejo de ironía en las palabras que le habían ordenado decir, como si intentara hablarle en código. Hubo una larga pausa. Dolly habló en voz muy baja:

—Arc, coja unas tijeras y corte las tiras del gorro. No sé qué pinta ese maldito lazo debajo de la barbilla del general.

—No volverá a ponerse el gorro.

—No, tiene que ponérselo.

—No se lo volverá a poner. Se niega.

—Corte las tiras, Arc.

—Hemos oído rumores, señorita Peale.

Se le encogió el estómago.

—¿Rumores?

—De que ya no está tan «en la cresta de la ola» como antes. Y encima el gorro no ha funcionado.

Dolly sintió como las fuerzas negativas se arremolinaban a su alrededor. El tráfico avanzaba pesadamente por la Octava Avenida, bajo su ventana. Se pasó las manos por el pelo crespo, que ya no se teñía y que se había dejado crecer, largo y canoso, y sintió un intenso pinchazo de urgencia.

—Yo tengo enemigos, Arc —dijo—. Igual que el general.

Arc no respondió.

—Si escucha a mis enemigos, yo no puedo hacer mi trabajo. Y ahora coja ese lujoso bolígrafo que he visto asomar de su bolsillo cada vez que su foto ha aparecido en el periódico y tome nota: «Cortar las tiras del gorro. Deshacerse del lazo. Desplazar el gorro un poco hacia atrás para que asomen algunos mechones de pelo en la frente». Hágalo, Arc, y a ver qué pasa.

Lulu había entrado en la habitación y se frotaba los ojos, vestida con su pijama rosa. Dolly miró su reloj y vio que su hija había perdido media hora de

sueño; solo de pensar que iba a estar cansada en el colegio le dio un leve vuelco el corazón. Abrazó a su hija. Lulu respondió a su gesto con el porte majestuoso que era su marca personal.

Dolly se había olvidado de Arc, pero entonces oyó su voz en el teléfono que colgaba de su cuello.

—Lo haré, señorita Peale.

Pasaron varias semanas antes de que la foto del general volviera a aparecer en los medios. Ahora llevaba el gorro echado hacia atrás y sin tiras. El titular decía.

NUEVAS PRUEBAS SUGIEREN QUE EL
ALCANCE
DE LOS CRÍMENES DE GUERRA DE **B.**
PODRÍA HABERSE EXAGERADO

Era por el gorro. Estaba muy mono con ese gorro en la cabeza. ¿Cómo podía creer nadie que un hombre que llevaba un gorrito azul hubiera utilizado huesos humanos para pavimentar sus carreteras?

La Doll había caído en desgracia la Nochevieja de hacía dos años, en una fiesta largamente esperada que los expertos del ámbito cultural con conciencia histórica a los que se había dignado invitar esperaban que fuera comparable al baile en blanco y negro de Truman Capote. La Fiesta, la habían bautizado, o la Lista, de: «¿Está tal en la lista?». Una fiesta para celebrar... ¿qué? Con la perspectiva del tiempo, Dolly

no estaba segura. ¿El hecho de que los estadounidenses fueran más ricos que nunca, a pesar de la confusión reinante en el mundo? La Fiesta tenía anfitriones de renombre, todos ellos famosos, pero la anfitriona de verdad, como sabían todos, era La Doll, que tenía más contactos, influencia y tirón que todas esas personas juntas. Y La Doll había cometido un error muy humano, o al menos eso se decía para intentar calmarse por las noches, cuando los recuerdos de su caída la martirizaban como un atizador incandescente, y la llevaban a retorcerse en el sofá y apurar la botella de coñac. Había creído que porque sabía hacer algo bien, o muy bien (es decir, reunir a las personas más importantes en un mismo lugar y en un mismo momento), también podía hacer otras cosas bien. Como diseñar. Y La Doll había tenido una visión: unas anchas bandejas traslúcidas llenas de agua y aceite, suspendidas bajo unos pequeños focos de colores vivos cuyo calor haría que los líquidos antitéticos oscilaran, burbujearan y se arremolinaran. Había imaginado a los invitados levantando la cabeza para contemplar, embelesados, aquellas movedizas formas líquidas. Y sí, levantaron la cabeza, asombrados por las bandejas iluminadas. La Doll los observaba desde una pequeña cabina elevada que se había mandado construir en un rincón, para poder admirar el panorama de su éxito. Desde ahí fue la primera en darse cuenta, a medida que se acercaba la

medianoche, de que a las bandejas de agua y aceite les pasaba algo raro: se estaban combando un poco, ¿verdad? Estaban desplomándose, como sacos de sus cadenas, y derritiéndose, dicho en otras palabras. Y entonces empezaron a desgarrarse, a partirse y a desplomarse, al tiempo que derramaban aceite ardiendo sobre las cabezas de todas las personas glamourosas del país y parte del extranjero. Se produjeron quemaduras, cicatrices y taras, en la medida en que una marca en forma de gota en la frente de una estrella de cine o un lunar de calvicie en la cabeza de un marchante de arte, una modelo u otra persona por lo demás fabulosa constituyen taras. Pero algo se apagó en la mente de La Doll mientras estaba ahí, lejos del aceite hirviente. Y no llamó al 911. Observó con muda incredulidad como sus invitados gritaban, se tambaleaban y se cubrían la cabeza, se arrancaban de la piel las prendas empapadas, abrasadoras, y se arrastraban por el suelo como personajes de las pinturas de los altares medievales, condenadas al infierno eterno por sus excesos terrenales.

Para La Doll, las acusaciones posteriores (que lo había hecho a propósito, que era una sádica que se deleitaba viendo sufrir a los demás) habían resultado en realidad más espantosas que ver el aceite caer despiadadamente sobre las cabezas de sus quinientos invitados. Entonces la protegía el caparazón del *shock*.

En cambio, lo que sucedió a continuación lo vivió en un estado de lucidez absoluta: la odiaban. Se morían de ganas de librarse de ella. Era como si no fuera un ser humano, sino más bien una rata o una chinche. Y se salieron con la suya. Incluso antes de tener que pasar seis meses en la cárcel por negligencia criminal, antes de la demanda colectiva que la obligó a repartir todo su valor neto (que resultó no ser tan grande como parecía) en pequeños paquetes a sus víctimas, La Doll había dejado de existir. Habían acabado con ella. Salió de la cárcel quince kilos más gorda y cincuenta años más vieja, con el pelo canoso y enmarañado. No la reconocía nadie y el mundo donde había triunfado se había evaporado bruscamente: ahora incluso los ricos creían que eran pobres. Tras un puñado de maliciosos titulares y fotografías de su nuevo y ruinoso aspecto, se olvidaron de ella.

A solas, Dolly pudo reflexionar acerca de sus errores de cálculo, y eso incluía no solo los más evidentes, como la temperatura de fundición del plástico o la distribución adecuada de una serie de cadenas que deben soportar cierto peso. Su error más grave había sido anterior a todo eso: se le había pasado por alto una sacudida sísmica, había organizado un evento que conmemoraba una época que formaba ya parte del pasado. Para un relaciones públicas no podía haber fracaso mayor. Merecía caer en el olvido. De vez en cuando, Dolly se preguntaba qué tipo de evento

o confluencia podría definir el nuevo mundo en el que ahora vivía, tal como lo habían hecho la fiesta de Capote, Woodstock, el setenta cumpleaños de Malcolm Forbes o la fiesta de la revista Talk. No tenía ni idea. Había perdido la capacidad de juicio; correspondería a Lulu y su generación decidirlo.

Cuando los titulares sobre el General B. se suavizaron definitivamente, cuando se demostró que varias personas que habían testificado contra él habían recibido dinero de la oposición, Arc volvió a llamar.

—El general le paga un salario mensual —le dijo—. Con una sola idea no basta.

—Pero fue una buena idea, Arc. Tiene que admitirlo.

—El general se está impacientando, señorita Peale —dijo, y Dolly lo imaginó sonriendo—. El gorro ya no es nuevo.

Aquella noche, a Dolly se le apareció el general en sueños. Ya no llevaba el gorro y salía por una puerta giratoria ante la cual lo esperaba una atractiva rubia. La rubia lo cogía del brazo y volvían a entrar, muy juntitos. Entonces Dolly tomó conciencia de su propia presencia dentro del sueño. Estaba sentada en una silla, observando al general y a su amante, y reflexionaba acerca de lo bien que interpretaban sus respectivos papeles. Se despertó de golpe, como si alguien la hubiera sacudido. El sueño estuvo a punto de escapársele, pero Dolly logró atraparlo y lo abrazó

con fuerza. Entonces lo comprendió: había que vincular al general con una estrella de cine.

Dolly se levantó con torpeza de su sofá cama, sus piernas amarillentas iluminadas por la luz de la calle que se filtraba a través de una persiana rota. Una estrella de cine. Una mujer reconocible, atractiva: ¿había mejor forma de humanizar a un hombre que parecía inhumano? «Si es lo bastante bueno para ella...»; esa era una de sus líneas de pensamiento. Y también: «El general y yo tenemos gustos similares». O si no: «A la chica debe de parecerle *sexy* su cabeza triangular». O incluso: «¿Será el general un buen bailarín?». Y si Dolly lograba que la gente se formulara esa pregunta, los problemas de imagen del general estarían resueltos. No importaba a cuántos cientos de miles de personas hubiera matado: si la visión colectiva de aquel hombre incluía una pista de baile, todo eso quedaría superado.

Había un montón de estrellas acabadas que darían el pego, pero Dolly tenía en mente a una en concreto: Kitty Jackson, que había debutado hacía diez años como una deshilvanada aunque atlética agente de la ley en Oh, Baby, Oh. Pero la verdadera fama a Kitty le había llegado un año más tarde, cuando Jules Jones, el hermano mayor de una de las protegidas de Dolly, la había agredido sexualmente durante una entrevista para la revista *Details*. La agresión y el consiguiente juicio habían consagrado a Kitty y la habían envuelto

en una abrasadora bruma de martirio. Por eso el público se mostró aún más sorprendido cuando la bruma se disipó y encontraron a la actriz profundamente cambiada: la cándida ingenuidad de antaño había desaparecido y su lugar lo ocupaba ahora una de esas personas que «no están para aguantar gilipollices». La prensa sensacionalista documentó implacablemente sus subsiguientes excesos y su caída en desgracia: en el plató de una película del Oeste le había echado un saco de mierda de caballo por la cabeza a un actor famoso, y había liberado a varios miles de lémures durante el rodaje de una película de Disney. Y cuando un productor excesivamente dominante intentó meterse en su cama, ella llamó a su mujer. Ya nadie quería contratar a Kitty, pero el público aún la recordaba; y para Dolly eso era lo importante. Y solo tenía veintiocho años.

No le fue muy difícil encontrar a Kitty: nadie invertía demasiados esfuerzos en intentar esconderla. Al mediodía Dolly ya había dado con ella. Su voz sonaba adormilada y fumaba de forma audible. Kitty escuchó la propuesta de Dolly, le pidió que repitiera los generosos honorarios que acababa de mencionar y guardó silencio durante un instante. En ese silencio, Dolly detectó una mezcla de desesperación y aprensión que reconoció perfectamente. Sintió un pinchazo de pena por la actriz, cuyas opciones se habían visto reducidas a aquella. Entonces Kitty dijo

que sí.

Canturreando para sí, con el subidón del espresso preparado con su vieja cafetera Krups, Dolly llamó a Arc y le expuso su plan.

—Al general no le gustan las películas americanas —fue la respuesta de Arc.

—¿Y qué? Los americanos saben quién es ella.

—El general tiene unos gustos muy particulares —dijo Arc—. No es flexible.

—No tiene que tocarla, Arc. Ni siquiera tiene que hablar con ella. Lo único que tiene que hacer es colocarse a su lado y dejar que les saquen una foto. Y tiene que sonreír.

—¿Sonreír?

—Tiene que parecer feliz.

—El general no sonríe casi nunca, señorita Peale.

—Pero se puso el gorrito, ¿no?

Hubo una larga pausa y finalmente Arc dijo:

—De momento usted acompañe a la actriz. Luego ya veremos.

—¿Acompañarla adónde?

—Aquí, con nosotros.

—Oh, Arc.

—Es innegociable —dijo.

Cuando entraba en el dormitorio de Lulu, Dolly se sentía como Dorothy al despertar en Oz: todo tenía color. Un tono rosado envolvía la lámpara. Una vaporosa tela rosa colgaba del techo. Las paredes

estaban llenas de princesas aladas de color rosa dibujadas con plantilla; Dolly había aprendido a hacer plantillas en la prisión, en una clase de arte, y había pasado varios días decorando la habitación mientras Lulu estaba en el colegio. Largos hilos con cuentas rosadas colgaban de las paredes. Cuando estaba en casa, Lulu solo salía de su habitación para comer.

Formaba parte de un grupito de niñas del Colegio de la Señorita Rutger, un engranaje tan perfecto y temiblemente íntimo que ni siquiera el fracaso de su madre y su estancia en la cárcel (durante la cual la abuela de Lulu se había trasladado desde Minnesota para cuidarla) habían logrado disolverlo. Lo que unía a esas niñas no era hilo, sino alambre. Y Lulu era la vara alrededor de la cual se trenzaban esos alambres. Cuando oía a su hija hablando por teléfono con sus amigas, a Dolly la asombraba su autoridad: era severa cuando tenía que serlo, pero también sabía ser dulce. Lulu tenía nueve años.

Estaba sentada en su puf rosa y hacía deberes en su portátil mientras chateaba con sus amigas (desde lo del general, Dolly había contratado una línea wi-fi).

—Hola, Dolly —dijo Lulu, que había dejado de llamar «mamá» a Dolly cuando esta salió de la cárcel. Entornó los ojos para mirar a su madre, como si no la viera bien. De hecho, Dolly se sentía como una intrusa en blanco y negro en aquella glorieta de color, una refugiada del mundo deslucido que la rodeaba.

—Tengo que irme de viaje de negocios —le dijo a Lulu—. A visitar a un cliente. Se me ha ocurrido que tal vez quieras quedarte en casa de una de tus amigas para no perder días de clase.

El colegio era el lugar donde discurría la vida de Lulu. Se había negado categóricamente a permitir que su madre, que en su día había sido una habitual del Colegio de la Señorita Rutger, pusiera en peligro su propio estatus con su reciente ignominia. Ahora, Dolly dejaba a Lulu en la esquina del colegio y se asomaba para verla cruzar los adoquines fríos y húmedos del Upper East Side y asegurarse de que llegaba sana y salva a la puerta. A la hora de recogerla, Dolly esperaba en el mismo sitio mientras Lulu se demoraba con sus amigas delante de la escuela, acariciando con la punta del pie los pulcros arbustos y (en primavera) los parterres de tulipanes, completando las transacciones necesarias para reafirmar y conservar su poder. Si Lulu quedaba con una amiga para jugar, cuando iba a buscarla Dolly la esperaba siempre en el vestíbulo del edificio. Lulu salía del ascensor exultante, con olor a perfume o a brownies acabados de hornear, cogía la mano de su madre y, juntas, dejaban atrás el portero automático y penetraban en la noche. No lo hacía para disculparse (Lulu no tenía que disculparse por nada), más bien se compadecía de que las cosas tuvieran que ser tan duras para las dos.

Lulu ladeó la cabeza, con curiosidad.

—Un viaje de negocios. Eso es bueno, ¿no?

—Sí, buenísimo —dijo Dolly, algo nerviosa; no le había contado a su hija nada sobre el general.

—¿Cuántos días estarás fuera?

—Unos cuantos. Cuatro, tal vez.

Hubo un largo silencio.

—¿Puedo ir? —dijo finalmente Lulu.

—¿Conmigo? —preguntó Dolly, desconcertada—. Pero tendrías que faltar al colegio.

Otra pausa. Lulu debía de estar realizando algún cálculo mental para intentar comparar el impacto que provocaría faltar al colegio con el de mudarse unos días a casa de una de sus amigas, o sobre si era posible que la invitaran a casa de alguien sin que los padres de ese alguien tuvieran contacto con su madre. Dolly no lo sabía. A lo mejor ni siquiera Lulu lo sabía.

—¿Adónde? —preguntó Lulu.

Dolly estaba azorada. Nunca había sabido decirle que no a Lulu, pero solo de pensar que su hija y el general pudieran estar en un mismo lugar se le hacía un nudo en la garganta.

—No... No te lo puedo decir.

Lulu no protestó.

—Pero una cosa, Dolly.

—Dime, cariño.

—¿Puedes volver a teñirte el pelo de rubio?

Esperaron a Kitty Jackson en una sala junto a una pista de aterrizaje privada del aeropuerto Kennedy.

Cuando finalmente llegó la actriz, vestida con tejanos y una sudadera amarilla desteñida, a Dolly le entraron unos remordimientos atroces: ¡tendría que haberse reunido con ella primero! La chica estaba tan cambiada que era posible que la gente ni siquiera la reconociera. Aún tenía el pelo rubio (aunque lo llevaba atrevidamente despeinado y parecía que no se lo hubiese lavado) y unos grandes ojos azules. Sin embargo, su rostro tenía ahora una expresión burlona, como si sus ojos azules se volvieran hacia el cielo incluso si te miraba fijamente. Y era esa mirada, mucho más que las primeras arruguitas debajo de los ojos y junto a la boca, lo que hacía que Kitty ya no pareciera joven, ni siquiera vagamente. Ya no era Kitty Jackson.

Mientras Lulu iba al baño, Dolly le expuso la situación a la actriz: debía lograr un aspecto lo más glamouroso posible (Dolly lanzó una mirada de preocupación a la pequeña maletita de Kitty) y encandilar al general con alguna demostración pública de afecto mientras Dolly los fotografiaba con una cámara oculta. También llevaba una cámara de verdad, por si acaso. Kitty asintió y la sombra de una sonrisa asomó a las comisuras de sus labios.

—¿Has traído a tu hija? —dijo por toda respuesta—. ¿Para presentarle al general?

—No se la voy a presentar al general —siseó Dolly, que echó un vistazo para asegurarse de que

Lulu no había salido del baño—. ¡No sabe nada sobre el general! Por favor, no menciones su nombre delante de ella.

Kitty dirigió a Dolly una mirada escéptica.

—Es una niña con suerte —dijo.

Subieron al avión del general al atardecer. Tras el despegue, Kitty pidió un martini a la azafata de la aerolínea del general, se lo bebió en un santiamén, reclinó el asiento en posición horizontal, se cubrió los ojos con un antifaz (lo único que parecía nuevo en ella) y empezó a roncar. Lulu se inclinó sobre ella y examinó la cara de la actriz, que parecía joven, inmaculada, mientras dormía.

—¿Está enferma?

—No —suspiró Dolly. O tal vez sí, no lo sé.

—Creo que necesita unas vacaciones —dijo Lulu.

Veinte puntos de control preludiaron su llegada al complejo del general. En cada uno de ellos, dos soldados armados con metralletas echaron un vistazo al interior del Mercedes negro. Dolly, Lulu y Kitty iban en el asiento trasero; en cuatro ocasiones las obligaron a salir bajo el sol abrasador y las cachearon a punta de pistola. Cada vez, Dolly examinó el estudiado aire impasible de su hija en busca de indicios de un trauma. En el coche, Lulu se sentaba muy erguida, con una mochila rosa de Kate Spade en el regazo. Respondía a las miradas de aquellos tipos con metralletas con la misma frialdad con la que debía

de haber reaccionado ante las numerosas niñas que, a lo largo de los años, debían de haber intentado destronarla.

La carretera estaba flanqueada por unos altos muros blancos y, encima de estos, centenares de unos rollizos pájaros negro azabache con unos largos picos morados, curvados como guadañas. Dolly nunca había visto unos pájaros así; tenían pinta de ser el tipo de pájaro que chilla, pero cada vez que bajaban las ventanillas del coche para que pudiera asomarse otro pistolero, a Dolly la sobrecogía el silencio.

Finalmente, un tramo de muro se abrió y el coche abandonó la carretera y se detuvo frente a un complejo gigantesco: unos jardines exuberantes, un destello de agua y una mansión blanca de la que no se atisbaba el final. Los pájaros estaban apostados en el tejado y miraban hacia abajo.

El chófer abrió las puertas del coche y Dolly, Lulu y Kitty salieron y se encontraron de pronto bajo el sol. Dolly lo notaba en el cuello, que llevaba al descubierto desde hacía poco gracias a una versión barata de su característica media melena. El calor obligó a Kitty a quitarse la sudadera; afortunadamente, debajo llevaba una camiseta blanca impoluta. Lucía un atractivo bronceado en los brazos, aunque tenía varias cicatrices rosadas que le afeaban las muñecas. Dolly las observó atentamente.

—Kitty, ¿eso son...? —titubeó—. ¿Lo que tienes

en los brazos son...?

Quemaduras —dijo Kitty, que miró a Dolly de tal forma que a esta se le encogió el corazón, hasta que recordó muy vagamente, como si fuera algo que hubiera sucedido en un sueño, o cuando era pequeña, que alguien le había pedido (le había suplicado) que incluyera a Kitty Jackson en la lista y que ella había dicho que no. No, ni hablar: Kitty no tenía suficiente reputación—. Me las hice yo —añadió.

Dolly la miró sin comprender. Kitty esbozó una sonrisa burlona y, por un segundo, adoptó de nuevo una expresión dulcemente pícara, como la estrella de Oh, Baby, Oh.

—Lo hizo mucha gente —dijo—. ¿No lo sabías?

Dolly se preguntó si sería una broma; no quería picar delante de Lulu.

—No encontrarás a una sola persona que no estuviera en aquella fiesta —dijo Kitty—. Y todos tienen pruebas; todos las tenemos... ¿Quién va a decir que mentimos?

—Pero yo sé quién estaba —dijo Dolly. Aún tengo la lista en la cabeza.

—Ya, pero... ¿quién eres tú? —replicó Kitty, sin dejar de sonreír.

Dolly no dijo nada. Notaba los ojos de Lulu fijos en ella.

Entonces Kitty hizo algo inesperado: alargó el brazo entre los rayos del sol y cogió la mano de Dolly.

Le dio un apretón cálido y firme y Dolly notó un hormigueo en los ojos.

—Bah, que les den —dijo Kitty con ternura.

Un hombre robusto y elegante, con un traje de corte perfecto, salió del complejo para recibirlas. Era Arc.

—Señorita Peale, por fin nos conocemos —dijo con una sonrisa—. Señorita Jackson —añadió volviéndose hacia Kitty—, es un gran honor y un gran placer. —Besó la mano de Kitty con una mirada levemente burlona, o por lo menos eso le pareció a Dolly. He visto sus películas. El general y yo las hemos visto juntos.

Dolly se puso tensa anticipando la respuesta de Kitty, pero esta contestó con una estridente voz infantil, tocada, eso sí, de un ligero tono de coqueteo:

—Ay, estoy segura de que las habrán visto mejores.

—El general quedó impresionado.

—Bueno, pues es un honor. Es un honor que al general le parecieran dignas de ser vistas.

Dolly dirigió a la actriz una mirada inquieta, rezando porque su actitud burlona, que ella daba por supuesta, no resultara demasiado evidente. Pero, para su sorpresa, no detectó ni asomo de burla. Kitty actuaba de forma humilde, completamente sincera, como si se hubiera quitado diez años de encima y fuera de nuevo una aspirante a estrella entusiasta y

agradecida.

—Por desgracia tengo malas noticias —dijo Arc—. El general ha tenido que realizar un viaje precipitado. —Las tres se lo quedaron mirando—. Es una pena —añadió—. El general les manda sus más sinceras disculpas.

—Pero es que... ¿No podemos ir a visitarlo donde está? —preguntó Dolly.

—Tal vez —dijo Arc—. Si no les importa tener que hacer algunos desplazamientos adicionales...

—Bueno —intervino Dolly, mirando a Lulu—. Eso depende de si hay que ir muy...

—Ni hablar —la interrumpió Kitty—. Iremos donde quiera el general. Haremos lo que haga falta. ¿A que sí, chiquilla?

Lulu tardó un momento en relacionar el diminutivo chiquilla con su persona. Era la primera vez que Kitty hablaba directamente con ella. Lulu miró a la actriz y a continuación sonrió.

—Sí, claro —dijo.

Partirían hacia la nueva ubicación al día siguiente por la mañana. Por la tarde Arc se ofreció para acompañarlas a la ciudad, pero Kitty se desmarcó.

—Yo voy a saltarme la visita turística —dijo mientras se instalaban en su *suite*, con dos dormitorios y acceso a una piscina privada—. Prefiero quedarme y disfrutar de los extras. Antes solían instalarme en lugares como este.

Soltó una amarga carcajada.

—Bueno, pero no te pases —dijo Dolly al ver que Kitty se dirigía hacia el bar. Kitty se volvió hacia ella con los ojos entrecerrados.

—Oye. ¿Cómo he estado hasta ahora? ¿Tienes alguna queja?

—Has estado perfecta —dijo Dolly. A continuación bajó la voz para que Lulu no pudiera oírla—. Pero no olvides con quién estamos tratando.

—Pero es que quiero olvidarlo —dijo Kitty, que se sirvió un *gin tonic*—. Estoy intentando olvidarlo por todos los medios. Quiero ser como Lulu: inocente.

Brindó por ello mirando a Dolly y tomó un sorbo.

Dolly y Lulu subieron al Jaguar gris carbón de Arc, y el chófer las llevó cuesta abajo por pequeñas callejuelas, obligando a los peatones a arrimarse a las paredes y refugiarse en los portales para evitar que los atropellaran. La ciudad brillaba ahí abajo: millones de edificios blancos, torcidos, amontonados bajo una bruma de humo. La principal fuente de color de la ciudad parecía ser la colada que ondeaba en los todos los balcones.

El conductor aparcó junto a un mercado al aire libre: montañas de fruta sudorosa, de sabrosas nueces y de carteras de piel de imitación. Dolly examinó los productos con mirada crítica, mientras ella y Lulu seguían a Arc por entre los tenderetes. Las naranjas y los plátanos eran los más grandes que hubiera visto

jamás, pero la carne tenía un aspecto peligroso. Dolly se percató, por la afectada despreocupación de vendedores y clientes, de que todos sabían quién era Arc.

—¿Te apetece algo? —le preguntó Arc a Lulu.

—Sí, por favor —dijo Lulu—; uno de esos.

Era una carambola; Dolly las había visto en Dean & DeLuca. Aquí formaban montones obscenos, llenos de moscas. Arc cogió una y le hizo un gesto seco al vendedor, un anciano de pecho esquelético y expresión amable, inquieta. El hombre sonrió y asintió con avidez a Dolly y Lulu, aunque tenía el miedo dibujado en los ojos.

Lulu cogió la fruta, sucia y cubierta de polvo, la frotó cuidadosamente en su polo de manga corta y hundió los dientes en su cáscara verde y brillante. El jugo le manchó el cuello del polo. Se rió y se limpió la boca con la mano.

—Mamá, tienes que probar esto —dijo, y Dolly dio un mordisco. Ella y Lulu compartieron la carambola y se relamieron los dedos bajo la atenta mirada de Arc. Dolly se sentía extrañamente feliz. Entonces se dio cuenta de por qué: «Mamá». Era la primera vez que Lulu pronunciaba aquella palabra desde hacía casi un año.

Arc las llevó a un abarrotado salón de té. Un grupo de hombres se levantaron de una mesa situada en un rincón para dejarles sitio y pronto reinó una

forzada aproximación del alegre bullicio de hacía un rato. Un camarero les sirvió un té de menta dulce con mano temblorosa. Dolly intentó dedicarle una mirada tranquilizadora, pero el hombre evitó sus ojos.

—¿Acostumbran a hacerlo? —le preguntó a Arc—. Me refiero a pasear por la ciudad.

—El general tiene por costumbre moverse entre su gente —dijo Arc—. Quiere que sientan su humanidad, que sean testigos de ella. Naturalmente, debe tomar muchas precauciones.

—Por sus enemigos.

Arc asintió.

—Por desgracia, el general tiene muchos enemigos. Hoy, por ejemplo, ha habido amenazas contra su residencia y hemos tenido que reubicarlo. Sucede a menudo, ¿sabe?

Dolly asintió. «¿Amenazas contra su residencia?».

Arc sonrió.

—Sus enemigos creen que está aquí, pero él está muy lejos.

Dolly miró a Lulu. La carambola había dejado un cerco reluciente alrededor de sus labios.

—Pero... nosotros estamos aquí —dijo.

—Sí —asintió Arc—. Solo nosotros.

Dolly pasó la mayor parte de la noche despierta, escuchando susurros, crujidos y graznidos que imitaban los sonidos de los asesinos que merodeaban las inmediaciones buscando al general y su séquito: a

ella, en otras palabras. Se había convertido en la colaboradora y blanco colateral del General B., una fuente de terror y sufrimiento para aquellos a quienes gobernaba.

¿Cómo había llegado hasta allí? Como de costumbre, Dolly revivió el momento en el que las bandejas de plástico habían empezado a combarse, derramando para siempre la vida de la que había disfrutado durante tantos años. Pero esa noche, a diferencia de las innumerables noches en las que Dolly se había despeñado por aquel vertedero de la memoria, Lulu estaba junto a ella en la cama de matrimonio, dormida con su camisón de volantes, con sus rodillas de liebre dobladas bajo su cuerpo. Dolly percibió el calor del cuerpo de la niña, aquella hija que le había llegado con la madurez, tras un embarazo accidental fruto de una aventura con un actor famoso al que representaba. Lulu creía que su padre estaba muerto; Dolly le había enseñado fotos de un antiguo novio.

Se deslizó por encima de la cama y besó la cálida mejilla de Lulu. No había tenido ningún sentido seguir adelante con el embarazo: Dolly era partidaria del aborto y estaba entregada a su carrera. Había tomado ya la decisión, pero no se decidía a concertar la cita, a pesar de las náuseas matinales, los cambios de humor y el cansancio. Estuvo dudando hasta que, con una sacudida de alivio y de terrorífica alegría, supo que ya era demasiado tarde.

Lulu se movió; Dolly se acercó más a su hija y la abrazó. A diferencia de cuando estaba despierta, Lulu se relajó al notar el contacto con su madre. Dolly sintió una oleada de gratitud irracional hacia el general por proporcionarles aquella cama: era un lujo rarísimo poder abrazar a su hija y notar el leve latido de su corazón.

—Siempre te protegeré, cariño —susurró Dolly al oído de Lulu—. Nunca nos pasará nada malo. Tú lo sabes, ¿verdad?

Lulu siguió durmiendo.

Al día siguiente montaron en dos coches blindados negros que parecían *jeeps*, pero más pesados. Arc y unos cuantos soldados iban en el primer coche, y Dolly, Lulu y Kitty en el segundo. Sentada en el asiento trasero, Dolly creyó notar el peso del coche, que tiraba de ellos hacia la tierra. Estaba agotada, aterrorizada.

Kitty había experimentado una asombrosa metamorfosis. Se había lavado el pelo, se había maquillado y se había puesto un vestidito de tirantes aterciopelado y de color verde que realzaba las motas verdes de sus ojos azules, que de pronto parecían turquesa. Kitty tenía los hombros atléticamente bronceados, los labios de un tono rosado brillante y la nariz ligeramente cubierta de pecas. El efecto era mucho mejor de lo que Dolly habría osado imaginar. Mirar a Kitty le resultaba casi doloroso, por lo que

intentó evitarlo.

Dejaron atrás los puntos de control como una exhalación y pronto llegaron a la carretera, que circundaba la blanca ciudad desde las alturas. Dolly advirtió la presencia de vendedores ambulantes junto a la carretera. A menudo eran niños, que levantaban puñados de frutas o cartelitos de cartón al ver que se acercaban los *jeeps*. Cuando los vehículos pasaban junto a ellos, los niños se desplomaban en el terraplén, posiblemente debido a la velocidad. La primera vez que lo vio, Dolly soltó un grito y se inclinó hacia delante, como si quisiera decirle algo al conductor. ¿Pero qué, exactamente? Dudó unos instantes y luego volvió a recostarse e intentó no mirar por las ventanas. Lulu miraba los niños con el libro de matemáticas abierto sobre el regazo.

Fue un alivio cuando dejaron atrás la ciudad y empezaron a avanzar por un paisaje vacío que parecía un desierto, con antílopes y vacas que mordisqueaban la escasa vegetación. Sin pedir permiso, Kitty empezó a fumar y a echar el humo a través de la ventana entreabierta. Dolly tuvo que refrenar el impulso de reñirla por afrentar los pulmones de Lulu con humo de segunda mano.

—Cuéntame —dijo Kitty, volviéndose hacia Lulu—, ¿qué grandes planes tienes?

Lulu pareció meditar la respuesta.

—Quieres decir... ¿para mi vida?

—¿Por qué no?

—Aún no lo he decidido —dijo Lulu, pensativa—. Solo tengo nueve años.

—Me parece muy sensato.

—Lulu es muy sensata —dijo Dolly.

—¿Pero qué imaginas? —explicó Kitty. Estaba inquieta y no paraba de mover los dedos, como si quisiera otro cigarrillo pero se estuviera obligando a esperar un poco—. ¿O es que los niños ya no hacéis eso?

Lulu, en su sabiduría, pareció adivinar que en realidad Kitty solo quería hablar.

—¿Qué imaginabas tú cuando tenías nueve años? —le preguntó.

Kitty pensó un momento hasta que se le iluminó la cara y soltó una carcajada.

—Quería ser *jockey* —respondió—. O estrella de cine.

—Pues lograste uno de tus deseos.

—Sí, lo logré —dijo Kitty, que cerró los ojos y soltó humo por la ventana—. Cumplí mi deseo.

Lulu se volvió hacia ella con gesto grave.

—¿Y luego resultó que no era tan divertido como creías?

Kitty abrió mucho los ojos.

—¿Actuar? —dijo—. No, si me encantaba, aún me encanta... Lo echo de menos. Pero todos eran unos monstruos.

—¿Cómo, monstruos?

—Eran unos mentirosos —contestó Kitty—.

Primero parecían buena gente, pero todo era fachada. Los abiertamente horribles, los que básicamente querían matarte, por lo menos eran honestos.

Lulu asintió, como si se tratara de un problema al que también ella se hubiera enfrentado.

—¿Intentaste mentir tú también?

—Sí, vaya si lo intenté. Pero no podía olvidar que estaba mintiendo, y cuando decía la verdad me castigaban. Es como cuando descubres que Papá Noel no existe: querrías poder dar marcha atrás y volver a creer en todo, pero ya es demasiado tarde. —Se volvió hacia Lulu, asustada—. O sea... Supongo que tú no...

Lulu se rió.

—Nunca he creído en Papá Noel —dijo.

Parecía que no iban a llegar nunca. Lulu hizo ejercicios de mates. Luego de sociales. Escribió una redacción sobre búhos. Tras lo que parecieron cientos de kilómetros de desierto, salpicados por pausas para ir al baño en avanzadillas patrulladas por soldados, se adentraron en las colinas. El follaje se volvió más denso y el sol empezó a oscurecerse.

Sin previo aviso, los coches salieron de la carretera y se detuvieron. Decenas de soldados vestidos de camuflaje parecieron surgir de los árboles. Dolly, Lulu y Kitty salieron del coche y se encontraron en una selva donde resonaban enloquecedores los

chillidos de los pájaros.

Arc se les acercó, vigilando dónde pisaba con sus elegantes zapatos de piel.

—El general está esperando —dijo—. Está ansioso por saludarlas.

Avanzaron en grupo a través de la jungla. La tierra bajo sus pies era mullida y tenía un tono rojizo. Los monos retozaban en los árboles. Finalmente llegaron a unas escalinatas de hormigón construidas en la ladera de una colina. Aparecieron más soldados y subieron, todos juntos, entre el crujir de botas. Dolly tenía las manos apoyadas en los hombros de Lulu. Oyó que Kitty, que iba tras ellas, tarareaba algo; no era una canción, sino dos únicas notas, repetidas una y otra vez.

Dolly llevaba la cámara oculta en el bolso. Mientras subían por las escaleras, sacó el disparador y se lo puso en la palma de la mano.

Al llegar a lo alto de la escalinata, se encontraron ante un tramo de jungla que habían despejado y pavimentado con hormigón, en lo que parecía una plataforma de aterrizaje. El sol penetraba con fuerza en la húmeda jungla y hacía que se elevaran volutas de vapor alrededor de sus pies. El general estaba en el centro de la superficie de hormigón, flanqueado por varios soldados. Parecía bajito, aunque eso siempre sucedía con la gente famosa. No llevaba el gorro azul, ni tampoco ningún otro, y su tupido pelo se levantaba

alrededor de su rostro adusto y triangular. Como de costumbre, lucía sus insignias militares, pero había algo en él que le daba un aire vagamente desmadejado, como si le hiciera falta un lavado. El general tenía aspecto cansado y ojeroso. Parecía malhumorado, como si acabaran de sacarlo de la cama con un «Han llegado», y él hubiese tenido que preguntar de quién demonios estaban hablando.

Durante un breve instante nadie supo qué hacer.

Entonces Kitty llegó a lo alto de las escaleras.

Dolly oyó el tarareo a sus espaldas pero no se volvió, sino que se fijó en la cara que ponía el general al reconocer a Kitty y vio como la fuerza de ese reconocimiento cruzaba su rostro en una mirada de deseo e incertidumbre. Kitty se acercó a él lentamente, en realidad fluyó hacia él, tal era su soltura en su vestidito verde, como si los movimientos torpes de quien camina le hubieran sido siempre ajenos. Fluyó hacia el general y le cogió la mano como si fuera a estrechársela, sonriendo, rodeándolo un poco, aparentemente avergonzada hasta el punto de reírse, como si se conocieran demasiado bien como para darse la mano. Dolly quedó tan prendada por la extrañeza de aquella situación que en un primer momento ni siquiera se acordó de hacer fotos: se perdió por completo el apretón de manos. Tan solo reaccionó cuando Kitty pegó su verde cuerpecito al pecho del uniformado general y cerró los ojos un

momento (clic), y el general, desconcertado, sin saber qué hacer, le dio unas palmaditas de cortesía en el hombro (clic), momento en el que Kitty le cogió las dos manos (pesadas y nudosas, las manos de un hombre más corpulento) entre sus finas manitas y se apartó un poco, sonriéndole (clic), riéndose un poco, tímidamente, con la cabeza echada hacia atrás, como si aquella situación fuera demasiado ridícula, como si los cohibiera demasiado a los dos. Y entonces el general sonrió. Sucedió sin previo aviso: sus labios se retrajeron y dejaron a la vista dos hileras de pequeños dientes amarillentos (clic) que le daban el aspecto de alguien vulnerable y ansioso por complacer. Clic, clic, clic. Dolly disparó tan rápido como pudo sin mover la mano, porque aquella sonrisa era la clave, lo que nadie había visto, el lado humano oculto del general que iba a dejar al mundo anonadado.

Todo eso ocurrió en apenas un minuto. Nadie había pronunciado ni una palabra. Kitty y el general estaban cogidos de la mano, levemente ruborizados los dos, y Dolly tuvo que reprimirse para no echarse a gritar, porque ¡habían terminado! Había conseguido lo que necesitaba, sin necesidad de decir una sola palabra. Experimentó una mezcla de respeto y amor por Kitty, ese milagro, ese genio que no solo había posado con el general, sino que lo había amansado. Porque esa era la sensación que tenía Dolly: que entre el mundo del general y el de Kitty existía una puerta

que se abría en una sola dirección, y que la actriz lo había ayudado a cruzarla sin que él se diera cuenta. ¡No había vuelta atrás! Y Dolly lo había montado todo: por primera vez en su vida, había hecho algo útil. Y Lulu lo había visto.

Kitty aún conservaba la encantadora sonrisa que le había dedicado al general. Dolly vio como la actriz escrutaba el gentío y se fijaba en las decenas de soldados con sus armas automáticas, en Arc, en Lulu y en Dolly, con su expresión extática, radiante, y los ojos llenos de lágrimas. Y Kitty supo sin lugar a dudas que lo había logrado, que acababa de fraguar su propia salvación y su regreso del olvido, que acababa de despejar el camino de vuelta a aquel trabajo que adoraba. Y todo eso sin apenas la ayuda del déspota que tenía a su izquierda.

—Cuénteme —dijo Kitty, ¿es aquí donde entierra los cuerpos?

El general se la quedó mirando, no la había entendido. Arc se acercó precipitadamente, lo mismo que Dolly. Lulu los siguió.

—¿Los entierra aquí, en zanjas? —le preguntó Kitty al general en un tono completamente cordial, familiar—. ¿O los incinera primero?

—Señorita Jackson —le dijo Arc con una mirada tensa y muy elocuente—. El general no la entiende.

El general ya no sonreía. Era un hombre que no podía tolerar no saber lo que sucedía. Había soltado la

mano de Kitty y hablaba con Arc en tono severo.

Lulu tiró de la mano de Dolly.

—Mamá —le dijo entre dientes—, ¡haz que se calle!

La voz de su hija sacó a Dolly de su parálisis momentánea.

—Corta el rollo, Kitty —le dijo.

—¿Se los come? —siguió preguntándole Kitty al general—. ¿O los deja para los buitres?

—Cállate, Kitty —ordenó Dolly con voz más firme—. Ya basta de juegos.

El general hablaba en tono áspero con Arc, que se volvió hacia Dolly; tenía la frente perlada de sudor.

—El general se está enfadando, señorita Peale —dijo. Era una frase en código y Dolly la interpretó a la perfección.

Se acercó a Kitty, la agarró por el brazo y se arrió a su cara.

—Si sigues por ahí —le dijo con voz tranquila— vamos a morir.

Pero le bastó una mirada en aquellos ojos febriles y suicidas para comprender que todo era en vano: Kitty ya no podía parar.

—¡Uy! —exclamó, fingiendo sorpresa—. ¿Se supone que no debía mencionar el genocidio?

Esa palabra sí la conocía el general, que se separó de Kitty como si esta estuviera ardiendo y empezó a dar órdenes a sus soldados con voz ronca. Le pegaron

un empujón a Dolly y la tiraron al suelo. Esta se volvió hacia Kitty, pero los soldados ya la habían rodeado y no logró verla.

Lulu gritaba e intentaba ayudar a Dolly a levantarse.

—¡Mamá, haz algo, haz algo! ¡Diles que paren!

—¡Arc! —gritó Dolly, pero Arc ya no estaba de su lado. Se había colocado junto al general, que gritaba con voz colérica. Los soldados se llevaban a Kitty. Dolly imaginó a la muchacha soltando patadas entre la nube de uniformes. Aún se oía su voz, aguda y estridente.

—¿Se bebe su sangre o la usa para limpiar los suelos? ¿Se hace collares con sus dientes?

Se oyó un golpe seguido de un grito. Dolly se levantó de un salto, pero Kitty había desaparecido: los soldados se la habían llevado al interior de un edificio oculto entre los árboles, junto a la plataforma de aterrizaje. El general y Arc los siguieron y cerraron la puerta. La jungla se quedó en silencio: solo se oían los graznidos de los papagayos y los sollozos de Lulu.

Mientras el general bramaba, Arc había susurrado órdenes a dos soldados que, en cuanto el general desapareció, se llevaron a Dolly y a Lulu montaña abajo a través de la selva, de vuelta a los coches. Los chóferes esperaban, fumando cigarrillos. Durante el trayecto, Lulu se tendió con la cabeza apoyada en el regazo de Dolly, llorando, mientras atravesaban a toda

la velocidad primero la selva y luego el desierto. Dolly acarició el suave pelo de su hija, mientras se preguntaba, aturdida, si las llevarían a la cárcel. Pero finalmente, cuando el sol estaba ya cerca del horizonte, llegaron al aeropuerto. El avión del general las estaba esperando. Para entonces, Lulu se había incorporado y se había sentado en el otro extremo del asiento.

Lulu durmió durante todo el vuelo, abrazada a su mochila de Kate Spade. Dolly no durmió, se pasó el rato mirando fijamente el asiento vacío de Kate.

En la oscuridad de las primeras horas de la mañana, cogieron un taxi del aeropuerto Kennedy a Hell's Kitchen. Ninguna de las dos habló. Dolly se sorprendió al encontrar su edificio intacto, con su apartamento en lo alto de las escaleras y las llaves en el bolso.

Lulu se fue directamente a su cuarto y cerró la puerta. Dolly se sentó en su despacho, aturdida por la falta de sueño, e intentó ordenar sus ideas. ¿Debía empezar por la embajada? ¿Por el Congreso? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que lograra hablar con alguien que pudiera ayudarla? ¿Y qué podía decir, exactamente?

Lulu salió del cuarto vestida con el uniforme del colegio y peinada. Dolly ni siquiera se había dado cuenta de que ya era de día. Lulu dirigió una mirada recelosa a su madre, que aún iba vestida con la ropa

del día anterior, y dijo:

—Es hora de marcharnos.

—¿Vas al colegio?

—Pues claro que voy al colegio. ¿Qué iba a hacer, si no?

Cogieron el metro. El silencio entre ellas se había vuelto inviolable; Dolly temió que no fuera a terminar jamás. Al ver la expresión lánguida y demacrada de Lulu, tuvo un frío presentimiento: si Kitty Jackson moría, habría perdido a su hija para siempre.

Al llegar a la esquina habitual, Lulu se marchó sin decirle adiós.

Los tenderos estaban subiendo las persianas metálicas de Lexington Avenue. Dolly compró una taza de café y se lo bebió. Quería estar cerca de Lulu. Decidió esperar en la esquina hasta que acabaran las clases de su hija: faltaban cinco horas y media. Mientras tanto haría unas llamadas por el móvil. Pero Dolly se distrajo pensando en Kitty con su vestidito verde, en las quemaduras de aceite de sus brazos y en la obscenidad de su propio orgullo al pensar que había logrado amansar al general y hacer del mundo un lugar mejor.

Tenía el teléfono en la mano pero aún no lo había utilizado; ese tipo de llamadas no eran su especialidad.

La persiana que tenía a sus espaldas subió a sacudidas y Dolly se dio cuenta de que se trataba de una tienda de fotografía. Aún llevaba la cámara oculta

en el bolso. Por fin tenía algo que hacer: entró, le entregó la cámara al dependiente y le pidió copias impresas y un CD de todo lo que pudiera descargar.

Seguía delante de la tienda cuando, una hora más tarde, el tipo salió con sus fotos. Había hecho ya algunas llamadas relacionadas con Kitty, pero nadie parecía tomársela en serio. ¿Quién podía culparlos por ello?, pensó Dolly.

—Estas fotos... ¿ha utilizado Photoshop, o qué?
—dijo el tipo de la tienda—. Porque parecen... totalmente auténticas, vamos.

—Son auténticas —dijo Dolly—. Las hice yo misma.

El tipo se rió.

—Venga ya —dijo y Dolly notó un hormigueo en el cerebro. Como Lulu había dicho esa misma mañana: «¿Qué iba a hacer, si no?».

Regresó a toda prisa a su casa y llamó a sus viejos contactos del Enquirer y el Star, algunos de los cuales aún trabajaban allí. Que la noticia fuera calando gota a gota; era un método que le había funcionado otras veces.

Unos minutos más tarde mandó las fotos por *e-mail*. Al cabo de unas horas, las fotos del General B. tonteando con Kitty Jackson estaban ya colgadas y circulaban por internet. Por la noche, empezaron a llamar periodistas de los principales periódicos del mundo. También llamaron al general, cuyo jefe de

recursos humanos desmintió categóricamente los rumores.

Esa noche Lulu hizo los deberes en su cuarto. Dolly cenó fideos fríos de sésamo e intentó localizar a Arc. Tuvo que llamar catorce veces.

—No podemos seguir hablando, señorita Peale —le dijo.

—Arc.

—No podemos hablar. El general está furioso.

—Escúchame.

—El general está enfadado, señorita Peale.

—¿Está viva, Arc? Solo quiero saber eso.

—Está viva.

—Gracias. —A Dolly se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Pero está...? ¿La están...? ¿La tratan bien?

—Está perfectamente, señorita Peale —dijo Arc—. Y no volveremos a hablar.

Se quedaron callados, escuchando el zumbido de la conexión internacional.

—Es una lástima —añadió Arc y colgó.

Pero Dolly y Arc volvieron a hablar. Meses más tarde (un año casi), cuando el general acudió a Nueva York para hablar ante la ONU sobre la transición democrática de su país. Para entonces Dolly y Lulu se habían marchado de la ciudad, pero una noche fueron en coche a Manhattan y se reunieron con Arc en un restaurante. Llevaba un traje negro y una corbata

burdeos que combinaba con el excelente cabernet que sirvió para él y para Dolly. Pareció deleitarse contando la historia, como si hubiera memorizado los detalles especialmente para ella: cómo tres o cuatro días después de que ella y Lulu abandonaran el reducto del general, habían empezado a llegar los fotógrafos; primero uno o dos, que los soldados habían sacado a rastras de la selva y encarcelado; pero cada vez eran más, demasiados como para apresarlos a todos, o siquiera para contarlos. Se escondían que era un primor, se agazapaban como monos en los árboles, se enterraban en zanjas poco profundas, se camuflaban bajo montañas de hojas. Los sicarios nunca habían sido capaces de localizar al general con precisión y, en cambio, aquellos fotógrafos hacían que pareciera fácil: veintenas de ellos cruzaron la frontera sin visado, hechos un ovillo en cestos y toneles, enrollados en alfombras, recorrieron caminos sin asfaltar, en la trasera de camiones, y finalmente rodearon el enclave del general, que no se atrevía a salir.

Tuvieron que pasar diez días para que el general se convenciera de que debía enfrentarse a sus inquisidores. Se puso su uniforme militar, con medallas y charreteras, se colocó el gorrito azul, cogió a Kitty del brazo y compareció con ella ante la multitud de cámaras que lo estaban esperando. Dolly recordaba el aspecto perplejo del general en aquellas fotos, como un hombre que hubiera vuelto a nacer, con

su gorrito azul, inseguro de cómo debía proceder. Junto a él Kitty sonreía, ataviada con un vestido negro ajustado tan apropiado que Arc debía de haberse empleado a fondo para encontrarlo: informal y al mismo tiempo íntimo, sencillo pero atrevido, el tipo de vestido que una mujer lleva en privado, con su amante. No era fácil interpretar su mirada, pero cada vez que Dolly se fijaba en sus ojos, escudriñando obsesivamente el recorte de prensa, le parecía oír la risa de Kitty.

—¿Ha visto la nueva película de la señorita Jackson? —preguntó Arc—. A mí me pareció lo mejor que ha hecho.

Dolly la había visto: una comedia romántica en la que Kitty interpretaba a una *jockey* que cabalgaba graciosamente a lomos de un caballo. Había ido con Lulu al cine del pequeño pueblo del norte del estado al que se había trasladado poco después de que empezaran a llamar los demás generales: primero G., luego A., luego L., más tarde P. y finalmente Y. Había corrido la voz y a Dolly le llovían ofertas de trabajo de genocidas que ansiaban volver a empezar. «Lo he dejado», les decía, y los remitía a sus antiguos competidores.

En un primer momento Lulu se había opuesto al traslado, pero Dolly se mostró inflexible. Lulu se adaptó perfectamente a la escuela pública del pueblo, donde empezó a jugar a fútbol y encontró un nuevo

círculo de niñas que parecían seguirla a todas partes. Nadie en el pueblo había oído hablar de La Doll, de modo que Lulu no tenía nada que ocultar.

Dolly recibió un generoso pago del general poco después de su encuentro con los fotógrafos: «Un obsequio como expresión de nuestra inmensa gratitud por sus inestimables consejos, señorita Peale», le había dicho Arc por teléfono, pero Dolly había notado su sonrisa y lo había comprendido: estaban comprando su silencio. Con el dinero abrió una pequeña tienda de *delicatessen* en la calle principal, donde vendía productos selectos y quesos de importación, expuestos con elegancia e iluminados con un sistema de focos que Dolly había diseñado personalmente. «Parece París», era uno de los comentarios que solían hacer los neoyorquinos que acudían a sus casas de fin de semana.

De vez en cuando, Dolly recibía una remesa de carambolas, y siempre reservaba unas cuantas para comérselas con Lulu. Se las llevaba a la casita que compartían, al fondo de una calle tranquila y, después de cenar, con la radio conectada y las ventanas abiertas al abismo de la noche, ella y Lulu se daban un festín con su pulpa, tan dulce y extraña.

**Una comida de 40 minutos: Kitty Jackson se
sincera y habla de amor,
de la fama y ¡de Nixon!
Por Jules Jones**

Las estrellas de cine siempre parecen pequeñas la primera vez que las ves, y Kitty Jackson no es una excepción, por excepcional que sea en otros sentidos.

En realidad, “pequeña” no es la palabra: Kitty Jackson es diminuta, un bonsái humano en un vestido blanco con mangas, sentada a una mesa apartada de un restaurante de Madison Avenue, hablando por el móvil. Me sonrío mientras me siento y entorna los ojos en un gesto dedicado al móvil. Su pelo tiene ese tono rubio que se ve por todas partes, “con reflejos” lo llama mi exnovia, aunque en el caso de Kitty Jackson su melena despeinada rubia y castaña tiene un aspecto más natural y también más caro que la de Janet Green. Es fácil imaginar que su cara (la de Kitty) resultaría simplemente bonita en comparación con el resto de caras de, pongamos, una clase de instituto: nariz respingona, labios gruesos y ojazos azules. Sin embargo, en Kitty Jackson, por motivos que no sé precisar con exactitud, aunque supongo que son los mismos por los que su pelo parece mejor que el pelo con reflejos normales (a lo Janet Green), esa cara

común y corriente resulta extraordinaria.

Finalmente se despide, cierra el teléfono, que queda convertido en un disco del tamaño de un caramelo de menta, y se lo guarda en su bolsito de charol blanco. A continuación empieza a disculparse. Queda claro al instante que Kitty Jackson pertenece más al grupo de estrellas simpáticas (Matt Damon) que al de estrellas difíciles (Ralph Fiennes). Las estrellas de la categoría simpática actúan como si fueran como tú (o sea, como yo) para caerte bien y así lograr que escribas cosas halagüeñas sobre ellas, una estrategia que siempre da resultados a pesar de que no hay periodista que no se crea demasiado curtido como para fantasear siquiera con que la portada de Vanity Fair no tiene nada que ver con el hecho de que Brad Pitt quiera enseñarle su casa. Kitty me pide perdón por los doce aros en llamas por los que he tenido que saltar y los varios kilómetros de ascuas incandescentes que he tenido que cruzar a la carrera para gozar del privilegio de pasar cuarenta minutos en su compañía. Lamenta haber gastado ya los primeros seis minutos hablando por teléfono. Su cóctel de disculpas es un recordatorio de por qué prefiero a las estrellas difíciles, las que se parapetan tras su condición de estrellas y te escupen por entre los dientes. Hay algo fuera de control en una estrella que es incapaz de actuar con simpatía, y precisamente el desgaste del autocontrol del sujeto es condición *sine qua non* en cualquier entrevista a un

famoso.

El camarero toma nota. Y como no vale la pena relatar las bromitas que intercambio con Kitty durante los siguientes diez minutos, mencionaré (en ese estilo tipo nota al pie que infunde un aire como de encuadernación de piel agrietada a las observaciones pop) que cuando eres una joven estrella de cine, con el pelo rubio y el rostro sumamente reconocible de tu reciente última película, cuya recaudación se puede explicar tan solo a partir de la conjetura de que cada estadounidense la ha visto por lo menos dos veces, la gente te trata de una forma algo distinta (completamente distinta, en realidad) a la forma en que tratan, pongamos, a un tipo de mediana edad, cargado de espaldas, eczematoso y que se está quedando calvo. Superficialmente es lo mismo (¿Puedo tomarle nota?», etcétera), pero justo debajo de esa superficie palpita la histeria del camarero que acaba de reconocer la fama de mi sujeto. Y con una simultaneidad que solo puede explicarse recurriendo a los principios de la física cuántica, y en concreto a las propiedades de las llamadas partículas entrelazadas, ese mismo latido de reconocimiento alcanza simultáneamente todos los rincones del restaurante, incluso mesas tan alejadas de nosotros que es imposible que nos vean^[1]. En todas partes la gente se vuelve, estira el cuello, fuerza la vista y se contorsiona, levita de sus sillas sin darse cuenta y debe reprimir el impulso de abalanzarse sobre

Kitty y arrancarle el pelo y la ropa.

Le pregunto a Kitty qué se siente al ser siempre el centro de atención.

«Es raro —dice—. Sucede de forma tan repentina que tienes la sensación de que no te lo mereces».

¿Lo ve? Simpática.

«Venga ya», le respondo, y le suelto un cumplido por su papel de yonqui sin techo convertida en acróbata-pistolera del FBI en *Oh, Baby, Oh*, justamente el tipo de adulación rastrera que hace que me plantee si no preferiría morir de una inyección letal a mi actual vocación como periodista especializado en famosos. ¿No estaba orgullosa?

«Lo estaba, sí —dice—. Pero en cierto modo ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Con mi nueva película me siento más...».

«¡Alto ahí!», exclamo yo, aunque el camarero aún no ha llegado a nuestra mesa y es probable que la bandeja que lleva en alto ni siquiera sea para nosotros. Porque no quiero oír nada sobre la nueva película de Kitty; no me importa lo más mínimo y sé que a usted tampoco; sus balbuceos sobre los desafíos de su nuevo papel, la relación de confianza que se estableció con el director y el honor que supuso trabajar junto a una estrella tan experimentada como Tom Cruise son la píldora amarga que usted y yo debemos tragarnos para gozar del privilegio de pasar un rato en compañía de Kitty. ¡Pero pospongámoslo tanto tiempo como

podamos!

Pero por suerte sí es nuestra bandeja (la comida llega antes cuando comes con una estrella): una ensalada Cobb para Kitty y una hamburguesa con queso, patatas fritas y una ensalada César para mí.

Un poco de teoría antes de empezar a comer: la forma en que el camarero trata a Kitty es una especie de sándwich, donde la rebanada de pan inferior es la actitud aburrida y algo afectada con la que suele actuar ante los clientes, la capa intermedia es la reacción febril y anormal que le provoca la presencia de esta chica famosa de diecinueve años, y la rebanada superior es su intento de ocultar y disimular esa capa intermedia tan ajena a él con una actitud que se aproxime tanto como sea posible a la capa inferior de aburrimiento y afectación que es lo normal en él. Del mismo modo, Kitty Jackson tiene una especie de rebanada inferior que es su puestamente «ella», o la forma en que en su día debió de actuar Kitty Jackson en el entorno burgués de Des Moines donde creció, fue en bici, asistió a bailes del colegio, sacó buenas notas y, lo que resulta más fascinante, aprendió a montar a caballo, lo que la llevó a conseguir un buen número de medallas y trofeos, y a fantasear, al menos durante un tiempo, con convertirse en *jockey*. Más arriba está su reacción extraordinaria y posiblemente psicótica ante su fama recién descubierta (la parte central del sándwich), y encima de todo eso está su intento de

aproximarse a la capa número uno con una simulación de su yo normal, u original.

Han pasado dieciséis minutos.

«Dicen los rumores —digo yo con la boca llena de hamburguesa a medio masticar, en un intento calculado por provocar el asco en mi sujeto, hacer mella en su profiláctico escudo de simpatía e iniciar el meticuloso proceso de desgaste de su autocontrol— que te has liado con tu compañero de reparto».

Eso logra llamar su atención. Se lo he soltado así, de buenas a primeras, porque a fuerza de palos he aprendido que abordar con cautela las preguntas personales significa concederles mucho tiempo a los sujetos difíciles para que se sulfuren y mucho tiempo también a los simpáticos para que se ruboricen y escurran el bulto.

«¡Eso es totalmente falso! —exclama Kitty. Tom y yo tenemos una gran amistad. Y quiero mucho a Nicole, ha sido un modelo para mí. Incluso les he hecho de canguro a sus hijos».

Yo desenvaino mi Sonrisa de Campanillas, una táctica que no significa nada sino que pretende poner nervioso y aturullar a mi sujeto. Si mis métodos le parecen innecesariamente severos, le invito a recordar que dispongo tan solo de cuarenta minutos, de los que ya casi han pasado veinte, y permítame añadir, a título personal, que si este artículo acaba siendo un bodrio, es decir, si no revela algún aspecto de Kitty que no

haya visto antes (como sí lograron, según me han contado, mis artículos sobre cazar alces con Leonardo DiCaprio, leer a Homero con Sharon Stone y buscar almejas con Jeremy Irons), es posible que me maten, lo que reducirá aún más mi cotización en Nueva York y en Los Ángeles y prolongará la «extraña retahíla de fracasos que vienes teniendo últimamente, colega» (Atticus Levi, mi amigo y editor, durante una comida el mes pasado).

«¿Por qué sonríe así?», pregunta Kitty, con hostilidad.

¿Lo ve? Se acabó la simpatía.

«¿Estaba sonriendo?».

Centra su atención en la ensalada Cobb. Y lo mismo hago yo. Porque tengo tan poco que añadir, tan pocas vías de acceso al santuario de Kitty Jackson, que me veo reducido a observar y a consignar el hecho de que en el transcurso del almuerzo se come toda la lechuga, aproximadamente dos bocados y medio de pollo y varios trozos de tomate. Lo que ignora: las aceitunas, el queso azul, los huevos duros, el beicon y el aguacate; en otras palabras, todas las partes de la ensalada Cobb que, técnicamente hablando, la convierten en una ensalada Cobb. En cuanto al aliño, que ha pedido «por separado», no lo toca más que para mojar la punta del dedo índice, una vez, y chupárselo^[2].

«Te voy a decir lo que pienso —digo finalmente,

descargando el vibrato de tensión que se ha ido acumulando en nuestra mesa—. Estoy pensando: diecinueve años. Acaba de rodar una película supertaquillera, tiene a medio mundo bailando la danza de la lluvia bajo su ventana, ¿cuál será su siguiente paso? ¿Qué más puede hacer?».

En la expresión de Kitty leo varias cosas: alivio porque no haya dicho algo peor, algo relacionado con Tom Cruise, y combinado con eso (y en parte debido a eso), un deseo fugaz de verme como algo más que simplemente otro tío raro con una grabadora, de verme como alguien que comprende lo increíblemente complejo que es su mundo. ¡Ojalá fuera cierto! Nada me gustaría más que poder comprender lo complejo que es el mundo de Kitty, hurgar en esa complejidad, hundirme en ella y no volver a salir nunca más. Pero lo único a lo que realmente puedo aspirar es a ocultar a ojos de Kitty Jackson la imposibilidad de una verdadera comunión entre nosotros, y el hecho de que ya lo haya logrado durante veintiún minutos constituye todo un logro.

¿Por qué sigo haciendo referencia a mí mismo («incorporándome», podría decirse) en esta historia? Porque estoy intentando sonsacarle algo legible y ameno a una niña de diecinueve años que es muy, muy simpática; porque estoy intentando construir una historia que no solo revele los aterciopelados secretos de su corazón adolescente, sino que también incluya

acción, una cierta evolución, y que, además (que Dios me ampare), deje entrever un significado más profundo. Sin embargo, mi problema es el siguiente: Kitty es una plasta. Lo más interesante de su persona es el efecto que produce en los otros, y como el «otro» cuya vida interior nos queda más a mano para nuestra inspección colectiva es un servidor, es natural —en realidad es obligatorio («Te lo ruego, por favor: escribe algo decente para que no me tomen por un imbécil por habértelo encargado a ti»: Atticus Levi, durante una conversación telefónica reciente en la que le revelé mi desesperación por tener que seguir escribiendo reseñas sobre famosos)— que el artículo de mi almuerzo con Kitty Jackson acabe convertido en un artículo sobre la multitud de efectos que Kitty Jackson provoca en mi persona durante dicho almuerzo. Y para que esos efectos resulten remotamente comprensibles, debe usted tener en cuenta que Janet Green, mi novia durante tres años y mi prometida durante un mes y trece días, me dejó hace dos semanas por un escritor de biografías cuyo último libro detalla su afición adolescente a masturbarse dentro de la pecera de la familia («¡Por lo menos él intenta explorar su persona!»: Janet Green durante una conversación telefónica reciente en la que traté de convencerla de que había cometido un error garrafal).

«Yo también me lo pregunto constantemente:

¿qué pasará luego? —dice Kitty—. A veces me imagino a mí misma recordando el presente y pienso, o sea, ¿dónde estaré cuando recuerde todo esto? Y lo que estoy viviendo ahora, ¿parecerá el inicio de una vida maravillosa o... o qué?».

¿Y qué significa exactamente tener una «vida maravillosa» para Kitty Jackson?

«Bueno, lo típico». Sonríe, se ruboriza. Volvemos a estar simpáticos, pero es una simpatía distinta a la de antes. Hemos tenido una riña y ahora nos estamos reconciliando.

«¿Ser rica y famosa?», sugiero.

«Eso también. Pero sobre todo... ser feliz. Quiero encontrar el amor verdadero, y no me importa si suena cursi. Quiero tener hijos. Por eso en mi nueva película he establecido una relación tan estrecha con mi madrastra...».

Pero mis tácticas pavlovianas para suprimir el componente de relaciones públicas de nuestro almuerzo han dado resultado, y Kitty deja la frase a medias. Sin embargo, apenas me he felicitado por esta victoria, pillo a Kitty mirando de reojo su reloj (Hermés). ¿En qué medida me afecta ese gesto? De entrada, en mi interior se arremolina una volátil combinación de rabia, miedo y deseo: rabia porque esta niña ingenua detenta, por motivos que resultan claramente injustificables, más poder en el mundo del que yo tendré jamás, y en cuanto terminen mis

cuarenta minutos, solo algo rayano al acoso criminal podría provocar la intersección de mi trayectoria subterránea con su estela celestial; miedo porque, tras echar un vistazo a mi propio reloj (Timex), he constatado que han pasado ya treinta de esos cuarenta minutos y, por ahora, no dispongo de ningún «acontecimiento» que pueda constituir el eje de mi artículo; deseo porque Kitty tiene un cuello muy largo, con un collar dorado finísimo, casi traslúcido. Sus hombros, que su vestidito blanco sin espalda deja a la vista, son menudos, bronceados y muy delicados, como dos pollitos. Pero esta descripción hace que parezcan poco atractivos, cuando en realidad lo son en grado sumo. Cuando digo «pollitos», quiero decir que tienen tan buen aspecto (sus hombros) que, por un momento, me siento capaz de separar todos los huesecitos y chupetearlos uno a uno^[3].

Le pregunto a Kitty qué se siente al ser una diosa del sexo.

«No se siente nada —responde, entre aburrida y ofendida—. Eso es algo que sienten los demás».

«Los hombres, quieres decir».

«Sí, supongo», responde, y en su atractivo rostro asoma y se instala una nueva expresión que solo puedo describir como un hastío repentino.

Yo también me siento así: repentinamente hastiado. De hecho, me siento hastiado en general.

«Dios, menuda farsa —digo en un arranque de

franqueza que no obedece a ningún objetivo estratégico y del que, por lo tanto, sin duda me arrepentiré al cabo de unos segundos—. ¿Por qué nos molestamos siquiera en participar?».

Kitty ladea la cabeza y me mira. Presiento que es capaz de percibir mi hastío general y que es posible que incluso pueda adivinar algunas de sus causas. En otras palabras, me está mirando con compasión. Sé que estoy peligrosamente cerca de sucumbir al único gran peligro durante una entrevista a un famoso: permitir que mi sujeto revierta el foco de atención, de modo que yo no pueda seguir viéndolo. Con una súbita presión anunciada por la aparición de perlas de sudor a lo largo de mis entradas cada vez más pronunciadas, mojo un enorme trozo de pan en el fondo de mi plato de ensalada y me lo meto en la boca como un dentista agarrando un diente con las tenazas. Y justo en ese momento (oh, sí) noto el molesto cosquilleo que anuncia un estornudo; ahí viene, madre mía, con pan o sin él, nada puede detener la sonora erupción simultánea de todas las fosas de mi cabeza. Kitty, con expresión aterrorizada, evita mirarme mientras limpio el destrozo.

He evitado el desastre. O por lo menos me he avanzado a él.

«¿Sabes qué? —digo cuando finalmente me he tragado todo el pan y me he sonado la nariz, lo que me ha llevado casi tres minutos—. Me encantaría ir a dar

una vuelta. ¿Qué me dices?».

Kitty se levanta de un brinco ante la perspectiva de poder escapar y salir al aire libre. Al fin y al cabo hace un día magnífico, el sol entra a raudales por las ventanas del restaurante. Pero su entusiasmo se ve empañado de inmediato por un grado idéntico y opuesto de cautela.

«¿Y qué pasa con Jake?», pregunta, refiriéndose a su relaciones públicas, que hará acto de presencia cuando se cumplan los cuarenta minutos para agitar la mano y convertirme en una calabaza.

«¿No podemos llamarle y pedirle que se reúna con nosotros?», pregunto.

«Vale —dice ella, haciendo todo lo posible por simular su primera reacción de entusiasmo genuino, a pesar de la capa intermedia de hastío que se ha inmiscuido—. Claro que sí, vamos».

Pago la cuenta apresuradamente. He orquestado nuestra partida por dos motivos. Primero, porque quiero robarle unos minutos extra a Kitty en un intento por salvar este artículo y, en un sentido más amplio, mi reputación literaria, que aunque prometedora en su día, hoy está más bien de baja. («Creo que a lo mejor la decepcionó que no intentaras escribir otra novela después de que la primera no tuviera éxito...»): Beatrice Green, ante una taza de té, después de que yo me arrojara ante su puerta de Scarsdale y le rogara que me aclarase los motivos de la deserción de su hija). Y

luego, porque quiero ver a Kitty Jackson en posición erecta y en movimiento. A tal fin, sigo sus pasos mientras abandona el restaurante, sorteando las mesas con la cabeza gacha, como hacen tanto las mujeres excepcionalmente atractivas como las personas famosas (por no hablar de quienes, como Kitty, son ambas cosas). He aquí una traducción de su postura y su modo de andar: «Sé que soy famosa e irresistible, una combinación con unas propiedades similares a las de la radiactividad, y sé que todos los que estáis en este comedor os sentís indefensos ante mí. Para unos y otros es violento mirarnos mutuamente y tener que reconocer mi radiactividad y vuestra indefensión, de modo que agacharé la cabeza y dejaré que me miréis en paz». Mientras sucede todo esto, me fijo en las piernas de Kitty, que son largas teniendo en cuenta su modesta altura, y también bronceadas, y no me refiero a ese tono anaranjado de los centros de bronceado, sino a uno mucho más intenso, de un castaño pardo que me hace pensar en..., bueno, en caballos.

Central Park está a una manzana de distancia. El tiempo transcurrido es de cuarenta y un minutos y el contador sigue avanzando. Entramos en el parque. Todo está verde y la profusión de luces y sombras provoca la impresión de que nos hemos sumergido en un estanque profundo y quieto.

«Me he olvidado de cuándo hemos empezado —dice Kitty mirando su reloj—. ¿Cuánto tiempo más

tenemos?».

«Aún falta», murmuro yo, vagamente distraído. Me fijo en las piernas de Kitty mientras caminamos (en la medida en que me es posible hacerlo sin arrastrarme junto a ella, una posibilidad que se me pasa por la cabeza) y descubro, por encima de las rodillas, la existencia de un finísimo vello dorado. Kitty es joven, está bien alimentada y protegida de la crueldad gratuita de los demás, aún ignora que llegará a la mediana edad y que morirá (probablemente sola), aún no se ha decepcionado a sí misma, tan solo se ha sorprendido, a sí misma y también al mundo, con sus logros prematuros, y por todo ello su piel (ese envoltorio terso, redondeado y con una agradable fragancia sobre el que la vida va garabateando todos nuestros fracasos y agotamientos) es perfecta. Y cuando digo «perfecta» quiero decir que no cuelga, ni hace bolsas, ni está agrietada, ni arrugada, ni marcada, ni remangada; quiero decir que su piel es como una hoja, aunque no es de color verde. Soy incapaz de imaginar que una piel así pueda tener un olor, una textura o un sabor desagradables, ni tampoco que sea, por ejemplo (es algo que resulta francamente inconcebible), siquiera levemente eczematosa.

Nos sentamos en una pendiente, sobre la hierba. Kitty ha empezado a hablar de nuevo diligentemente sobre su nueva película; sin duda, el espectro del regreso de su relaciones públicas debe de haberle

recordado que la promoción de dicha película es el único motivo por el que se encuentra en mi compañía.

«Ay, Kitty —digo yo—. Olvídate de la película. Estamos en el parque, hace un día espléndido. Olvidémonos de esas otras dos personas. Hablemos de... de caballos».

¡Qué mirada! ¡Qué ojos! Me vienen a la mente todas las metáforas cutres que pueda imaginar: el sol abriéndose paso por entre las nubes, flores brotando de un bostezo, la súbita y mística aparición de un arco iris. Lo he logrado, he conseguido atravesar toda la distancia, abrirme paso y tocar a la verdadera Kitty. Y por motivos que no logro comprender, motivos que deben de contarse entre los misterios más misteriosos de la mecánica cuántica, experimento este contacto como algo urgente, como una revelación, como si, al superar la distancia que me separaba de esta joven actriz, me elevara por encima de una oscuridad creciente.

Kitty abre su bolsito de charol blanco y saca una foto. ¡La foto de un caballo! Tiene una mancha blanca en el hocico. Se llama Nixon.

«¿Como el presidente?», pregunto, pero Kitty me devuelve una mirada inquietantemente vacía ante esa referencia.

«Simplemente me gustó cómo sonaba el nombre —dice, y describe lo que siente al darle una manzana a Nixon: cómo este la coge entre sus dientes de equino y

la parte de inmediato, provocando una cascada de jugo lechoso, espumeante—. Casi no tengo tiempo de verlo —dice con auténtica tristeza—. Tendré que contratar a alguien que lo monte porque no estoy nunca en casa».

«Debe de sentirse muy solo sin ti», le digo.

Kitty se vuelve hacia mí. Creo que se ha olvidado de quién soy. Me dan ganas de tumbarla encima de la hierba, y eso hago.

«¡Eh!», exclama mi sujeto con voz apagada y sobresaltada, pero aún no asustada, no exactamente.

«Finge que estás montando a Nixon», le digo.

«¡EH!», grita, pero le tapo la boca con la mano.

Kitty se contonea, aunque su contoneo se ve dificultado por mi altura, metro noventa, y mi peso, ciento veinte quilos, aproximadamente un tercio de los cuales se concentran en la «rueda de recambio» (Janet Green, durante nuestro último encuentro sexual, fracasado) de mi michelín, que la inmoviliza como un saco de arena. Le cubro la boca con una mano y deslizo la otra entre nuestros agitados cuerpos hasta que finalmente (¡sí!) logro encontrarme la bragueta. ¿Cómo me está afectando todo esto? Bueno, estamos echados en una colina de Central Park, en un lugar hasta cierto punto apartado, aunque, técnicamente hablando, a la vista de todo el mundo. De modo que estoy inquieto, soy vagamente consciente de que con esta historia estoy arriesgando mi carrera y también mi reputación. Pero más allá de todo esto, siento una

enloquecedora... ¿qué? Cólera, debe de ser; ¿qué otra cosa podría explicar mi deseo de rajar a Kitty como si fuera un pescado y destriparla, o mi deseo independiente, corolario, de partirla por la mitad y hundir mis brazos en los líquidos puros, perfumados, que puedan emanar de su interior? Quiero frotar con ellos mi piel llagada, «escrofulosa» (Ibíd.) y reseca con la esperanza de que se cure de una vez. Quiero follármela (obviamente) y luego matarla, o posiblemente matarla mientras me la follo (aunque «matarla de un polvo» o «follármela hasta hacerla reventar» también serían variaciones aceptables de ese objetivo básico). Lo que no tengo ningún interés en hacer es matarla y follármela luego, pues es precisamente su vida (la vida interior de Kitty Jackson) lo que ansío alcanzar.

Al final resulta que no hago nada de eso.

Pero volvamos a ese instante: con una mano le tapo la boca a Kitty e intento inmovilizarle la cabeza, que se agita de forma tirando a vehemente, mientras con la otra manipulo torpemente mi bragueta, que no consigo abrir, posiblemente debido a las contorsiones del sujeto que tengo bajo mi cuerpo. Lo que escapa a mi control, por desgracia, son las manos de Kitty, una de las cuales ha logrado introducirse en su bolso blanco, que incluye una serie de objetos: la foto de un caballo, un teléfono móvil del tamaño de una patata frita que lleva varios minutos sonando sin parar, y un

bote que contiene algo que debo suponer que es gas lacrimógeno, a juzgar por el impacto que causa cuando me lo echa directamente a la cara: un ardor cegador en la zona ocular, acompañado por una profusión de lágrimas, una sensación de ahogo en la garganta, una asfixia espástica y una náusea aguda, reacciones todas ellas que me obligan a levantarme de un salto y doblarme en un agónico desvanecimiento (aunque sigo inmovilizando a Kitty en el suelo con un pie), momento en el que ella saca otro objeto del mencionado bolso: unas llaves de las que cuelga una navaja suiza, cuya cuchilla diminuta y relativamente poco afilada logra hundir en mis pantalones y clavarme en la pantorrilla.

A estas alturas mujo y berreo como un búfalo acorralado, y Kitty huye corriendo, sus tostadas extremidades iluminadas a buen seguro por la luz que cae por entre los árboles, aunque estoy demasiado apurado para mirar siquiera.

Creo que debo decir que ese es el final de nuestro almuerzo. He logrado veinte minutos extra, sin despeinarme.

Es el final del almuerzo, sí, pero también el principio de muchas cosas más: de una comparecencia ante el jurado, seguida de una acusación por intento de violación, secuestro y agresión sexual con agravantes; de mi actual encarcelación (a pesar de los heroicos intentos de Atticus Levi por reunir los quinientos mil

dólares de mi fianza) y de mi inminente juicio, que empezará este mes, el mismo día, ha querido la fortuna, en que la nueva película de Kitty, La caída del chotacabras, se estrena en todo el país.

Kitty me mandó una carta a la cárcel. «Quisiera disculparme si tuve algún papel en tu crisis emocional —escribió— y también por haberte pegado un navajazo [sic]». Había un círculo encima de cada «i» y un dibujito de una cara sonriente al final.

¿Qué les dije? «Simpática».

Naturalmente, nuestro pequeño percance ha terminado saliéndole muy a cuenta a Kitty. A las portadas y los titulares les siguieron un puñado de artículos, columnas de opinión y editoriales histéricos sobre una selección de temas parecidos: la «vulnerabilidad creciente de nuestros famosos» (The New York Times); la «incapacidad violenta de algunos hombres para superar los sentimientos de rechazo» (USA Today); la necesidad de que los editores de prensa investiguen mejor a sus colaboradores externos (The New Republic), y la falta de una seguridad diurna adecuada en Central Park^[4] Kitty, el martirizado mascarón de proa de toda esta monstruosidad, se está erigiendo ya como la Marilyn Monroe de su generación, y ni siquiera ha muerto aún.

Su nueva película parece que va a ser un éxito, trate de lo que trate.

Abandonar el cuerpo

Tus amigos fingen ser todo tipo de cosas y tu misión consiste en ponerlos en evidencia. Drew dice que va a ir directamente a la facultad de derecho. Después de ejercer la abogacía un tiempo, se presentará como senador del estado. Luego como senador de los Estados Unidos. Y finalmente como presidente. Lo expone de la misma forma en que tú podrías decir: «Después de la clase de pintura china moderna, iré al gimnasio y luego estaré en la biblioteca trabajando hasta la hora de la cena», eso en caso de que aún hicieras planes, naturalmente, cosa que ya no haces, aunque se supone que se trata solo de algo temporal.

Miras a Drew a través de las varias capas de humo de hachís que flotan a la luz del sol. Está reclinado en el futón, con el brazo alrededor de Sasha. Tiene una cara ancha y cordial, cabellera negra, y está fornido, aunque la suya no es una musculatura de gimnasio como la tuya, sino mucho más básica y animal, fruto de todas las horas que pasa nadando.

—Pero luego no digas que no te tragabas el humo —le sueltas.

Se ríen todos menos Bix, que está delante del ordenador, y durante medio segundo te sientes un tío

divertido, hasta que se te ocurre que probablemente los demás solo se han reído porque se han dado cuenta de que intentabas ser divertido, y temen que vayas a saltar por la ventana que da a la calle Siete Este si fracasas, incluso en algo tan pequeño.

Drew da una larga calada. Oyes como el humo crepita en su pecho. Le pasa la pipa a Sasha, que se la pasa a Lizzie sin haber fumado.

—Te prometo, Rob —carraspea Drew mirándote, reteniendo el humo—, que si alguien me lo pregunta diré que el hachís que fumé con Robert Freeman Jr. era excelente.

¿Es posible que ese «Jr.» sea burlón? El hachís no está dando el resultado que habías planeado: estás igual de paranoico que con la maría. Decides que no, que Drew no se burla. Drew es un convencido: el otoño pasado fue uno de los acérrimos que se dedicó a repartir octavillas en Washington Square y a inscribir a estudiantes para que votaran. Cuando él y Sasha empezaron a salir decidiste ayudarlos, sobre todo con los deportistas, porque tú sabes cómo hablar con ellos. El entrenador Freeman, alias tu padre, dice que Drew pertenece al tipo «selvático». Son gente solitaria, dice papá (esquiadores, leñadores), no jugadores de equipo. Tú, en cambio, lo sabes todo sobre equipos; y sabes cómo debes hablarle a la gente que está en equipos (solo Sasha sabe que elegiste la Universidad de Nueva York porque hace treinta años que no tiene equipo de

fútbol americano). En tu mejor día lograste inscribir hasta a doce deportistas demócratas, lo que hizo que, cuando le entregaste el papeleo, Drew exclamara: «Tú sí que dominas, Rob». Pero nunca te inscribiste a ti mismo, esa era la cuestión, y cuanto más esperabas, más avergonzado te sentías. Hasta que ya fue demasiado tarde. Sasha, que conoce todos tus secretos, no tiene ni idea de que nunca votaste a Bill Clinton.

Drew se inclina y le da a Sasha un beso con lengua, y sabes que el hachís lo está poniendo cachondo porque tú también lo estás: te provoca un dolor de muelas que solo se te pasará si te tiras a alguien o alguien se te tira a ti. En el instituto, cuando te sentías así te peleabas con alguien, pero nadie querrá pelearse contigo ahora. El hecho de que te cortaras las venas con un cutter hace tres meses y estuvieras a punto de desangrarte parece actuar como elemento disuasorio. Funciona como un campo de fuerza y dibuja una sonrisa alentadora en los labios de todo aquel que se encuentra dentro del radio de acción. Te gustaría ponerles un espejo delante y preguntarles: «¿Cómo se supone que tienen que ayudarme esas sonrisas?»

—Nadie que fume hachís acabará siendo presidente, Drew —dices—. Ya te puedes ir olvidando.

—Estoy pasando mi período de experimentación juvenil —responde él, con una seriedad que resultaría

ridícula en alguien que no fuera de Wisconsin—. Además —añade—, ¿quién se lo va a contar?

—Pues yo —dices.

—Yo también te quiero, Rob —dice Drew, riéndose.

«¿Quién ha dicho que te quiera?», estás a un tris de preguntar.

Drew le enrosca el pelo a Sasha y hace con él una cuerda. La besa debajo de la barbilla. Te levantas, furioso. El apartamento de Bix y Lizzie es pequeño, como una casa de muñecas, lleno de plantas y del olor de las plantas (húmedo y vegetal), porque a Lizzie le encantan las plantas. Las paredes están cubiertas con la colección de Bix de imágenes del juicio final; bebés humanos desnudos, buenos y malos separados: los buenos ascienden a campos verdes y bañados de luz dorada, los malos desaparecen en la boca de monstruos. La ventana está abierta; trepas y sales a la escalera de incendios. El frío de marzo presiona tus senos nasales.

Sasha sale contigo a la escalera de incendios un segundo después.

—¿Qué haces aquí? —te pregunta.

—No lo sé —respondes tú—. Tomar el aire. —Te preguntas cuánto tiempo más puedes estar hablando con frases de tres palabras—. Un día precioso.

Al otro lado de la calle Siete Este dos ancianas han doblado sendas toallas sobre el alféizar de sus

respectivas ventanas y apoyan los codos en ellas mientras miran a la calle.

—Fíjate en eso —dices, señalando—. Ahí, dos espías.

—Me pone nerviosa, Bobby —dice Sasha—: que estés aquí fuera.

Sasha es la única que te puede llamar así; fuiste «Bobby» hasta que cumpliste diez años; según tu padre, a partir de esa edad es un nombre de niña.

—¿Nerviosa por qué? —pregunta—. Son tres plantas. Un brazo roto. O una pierna. A lo sumo.

—Entra, anda.

—Relájate un poco.

Te sientas en las escaleras de rejilla que suben a las ventanas del cuarto piso.

—¿La fiesta se ha trasladado aquí?

Drew se desliza por la ventana del salón desdoblándose como una figura de papiroflexia, se apoya en la barandilla y mira hacia la calle. Dentro, oyes a Lizzie contestando al teléfono («¡Hola, mamá!»), intentando que no se le note el hachís en la voz. Sus padres la han venido a visitar desde Texas, por lo que Bix, que es negro, pasa las noches en el laboratorio de ingeniería eléctrica donde realiza sus investigaciones de doctorado. ¡Y eso que los padres de Lizzie ni siquiera duermen en su casa, sino en un hotel! Pero se ve que si Lizzie duerme con un hombre negro en la misma ciudad en la que están sus padres,

estos lo sabrán.

Lizzie saca el torso por la ventana. Lleva una minifalda azul y unas botas de charol marrón que le llegan por encima de las rodillas. A sus ojos, ya es diseñadora de moda.

—¿Qué cuenta la fanática? —preguntas, y constatas con disgusto que la frase tiene cuatro palabras.

Lizzie se vuelve hacia ti, colorada.

—¿Te refieres a mi madre?

—No, qué va.

—No puedes hablar así en mi apartamento, Rob —dice, utilizando el Tono Calmado en el que todos te hablan desde que volviste de Florida, un tono que no te deja más alternativa que probar hasta dónde puedes forzar la situación antes de que explote.

—¿En tu apartamento? —preguntas, señalando la escalera de incendios.

—O en mi escalera de incendios.

—No es tuya —la corriges—. Es de Bix. En realidad tampoco: es del ayuntamiento.

—Que te jodan, Rob —dice Lizzie.

—Lo mismo digo —respondes, sonriendo con satisfacción al ver rabia genuina en un rostro humano.

—Cálmate —le dice Sasha a Lizzie.

—¿Perdona? ¿Que me calme yo? —protesta Lizzie—. Está actuando como un capullo integral. Desde que volvió.

—Solo han pasado dos semanas —dice Sasha.

—Me encanta cuando hablan como si yo no estuviera aquí —le comentas a Drew. ¿Creen que estoy muerto?

—Creen que estás colocado.

—Pues tienen razón.

Yo también lo estoy.

Drew trepa por la escalera de incendios hasta sentarse varios peldaños por encima de ti. Respira hondo, saboreando el momento, y tú haces lo mismo. En Wisconsin, Drew cazó un alce con un arco y unas flechas, lo despellejó, lo despiezó, metió la carne en la mochila y se la llevó a casa, con las raquetas de nieve puestas. O a lo mejor bromeaba. Él y sus hermanos construyeron una cabaña de madera con las manos. Drew creció junto a un lago y cada mañana, incluso en invierno, salía a nadar. Ahora nada en la piscina de la Universidad de Nueva York, pero los ojos le pican por el cloro y además no es lo mismo, dice, nadar con un techo encima. Y, aun así, nada un montón, especialmente cuando está enfadado, o tenso, o cuando se ha peleado con Sasha. «Debes de haber crecido nadando», dijo cuando se enteró de que eras de Florida, y tú respondiste que por supuesto. Pero la verdad es que nunca te ha gustado el agua (algo que solo Sasha sabe).

Te acercas tambaleándote hasta el extremo opuesto de la plataforma de la escalera, donde hay una

ventana que da al cuartito en el que Bix tiene su ordenador. Bix está ante la pantalla, con unas rastas gruesas como puros, escribiendo mensajes que otros estudiantes leerán en sus ordenadores y leyendo las respuestas que estos le han mandado. Según Bix, este sistema de mensajes por ordenador va a ser algo grande, mucho más que el teléfono. Está siempre prediciendo el futuro, y en realidad tú tampoco le has llevado la contraria, tal vez porque es mayor, o tal vez porque es negro.

Bix da un brinco al verte aparecer al otro lado de la ventana, con tus tejanos anchos y tu camiseta de fútbol americano, que has empezado a llevar otra vez, no sabes muy bien por qué.

—Joder, Rob —dice—, ¿qué haces ahí fuera?

—Te estaba mirando.

—Lizzie está muy agobiada por tu culpa.

—Lo siento mucho.

—Pues entra y díselo a ella.

Te cueles por la ventana de Bix. Hay una imagen del juicio final justo encima de su escritorio, de la catedral de Albi. La recuerdas de tus clases de introducción a la historia del arte del año pasado, unas clases que te gustaron tanto que luego complementaste las asignaturas troncales de empresariales con varias optativas de historia del arte. Te preguntas si Bix será religioso.

En la sala de estar, Sasha y Lizzie están sentadas

en el futón con cara de pocos amigos. Drew sigue en la escalera de incendios.

—Lo siento mucho —le dices a Lizzie.

—No pasa nada —responde ella, y tú sabes que deberías dejarlo ahí: así está bien, no insistas; pero en tu interior gira un motor desquiciado que no te permite parar.

—Siento mucho que tu madre sea una fanática. Siento mucho que Bix tenga una novia de Texas. Siento mucho ser un capullo. Siento mucho ponerlos nerviosos porque intenté suicidarme. Siento haber estropeado vuestra bonita velada...

Se te hace un nudo en la garganta y se te humedecen los ojos al ver como sus expresiones glaciales adoptan poco a poco un aire triste, y todo es conmovedor y sentimental, pero tú no estás del todo ahí; una parte de ti se ha desplazado unos metros hacia un lado, o hacia arriba, y piensa: «Bueno, te van a perdonar, no te van a abandonar», aunque la pregunta es: ¿cuál de ellos eres realmente «tú»: el que dice y hace lo que sea, o el que observa?

Te vas de casa de Bix y Lizzie con Sasha y Drew, y echáis a andar hacia el oeste, en dirección a Washington Square. Sientes espasmos de frío en las cicatrices de las muñecas. Sasha y Drew son una trenza de codos, hombros y bolsillos, por lo que seguramente no tendrán tanto frío como tú. Mientras estabas en Tampa, recuperándote, cogieron un autobús

Greyhound a Washington D. C. para asistir a la toma de posesión del presidente y pasaron toda la noche despiertos, hasta que salió el sol sobre la Explanada Nacional, momento en que (aseguran ambos) tuvieron la sensación de que el mundo empezaba a cambiar delante mismo de sus narices. Cuando Sasha te lo contó te reíste, pero desde entonces escrutas los rostros de los desconocidos en la calle y te preguntas si también ellos lo notarían: un cambio que tiene que ver con Bill Clinton o con algo aún mayor, que está en todas partes (en el aire, bajo tierra) y del que se da cuenta todo el mundo menos tú.

En Washington Square, tú y Sasha os despedís de Drew, que se va a nadar un rato y a quitarse el olor a hachís del pelo. Sasha lleva su mochila y va hacia la biblioteca.

—Gracias a Dios —dices—. Se ha largado.

Eres incapaz de dejar de hablar en frases de tres palabras, aunque te gustaría.

—Qué amable —observa Sasha.

—Era una broma. Drew es fantástico.

—Lo sé.

Se te está pasando el colocón y una caja llena de pelusa está ocupando el lugar donde deberías tener la cabeza. Colocarte es algo nuevo para ti: el hecho de que no te colocaras fue el único motivo por el que Sasha te eligió justamente a ti al final del primer día de orientación para primerizos, el año pasado, en

Washington Square. Ocultando el sol con su mata de pelo rojizo teñido con henna, te miró con sus ojos nerviosos, más de soslayo que de frente.

—Necesito un novio postizo —dijo—. ¿Te apetece serlo?

—¿Y por qué no un novio de verdad?
—preguntaste tú.

Se sentó a tu lado y te expuso la situación: en el instituto, cuando aún estaba en Los Ángeles, se fugó con el batería de un grupo cuyo nombre no habías oído nunca, se marchó del país y estuvo viajando sola por Europa y Asia; ni siquiera terminó el bachillerato. Por eso ahora era alumna primeriza en la universidad con casi veintiún años. Su padrastro había removido cielo y tierra para lograr que la aceptaran. La semana anterior, le había dicho que iba a contratar a un detective privado para asegurarse de que «no se desmadraba» sola en Nueva York.

—Alguien podría estar vigilándome ahora mismo —dijo, examinando aquella plaza llena de chavales que parecían conocerse todos mutuamente—. De hecho, tengo la sensación de que me vigilan.

—¿Quieres que te coja por los hombros?

—Sí, por favor.

Habías leído en alguna parte que el hecho de sonreír hace que la gente se sienta más feliz: coger a Sasha por los hombros hizo que te vinieran ganas de protegerla.

—¿Por qué yo? —le preguntaste—. Por curiosidad.

—Porque eres mono —dijo—. Además, no tienes pinta de drogata.

—Juego a fútbol americano —dijiste tú—. Bueno, jugaba.

Tú y Sasha teníais que comprar libros: los comprasteis juntos. La acompañaste a su residencia, donde pillaste a Lizzie, su compañera de habitación, haciendo un gesto de aprobación cuando le estabas dando la espalda. A las cinco y media estabais cargando las bandejas del comedor; tú insististe en las espinacas, pues todo el mundo dice que los músculos de fútbol americano se convierten en gelatina cuando dejas de jugar. Os sacasteis el carnet de la biblioteca juntos, volvisteis a vuestras respectivas residencias y os citasteis en el Apple a las ocho para tomar unas copas. Estaba repleto de estudiantes. Sasha no paraba de mirar de un lado a otro, y tú imaginaste que estaba pensando en el detective, de modo que le pasaste el brazo por los hombros y le besaste la mejilla y el pelo, que olía a quemado; la irrealidad de la situación te relajaba de una forma que nunca habías logrado experimentar con las novias que tuviste mientras aún vivías con tus padres. En ese momento Sasha te explicó el segundo paso: cada uno debía contarle al otro algo que descartara por completo la posibilidad de que alguna vez salierais de verdad.

—¿Has hecho esto antes? —le preguntaste, con incredulidad.

Ella se había tomado dos copas de vino blanco (a las que tú habías correspondido con cerveza en una proporción de dos a uno) y estaba empezando la tercera.

—Por supuesto que no.

—O sea..., que si yo te cuento que hubo una época en que torturaba gatitos eso impedirá que quieras abalanzarte sobre mí...

—¿Hacías eso?

—¡Qué va!

—Empiezo yo —dijo Sasha.

Había comenzado a robar a los trece años, con sus amigas; escondían pasadores de pelo y pendientes brillantes en las mangas y competían para ver quién se llevaba más, aunque para Sasha era distinto: cuando lo hacía, su cuerpo resplandecía. Más tarde, en el instituto, memoraba mentalmente cada aventura, contaba los días que faltaban para repetirlo. Las otras chicas se mostraban nerviosas, competitivas, y Sasha se esforzaba por actuar como ellas.

En Nápoles, cuando se quedó sin dinero, empezó a robar cosas de las tiendas y a vendérselas a Lars, el sueco; esperaba sentada en su cocina a que le llegara el turno, junto a otros chicos hambrientos que llevaban carteras de turistas, bisutería y pasaportes americanos. Todos se quejaban de Lars, que nunca les pagaba lo

que merecían. Se decía que en Suecia se dedicaba a dar conciertos de flauta, aunque es posible que la fuente de ese rumor fuera el propio Lars. No podían ir más allá de su cocina, pero alguien había entrevisto un piano a través de una puerta mientras se cerraba, y Sasha había oído a menudo el llanto de un bebé. La primera vez, Lars había hecho esperar a Sasha más tiempo que a nadie; llevaba unos zapatos con lentejuelas que había robado en una *boutique*. Cuando todos los demás hubieron cobrado y se hubieron marchado, Lars se agachó junto a ella en el suelo de la cocina y se desabrochó los pantalones.

Durante meses había hecho negocios con Lars, a veces iba a verlo aunque no hubiera robado nada, porque necesitaba el dinero. «Yo pensaba que era mi novio —dijo Sasha—. Aunque en realidad creo que ya no pensaba». Ahora estaba mejor, llevaba dos años sin robar nada. «La de Nápoles no era yo —te contó, con la mirada perdida en el bar abarrotado—. No sé quién era, pero lo siento por ella».

Y tal vez por la sensación de que te había desafiado, o de que en el cuarto de la verdad en el que ahora os encontrabais tú y Sasha se podía contar cualquier cosa, o de que acababa de provocar un vacío que las leyes de la física te obligaban a rellenar, le hablaste de James, tu compañero de equipo: una noche sacasteis a dos chicas a pasear en el coche de tu padre y, tras dejarlas en su casa (pronto, al día siguiente

había partido), tú y James aparcasteis en un lugar apartado y pasasteis tal vez una hora a solas, en el coche. Había sucedido solo aquella vez, sin hablarlo ni acordarlo previamente; después casi no habíais vuelto a hablar de eso. A veces te preguntabas si no te lo habrías inventado.

—No soy marica —le dijiste a Sasha.

El que estaba en el coche con James no eras tú. Tú estabas en otra parte, observando, pensando: ese marica está tonteando con otro tío. ¿Cómo puede hacerlo? ¿Cómo puede querer eso? ¿Cómo puede vivir consigo mismo?

En la biblioteca, Sasha pasa dos horas escribiendo un trabajo sobre los primeros años de vida de Mozart y bebiendo sorbos de coca-cola *light* a escondidas. Al ser mayor, siente que va retrasada; por eso hace seis asignaturas por semestre además de los cursos de verano, para poderse graduar en tres años. Estudia empresariales y arte, como tú, aunque ella ha elegido la especialidad de música. Apoyas la cabeza en los brazos, sobre la mesa, y duermes hasta que ella acaba. Después cruzáis la ciudad oscura hasta tu residencia en la Tercera Avenida. El ascensor huele a palomitas; desde luego, tus tres compañeros de piso están en casa, lo mismo que Pilar, una chica con la que estuviste a punto de salir el pasado otoño para distraerte, cuando Sasha se emparejó con Drew. En cuanto entras, el volumen de Nirvana baja de golpe y se abren todas las

ventanas. De pronto es como si pertenecieras a la misma categoría que los profesores y los policías: pones a la gente nerviosa de forma instantánea. Seguro que hay una forma de disfrutar de eso.

Acompañas a Sasha a su habitación. Los cuartos de la mayoría de estudiantes son como madrigueras de hámster llenos de retazos y fragmentos de sus casas (almohadas, perritos de peluche, teteras eléctricas y zapatillas afelpadas), pero la habitación de Sasha está casi vacía: llegó el año pasado con una única maleta. En un rincón hay un arpa alquilada, que está aprendiendo a tocar. Te tiendes boca arriba en la cama mientras ella prepara su neceser de ducha y su kimono verde, y sale. Regresa al cabo de nada (sospechas que porque no quiere dejarte solo), ataviada con el kimono y con una toalla en la cabeza. Desde la cama, observas como sacude la melena y se deshace los nudos con un peine de púas anchas. Entonces se quita el kimono y empieza a vestirse: bragas y sujetador negros de encaje, tejanos rasgados, camiseta negra desteñida y unas Doc Martens. El año pasado, cuando Bix y Lizzie empezaron a salir, cogiste el hábito de pasar algunas noches en el cuarto de Sasha; dormías en la cama vacía de Lizzie, a un metro de la de Sasha. Te conoces de memoria la cicatriz de su tobillo izquierdo, de una rotura que hubo que operar al no curarse correctamente, y la Osa Mayor de pecas rojizas alrededor de su ombligo, y sabes que cuando se

levanta su aliento huele a naftalina. Lo que había entre tú y Sasha era tan intenso que todos asumieron que erais pareja. Cuando por las noches lloraba, te metías en su cama y la abrazabas hasta que su respiración se iba calmando. ¡Sasha era tan liviana en tus brazos! Te dormías abrazado a Sasha, despertabas con una erección y te quedabas muy quieto, sintiendo aquel cuerpo que conocías tan bien, su piel y su olor, junto con tu necesidad de follarte a alguien, deseando que ambas cosas pudieran fundirse en un único impulso. «Vamos, esfuérzate un poco y actúa como si fueras normal para variar», pero temías poner a prueba tu deseo, no querías echar a perder lo que tenías con Sasha si las cosas salían mal. No follarte a Sasha había sido el peor error de tu vida; te diste cuenta de ello con una claridad meridiana cuando se enamoró de Drew, lo que te provocó unos remordimientos tan intensos que al principio creíste que no lo superarías. Podrías haberte aferrado a Sasha y los dos podríais haberos vuelto normales al mismo tiempo, pero ni siquiera lo habías intentado: habías renunciado a la única oportunidad que Dios te había brindado, y ahora ya era demasiado tarde.

En público, Sasha te cogía la mano, te abrazaba y te besaba, todo por si aparecía el detective. Este podía estar en cualquier parte, viendo como os lanzabais bolas de nieve en Washington Square o como Sasha montaba a caballito sobre tu espalda, cuando sus

mullidos mitones te dejaban hilos en la lengua. Era el compañero invisible al que saludabais mientras comíais verduras al vapor en el Dojo («Quiero que vea que como comida sana», decía Sasha). De vez en cuando planteabas preguntas prácticas sobre el detective: ¿había vuelto a mencionarlo su padrastro? ¿Estaba segura de que era un hombre? ¿Cuánto tiempo creía que iba a durar la vigilancia? Pero parecía que Sasha se irritaba cuando ibas por ese camino, de modo que no insistías. «Quiero que vea que soy feliz —decía—. Quiero que vea que vuelvo a estar bien, que a pesar de todo sigo siendo normal». Y tú también lo querías.

Cuando conoció a Drew, Sasha se olvidó del detective. Drew es un tipo a prueba de detectives. Le cae bien incluso a su padrastro.

Son las diez y pico cuando tú y Sasha os reunís con Drew en la Tercera Avenida con Saint Marks. Drew tiene los ojos rojos de nadar. Besa a Sasha como si llevaran una semana separados. «Mi viejita», la llama a veces Drew, que está encantado de que Sasha haya visto mundo sola. Desde luego, él no tiene ni idea de lo mal que Sasha lo pasó en Nápoles, pero últimamente tienes la sensación de que también a ella se le está olvidando, que está empezando a convertirse en la persona que es para Drew. La envidia te reconcome: ¿por qué no pudiste ser tú quien hiciera eso por Sasha? ¿Y quién va a hacerlo por ti?

En la calle Diecisiete Este pasáis por delante del piso de Bix y Lizzie, pero las luces están apagadas; Lizzie ha salido con sus padres. Las calles están llenas de gente y parece que la mayoría se ríe. Piensas una vez más en el cambio que Sasha experimentó cuando salió el sol en Washington D. C., y te preguntas si todas esas personas lo experimentaron también y por eso se ríen.

En la Avenida A, os detenéis delante del Pyramid Club y aguzáis el oído.

—Aún tocan los teloneros —dice Sasha, de modo que seguís caminando. Compráis egg creams en el quiosco ruso y os los bebéis en un banco de Tompkins Square Park, que volvió a abrir el verano pasado.

—Mira —dices y abres la mano. Tres pastillas amarillas. Sasha suspira: se le está acabando la paciencia.

—¿Qué es? —pregunta Drew.
Éxtasis.

Drew siente por las cosas nuevas la atracción típica de los optimistas, la confianza de que no le harán daño, sino que lo enriquecerán como persona. Últimamente te has dado cuenta de que te aprovechas de esta cualidad de Drew, esparciendo migas de pan para él, una a una.

—Yo quiero hacerlo contigo —le dice a Sasha, pero ella niega con la cabeza—. Me perdí tu época de drogata —añade con nostalgia.

—Gracias a Dios... —dice Sasha.

Te metes una de las pastillas en la boca y te guardas las otras dos en el bolsillo. Empiezas a notar el efecto del éxtasis en cuanto entráis en el club. El Pyramid está abarrotado. The Conduits llevan años triunfando en los campus universitarios, pero Sasha está convencida de que su nuevo trabajo es absolutamente genial y que logrará varios discos de platino. A ella le gusta situarse muy cerca del escenario, justo enfrente del grupo, pero tú necesitas más espacio. Drew se queda junto a Sasha, pero te das cuenta de que cuando el guitarra solista de The Conduits, el pirado de Bosco, empieza a zarandearse como un espantapájaros enloquecido, Drew retrocede un poco.

Has alcanzado ese estado de feliz cosquilleo en el estómago que de niño esperabas que fuera la vida adulta: una desorientación borrosa, una liberación de las comidas, los deberes, la iglesia y los «esa no es manera de hablarle a tu hermana, Robert Jr.». Querías un hermano. Querías que Drew fuera tu hermano. Así podríais haber construido una cabaña de troncos juntos y dormir dentro, mientras la nieve se acumulaba al otro lado de la ventana. Podríais haber matado el alce, y luego, cubiertos con la sangre y el pelaje del animal, os habríais desnudado junto a una hoguera. Ver a Drew desnudo, aunque fuera una sola vez, aliviaría la espantosa presión que sientes en tu interior.

Bosco va de mano en mano por encima de tu cabeza; ya no lleva camiseta y su estrecho torso está cubierto de sudor y cerveza. Tus dedos resbalan sobre los pétreos músculos de su espalda. Él sigue tocando la guitarra y berrea sin micrófono. Drew te ve y se acerca meneando la cabeza. Nunca había ido a un concierto antes de conocer a Sasha. Contoneándote, te sacas una de las pastillas amarillas del bolsillo y se la pones en la mano.

Hace un rato ha pasado algo divertido, pero no recuerdas qué. Drew tampoco parece acordarse, aunque sois incapaces de dejar de reiros con convulsiones histéricas.

Sasha creía que cuando terminara el concierto la esperaríais dentro, y por eso tarda un rato en dar con vosotros en la calle. Sus ojos van del uno al otro bajo la luz ácida de las farolas.

—Vale —dice—, ya lo pillo.

—No te enfades —le pide Drew, que hace un esfuerzo por no mirarte: si os miráis, estáis perdidos. Pero tú no puedes apartar la vista de Drew.

—No estoy enfadada —replica Sasha—. Estoy aburrida. —Le acaban de presentar al productor de The Conduits, Bennie Salazar, que la ha invitado a una fiesta—. Pensé que podíamos ir todos —le dice a Drew—, pero estáis demasiado colocados.

—No quiere ir contigo —gritas tú, moqueando de tanto reír—. Quiere venir conmigo.

—Es verdad —dice Drew.

—Pues muy bien —responde Sasha, furiosa—. Todos contentos.

Los dos os alejáis, tambaleándoos. La risa os tiene ocupados durante varias calles, pero esta tiene algo de nauseabundo, una especie de comezón que, si sigues rascando, acabará por atravesarte la piel, el músculo y el hueso, y te hará trizas el corazón. En un momento dado tenéis que detener la marcha y sentaros, apoyándoos el uno en el otro, casi sollozando. Compráis dos litros de zumo de naranja y os lo bebéis ávidamente en una esquina, derramándolo sobre vuestros anoraks acolchados. Sostienes el envase de cartón bocabajo, encima de la boca, y las últimas gotas te caen en la garganta. Cuando lo tiras, la ciudad se cierne, oscura, a tu alrededor. Estás en la calle Dos con la Avenida B. A tu alrededor, la gente intercambia frasquitos con cada apretón de manos, pero Drew estira los brazos, nota el éxtasis en la punta de los dedos. Nunca lo has visto actuar empujado por el miedo, solo por la curiosidad.

—Me siento mal —dices—, por Sasha.

—No te preocupes —responde Drew. Nos perdonará.

Después de que te cosieran y te vendaran las muñecas, de que te administraran la sangre de otra persona, mientras tus padres esperaban el primer vuelo que salía del aeropuerto de Tampa, Sasha apartó los

tubos intravenosos y se metió en tu cama del St. Vincent's Hospital. A pesar de los analgésicos, notabas un dolor sordo alrededor de las muñecas.

—¿Bobby? —susurró. Tenía la cara casi pegada a la tuya. Respiraba tu aliento y tú respirabas el suyo, avinagrado por la preocupación y la falta de sueño. Fue Sasha quien te encontró. Solo diez minutos más, le habrían dicho—. Bobby, escúchame.

Los ojos verdes de Sasha estaban frente a los tuyos, vuestras pestañas entrelazadas.

—En Nápoles —dijo— había muchos jóvenes perdidos. Sabías que nunca iban a volver a ser lo que habían sido, o a tener una vida normal. Pero luego había otros que pensabas: a lo mejor estos sí.

Quisiste preguntar en qué categoría estaba Lars, el sueco, pero solo te salió un gemido.

—Escucha, Bobby —dijo—. Dentro de un minuto me van a echar.

Abriste los ojos, aunque no eras consciente de haberlos cerrado de nuevo.

—Lo que digo es que nosotros somos de los supervivientes —dijo Sasha.

Su forma de hablar hizo que de pronto la cabeza se te aclarase a pesar de toda la confusión que te inyectaban; era como si acabara de abrir un sobre y hubiera leído un resultado que necesitabas saber con urgencia. Como si te hubieran pillado en falso y precisaras una restitución.

—No todo el mundo lo es, pero nosotros sí.
¿Vale?

Vale.

Se tendió junto a ti, con cada parte de vuestros cuerpos en contacto, como habíais hecho tantas noches antes de que conociera a Drew. Notaste como la fuerza de Sasha se filtraba a través de tu piel. Intentaste abrazarla, pero tus manos eran como muñones de un muñeco de peluche y no podías moverlas.

—Y eso significa que no puedes volver a hacerlo —dijo—. Nunca, nunca, nunca, nunca más. ¿Me lo prometes, Bobby?

—Te lo prometo.

Y hablabas en serio. Nunca romperías una promesa que le hubieras hecho a Sasha.

—¡Bix! —exclama Drew, que sale en estampida por la Avenida B, con sus botas resonando sobre la acera. Bix está solo y lleva las manos en los bolsillos de su chaqueta verde militar.

—¡La leche! —dice, y se ríe al ver en sus ojos lo colocado que está. Tu colocón ha empezado ya a mostrar signos de flaqueza. Tenías planeado utilizar la última pastilla, pero se la ofreces a Bix.

—La verdad es que yo ya lo he dejado —dice Bix—, pero las normas están para romperlas, ¿no?

Un conserje lo ha echado del laboratorio y lleva dos horas vagando por la calle.

Y, mientras tanto, Lizzie está durmiendo —dices

tú—. En tu apartamento.

Bix te lanza una mirada fría que seca tu buen humor de golpe.

—No empecemos con eso —dice.

Camináis juntos, esperando que a Bix se le suba el éxtasis. Son más de las dos de la madrugada, la hora en que (por lo que parece) la gente normal se va a dormir, mientras los borrachos, los locos y los tarados se quedan en la calle. No quieres estar con esa gente. Quieres regresar a tu residencia y llamar a la puerta de Sasha, que deja abierta siempre que Drew no se queda a dormir.

—La Tierra llamando a Rob —dice Bix. Tiene una expresión plácida y los ojos brillantes y alucinados.

—Estaba pensando que a lo mejor me voy a casa —dices.

—¡Imposible! —exclama Bix. El amor por el prójimo emana de su interior como un aura; notas su resplandor sobre la piel—. Eres fundamental para la acción.

—Sí, claro... —murmuras.

Drew te rodea con un brazo. Huele a Wisconsin (a bosques, hogueras y lagos), aunque tú nunca has estado allí, ni siquiera cerca.

—Es verdad, Rob —dice, muy serio—. Eres nuestro corazón palpitante, dolorido.

Termináis en un afterhours que Bix conoce en

Ludlow, abarrotado de gente que está demasiado colocada como para marcharse a casa. Bailáis todos juntos, subdividiendo el espacio entre el hoy y el mañana hasta que el tiempo parece retroceder. Compartes un porro cargado con una chica; lleva un flequillo muy corto que le deja la frente al descubierto. Baila contigo, te rodea el cuello con los brazos, y Drew te grita al oído, por encima de la música:

—¡Quiere que te la lleves a casa, Rob!

Pero al final la chica se rinde, o se olvida (o te olvidas tú) y desaparece.

El cielo justo empieza a clarear cuando los tres os marcháis del club. Os dirigís hacia el norte y llegáis a Leshko's, en la Avenida A. Pedís huevos revueltos y montañas de patatas fritas, y regresáis con paso tambaleante, saciados y atontados, a la calle. Bix está entre tú y Drew, con un brazo alrededor de cada uno. Las escaleras de incendios cuelgan de los edificios. Se oye el ronco tañido de la campana de una iglesia y te acuerdas: es domingo.

Alguien parece guiar el grupo hacia el paso elevado del East River en la calle Seis, aunque en realidad os movéis simultáneamente, como en un tablero de ouija.

Aparece un sol encendido que gira, resplandeciente y metálico, en vuestros globos oculares, ioniza la superficie del agua y revela el rastro de polución y porquería que arrastra la corriente. Es

casi místico, bíblico. Se te hace un nudo en la garganta.

Bix os da un apretón en el hombro.

—Caballeros —dice—, buenos días.

Estáis los tres juntos a la orilla del río, contemplando la vista, con los últimos restos de nieve vieja amontonada a vuestros pies.

—Fijaos en el agua —dice Drew—. Ojalá pudiera nadar un rato. —Al cabo de unos minutos dice—: Acordémonos de este día, recordémoslo incluso cuando ya no nos conozcamos.

Miras a Drew, entornando los ojos por el sol, y durante un segundo el futuro se proyecta como si fuera un túnel; en el otro extremo hay una versión distinta de ti, mirando hacia atrás. Y en ese preciso instante percibes lo mismo que has visto en el rostro de la gente en la calle, el embate de un movimiento, como una corriente submarina que te arrastra hacia algo que no alcanzas a ver.

—No, pero nos vamos a conocer siempre —dice Bix—. Los días en que la gente perdía el contacto ya casi son historia.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Drew.

—Vamos a encontrarnos de nuevo en un lugar distinto —dice Bix—. Encontraremos a todos aquellos que hemos perdido. O ellos nos encontrarán a nosotros.

—¿Dónde? ¿Cómo? —insiste Drew.

Bix titubea un instante, como si llevara tanto tiempo aguantándose ese secreto y le diera miedo ver qué sucede ahora que lo ha soltado.

—Yo me lo imagino como el día del juicio final —dice finalmente, sin apartar los ojos del agua—. Abandonaremos nuestros cuerpos y nos encontraremos de nuevo en forma de espíritu. Todos nosotros nos reuniremos en ese lugar nuevo, y al principio te parecerá extraño, pero muy pronto lo que realmente te parecerá extraño será que antes pudieras perder a alguien, o perderte tú.

Bix sí que sabe, piensas; ha sabido siempre, sentado delante de su ordenador, y ahora está transmitiendo sus conocimientos. Pero lo que dices es:

—¿Y vas a conocer por fin a los padres de Lizzie?

La sorpresa se refleja en el rostro de Bix, que se ríe con estruendo.

—No lo sé, Rob —responde meneando la cabeza—. A lo mejor no, a lo mejor esa parte no cambia nunca. Pero me gusta pensar que sí lo hará. —Se frota los ojos, que de pronto parecen cansados—. A propósito —dice—, es hora de volver a casa.

Se aleja con las manos en los bolsillos de su chaqueta militar, pero aún pasa un rato hasta que tienes la sensación de que se ha marchado realmente. Sacas el último porro de la cartera y te lo fumas con Drew mientras os dirigís hacia el sur. El río está silencioso, no se ve ningún barco; hay un puñado de

viejos desdentados pescando bajo el puente de Williamsburg.

—Drew —dices.

Está contemplando el agua con la atención del fumado, que hace que todo parezca digno de estudio. Te ríes, nervioso, y él se vuelve.

—¿Qué?

—Ojalá pudiéramos vivir en la cabaña. Tú y yo.

—¿Qué cabaña?

—La que construiste. En Wisconsin. —Ves la confusión en el rostro de Drew—. Si es que la cabaña existe —añades.

—Claro que existe.

Tu colocón emborrona el aire y también la cara de Drew, que luego se reconstruye con una expresión de recelo que te asusta.

Yo echaría de menos a Sasha —dice, despacio—. ¿Tú no?

—En realidad no la conoces —dices tú, sin aliento, un poco a la desesperada—. No sabes a quién echarías de menos.

Un enorme hangar se ha interpuesto entre el camino y el río, de modo que lo bordeáis.

—¿Qué es lo que no sé sobre Sasha? —pregunta Drew en su acostumbrado tono cordial, aunque es distinto: notas que ha empezado a alejarse de ti y te entra el pánico.

—Que era prostituta —dices—. Prostituta y

ladrona; así fue como sobrevivió en Nápoles.

Al tiempo que pronuncias esas palabras, empiezas a oír un aullido. Drew deja de caminar. Estás seguro de que va a pegarte, esperas que lo haga.

—Eso es una gilipollez —dice—. Y que te jodan por haberlo dicho.

—Pregúntaselo a ella —le gritas para oír tu voz por encima del aullido—. Pregúntale por Lars el sueco, que antes tocaba la flauta.

Drew echa a andar de nuevo, con la cabeza gacha. Tú vas a su lado, caminando al ritmo que marca tu pánico: «¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?» El East River Drive pasa por encima de vuestras cabezas, los neumáticos chirrían y tenéis gasolina en los pulmones.

Drew vuelve a detenerse. Te mira a través del aire empañado, aceitoso, como si te viera por primera vez.

Joder, Rob —dice—. Eres realmente un capullo integral.

—Eres el último en enterarse.

—No, yo no. Es Sasha.

Da media vuelta y se aleja rápidamente, y tú te quedas solo. Sales tras él, presa de la insensata convicción de que si logras retener a Drew podrás contener el daño que has hecho. «Ella aún no lo sabe —te dices—, aún no lo sabe. Mientras no pierdas a Drew de vista, no lo sabrá».

Lo persigues bordeando el río. Hay unos seis

metros entre tú y él, casi corres para no quedar atrás. Se da la vuelta una sola vez.

—¡Lárgate! ¡No quiero tenerte cerca!

Pero percibes su confusión, no sabe adónde ir, ni qué hacer, y eso te tranquiliza. «Aún no ha pasado nada».

Entre los puentes de Manhattan y de Brooklyn, Drew se detiene junto a lo que podríamos llamar una playa. Está formada exclusivamente por basura: neumáticos viejos, porquería, madera astillada, cristal, papeles sucios y viejas bolsas de plástico que poco a poco van desembocando en el East River. Drew se planta sobre los escombros, contemplando el río, y tú te quedas unos metros por detrás. Entonces empieza a desnudarse. Al principio no puedes creer que eso esté pasando: se quita la chaqueta, el jersey, las dos camisetas de manga corta y la camiseta interior. Y ahí está el torso de Drew, fuerte y firme como te lo habías imaginado, si bien algo más delgado; el pelo oscuro de su pecho tiene forma de pala.

Con tejanos y botas, Drew se dirige hacia el lugar donde convergen la basura y el agua. Allí sobresale un anguloso bloque de hormigón, los cimientos malogrados de algo olvidado hace tiempo, y Drew escala hasta lo más alto. Se desata las botas y se las quita, y con gestos bruscos se deshace también de los tejanos y los calzoncillos. Incluso a través del terror que te invade, experimentas una leve sensación de

gratitud por el encanto y la torpeza que tiene un hombre al desnudarse.

Se vuelve hacia ti, y tú observas su cuerpo desnudo, su oscuro vello púbico y sus piernas fuertes.

—Siempre he querido hacer esto —dice con voz apagada, y con un largo salto se zambulle de cabeza en el agua, aunque sin hundirse demasiado, partiendo la superficie del East River y soltando un grito a medio camino entre un alarido y un jadeo. Cuando vuelve a salir, oyes como intenta recuperar el aliento. Fuera no puede haber más de siete grados.

Trepas al bloque de hormigón y empiezas a quitarte la ropa, presa del pánico pero al mismo tiempo conmovido, pues sientes que si eres capaz de dominar ese pánico, eso significará algo, demostrará algo sobre ti. Notas una palpitación en las cicatrices por culpa del frío. Se te ha encogido la polla, que tiene el tamaño de una nuez, y tus músculos de jugador de fútbol americano ya han empezado a aflojarse, pero Drew ni siquiera te mira. Está nadando, con brazadas enérgicas, precisas, de nadador.

Das un salto torpe, tu cuerpo choca contra el agua y te golpeas la rodilla con algo que hay debajo de la superficie. El frío te atenaza y te deja sin aliento. Nadas como un loco para alejarte de la basura que imaginas bajo el agua, ganchos oxidados y zarpas que amenazan con desgarrarte los genitales y los pies. Te duele la rodilla del golpe que te acabas de dar.

Levantás la cabeza y ves a Drew flotando boca arriba.

—Podremos volver a salir, ¿verdad? —le gritas.

—Sí, Rob —responde él con su nueva, apagada voz—. Exactamente igual que entramos.

No dices nada más. Debes concentrar todas tus energías en flotar y respirar. Poco a poco el frío va tornándose en calidez tropical sobre tu piel. El aullido en tus oídos se apaga y puedes volver a respirar. Miras a tu alrededor, asombrado por la belleza mítica de cuanto te rodea: el agua alrededor de una isla. Un remolcador lejano, con una pronunciada proa de goma. La Estatua de la Libertad. Un estruendo de neumáticos sobre el puente de Brooklyn, que parece el interior de un arpa. Las campanas de una iglesia, errantes y desafinadas, como los carillones que tu madre cuelga en el porche. Avanzas con rapidez y cuando buscas a Drew con la mirada, no logras verlo. La costa está muy lejos. Hay alguien nadando cerca, pero a tanta distancia que cuando se detiene y agita los brazos no puedes distinguir quién es. Oyes un débil grito («¡Rob!») y te das cuenta de que ya llevas un rato oyendo esa voz. El pánico te cercena y de repente estableces una conexión cristalina con la realidad: te ha arrastrado una corriente (este río tiene corrientes: lo sabías, lo oíste en alguna parte y luego lo olvidaste). Gritas, pero notas la insignificancia de tu voz, la indiferencia sísmica del agua que te rodea. Todo eso

en un instante.

—¡Socorro! ¡Drew!

Mientras agitas brazos y piernas, aunque sabes que no puedes dejarte llevar por el pánico (pues con eso solo lograrás agotar tus fuerzas), tu mente se disocia de tu cuerpo como hace tan fácilmente, tan a menudo, a veces incluso sin que te des cuenta, y deja a Robert Freeman Jr. luchando a solas contra la corriente mientras tú pasas a formar parte del paisaje, del agua y los edificios y las calles, las avenidas como pasillos interminables, tu residencia llena de estudiantes dormidos, el ambiente viciado por su respiración. Entrás por la ventana abierta de Sasha y flotas por encima de la repisa abarrotada de objetos acumulados durante sus viajes: una concha de mar blanca, una pequeña pagoda dorada, un par de dados rojos. El arpa en un rincón, con su pequeño taburete de madera. Sasha está dormida en su angosta cama y su pelo rojo encendido parece más oscuro por contraste con las sábanas. Te arrodillas junto a ella, aspiras ese olor de Sasha cuando duerme que tan bien conoces, y le susurras al oído una letanía confusa: «Lo siento», y «Yo creo en ti», y «Siempre estaré junto a ti, protegiéndote», y «Nunca te abandonaré, estaré ovillado en tu corazón durante el resto de tu vida», hasta que el agua que me oprime los hombros y el pecho me despierta con violencia y oigo a Sasha, que grita: «¡Aguanta! ¡Aguanta! ¡Aguanta!».

Adiós, amor mío

Cuando Ted Hollander accedió a viajar a Nápoles en busca de su sobrina desaparecida, esbozó para su cuñado, que iba a correr con los gastos, un plan para encontrarla que consistía en acudir a todos los lugares donde se reunían los jóvenes extraviados, colgados (la estación de tren, por ejemplo) y preguntar si alguien la conocía. «Sasha. Americana. Capelli rossi» (pelo rojo), pensaba decir, e incluso había practicado la pronunciación hasta ser capaz de arrastrar la erre de «rossi» a la perfección. Pero ya hacía una semana que había llegado a Nápoles, y no lo había dicho ni una sola vez.

Aquel día decidió ignorar su determinación de empezar a buscar a Sasha y visitó las ruinas de Pompeya, donde admiró los antiguos frescos romanos de los muros y los cuerpos en decúbito repartidos como huevos de Pascua por entre los patios de columnas. Se comió una lata de atún debajo de un olivo y escuchó el silencio hueco, demencial. A primera hora de la tarde regresó a su habitación de hotel, arrastró su cuerpo dolorido hasta la cama de matrimonio y llamó a su hermana Beth, la madre de Sasha, para informarle de que, un día más, sus pesquisas habían sido infructuosas.

—Vale —suspiró Beth desde Los Ángeles, como hacía al final de cada día. Su desilusión era tan intensa que casi tenía conciencia propia; Ted la percibía como si hubiera una tercera persona al teléfono.

—Lo siento —dijo. Una gota de ponzoña le llenó el corazón. Empezaría a buscar a Sasha al día siguiente. Y, sin embargo, al mismo tiempo que hacía aquella promesa, en su interior iba cuajando el plan opuesto de visitar el Museo Nazionale, donde se exhibía un Orfeo y Eurídice que admiraba desde hacía años: un relieve de mármol romano copiado de un original griego. Siempre había querido verlo.

Por fortuna, Hammer, el segundo marido de Beth, que solía abrumar a Ted con una lluvia de preguntas que se reducían a una muy sencilla: «¿Le estoy sacando todo el rendimiento a mi dinero?» (en esas ocasiones Ted sentía la angustia del alumno que hace novillos), o bien no estaba por ahí, o prefirió no intervenir. Después de colgar, Ted fue hasta el minibar y se sirvió un vodka con hielo. Se llevó la bebida y el teléfono al balcón, se sentó en una silla de plástico blanca y admiró la Via Partenope y la bahía de Nápoles. La costa era irregular, el agua de una pureza dudosa (aunque, eso sí, de un azul arrebatador), y los animosos napolitanos, la mayoría de los cuales parecían algo pasados de quilos, se desnudaban en las rocas y se zambullían en la bahía delante mismo de los peatones, los hoteles turísticos y el tráfico. Ted llamó a

su mujer.

—Ay, hola, cariño —dijo Susan, sorprendida de tener noticias suyas tan pronto: generalmente solía llamarla antes de acostarse, que era cerca de la hora de la cena en la costa Este—. ¿Va todo bien?

—Todo perfecto.

Su tono de voz, enérgico y alegre, lo había desalentado ya un poco. En Nápoles, Ted se acordaba a menudo de Susan, aunque se trataba de una versión ligeramente distinta de Susan: una mujer reflexiva e intuitiva, con la que podía hablar sin tener que hablar. Era una versión ligeramente distinta de Susan la que había escuchado con él el silencio de Pompeya, atenta a los ecos de los gritos y los aludes de ceniza del pasado. ¿Cómo era posible que semejante devastación hubiera sido silenciada? Ese era el tipo de preguntas por las que se había acabado preocupando Ted en su semana de soledad, una semana que parecía al mismo tiempo un mes y un segundo.

—He logrado que un cliente picara con la casa de los Suskind —dijo Susan, con la esperanza, al parecer, de animarlo con aquella información sobre el mundo inmobiliario.

Y, sin embargo, cada decepción que Ted había experimentado con relación a su mujer, cada deflación creciente, había ido acompañada por un ataque de culpabilidad; hacía muchos años que había cogido la pasión que sentía por Susan y la había doblado por la

mitad, para dejar de sentir el ahogo y la impotencia que lo invadían cada vez que la veía junto a él, en la cama: sus brazos rollizos y su culo blando, generoso. A continuación la había vuelto a doblar por la mitad, de modo que cada vez que sentía deseo por Susan, este no iba acompañado del terror a no quedar nunca satisfecho. La había doblado otra vez por la mitad, para sentir que ese deseo no llevaba aparejada la necesidad inmediata de actuar. Y la había vuelto a doblar, hasta que ya casi no lo sentía. Al final, su deseo era tan pequeño que Ted podía guardarlo en un cajón de su escritorio o metérselo en un bolsillo y olvidarse de él; eso le proporcionaba seguridad y la sensación de haber conseguido algo, como si hubiera desmantelado una peligrosa maquinaria que habría terminado por aplastarlos a los dos. Susan había reaccionado primero con frustración y luego con consternación; lo había abofeteado dos veces; se había marchado de casa hecha una furia y había pasado la noche en un motel; había derribado a Ted en el suelo del dormitorio y se había colocado encima de él con unas medias negras sin entrepierna. Pero poco a poco Susan había sucumbido a una especie de amnesia; su pena y sus ganas de rebelarse se habían ido disipando y habían dejado en su lugar una apacible, perenne placidez, que era espantosa de la misma forma en que lo sería la vida, suponía Ted, si la muerte no le confiriera gravedad y forma. Al principio había

supuesto que la infatigable satisfacción de su mujer era una burla, otra fase de su rebelión, hasta que se dio cuenta de que Susan había olvidado cómo habían sido las cosas entre ellos antes de que Ted empezara a doblar su deseo; lo había olvidado y era feliz (nunca había dejado de serlo), y aunque eso reafirmó la fascinación de Ted por la gimnástica capacidad de adaptación de la mente humana, también le hizo sentirse como si a su mujer le hubieran lavado el cerebro; como si hubiera sido él.

—Cariño —dijo Susan—. Alfred quiere hablar contigo.

Ted se preparó mentalmente para tratar con su hijo, tan temperamental como imprevisible.

—¡Eh, Alf!

—No pongas esa voz, papá.

—¿Qué voz?

—Esa voz falsa de «papá».

—¿Qué quieres de mí, Alfred? ¿Podemos mantener una conversación?

—Hemos perdido.

—¿Y cómo vais ahora? ¿Cinco ganados, ocho perdidos?

—Cuatro y nueve.

—Bueno, aún hay tiempo.

—No, no hay tiempo —dijo Alfred—. El tiempo se está acabando.

—¿Está tu madre por ahí? —preguntó Ted, algo

desesperado—. ¿Puedes pasarle el teléfono?

—Miles quiere hablar contigo.

Ted habló con sus otros dos hijos, que lo informaron de sus respectivos resultados deportivos. Se sintió como un corredor de apuestas. Sus hijos practicaban todos los deportes imaginables y también algunos que, según Ted, no lo eran: fútbol, *hockey*, béisbol, vilorta, baloncesto, fútbol americano, esgrima, lucha libre, tenis, skateboard (¡eso no es un deporte!), golf, *ping-pong*, Video Voodoo (eso sí que no era un deporte, y además Ted se negaba a darle el visto bueno), escalada, patinaje, *puenting* (Miles, el mayor, en quien Ted notaba una alegre voluntad autodestructiva), *backgammon* (¡tampoco es un deporte!), voleibol, wiffle ball, *rugby*, críquet (den qué país estaban?), *squash*, waterpolo, *ballet* (Alfred, naturalmente) y, últimamente, taekwondo. A veces Ted tenía la sensación de que sus hijos practicaban nuevos deportes tan solo para asegurarse de que su padre aparecía junto a la mayor cantidad posible de superficies de juego; él accedía a ello diligentemente y gritaba entre montañas de hojas secas y el olor a madera quemada en otoño, entre tréboles irisados en primavera, y entre el aire saturado y cargado de mosquitos de los veranos del norte de Nueva York.

Después de hablar con su mujer y sus hijos, Ted se sintió embriagado, ansioso por salir del hotel. No bebía casi nunca: el alcohol corría un telón de

cansancio sobre su cerebro que lo privaba de las valiosísimas dos horas de las que disponía cada noche (dos, tres a lo sumo, tras cenar con Susan y los chicos) para pensar y escribir sobre arte. En condiciones ideales, debería haber estado pensando y escribiendo sobre arte a todas horas, pero una confluencia de factores hacían que dedicarse a pensar y escribir fuera innecesario (tenía una plaza numeraria en una universidad de tercera, donde recibía una presión muy limitada por publicar) a la par que imposible (impartía tres cursos de historia del arte cada semestre y, además, había asumido ingentes tareas administrativas: necesitaba dinero). El lugar reservado para pensar y escribir era un pequeño despacho situado en un rincón de su ruinoso casa, en cuya puerta había instalado una cerradura para impedir la entrada de sus hijos. Estos merodeaban melancólicamente por el exterior del despacho, con unos rostros picados de acné que te partían el corazón. Tenían prohibido incluso llamar a la puerta del cuarto en el que él pensaba y escribía sobre arte, aunque Ted aún no había encontrado la forma de impedir que merodearan por las inmediaciones, salvajes criaturas espectrales que abrevaban en un estanque a la luz de la luna, surcaban la alfombra con sus pies descalzos y ensuciaban las paredes con sus dedos sudorosos, cuyas marcas Ted señalaba cada semana a Elsa, la mujer de la limpieza. Él se sentaba en su despacho, escuchando los

movimientos de sus hijos e imaginando que notaba su aliento cálido, curioso. «No voy a dejarlos entrar —se decía—. Me quedaré aquí y pensaré sobre arte». Pero, para su propia desesperación, a menudo se daba cuenta de que era incapaz de pensar sobre arte. De hecho no pensaba en nada.

Al anoecer, Ted estaba ya paseando por la Via Partenope, rumbo a la plaza Vittoria. Por todas partes había familias, niños pateando los omnipresentes balones de fútbol e intercambiando ensordecedores gritos en italiano. Pero había también otra presencia en la luz menguante: la de los jóvenes extraviados, sucios y vagamente amenazantes que pululaban por aquella ciudad que tenía una tasa de desempleo del treinta y tres por ciento, miembros de una generación desahuciada cuyos miembros vagaban por los decrepitos palazzi donde sus antepasados del siglo XV habían vivido en el esplendor, y que se chutaban en las escalinatas de las iglesias donde ahora yacían esos mismos antepasados, sus diminutos ataúdes amontonados como leña para quemar. Ted intentaba evitar a esos jóvenes, a pesar de que él medía metro noventa y cinco, pesaba ciento cinco kilos y tenía una cara que, aunque en el espejo del baño presentaba un aspecto bastante inofensivo, a menudo empujaba a sus colegas a preguntarle si le pasaba algo. Le daba miedo que Sasha pudiera estar entre esos chicos, que fuera ella quien lo observaba a través de la ictérica luz de las

farolas que impregnaba la noche napolitana. Había vaciado la cartera, en la que solo llevaba una tarjeta de crédito y algo de dinero. Se marchó de la plaza rápidamente y decidió buscar un restaurante.

Sasha había desaparecido hacía dos años, a los diecisiete. Había desaparecido igual que su padre, Andy Grady, un financiero chiflado de ojos violeta que se había esfumado tras un negocio ruinoso un año después de divorciarse de Beth y del que no se había vuelto a saber nada. Sasha había ido reapareciendo periódicamente para pedir que le mandaran dinero a varios lugares invariablemente remotos, a los que en dos ocasiones Beth y Hammer habían volado con la vana esperanza de interceptarla. Sasha había huido de una adolescencia cuyo catálogo de tragedias incluía el consumo de drogas, innumerables detenciones por hurto, una tendencia a rodearse de músicos de *rock* (según había explicado Beth con impotencia), cuatro psicólogos, terapia familiar, terapia de grupo y tres intentos de suicidio que Ted había seguido desde la distancia, con un horror que paulatinamente se había ido fusionando con la propia Sasha. De pequeña había sido encantadora (cautivadora, incluso); lo recordaba del verano que había pasado con Beth y Andy en su casa del lago Michigan. Pero pronto se había convertido en una presencia permanentemente enfurruñada durante las Navidades o el Día de Acción de Gracias en los que la veía Ted, que había intentado

mantener a sus hijos apartados de ella por temor a que su autoinmolación pudiera de algún modo contaminarlos. No quería saber nada de Sasha. Estaba perdida.

A la mañana siguiente Ted se levantó y cogió un taxi al Museo Nazionale, frío, lleno de ecos y vacío de turistas a pesar de que era primavera. Paseó por entre los bustos polvorientos de Adriano y de los diversos césares, y ante la presencia de tanto mármol experimentó una agitación física próxima al erotismo. Percibió la proximidad del Orfeo y Eurídice antes incluso de verlo, notó su peso frío al otro lado de la sala, pero postergó al máximo el momento de enfrentarse a él, y rememoró los acontecimientos que habían precedido al momento que describía: Orfeo y Eurídice enamorados y recién casados; la muerte de Eurídice por una picadura de serpiente cuando huía de las insinuaciones de un pastor; el descenso al averno de Orfeo, que llenó sus húmedos pasadizos con la música de su lira mientras cantaba el deseo de volver a ver a su esposa; Plutón accediendo a liberar a Eurídice de la muerte con la única condición de que Orfeo no mirara hacia atrás durante el ascenso. Y, finalmente, el desafortunado instante en que, temiendo por su esposa al haber tropezado esta en un pasadizo, Orfeo olvidó la promesa y se giró.

Se acercó al relieve. Este lo envolvió y lo impresionó tanto que tuvo la sensación de haber

penetrado en él. Representaba el momento en que Eurídice debe descender al averno por segunda vez, cuando ella y Orfeo se despiden. Lo que conmovió a Ted e hizo añicos la delicada cristalería de su pecho fue la entereza que reflejaba su interacción, la ausencia de dramatismo o de lágrimas mientras se miraban y se tocaban dulcemente. Percibió entre los dos amantes una comprensión demasiado profunda como para ser expresada: la inefable conciencia de que todo está perdido.

Contempló el relieve, paralizado, durante treinta minutos. Se alejó y regresó. Salió de la sala y volvió a entrar. Cada vez, aquella sensación lo estaba esperando: una emoción fibrilante que no sentía desde hacía años como respuesta a una obra de arte, acentuada por una emoción aún mayor de que todavía le fuera posible experimentar esa emoción.

Pasó el resto del día en el piso superior, entre los mosaicos pompeyanos, pero su mente no abandonó el Orfeo y Eurídice en ningún momento. Lo visitó de nuevo antes de marcharse del museo.

Ahora ya era por la tarde. Ted echó a andar, aún aturdido, hasta que se encontró en una maraña de callejuelas tan estrechas que parecía que hubiera oscurecido. Dejó atrás iglesias cubiertas de suciedad, palazzi medio desmoronados en cuyo sórdido interior resonaban los aullidos de gatos y niños. En lo alto de los enormes soportales había tallados escudos de

armas sucios, olvidados, y a Ted lo desconcertó que unos símbolos tan definitorios y universales pudieran perder su sentido tan solo por el paso del tiempo. Imaginó a la versión ligeramente distinta de Susan junto a él, compartiendo su asombro.

A medida que el efecto del Orfeo y Eurídice se fue desvaneciendo, Ted tomó conciencia de un golpeteo subterráneo a su alrededor, un coro de miradas, silbidos y señales que parecía incluir a casi todo el mundo, desde la vieja vestida de negro que había frente a la iglesia hasta el chaval con camiseta verde que pasaba una y otra vez junto a Ted con su Vespa, casi hasta tocarlo. Los incluía a todos menos a él. Desde una ventana, una mujer iba soltando una cuerda con la que bajaba un cesto lleno de paquetes de Marlboro a la calle. «Mercado negro», pensó Ted, que observó con inquietud como una chica con el pelo enmarañado y los brazos quemados por el sol cogía un paquete de cigarrillos y dejaba unas monedas en el cesto. Mientras este volvía a ascender hacia la ventana, Ted se dio cuenta de que la compradora de cigarrillos era su sobrina.

Había estado temiendo aquel encuentro con tanta intensidad que no experimentó verdadera sorpresa ante la asombrosa coincidencia de que este se produjera realmente. Sasha se encendió uno de los Marlboros, con el ceño fruncido, y Ted ralentizó su paso y fingió admirar el muro grasiento de un palazzo. Cuando ella

echó a andar de nuevo, él la siguió. Llevaba unos tejanos negros gastados y una camiseta de un gris sucio. Caminaba de forma errática y con una leve cojera. Tan pronto ralentizaba el paso como lo aceleraba, de modo que Ted debía concentrarse para no adelantarla ni quedar rezagado.

Estaba deslizándose hacia las enmarañadas entrañas de la ciudad, una zona pobre y sin turistas, donde el batir de la ropa tendida se mezclaba con el crepitante aleteo de las palomas. Sin previo aviso, Sasha se giró y se le encaró. Se lo quedó mirando fijamente, perpleja.

—¿Tú eres...? —balbució—. Tío...

—¡Dios mío! ¡Sasha! —exclamó Ted, fingiendo desaforadamente sorpresa. Era un actor pésimo.

—Menudo susto me has pegado —dijo Sasha, que aún no podía creérselo—. He notado que alguien...

—Tú también me has asustado —replicó Ted, y ambos se rieron, nerviosos. Debería haberla abrazado de buen principio; ahora ya le parecía demasiado tarde.

Para evitar la pregunta obvia (¿qué estaba haciendo él en Nápoles?), Ted siguió hablando: ¿adónde iba Sasha?

—A... a visitar a unos amigos —dijo Sasha—. ¿Y tú?

—Pues... ¡estaba paseando! —exclamó, demasiado alto. Ahora caminaban juntos—. Parece que cojeas...

—Me rompí el tobillo en Tánger —le explicó Sasha—. Me caí por una escalera muy larga.

—Supongo que fuiste al médico.

Sasha le dirigió una mirada compasiva.

—Llevé un yeso durante tres meses y medio.

—¿Y entonces por qué cojeas?

—No estoy segura.

Su sobrina había crecido. Y tan innegable era que se había convertido en una adulta, tan generoso su inventario de pechos y caderas y cintura delicadamente recortada, y el gesto experto con el que sacudía la ceniza del cigarrillo, que Ted tuvo la sensación de que aquel cambio había sido instantáneo. Un milagro. Era mucho menos pelirroja que antes y tenía un rostro frágil y malicioso, lo bastante pálido como para absorber los colores del mundo que la rodeaba (morados, verdes, rosas) como una cara pintada por Lucian Freud. Su aspecto era el de una joven que un siglo antes no habría vivido mucho tiempo, que habría muerto dando a luz. Una joven cuyos huesos de pluma nunca sanaban del todo.

—¿Vives aquí? —preguntó Ted—. ¿En Nápoles?

—En una zona mejor —respondió Sasha, con un deje de snobismo—. ¿Y tú qué, tío Teddy? ¿Aún vives en Mount taray, Nueva York?

—Pues sí —dijo él, sorprendido de que se acordara.

—¿Y tienes una casa muy grande con muchos

árboles? ¿Tienes un columpio en un árbol?

—Hay árboles a patadas. Y una hamaca que nadie utiliza.

Sasha entornó los ojos como si intentara imaginarlo.

—Tienes tres hijos —dijo—: Miles, Ames y Alfred.

Había acertado, incluso con el orden.

—Estoy asombrado de que te acuerdes —dijo Ted.

—Yo me acuerdo de todo —respondió Sasha.

Se había detenido ante uno de aquellos sórdidos palazzi, cuyo escudo de armas estaba pintarrajeado con una cara sonriente amarilla que a Ted le pareció macabra.

—Mis amigos viven aquí —dijo Sasha—. Adiós, tío Teddy. Me ha encantado toparme contigo.

Le estrechó la mano con dedos fríos, arácnidos.

—Pero espera... —tartamudeó Ted, que no estaba preparado para aquella despedida tan abrupta—. ¿Puedo invitarte a cenar?

Sasha ladeó la cabeza y buscó sus ojos.

—Ando ocupadísima —dijo, en tono de disculpa—. Pero vale —añadió entonces, como cediendo a una profunda, inquebrantable voluntad de mostrarse cortés—. Esta noche estoy libre.

No fue hasta que abrió la puerta de su cuarto de hotel, y la combinación cincuentera de tonos *beige* le

dio bienvenida como al final de cada nuevo día dedicado a no buscar a Sasha, cuando Ted se estremeció ante lo disparatado de lo que acababa de suceder. Era el momento de hacer su llamada diaria a Beth, e imaginó la alegría atónita de su hermana al oír la avalancha de buenas noticias acumuladas desde el día anterior: no solo había localizado a su hija, sino que esta parecía limpia, razonablemente sana, mentalmente centrada y arropada por amigos; en pocas palabras, mejor de lo que cabía esperar. Y, sin embargo, Ted no conseguía alegrarse. ¿Por qué?, se preguntó, tendido en la cama, cruzado de brazos y con los ojos cerrados. ¿Por qué añoraba tanto el día anterior, o incluso aquella mañana: la relativa paz de saber que debía buscar a Sasha pero no lo lograba? No lo sabía. No lo sabía.

El matrimonio de Beth y Andy había acabado estrepitosamente durante el verano que Ted había pasado con ellos en el lago Michigan, mientras gestionaba una obra situada tres kilómetros lago arriba. Aparte del propio matrimonio, entre las víctimas al final del verano se contaban el plato de mayólica que Ted le había regalado a Beth por su cumpleaños, varios muebles dañados, el hombro izquierdo de Beth, que Andy le había dislocado dos veces, y también la clavícula, que este le había fracturado. Cuando se peleaban, Ted se llevaba a Sasha de la casa, a través de la afilada hierba, hasta la

playa. Su sobrina tenía una larga melena pelirroja y una piel casi azul de tan pálida, que Beth siempre intentaba evitar que se quemara. Ted se tomaba muy en serio la preocupación de su hermana y siempre se llevaba la crema solar cuando iban a la playa. A última hora de la tarde, la arena estaba demasiado caliente como para que Sasha la pisara sin gritar. Entonces Ted la cogía en brazos, ligera como un gatito en su bañador blanco y rojo de dos piezas, la colocaba encima de una toalla y le ponía crema en los hombros, la espalda, la cara y la naricita (debía de tener cinco años), y se preguntaba qué iba a ser de ella, condenada a crecer entre tanta violencia. Insistía en que llevara su gorrita blanca de marinero, aunque ella no quisiera. Ted estudiaba historia del arte y trabajaba como contratista para pagarse la matrícula.

—¿Con-tra-tista? —repitió Sasha, preguntona—. ¿Qué es eso?

—Pues el que organiza a los diferentes obreros que construyen una casa.

—¿Y también hay enceradores?

—Sí, claro. ¿Conoces a algún encerador?

—Sí, a uno —dijo Sasha—. El que nos encera el suelo de casa. Se llama Mark Avery.

Ted receló de inmediato del tal Mark Avery.

—Me regaló un pez —añadió Sasha.

—¿Un pez de colores?

—¡No! —dijo la niña, que se rió y le dio un

manotazo en el brazo—. Un pez para la bañera.

—¿Y pita?

—Sí, pero no me gusta cómo suena.

Esas conversaciones podían durar horas. Ted tenía la incómoda sensación de que la niña las prolongaba únicamente para llenar el tiempo y poder distraerse ambos de lo que sucedía en la casa. Y aquello hacía que pareciese mucho mayor de lo que era en realidad, una pequeña mujercita, sagaz, cansada del mundo, que aceptaba las cargas de la vida sin siquiera mencionarlas. Ni una sola vez hacía referencia a sus padres, o a aquello de lo que ella y Ted se escondían en la playa, fuera lo que fuera.

—¿Me llevas a nadar?

—Claro que sí —respondía él siempre.

Solo entonces le permitía quitarse la gorrita protectora. El pelo largo y sedoso de Sasha le acariciaba la cara cuando entraba con ella en brazos —siempre se lo pedía— al lago Michigan. Ella lo rodeaba con las piernas y los brazos, calientes por el sol, y apoyaba la cabeza sobre su hombro. Ted percibía su miedo creciente a medida que se acercaban al agua, pero ella nunca lo dejaba volver atrás.

—No, no pasa nada. Continúa —musitaba en tono grave contra su cuello, como si su inmersión en el lago Michigan fuera una ordalía que debía superar por el bien común. Ted intentó encontrar una forma que le resultara más llevadera (entrar poco a poco, o

zambullirse de golpe), pero Sasha siempre ahogaba un grito de dolor y se aferraba a él aún con más fuerza. Cuando todo terminaba y estaba ya dentro del agua, volvía a ser la de siempre y nadaba estilo perrito pese a los esfuerzos de Ted por enseñarle a nadar crol. «¡Yo ya sé nadar!», protestaba ella, con impaciencia. «Solo que no me gusta». Y lo salpicaba, mientras los dientes le castañeteaban animosamente. Sin embargo, todo aquel proceso desasosegaba a Ted, que tenía la sensación de estarle haciendo daño a su sobrina, a quien obligaba a sumergirse cuando lo que él quería hacer en realidad (lo que fantaseaba que hacía) era rescatarla: envolverla en una manta y llevársela en secreto de aquella casa antes del amanecer; remar en una vieja barca que había encontrado; llevársela a la playa y no regresar. Tenía veinticinco años. No confiaba en nadie más. Pero lo cierto era que no podía hacer nada para proteger a su sobrina, y a medida que fueron pasando las semanas, empezó a presentir el final del verano como una presencia negra, ominosa. Y, sin embargo, por extraño que parezca, cuando llegó el momento todo fue muy sencillo. Sasha se aferró a su madre, sin apenas mirar a Ted mientras este cargaba el coche y decía adiós; él se marchó con un sentimiento de enfado hacia la niña, herido de un modo que sabía que era pueril pero que no podía evitar, y cuando ese sentimiento pasó, lo dejó exhausto, demasiado cansado hasta para conducir. Aparcó frente a una heladería

Dairy Queen y se durmió.

—¿Cómo sé yo que sabes nadar si no me lo enseñas? —le había preguntado en una ocasión a Sasha, mientras estaban sentados en la arena.

—He hecho clases con Rachel Constanza.

—No estás contestando a mi pregunta.

Ella le sonrió con cierta indefensión, como si deseara refugiarse en el hecho de que aún era una niña pero se diera cuenta de que, por algún motivo, ya era demasiado tarde.

—Tiene un gato siamés llamado Feather.

—¿Por qué no nadas?

—Ay, tío Teddy —dijo ella, en una de sus inquietantes imitaciones de su madre—. Me agotas.

Sasha se presentó en su hotel a las ocho en punto, con un vestidito rojo, botas de charol negras y un suntuoso maquillaje que había transformado su cara en una máscara menuda y estridente. Sus ojos rasgados se curvaban como garfios. Ted le echó un vistazo a través del vestíbulo y experimentó una reticencia rayana en la parálisis. Era cruel admitirlo, pero había albergado la esperanza de que no se presentase.

En cualquier caso, se obligó a cruzar el vestíbulo y la cogió del brazo.

—Hay un buen restaurante en esta misma calle, un poco más arriba —le dijo—. A menos que tengas otras ideas.

Las tenía. Echando humo por la ventanilla de un

taxi, Sasha fue arengando al conductor en un italiano titubeante hasta que el coche, chirriando, avanzando en dirección prohibida por callejones de sentido único, llegó al Vomero, un barrio acomodado que Ted aún no había visto, situado en lo alto de una colina. Mareado, pagó al taxista y se detuvo junto a Sasha ante una brecha que se abría entre dos edificios. La ciudad, achaparrada y centelleante, se extendía ante ellos, mojando los pies perezosamente en el mar. Hockney, pensó Ted. Diebenkorn. John Moore. En la distancia, el monte Vesubio reposaba, benévolo. Ted imaginó la versión ligeramente distinta de Susan a su lado, embebiéndose del paisaje.

—Es la mejor vista de Nápoles —dijo Sasha, en tono desafiante, aunque Ted se dio cuenta de que intentaba medir su aprobación.

—Es una vista magnífica —admitió—. Este es el barrio más bonito que he visto en Nápoles —añadió mientras paseaban por las frondosas calles residenciales.

—Yo vivo aquí —dijo Sasha—, a unas pocas calles.

Ted tenía sus dudas.

—Debería haberme reunido contigo aquí arriba. Te habrías ahorrado el viaje.

—Dudo que lo hubieras encontrado —dijo Sasha—. Los turistas están indefensos en Nápoles; a la mayoría los atracan.

—¿Y tú? ¿No eres una turista?

—Técnicamente sí —respondió Sasha—. Pero me oriento bastante bien.

Llegaron a un cruce abarrotado de lo que debían de ser estudiantes universitarios (era extraño lo mucho que se parecían en todas partes): chicos y chicas con chaquetas de piel negra conduciendo sus vespas, repantigados en sus vespas, montados e incluso encaramados a sus vespas. La densidad de vespas hacía que pareciera que toda la plaza vibrara, y los gases de los tubos de escape provocaban en Ted un efecto vagamente narcótico. A la luz del anochecer, un coro de altas palmeras improvisaba bajo un cielo de Bellini. Sasha se abrió paso por entre los estudiantes con frágil timidez, con la vista al frente.

En un restaurante de la plaza, eligió una mesa junto a la ventana y pidió la comida: flores de calabacín fritas y *pizza* de segundo. Una y otra vez miraba hacia los jóvenes con sus vespas. Era dolorosamente evidente que deseaba estar con ellos.

—¿Conoces a alguno de esos chicos? —preguntó Ted.

—Son estudiantes —respondió ella con desdén, como si acabara de decir: «No son nadie».

—Tienen más o menos tu edad.

Sasha se encogió de hombros.

—La mayoría aún viven en casa de sus padres —dijo—. Pero hágame de ti, tío Teddy. ¿Aún eres

profesor de historia del arte? A estas alturas debes de ser un experto.

Sorprendido de nuevo por su memoria, Ted sintió la presión que lo embargaba siempre que intentaba hablar de su trabajo, una confusión sobre los motivos que lo llevaron inicialmente a decepcionar a sus padres y acumular una deuda descomunal para escribir una tesis en la que aseguraba (en un tono jadeante del que ahora se avergonzaba) que las inconfundibles pinceladas de Cézanne eran un intento de representar sonidos, y en concreto, en sus paisajes veraniegos, el hipnótico canto de las langostas.

—Estoy escribiendo sobre la influencia de la escultura griega en los impresionistas franceses —dijo, procurando que sonara ameno, pero sus palabras cayeron como un ladrillo.

—Tu mujer, Susan —dijo Sasha—, tiene el pelo rubio, ¿verdad?

—Sí, Susan es rubia...

—Yo antes lo tenía rojo.

—Aún es rojo —dijo—. Rojizo.

—Pero no tanto como antes.

Sasha lo miró fijamente, esperando su confirmación.

—No, no tanto.

Hubo una pausa.

—¿La quieres? ¿Quieres a Susan?

Aquella pregunta tan directa impactó en algún

punto cercano al plexo solar de Ted.

—A tía Susan —la corrigió.

Sasha le dirigió una mirada sumisa.

—A tía Susan.

—Pues claro que la quiero —dijo Ted, en voz baja.

Les sirvieron la cena: *pizza* cubierta de *mozzarella* de búfala, aceitosa y caliente, tal como Ted pudo constatar tras el primer bocado. Tras una segunda copa de vino tinto, Sasha empezó a hablar. Se había escapado de casa con Wade, el batería de los Pinheads (un grupo que parecía no necesitar presentación), que iba a tocar en Tokio.

—Nos alojamos en el Hotel Okura, un lugar realmente chic —explicó—. Era abril, la época en la que florecen los cerezos en Japón. ¡Todos los árboles estaban llenos de florecitas rosas, y los hombres de negocios cantaban y bailaban con sombreros de papel por la calle!

Ted, que nunca había estado en Lejano Oriente, ni siquiera en Oriente Próximo, experimentó un acceso de envidia.

Después de Tokio, la banda había ido a Hong Kong.

—Nos instalamos en un rascacielos blanco en lo alto de una colina, con una vista increíble —dijo Sasha—. Islas y agua y barcos y aviones...

—Y ese tal Wade, ¿está contigo ahora? ¿En

Nápoles?

Sasha pestañeó.

—¿Wade? No.

La había dejado allí, en Hong Kong, en aquel alto edificio blanco. Sasha se había quedado en el apartamento hasta que el propietario le había pedido que se marchara. Entonces se había trasladado a un albergue juvenil situado en un edificio lleno de talleres donde explotaban a los trabajadores, que dormían bajo sus máquinas de coser, sobre montañas de retales de tela. Sasha contaba todos esos detalles en tono despreocupado, como si todo hubiera sido un juego.

—Entonces hice varios amigos —dijo— y cruzamos a China.

—¿Los mismos amigos con los que te reuniste ayer?

Sasha se rió.

—Conozco a gente nueva en todas partes —dijo—. Es lo que pasa cuando viajas, tío Teddy.

Estaba exaltada, tal vez por el vino, o por el placer de recordar. Ted pidió la cuenta y pagó. Se sentía triste, deprimido.

Los adolescentes se habían dispersado en la fría noche. Sasha no llevaba abrigo.

—Toma, ponte esto —dijo Ted, quitándose su chaqueta de *tweed*, pesada y raída, pero Sasha no la quiso. Ted tuvo la sensación de que quería lucir su vestido rojo. Las botas altas exageraban su cojera.

Tras varias manzanas caminando, llegaron a un club nocturno de aspecto anodino, cuyo portero los dejó pasar con gesto apático. Ya era medianoche.

—Este local es de unos amigos —dijo Sasha, guiándolo por entre un tumulto de cuerpos, la luz violeta fluorescente y unos bajos con un ritmo tan variado como el de un martillo neumático. Incluso Ted, que no era ningún entendido en clubes nocturnos, advirtió la fatigosa familiaridad de aquella situación. Sasha, en cambio, parecía encantada.

—Invítame a una copa, tío Ted, ¿quieres? —dijo, señalando un brebaje espantoso que había en una mesa próxima—. Una de esas, con sombrillita.

Ted se abrió paso hasta la barra a empujones. Alejarse de su sobrina fue como abrir una ventana y ventilar un poco el ambiente cargado y opresivo. Pero ¿dónde estaba exactamente el problema? Sasha había estado pasándolo bien, viendo mundo; ¡caray, si había hecho más en dos años que Ted en veinte! Entonces, ¿por qué estaba tan impaciente por perderla de vista?

Sasha se había adueñado de dos asientos en una mesita baja; al sentarse, Ted se sintió como un mono, con las rodillas dobladas bajo la barbilla. Cuando Sasha se llevó a los labios la copa con la sombrilla, la luz violeta reveló unas pálidas cicatrices en la parte interior de la muñeca. Ted esperó a que volviera a dejar la copa; entonces le cogió el brazo entre las manos y lo giró; Sasha se lo permitió, pero al

comprender lo que estaba mirando apartó el brazo violentamente.

—Eso es de antes —dijo—. De Los Ángeles.

—Déjame verlo.

Pero no quería. Para su propia sorpresa, Ted se abalanzó por encima de la mesa y le agarró las muñecas con las manos, regodeándose en el furioso placer que le proporcionaba hacerle daño a su sobrina mientras la dominaba a la fuerza. Se percató de que esta llevaba las uñas rojas: se las había pintado esa misma tarde. Sasha terminó rindiéndose y apartó la mirada mientras él estudiaba sus muñecas bajo aquella luz fría, extraña. Tenían cicatrices y marcas, como si fueran muebles.

—Muchas son por accidente —dijo Sasha—. Tenía un equilibrio bastante precario.

—Lo has pasado mal.

Ted quería que lo admitiera. Se hizo un silencio. Finalmente, Sasha dijo:

—Constantemente creía ver a mi padre. ¿No es una locura?

—No lo sé.

—En China, en Marruecos. Miraba a través de una sala y ¡bum!, ahí estaba su pelo. O sus piernas, aún recuerdo la forma exacta de sus piernas. O cómo echaba la cabeza hacia atrás cuando se reía..., ¿te acuerdas, tío Teddy? ¿Recuerdas cómo, más que reírse, gritaba?

—Ahora que lo dices, sí.

—Yo pensaba que a lo mejor me estaba siguiendo —dijo Sasha—, que quería asegurarse de que estaba bien. Y entonces, cuando tenía la sensación de que no era así, me asustaba de verdad.

Ted le soltó los brazos y Sasha los dobló sobre el regazo.

—Creía que podía seguirme la pista gracias a mi pelo. Pero ahora ya ni siquiera es rojo.

—Yo te he reconocido.

—Es verdad. —Se inclinó hacia él, con su cara pálida, de expresión avispada, muy cerca de la de Ted—. Tío Teddy —dijo—, ¿qué estás haciendo aquí?

Era la pregunta que había estado temiendo desde el principio y, sin embargo, la respuesta salió sin ningún esfuerzo, como carne que se desprendiera de un hueso.

—Estoy aquí para ver arte —dijo—. Para ver arte y pensar en arte.

Ahí estaba: una súbita, liviana sensación de tranquilidad. De alivio. No había ido allí por Sasha, era la verdad.

—¿Arte?

—Eso es lo que me gusta hacer —dijo Ted y sonrió, recordando el Orfeo y Eurídice de aquel mediodía—. Es lo que siempre intento hacer, lo que me interesa.

El rostro de Sasha se relajó, como si de pronto se

hubiera quitado un peso de encima.

—Yo creía que habías venido a buscarme —dijo.

Ted la observó desde la distancia. Una placentera distancia.

Sasha encendió uno de sus Marlboros, pero lo apagó después de dos caladas.

Vamos a bailar —dijo y se levantó de su silla con cierta pesadez—. Vamos, tío Teddy —añadió.

Lo cogió de la mano y tiró de él hacia la pista de baile, una masa líquida de cuerpos que provocó en Ted una asustadiza sensación de timidez. Durante un instante vaciló y se resistió, pero en cuanto Sasha lo dejó entre toda aquella gente que bailaba, sintió que su ánimo se elevaba, flotaba. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había bailado en un club nocturno? ¿Quince años? ¿Más? Ted empezó a balancearse, titubeante; se sentía pesado, úrsido en su traje de *tweed*, y movió los pies en lo que pretendían ser unos pasos de baile hasta que se dio cuenta de que Sasha no se movía. Estaba muy quieta, mirándolo. Y entonces lo abrazó, rodeó a Ted con sus largos brazos y este notó su modesta corpulencia, la altura y el peso de esa nueva Sasha, su sobrina adulta que en su día había sido tan menuda, y la irrevocabilidad de esa transformación despertó en él una pena sórdida, se le hizo un nudo en la garganta y sintió un desagradable picor en las aletas de la nariz. Se aferró a Sasha. Pero aquella niña había desaparecido. Se había ido con un

chico apasionado que la había amado.

Finalmente ella se separó de él.

—Espérame aquí —le dijo, sin mirarlo a los ojos—. Vuelvo enseguida.

Desorientado, Ted revoloteó entre todos aquellos italianos, que seguían bailando, hasta que una incomodidad creciente lo fue alejando de la pista de baile. Se quedó junto a esta; luego la rodeó. Sasha había mencionado que tenía amigos en el club; ¿estaría hablando con ellos en alguna parte? ¿Habría salido? Inquieto, nublado por la bebida, Ted pidió una San Pellegrino en la barra. Y solo entonces, al ir a pagar, se dio cuenta de que su sobrina le había robado la cartera.

La luz del sol le abrió los ojos legañosos y lo obligó a despertarse. Se le había olvidado cerrar las persianas. No se había acostado hasta las cinco de la madrugada, después de pasar varias horas vagando impotente buscando la comisaría a partir de una serie de indicaciones pésimas; después de encontrarla finalmente y de contarle su triste historia (solo se había llamado la identidad de la ladrona) a un agente con el pelo engominado y una actitud de pura indiferencia; y después de que un hombre y una mujer mayores a los que había conocido en la comisaría, y a quienes habían robado los pasaportes en el *ferry* de Amalfi, se ofrecieran a acompañarlo a su hotel (que era lo único que él perseguía en realidad).

Ted se levantó de la cama con la cabeza a punto

de explotar y el corazón arrasado. Tenía varios mensajes telefónicos encima de la mesa: cinco de Beth, tres de Susan y dos de Alfred («he perdido», había transcrito el recepcionista del hotel). Ted los dejó donde este los había amontonado. Se duchó, se vistió sin afeitarse, se tomó un vodka del minibar, y sacó dinero y otra tarjeta de crédito de la caja fuerte de su habitación. Tenía que encontrar a Sasha inmediatamente, hoy mismo, y esa necesidad imperiosa, que debía de haberse apoderado de él en algún momento que no lograba ubicar, adquirió una inmediatez que era la antítesis perfecta de su anterior actitud evitativa. Tenía que hacer otras cosas (llamar a Beth, llamar a Susan, comer), pero le resultaba impensable hacerlas ahora. Primero debía encontrar a Sasha.

Pero ¿dónde? Ted reflexionó sobre aquella pregunta mientras se tomaba tres espressos en el vestíbulo del hotel y la cafeína y el vodka colisionaban en su cerebro como peces de pelea. ¿Dónde debía buscar a Sasha en aquella enorme y apestosa ciudad? Pasó revista a las estrategias que no había llegado a ejecutar: preguntar a los jóvenes disolutos de la estación de trenes y los albergues juveniles, pero no, no. Era ya demasiado tarde para eso.

Sin un plan de acción claro, cogió un taxi al Museo Nazionale y echó a andar en lo que le pareció que era la misma dirección que había tomado el día

anterior, tras admirar el Orfeo y Eurídice. Nada tenía el mismo aspecto, aunque desde luego la diferencia podía deberse a su estado mental, el pequeño metrónomo de pánico que ahora latía en su interior. Nada parecía lo mismo y, sin embargo, todo le resultaba familiar: las iglesias sucias y los muros inclinados y resquebrajados, las intrincadas rejas. Recorrió una estrecha callejuela hasta su serpenteante desembocadura y fue a parar a una calle atestada de fatigados palazzi, cuyas plantas bajas habían sido remodeladas para albergar tiendas de ropa y zapatos de baratijo. Una brisa de reconocimiento revoloteó en torno a Ted. Siguió adelante por la avenida, lentamente, mirando a derecha e izquierda, hasta que vio la amarilla cara sonriente pintada encima de un palimpsesto de espadas y cruces.

Abrió una puerta pequeña y rectangular practicada en un portalón abovedado mucho mayor, construido originalmente para recibir coches de caballos, y cruzó un pasadizo que desembocaba en un patio de adoquines en el que aún se dejaba notar el calor del sol reciente. Olía a melones podridos. Una vieja patizamba con unas medias hasta las rodillas se le acercó bamboleándose, con el pelo recogido en un pañuelo.

—Sasha —dijo Ted a los ojos húmedos y desvaídos de la anciana—. Americana. Capelli rossi. —Pero se encalló en la erre, por lo que volvió a

intentarlo—. Rossi —repitió, en esta ocasión arrastrando correctamente la consonante—. Capelli rossi —insistió, aunque mientras lo decía cayó en la cuenta de que la descripción ya no era exacta.

—No, no —murmuró la mujer.

Empezó a alejarse, pero Ted la siguió, le puso un billete de veinte dólares en la mano y repitió la pregunta, esta vez arrastrando la erre a la perfección. La mujer chascó la lengua, alzó la barbilla y entonces, casi con tristeza, le hizo a Ted un gesto para que fuese tras ella. Este la siguió, lleno de desdén por la facilidad con la que se había dejado comprar, por lo poco que valía su protección. A un lado de la puerta principal había unas escaleras en las que asomaban aún por entre la suciedad restos de suntuoso mármol napolitano. La mujer empezó a subir lentamente, agarrándose a la barandilla. Ted la siguió.

La primera planta, como llevaba enseñándoles a sus estudiantes desde hacía años, era el piano nobile, donde los propietarios de los palacios exhibían sus riquezas ante sus invitados. Aún hoy, aunque piojoso con la muda de las plumas de las palomas y estucado con montones de sus desechos, los arcos abovedados con vistas al patio eran espléndidos.

—Bellissima, eh? —dijo la anciana al notar que él se fijaba—. Ecco, guardate! —añadió, y con un orgullo que a Ted le pareció conmovedor, abrió una puerta que daba a una sala en penumbra, cuyas paredes

estaban cubiertas de lo que parecían manchas de humedad. La mujer accionó un interruptor y una bombilla que pendía de un hilo transformó aquellas formas enmohecidas en murales pintados al estilo de Tiziano y Giorgione: robustas mujeres desnudas recogiendo fruta; matas de hojas oscuras. Un susurro de pájaros plateados. Aquello debía de haber sido el salón de baile.

En la segunda planta, Ted vio a dos chicos que compartían un cigarrillo en una puerta. Había otro dormido bajo un desordenado surtido de ropa tendida: calcetines húmedos y ropa interior cuidadosamente sujeta con pinzas a un alambre. Ted percibió el olor a hachís y a aceite de oliva rancio, oyó un murmullo de actividad invisible y comprendió que aquel palazzo se había convertido en una pensión. Le divirtió la ironía de haber acabado dando justamente en los bajos fondos que había tratado de evitar desde el principio. «Bueno, aquí estamos —pensó—. Por fin».

En la cuarta y última planta, donde en su día habían vivido los criados, las puertas eran más pequeñas, distribuidas a lo largo de un estrecho pasillo. La anciana guía de Ted se apoyó en una pared para descansar. El desprecio de Ted hacia aquella mujer se había transformado en gratitud: ¡qué esfuerzo había tenido que hacer por veinte dólares! Cómo debía de necesitarlos.

—Lo siento —le dijo—. Siento que haya tenido

que caminar tanto.

Pero la mujer negó con la cabeza, sin comprender. Cruzó con paso tambaleante medio pasillo y de pronto llamó con brusquedad a una de las estrechas puertas. Esta se abrió y Ted vio a Sasha, medio dormida, vestida con unos pantalones de pijama de hombre. Al ver a Ted se le abrieron un poco los ojos, pero su rostro se mantuvo impasible.

—Hola, tío Teddy —dijo en voz baja.

—Sasha —respondió él, que hasta aquel momento no se había dado cuenta de que la ascensión también lo había dejado sin aliento—. Quería... hablar contigo.

La mujer los miró alternativamente y a continuación dio media vuelta y se marchó. En cuanto la mujer dobló la esquina del pasillo, Sasha le cerró a Ted la puerta en las narices.

—Lárgate —le dijo—. Estoy ocupada.

Ted se acercó más a la puerta y colocó la palma de la mano sobre la madera astillada. A través de esta percibió la presencia asustada, furiosa de su sobrina.

—Así que aquí es donde vives... —le dijo.

—Pronto me mudaré a un lugar mejor.

—¿Cuando hayas robado suficientes carteras?

Hubo una pausa.

—Esa no era yo —dijo Sasha—. Era una amiga mía.

—Tienes amigos por todas partes, pero aún es hora de que vea a uno.

—¡Vete! Lárgate, tío Teddy.

—Me gustaría —respondió él—. Créeme.

Pero no era capaz de marcharse, ni siquiera de moverse. Se quedó allí, de pie, hasta que empezaron a dolerle las piernas; entonces dobló las rodillas y se deslizó hasta quedar sentado en el suelo. Y es por la tarde y un halo de luz enmohecida se filtraba a través de una ventana del fondo del pasillo. Ted se frotó los ojos y tuvo la sensación de que no le costaría nada dormirse.

—¿Sigues ahí? —aulló Sasha a través de la puerta.

—Aquí sigo.

Se abrió un resquicio de la puerta y la cartera de Ted rebotó contra su cabeza y cayó al suelo.

—Vete a la mierda —dijo Sasha y volvió a cerrar la puerta.

Ted abrió la cartera, vio que el contenido estaba intacto y se la guardó en el bolsillo. Entonces se sentó. Durante mucho rato —horas, le pareció (se había olvidado el reloj)— reinó el silencio. De vez en cuando, Ted oía a otros inquilinos incorpóreos moverse dentro de sus habitaciones. Imaginó que era un elemento del propio palacio, una moldura o un peldaño destinado a presenciar el flujo y reflujo de las generaciones, a sentir como la pesadez medieval del edificio se iba asentando en la tierra. Pasó un año más, luego cincuenta. En dos ocasiones se levantó para

dejar pasar a inquilinos, chicas de manos inquietas y bolsos de piel agrietados. Apenas lo miraron.

—¿Sigues ahí? —preguntó Sasha desde el otro lado de la puerta.

—Aquí sigo.

Sasha salió de la habitación y cerró rápidamente la puerta a sus espaldas. Iba vestida con vaqueros azules, camiseta de manga corta y chancletas de plástico, y llevaba una toalla rosa descolorida y un pequeño neceser.

—¿Adónde vas? —le preguntó Ted, pero ella siguió caminando pasillo abajo sin dirigirle la palabra. Regresó veinte minutos más tarde, con el pelo húmedo y dejando tras de sí un olor a jabón floral. Abrió la puerta con la llave y dudó un instante.

—Friego suelos para pagar esta habitación, ¿vale? Me dedico a barrer el patio, joder. ¿Estás contento?

—¿Lo estás tú? —replicó él.

La puerta dio una sacudida.

Cuando Ted se sentó, y mientras percibía el transcurso de la tarde, de repente se encontró pensando en Susan. No en la versión ligeramente distinta de Susan, sino en la verdadera Susan (su mujer) un día de hacía muchos años, antes de que Ted empezara a doblar su deseo hasta convertirlo en algo diminuto. En un viaje a Nueva York, habían cogido el *ferry* de Staten Island por pura diversión, porque ninguno de los dos lo había cogido antes. En un momento dado

Susan se volvió hacia él y le dijo: «Tenemos que procurar que sea siempre así». Y tan compenetrados estaban por aquel entonces que Ted supo exactamente por qué lo había dicho: no porque hubieran hecho el amor aquella mañana, ni porque se hubieran bebido una botella de Pouilly-Fuissé con la comida, sino porque acababa de notar el paso del tiempo. Y entonces también Ted lo notó, en el agua marronosa y agitada, en el correr de los barcos y el viento (movimiento, caos por todas partes), y cogió la mano de Susan y le dijo: «Siempre. Será así siempre».

Hacía poco él había mencionado ese viaje en otro contexto, pero Susan lo había mirado fijamente y, con su nueva voz risueña, había dicho: «¿Estás seguro de que era yo? ¡Porque no me acuerdo de nada!», y le había dado un besito en la coronilla. «Amnesia —había pensado él—. Lavado de cerebro». Pero ahora comprendía que Susan había mentido. Él había dejado que se marchase, había decidido reservarse para... ¿qué? Ted no tenía ni idea y eso lo asustaba. Pero había dejado que Susan se marchase, y ahora ella ya no estaba.

—¿Sigues ahí? —preguntó Sasha, pero él no respondió. Sasha abrió la puerta de golpe y asomó la cabeza—. Pues sí —constató aliviada. Ted la miró desde el suelo pero no dijo nada—. Bueno, pasa —dijo.

Ted se levantó pesadamente y entró en la

habitación. Era diminuta: una cama estrecha, un escritorio, una ramita de menta dentro de un vaso de plástico que llenaba la habitación con su aroma. El vestido rojo, colgado de un gancho. El sol empezaba a ponerse, deslizándose por los tejados y las agujas de las iglesias y penetrando en la habitación a través de la única ventana, junto a la cama. El alféizar estaba abarrotado de lo que, al parecer, eran recuerdos de los viajes de Sasha: una pequeña pagoda dorada, una púa de guitarra y una larga concha blanca. En medio de la ventana, colgando de un hilo, pendía un rudimentario círculo hecho con una percha torcida. Sasha se sentó en la cama mientras Ted examinaba sus escasas posesiones. Tomó conciencia con despiadada claridad de algo que no había logrado comprender el día anterior: lo sola que estaba su sobrina en aquel lugar extranjero; lo desamparada que vivía.

Como si hubiera seguido el hilo de sus pensamientos, Sasha dijo:

—Conozco a mucha gente, pero nunca dura.

Sobre el escritorio había un montón de libros en inglés: La historia del mundo en 24 lecciones. Los suntuosos tesoros de Nápoles. Encima de todo, un libro viejo titulado Aprende mecanografía.

Ted se sentó en la cama, junto a su sobrina, y le pasó el brazo por los hombros, que parecían nidos de pájaros a través de la tela de la chaqueta. Volvió a notar el picor en la nariz.

—Escucha, Sasha —le dijo—. Puedes hacerlo sola. Pero será mucho más difícil.

Ella no respondió. Estaba observando el sol. Ted lo miró también, contempló el derroche de colores polvorientos a través de la ventana. Turner, pensó. O'Keefe. Paul Klee.

Un día, más de veinte años más tarde, después de que Sasha fuera a la universidad y se instalara en Nueva York; después de contactar de nuevo a través de Facebook con su antiguo novio de la universidad, casarse tarde (cuando Beth ya casi había perdido la esperanza) y tener dos hijos, uno de los cuales era levemente autista; cuando era ya como el resto de personas, con una vida que la preocupaba y electrizaba y abrumaba, Ted, divorciado desde hacía tiempo (y ya abuelo), visitaría a Sasha en su casa del desierto de California. Allí, desde una sala de estar abarrotada con los trastos de sus hijos pequeños, contemplaría el abrasador sol del Oeste a través de una puerta corredera de cristal. Y durante un instante se acordaría de Nápoles: de cuando se sentó con Sasha en su pequeño cuarto, y de la sorpresa y el placer que experimentó cuando, finalmente, el sol llegó al centro de la ventana y quedó atrapado en el interior del círculo de alambre.

Ted se volvió hacia ella, sonriendo. Su sobrina tenía el pelo y la cara encendidos por la luz anaranjada.

—¿Lo ves? —murmuró Sasha, sin dejar de mirar el sol—. Es mío.

12

Gráficos

12

Grandes pausas del rock and roll

por Alison Blake

14 y 15 de mayo de 202-

Tras el partido
de Lincoln

2. En mi
cuarto

3. La noche
siguiente

4. El
desierto

Sasha
Blake =
mamá

Lincoln
Blake =
hermano,
13 años

Drew
Blake =
papá

Alison
Blake =
yo, 12
años

NOSOTROS

Tras el partido de Lincoln



Vamos hacia el coche

brazo alrededor
cuello de mi
mano, dando
ncos en la noche
ierta.

El aire es fresco,
pero el suelo
desprende calor,
como si fuera la
piel de una
persona.

Creo que lo
siento a través
de los zapatos,
pero ¿es así?

- Cuando los chicos dicen: «Buen partido, Linc», yo respondo por él.

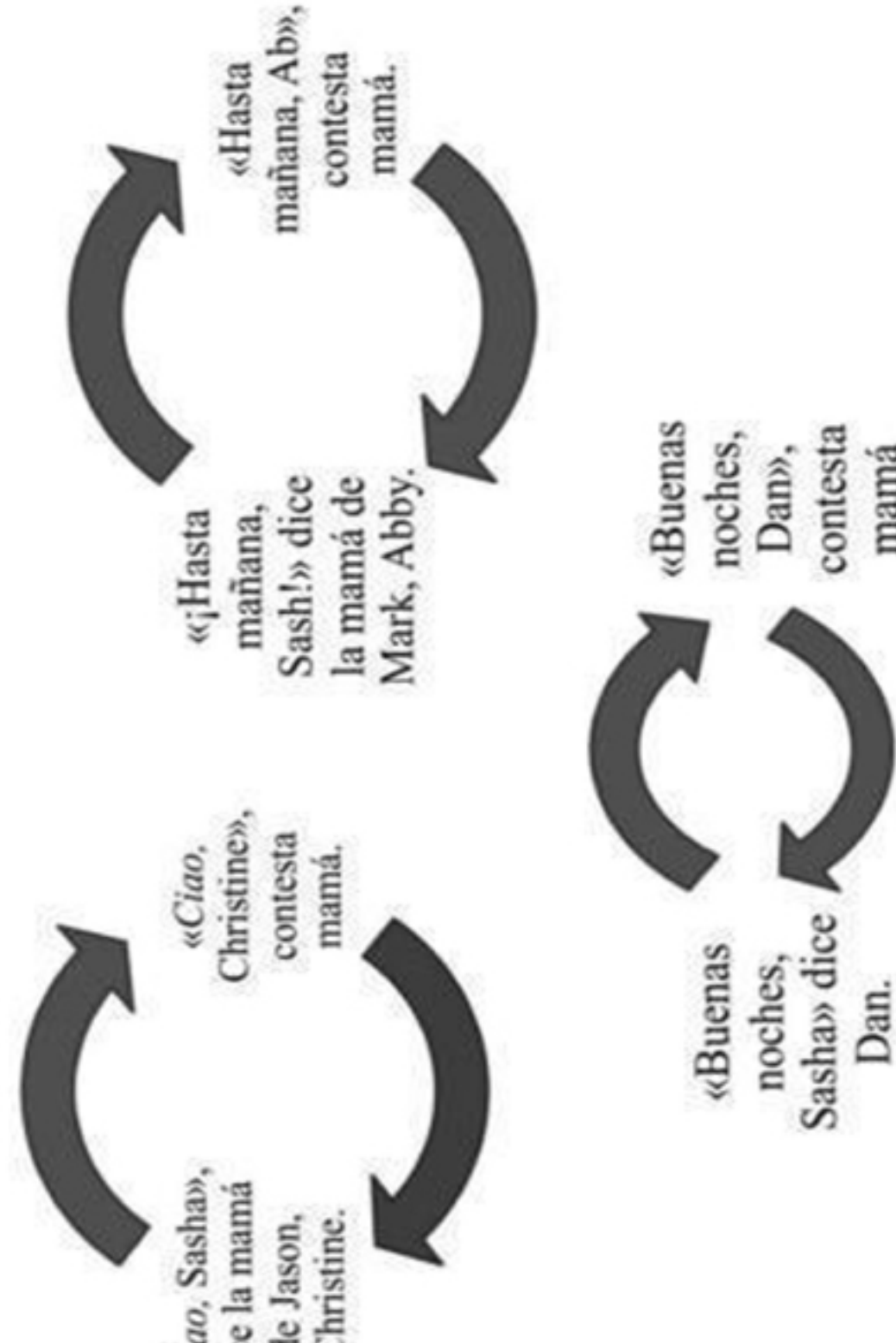
Estaba en
lo cierto: el
suelo está
caliente.

Cuando me
agacho para
tocar el suelo del
aparcamiento,
este brilla como
si fueran brasas.

- «¡Alison, los coches!»,
grita mamá, histérica
como siempre (bá.)

e levanto,
espacio, y

Hábito molesto n.º 48



En el coche

Yo:

Por qué tienes que repetir exactamente lo que dicen los demás cuando te despides?»

Mamá:

«¿De qué estás hablando?»

Le explico de qué estoy hablando.

Mamá:

«¿Puedes dejar de controlarme, Ally?»

Yo:

Papá está trabajando

El paisaje del desierto

ando era pequeña la
te tenía jardines.

Ahora tener un jardín
cuesta muchos créditos
o hay que comprar una
turbina hidráulica,
que es cara.

Nuestra casa está junto
al desierto. Hace dos
meses, un lagarto puso
un huevo en la arena,
junto a la terraza.

amá, Lincoln y yo
sentamos a la mesa
cnic y miramos las
estrellas.

Mamá hace esculturas
en el desierto con
desechos y nuestros
juguetes viejos.

Con el tiempo se
degradan y se
descomponen. Es
«parte del proceso».

Lincoln

Se parece a
papá, pero es
más joven y
delgado.

Una «pausa
completa»
son cuatro
silencios y
«media
pausa», dos
silencios.

Actualmente, su
obsesión son las
canciones de

Sabe más que
los adultos
sobre algunos

Pausas en canciones con comentarios de Lincoln

Bernadette, los Four Tops

una pausa magnífica. La voz se va vaneciendo y siguen segundos de silencio total, de 2:38 a 2:39,5, antes de que repita de nuevo el riff. Piensas: «¡Ay, pero si no se terminaba!» Y entonces, 26,5 segundos más tarde, acababa.»

Foxy Lady, de Jimi Hendrix

- «Otra pausa magnífica: dura 2 segundos y entra en el 2:23, en una canción que dura 3:19. Aunque el silencio no es absoluto: de fondo se oye a Jimi respirando.»

Young Americans, de David Bowie

- «Esta es una oportunidad perdida. Joder, habría sido superfácil alargar la pausa de después de “...break down and cry...” hasta un segundo, o dos, o incluso tres, pero Bowie debió de rajarse, no sé por qué.»

Papá y mamá

Papá diría (si estuviera aquí):

«Ostras, Linc, realmente las has analizado a fondo.»

«Admiro tu capacidad para fijarte en las nimiedades.»

«¿Has visto a otros chicos hoy?»

Mamá dice:

«*Bernadette* es la que más me gusta de las tres.»

«No creo que Bowie sea de los que se rajan, sus motivos tendría para decidir no incluir una pausa.»

«No digas “joder”, por favor.»

Y ahora solo las pausas...

Lincoln entrelaza las pausas para que
duren varios minutos.

Si estoy con mis amigas, ignoro la
música de Lincoln.

Cuando estamos nosotros solos, las
pausas son mi parte preferida.

Suenan así:

Mamá
dice:

«La pausa de *Bernadette* suena algo turbia, seguramente porque se grabó en un ocho pistas.»

«Es un poco inquietante oír a Hendrix carraspeando continuamente; no estoy segura de que esta pausa cuente de verdad.»

«Dios mío, qué noche tan hermosa. Ojalá papá estuviera aquí.»

Por qué papá no está

Médico

- Hoy ha operado del corazón a una niña más pequeña que yo.
- Los padres de la niña son ilegales.

«Buen hombre»

- Eso es lo que todos dicen de papá.
- Es por su clínica.

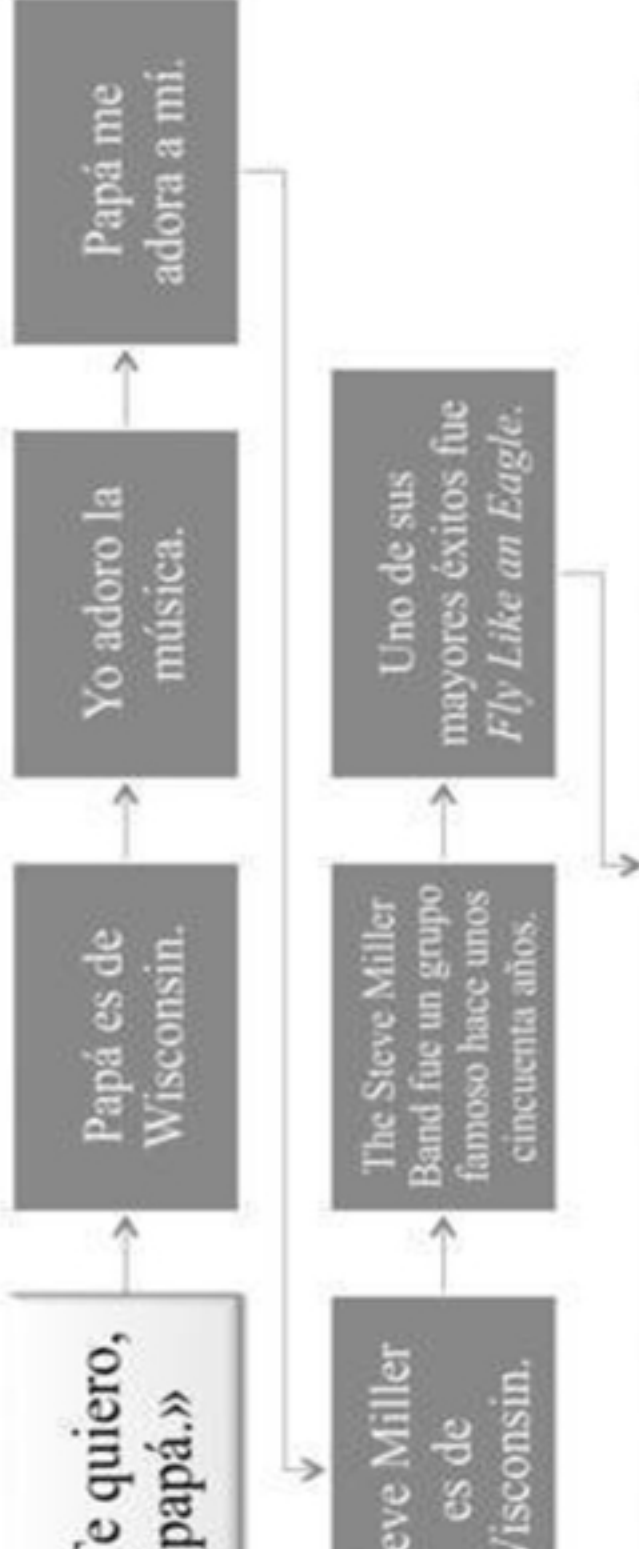
Jefe

- En el trabajo, todo el mundo le hace preguntas,
- En su despacho, cierra la puerta con un gran suspiro y dice: «Cuéntame, Ally: ¿qué has hecho hoy?»

Punto débil

- No entiende a Lincoln.

Lincoln quiere decir/acaba diciendo:



Oye, papá, hay un silencio parcial al final de *Fly Like an Eagle*, con un zumbido de fondo que creo que representa el viento, o a lo mejor el tiempo que pasa volando.»

«Me alegro de saberlo, Linc», dice papá.

Cosas que intuyo durante las pausas entrelazadas

Un resplandor anaranjado
en el horizonte.

fil turbinas negras.

kilómetros de paneles solares,
como un océano negro que
nunca he visto de cerca.

Nunca te acostumbras a las
estrellas, por más tiempo
que lleves aquí.



Había un
desierto en
Pakistán,
pero no lo
recuerdo.

Lo único
que
recuerdo es
esto.

En mi cuarto



Hábito molesto n.º 92

Mamá (que me ve trabajando en estas diapositivas):

«¿Otra vez?»

Yo:

«¿Qué pasa?»

Mamá:

«¿Por qué no intentas *escribir*, para variar un poco?»

Yo:

«Perdona, pero esto es mi diario de diapositivas.»

Mamá:

«Quiero decir escribir *sobre papel*.»

Yo:

«¡Uf! Esa palabra ya no la utiliza nadie.»

Diapos típicas del colegio que le suelto a mamá (solo para fastidiarla)

«¡Lo que no importa, se corta!»

«¡Por favor, Ally, ten piedad!», dice mamá. Pero se ríe.

«¡Una diapositiva mejora la retentiva!»

Un gráfico atrae más tráfico!»

«¡Los esquemas deben ayudar, no embrollar!»

Entonces mamá ve el caballito

tengo en el alféizar. Está hecho con huesos de albaricoque.

a y papá lo
compraron
cuando
vivían en
Pakistán.

dia mamá
me dijo:
Creímos
que nuestro
bebé tal vez
quería jugar
con él.»

Cuando papá y mamá volvieron a encontrarse, ella renunció a su vida en Nueva York y se reunió con él en el extranjero.

«Nunca he
vuelto a
mirar
atrás», dice
mamá.

A veces aún juego con el caballito,
a solas en mi cuarto.

Aunque ya tengo 12
años.

Me gusta hacer que la
predicción se cumpla.

y, Ally, me encanta ver ese caballito», dice mamá.

«¿Y esto?», pregunto, y abro el libro.

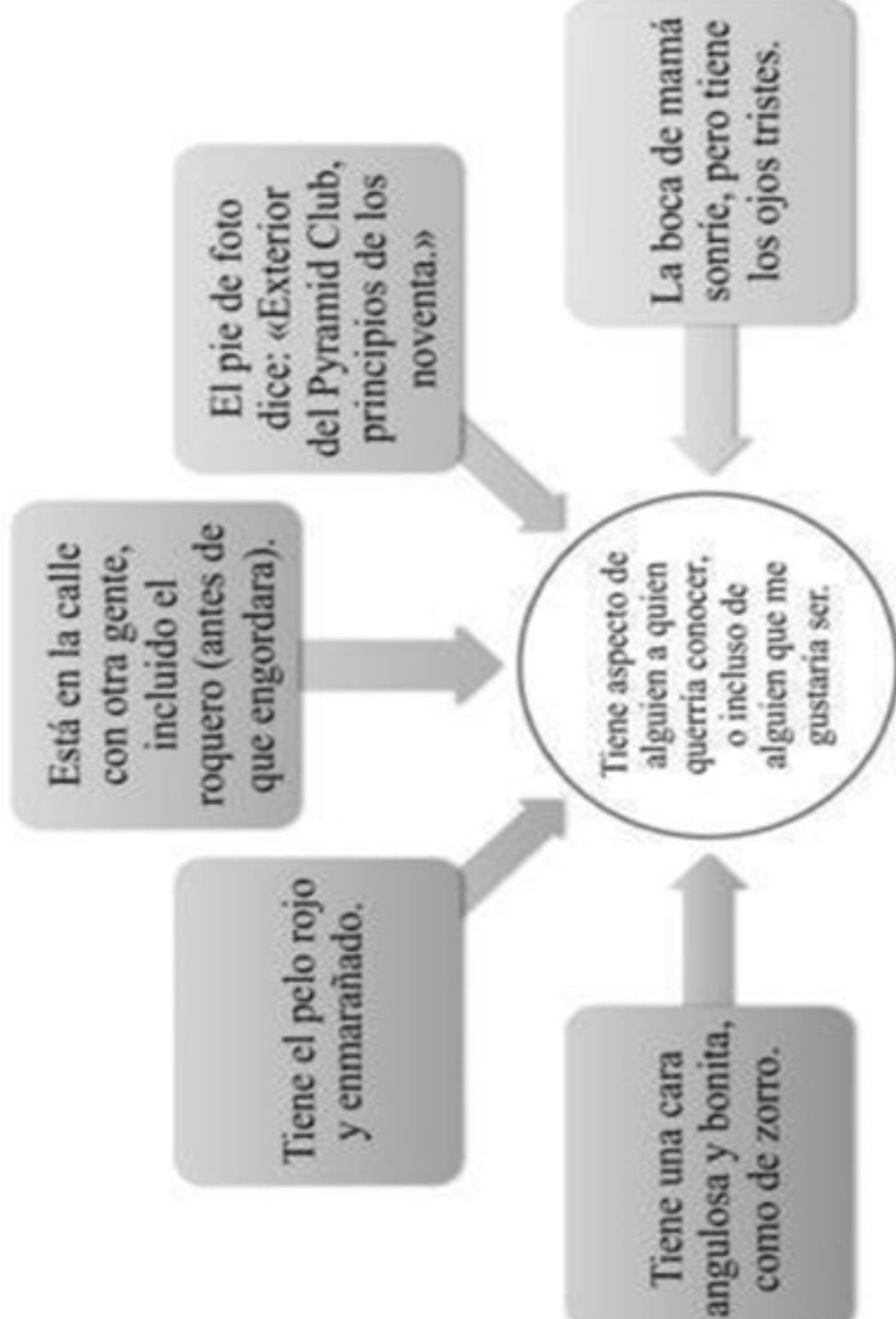
*Conduit: El suicidio
de una estrella del
rock, por Jules Jones*

Mamá compró el
libro, pero nunca
habla de él.

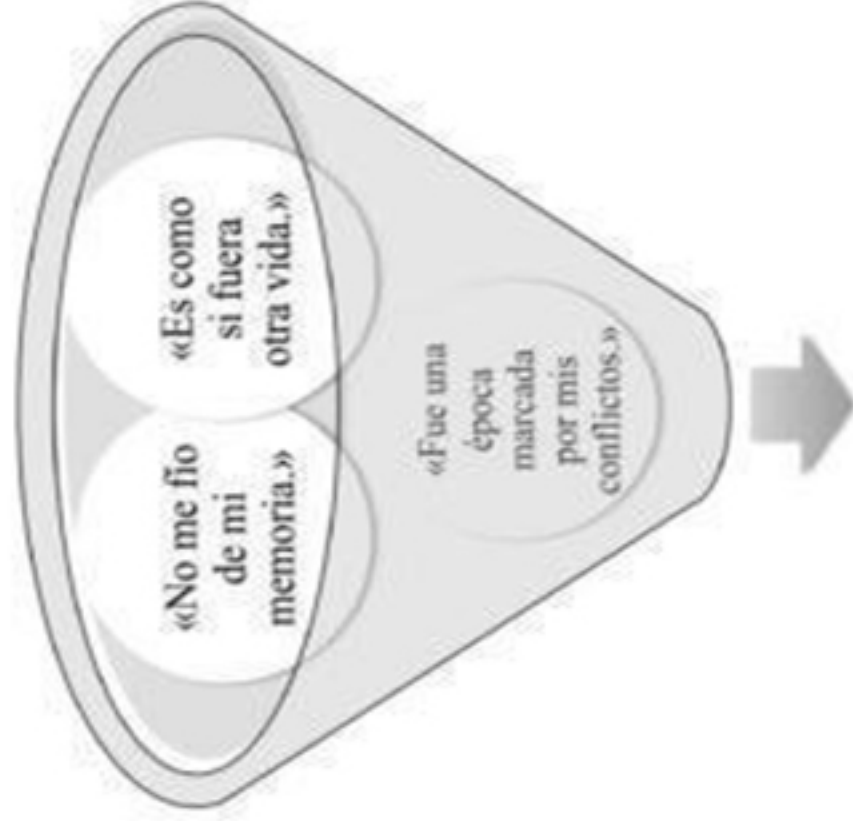
Va de un roquero gordo
que quiere morir en el
escenario, pero termina
recuperándose y se
compra una granja.

Hay una
foto de
mamá en la
página 128

La foto de Sasha



motivos de mamá para no hablar de esa época



«¿Qué conflictos?», le pregunté una vez.

«Nada por lo que debas preocuparte», dijo mamá.

La cama de Lincoln está al otro lado de la pared que hay junto a mi cama



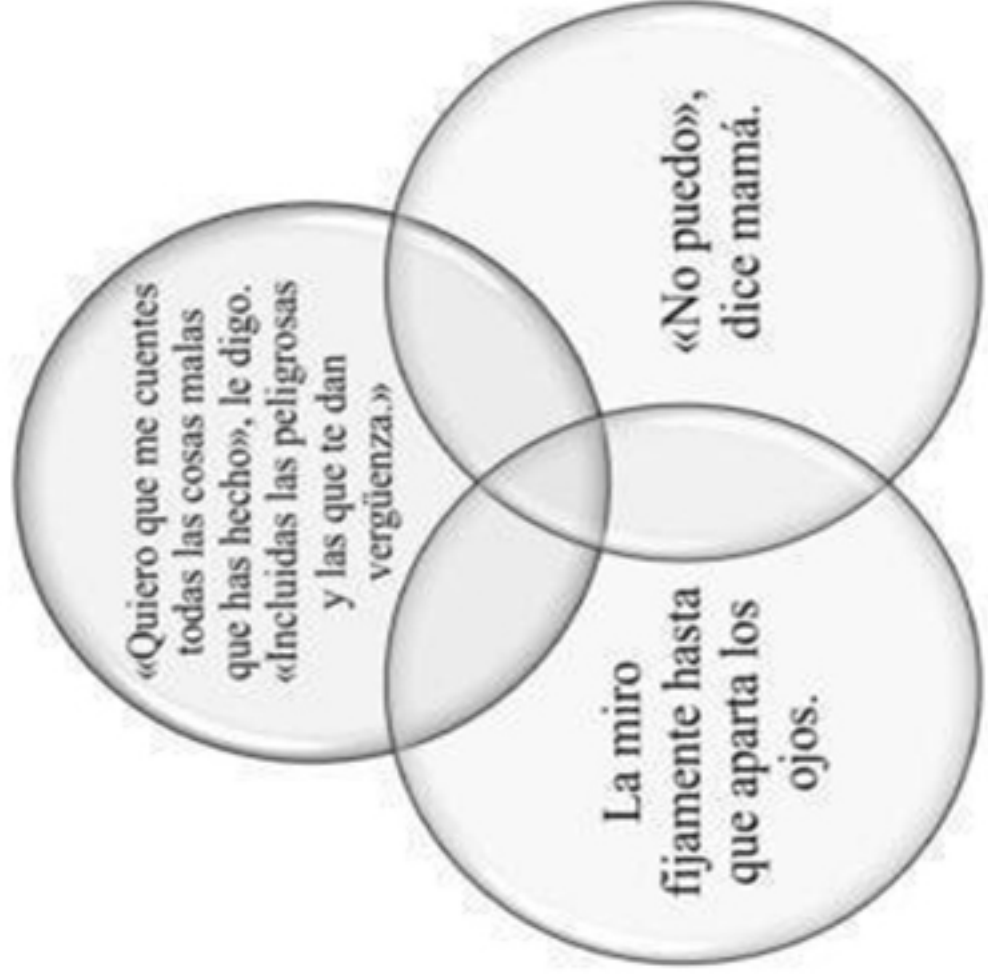
2 golpes de su lado =
«Buenas noches, Ally.»

Mamá va a su cuarto
después de ir al mío.

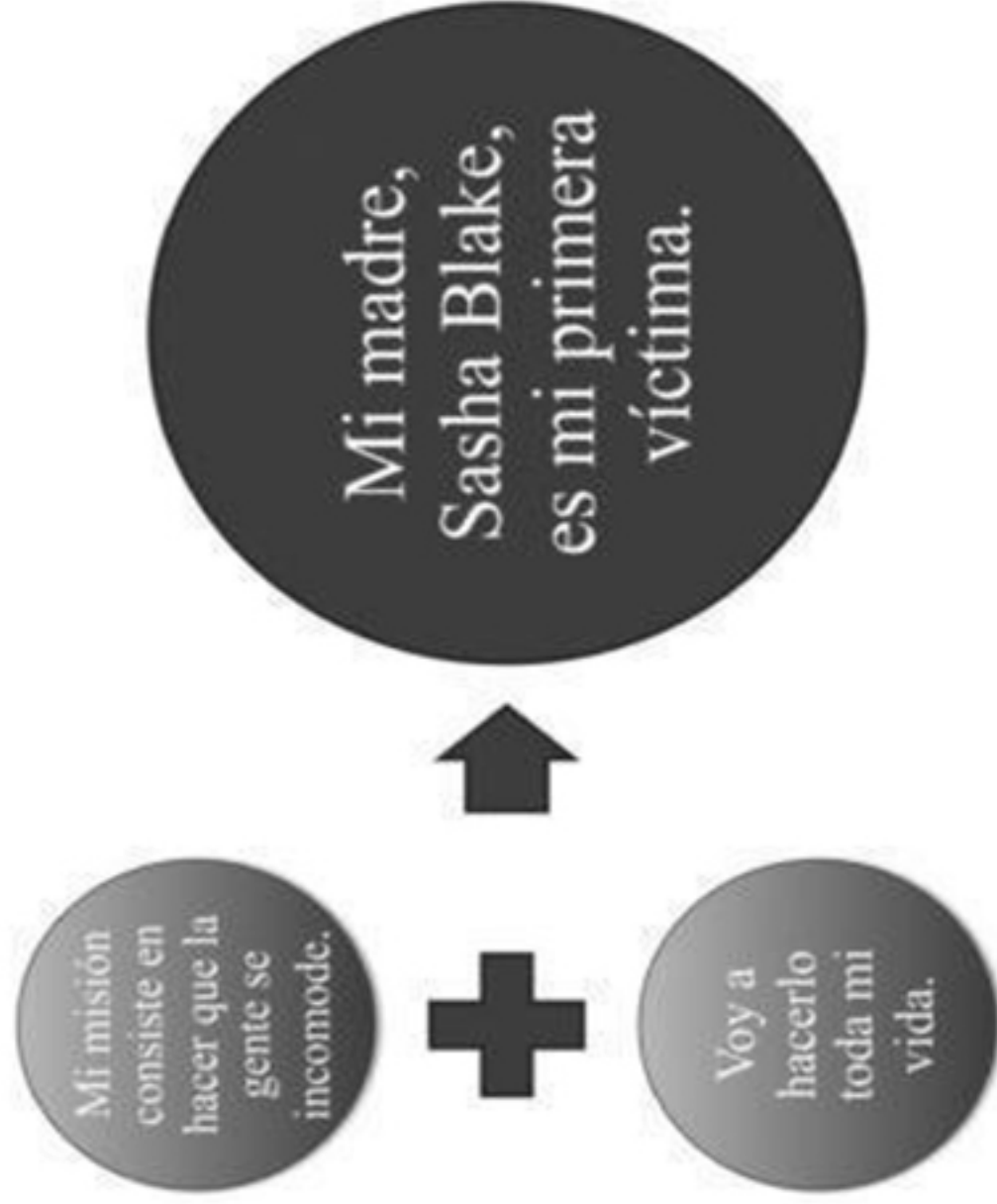
Pero pasa más tiempo con
Lincoln.

- 2 golpes de mi lado =
«Buenas noches, Linc.»
- Los oigo hablar a
través de la pared.
- Primero me da las
buenas noches a mí.

Mamá se sienta en el borde de mi cama



Algo que comprendo de repente



Lincoln aparece cuando estoy medio dormida

Me coloca sus
auriculares.

En la pantalla
pone: *Mighty
Sword*, de The
Frames.

- Música antigua,
supongo.

Primero música,
luego la pausa...

Espero y espero y
espero.

«¿Es el final de la
canción?», pregunto
finalmente.

Lincoln empieza
a reír, y yo me
río también.

Tiene una sonrisa
dulce, boba.

Tiene pecas en las
mejillas.

«¿Cuánto puede
durar una pausa?»,
pregunto.

«¿UN MINUTO Y CATORCE SEGUNDOS!», exclama él.

«¿Qué está pasando aquí?»

Mamá está en la
puerta.

«Hora de dormir,
renacuajos», dice.

«Vuelve a tu
cuarto, Linc.
Mañana hay cole.»

lleva un puñado
de papelitos con
los que hace
collages cuando
nos dormimos
Hábito molesto
n.º 22).

Hace los collages
en la silla de
espera, en la salita.

No sé por qué le
gusta tanto la

Normalmente
cuando papá aún
no ha vuelto.

«No es basura»,
dice mamá.

«Son trozos de
nuestros vidios»

El «arte» de mamá

Comprar ble
Sharpies

Utiliza

«objetos
encontrados».

Los saca de
nuestra casa y
nuestras vidas.

Dice que son
valiosos
porque son
fortuitos y
no tienen
sentido.

«Pero si te
fijas bien,
cuentan
toda

«Ally duerme
en casa de
Suzette 9/19»

Miérc.
3:30
Oculista

Los pega
«Linc: terapia
2pm»
en
tablones
y los
barniza.

Horde
pastel de
Ada.
(usar
manteca)

Nos
ocupamos de
su SmartFan

¡¡Niños:
llamar
abuela
Blake!!

Vuelo a México
Conf:#:XJKD78

Me fijo cuando

Cosas que puede hacer papá al volver a casa

Besar a mamá

Contar historias

Reirse

Descorchar botellas

Esperar en el coche antes de entrar

Abrazar a mamá

No decir nada

Enfadarse

Servirse una copa

Papá llega tarde a casa

la
ta
ce a
del
o.

ro por
rendija
mi
erta.

Mamá está
abrazando
a papá.

No dicen
nada.

Él tiene la
cara en el
pelo de ella.

Hay una manta sobre la
silla de espera donde
mamá se ha quedado

La noche siguiente



Papá hace una barbacoa de pollo en el porche

Comemos todos juntos en la
mesa de picnic.

Papá nos pregunta por el
colegio, y yo le contesto.

Sus cenas saben mejor
que las de mamá,
incluso cuando cocinan
lo mismo.

Mamá rodea a papá con el
brazo y lo besa en la mejilla
(hábito molesto n.º 62).

Tengo ganas de preguntarle
por la niña del corazón.

Cosas sobre papá

A
diferencia
de otros
papás,
tiene el
pelo
espeso y
ondulado.

Aún
puede
llevarme
a
hombros.

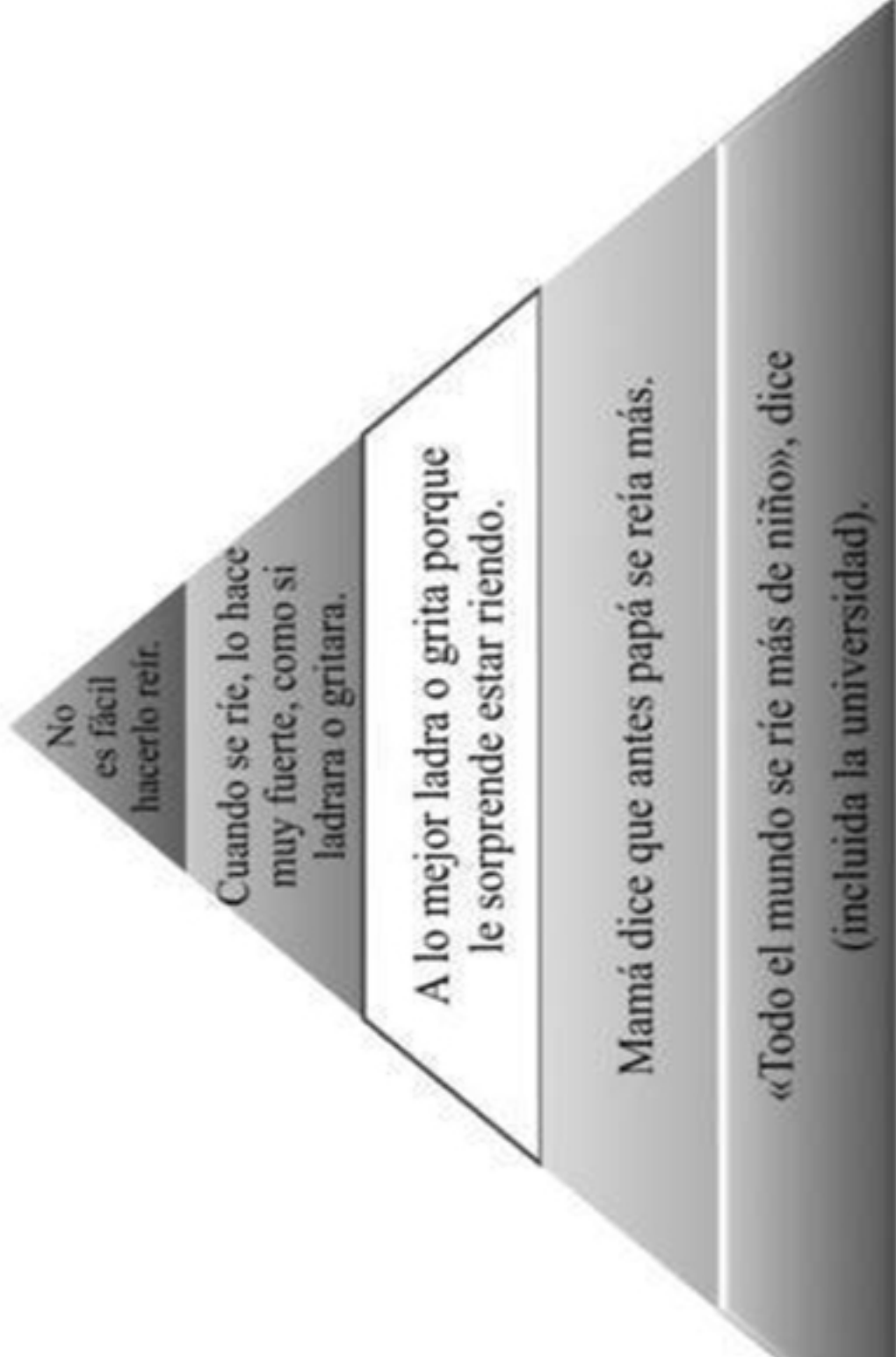
Cuando
mastica le
chocan
los
dientes.
• Deberían
estar rotos,
pero son
fuertes y
blancos.

Cuando
no puede
dormir, se
va a
caminar
por el
desierto.

Es un
misterio
por qué
quiere
tanto a
mamá.

Cuando
acaba
afeitar,
su piel
se
irría si
frotas
con el
dedo.

La risa de papá



Una historia real

Cuando papá iba a la universidad, un día estaba jugando con un chico llamado Rob, y Rob se ahogó.

Entonces fue cuando papá decidió hacerse médico.

«¿Y por qué no te hiciste socorrista?», le pregunto a veces. «O profe de natación.»

«Buena pregunta», dice papá. «¿Crees que aún puedo serlo?»

Papá le cuenta esta historia a todo el mundo.

«Tener secretos te puede matar» es una de sus frases favoritas.

Antes papá quería ser presidente.

«¿Quién no quiere, a los dieciocho?», dice.

Rob era el mejor amigo de mamá

Lleva su foto en la cartera.

bastante guapo, tiene la cara sonrojada y ojos bonitos, como de escalador.

Pero papá es más guapo.

se fijas bien, las cuentas de Rob iba a morir joven.

«¿Lo querías?», le pregunté a mamá.

«¿Y cómo era?»

«¿Por qué se ahogó?»

«¿Y por qué papá no lo rescató?»

me la mirada a gente que existe en las fotos viejas.

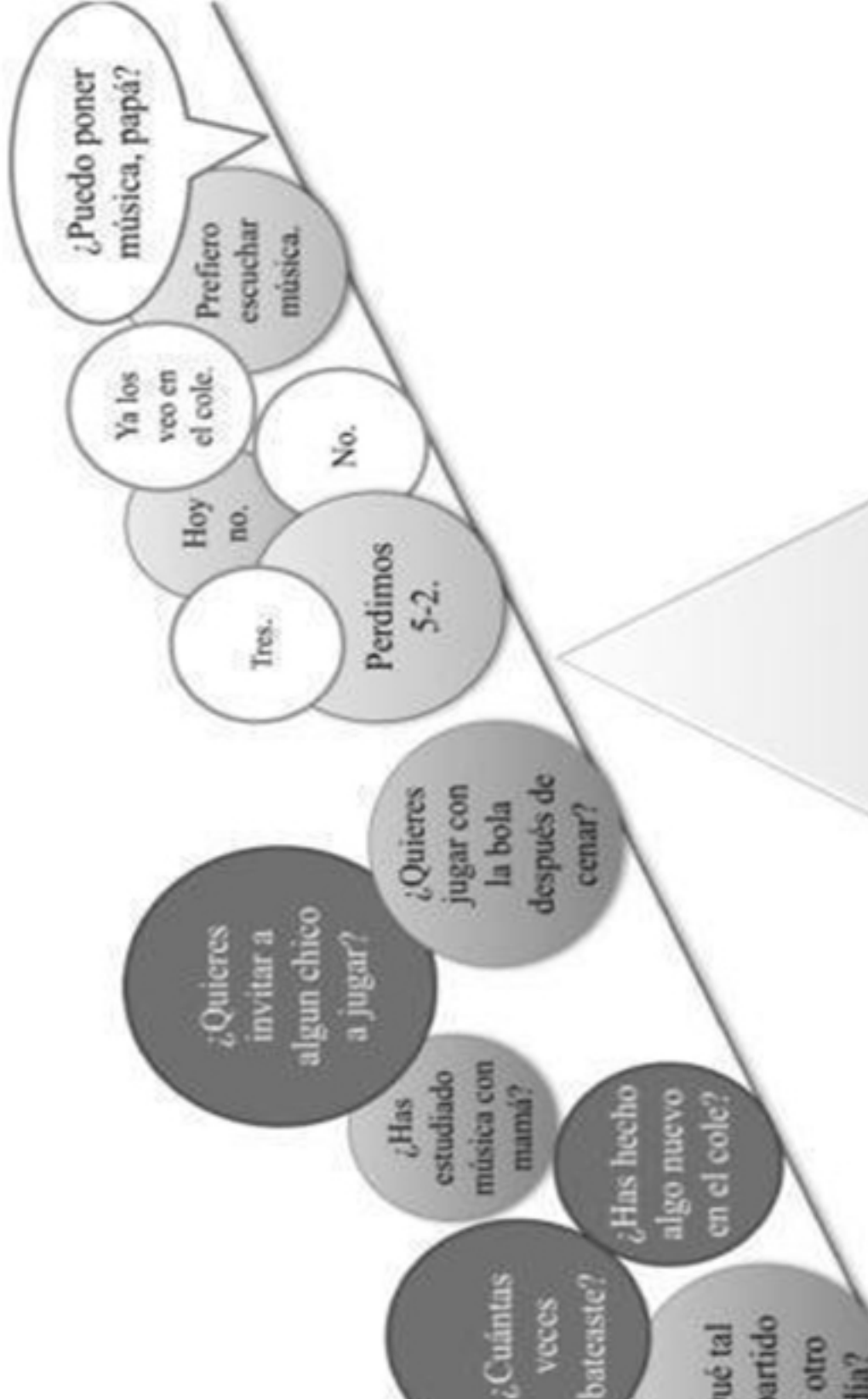
«Sí. Como amigo.»

«Era tierno y estaba confuso, como muchos jóvenes.»

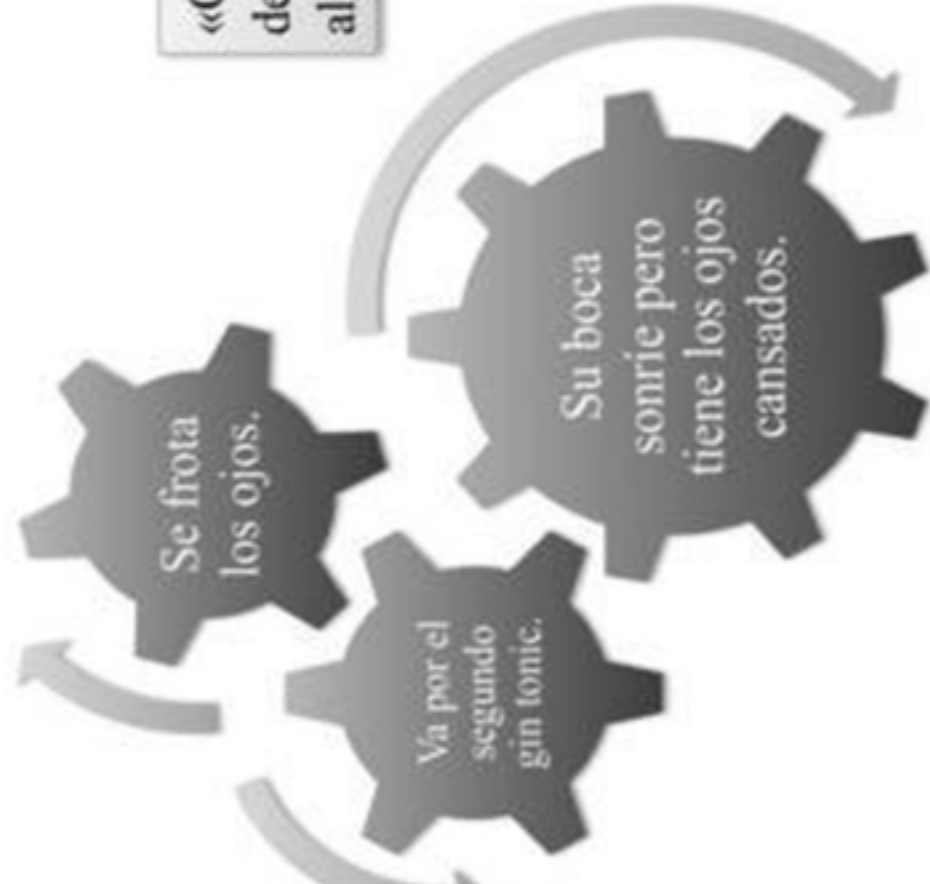
«No nadaba demasiado bien y lo arrastró la corriente.»

«Lo intentó.»

Preguntas de papá/respuestas de Lincoln



Señales de que papá no está contento



«Claro que sí, Linc», dice después de cenar. «Pongamos algo de música.»

Canciones con los comentarios de Lincoln

Train Runnin',
de los Doobie
Brothers

- «La pausa dura solo 2 segundos, de 2:43 a 2:45, pero es absolutamente perfecta: el estribillo se repite y la canción dura 3:28; incluso después de la pausa, hay casi un minuto más de música.»

Survixen, de
Garbage

- «Este es un caso único, porque hay pausas aunque la música no se detenga. Son interrupciones de un segundo, y van de 0:14 a 0:15 y de 3:08 a 3:09. Parece un fallo de la grabación, ¡pero es intencionado!»

«Papá a mamá, susurrando por debajo de la música (pero yo los oigo)»

«¿Tú crees que tenemos que apoyarlo en esto?»

«Claro que sí.»



«¿Pero cómo le ayuda esto a conectar con los demás chavales?»

«Lo conecta con el mundo.»



«¿Y si intentamos desviar su atención hacia otra cosa?»

«Ahora lo que le importa es esto.»



«Pero ¿qué es esto, Sasha? ¿Que es “esto”?»

«Drew —dice mamá— es música.»

Papá/Lincoln

«Lincoln, antes de que pongas otra canción, me gustaría saber por qué te interesan tanto las pausas.»

Papá

Lincoln

- «*Roxanne* tiene una. Esa vieja canción de The Police, ¿sabes? Hay una pausa de 1:57 a 1:59...»

- «Vale, Linc, pero lo que te he preguntado es...»

Papá

Lincoln

- «En *Rearrange Beds*, de An Horse, hay una pausa de 2 segundos entre 3:40 y 3:42, y a diferencia de la mayoría de canciones, en que sabes que la canción no se ha terminado aunque lo parezca, con *Rearrange Beds* suena realmente como si...»

Basta! —grita papá—. Ya basta. Por favor.

Olvida lo que te he preguntado.»»

Lincoln se pone a llorar

Sus sollozos
suenan como
chirridos.



Oírle llorar me
hace llorar a mí.



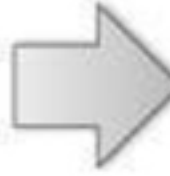
Papá intenta abrazar
a Lincoln, pero él se
aparta y se acurruca
hecho un ovillo.



Mamá tiene la
cara lívida y
furiosa.



Se acerca a papá y, en voz
baja, le dice:



«Cada pausa hace que creas que la canción ha terminado. Por eso, cuando la canción continúa, es un alivio. Pero al final la canción se termina, porque todas las canciones se terminan, claro, y **ENTONCES. SE. TERMINA. DE. VERDAD.»**

Hay una pausa. Estamos en el porche

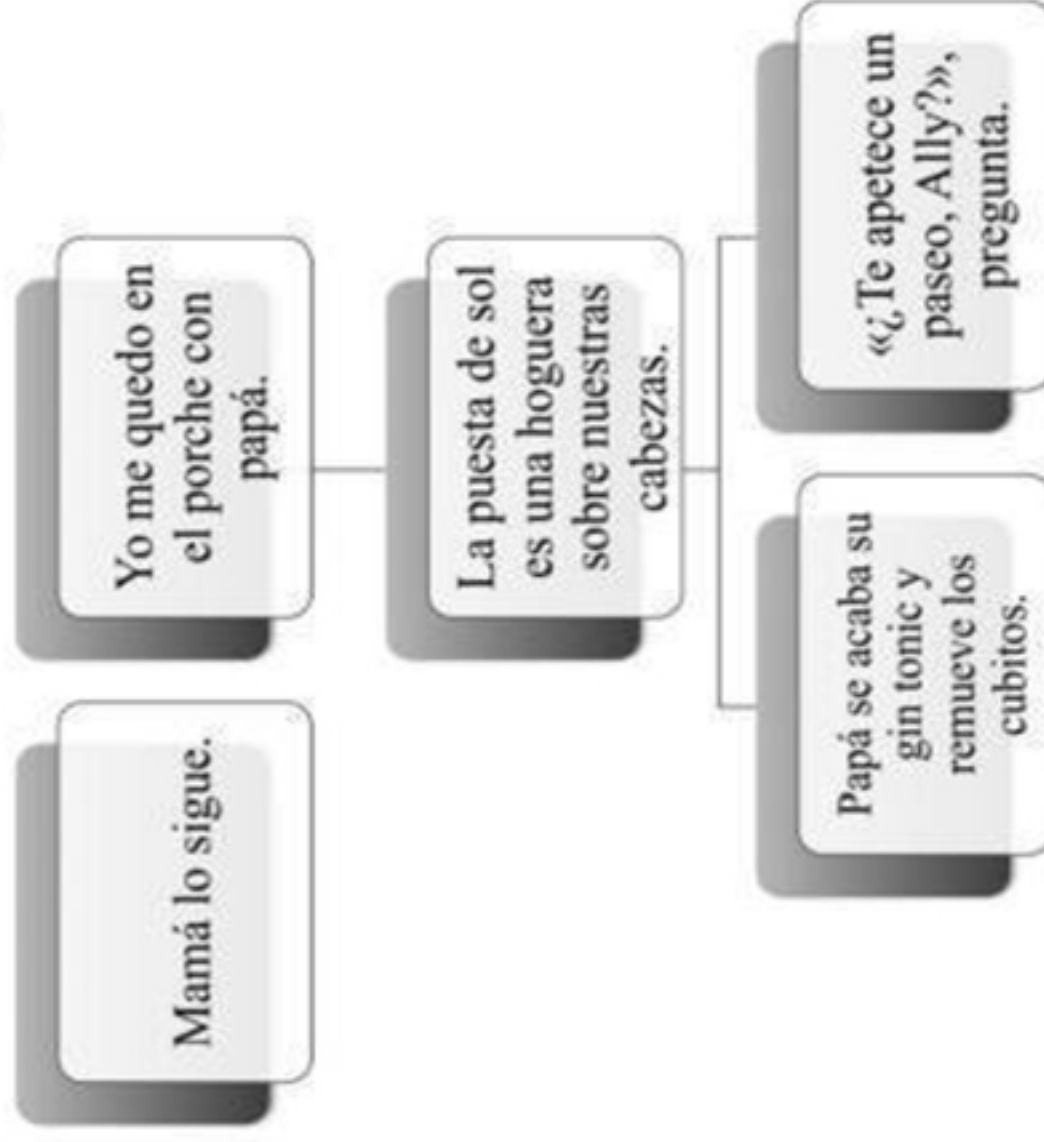
Entonces papá coge a Lincoln entre sus brazos

Linc intenta
soltarse pero papá
es más fuerte.
«Vamos,
—susurra papá—.
Vamos, Linc.
Lo siento.»

Linc deja de
forcejear pero sigue
llorando. Sus
omoplatos tiemblan
sobre la camiseta.

Se parecen tanto
que es como ver a
papá abrazándose a
sí mismo, más
delgado y joven.

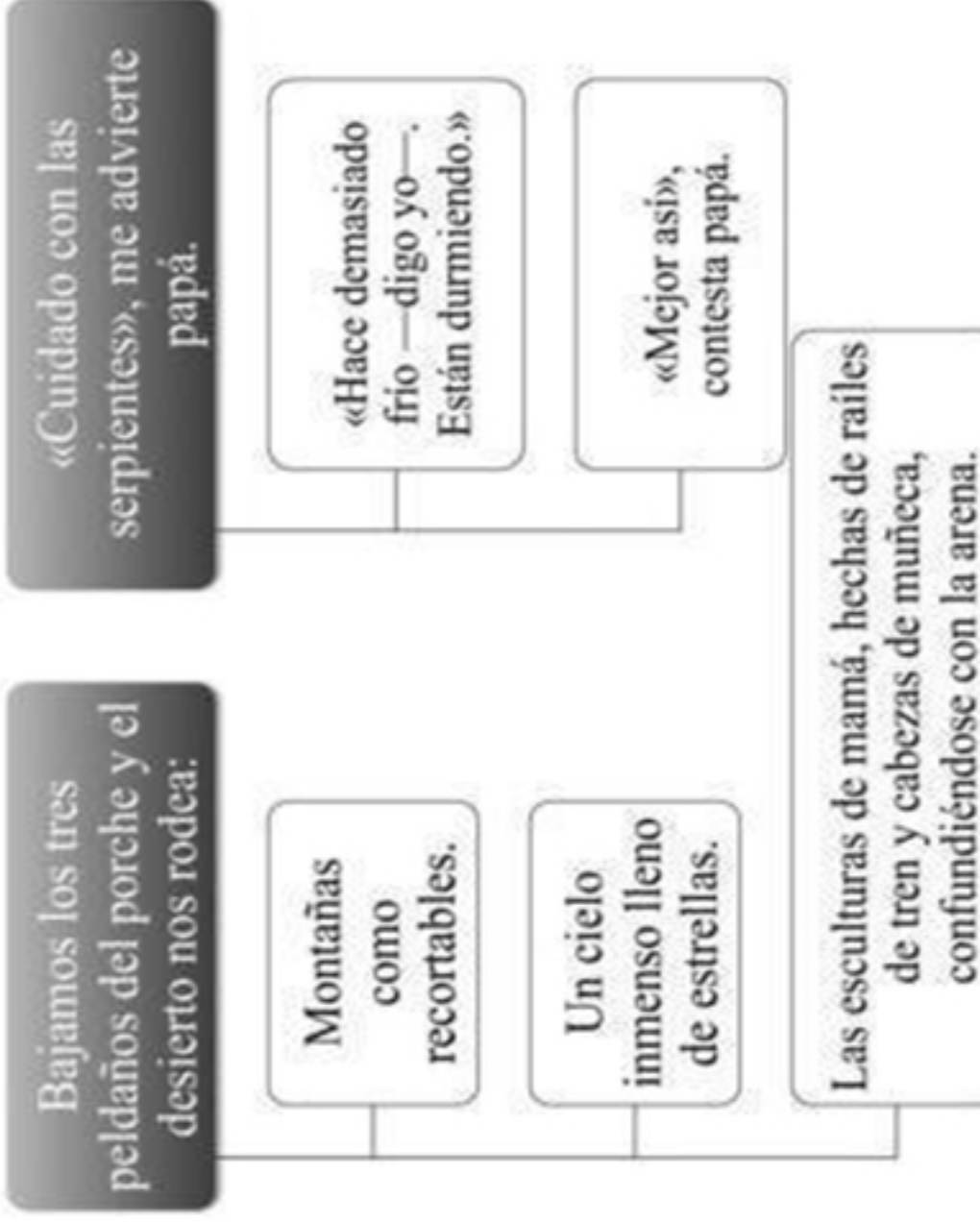
Lincoln entra corriendo en casa y cierra la puerta de su cuarto con un portazo



El desierto



El desierto empieza en lo que antes era el césped de nuestro jardín



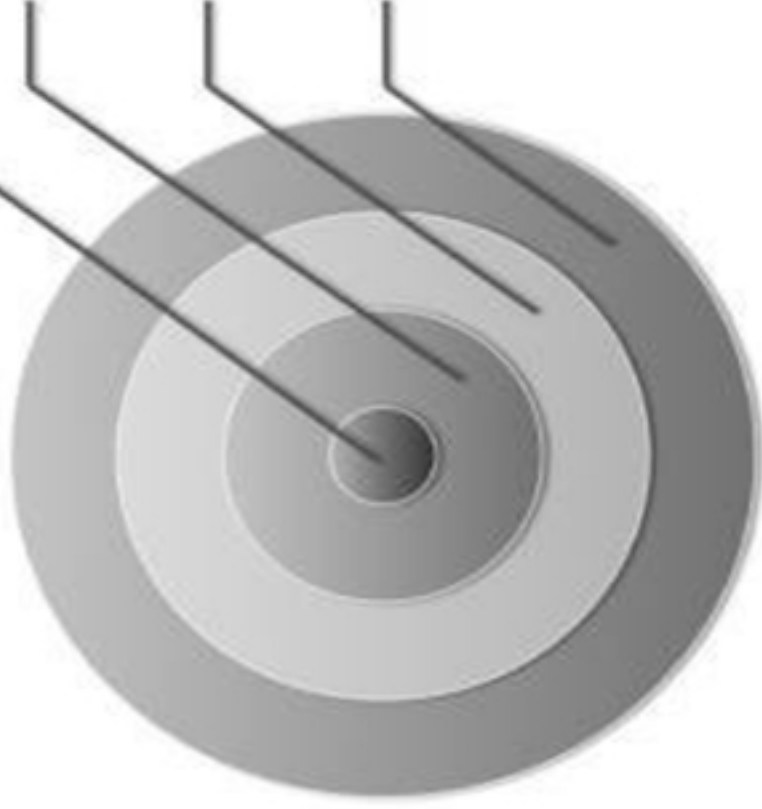
Ruidos

El desierto está
silencioso y
lleno de
movimiento.

Se oyen crujidos
lejanos como en la
pausa de *Bernadette*.

Se oye un zumbido como en
la pausa de *Closing Time*, de
Semisonic.

Todo el
desierto es una
pausa.



Tengo que hacerlo mejor con Lincoln»,
dice papá.

Yo:

Necesita ayuda para pasar
las pausas a gráficos.»

«Ya, pero ¿lo harás?»

«Me lo ha pedido a mí,
pero se me da fatal.»

Papá:

«Yo podría ayudarlo.»

«Si digo que lo haré, es
que lo haré.»

«Supongo que aún me
acordaré...»

El viejo campo de golf

Está lleno de montículos y agujeros grisáceos, como la luna.

Papá me sonríe de un banco de arena.

Papá no tiene tiempo para sus amigos.

El edificio del club sigue ahí, tapiado y medio en ruinas.

«Me acuerdo de este obstáculo», dice.

«Tú jugabas aquí, ¿verdad?», le pregunto.

«Claro. Todos los médicos juegan al golf.»

«Sois los únicos amigos que necesito...», dice. Se refiere a nosotros.

Recuerdo haber ido en el carrito por entre los arriates morados.

A papá la mayoría de médicos no le gustan. «Son unos arrogantes», dice.

Caminamos durante mucho rato sin ver nada más

«¿Se ha enfadado mamá?», pregunto.

«Creo que sí.»

«¿Te va a perdonar?»

«Pues claro.»

«¿Cómo lo sabes?»

«Porque es una mujer comprensiva. Gracias a Dios.»

«¿Te perdonó cuando Rob se ahogó?»

Papá deja de caminar y se vuelve hacia mí. Acaba de salir la luna. «¿A qué viene eso ahora?»

«A veces pienso en él.»

Al cabo de mucho rato llegamos a los paneles solares

Nunca había
llegado tan
lejos.

Hay kilómetros
y kilómetros de
paneles.

Es como
descubrir una
ciudad u otro
planeta.

Tienen un
aspecto
malvado.

Como
artefactos
jorobados,
negros y
grasientos.

Pero en
realidad están
salvando la
tierra.

Hubo protestas
cuando los
instalaron, hace

Sus sombras
dejaron sin
hogar a
muchos bichos

Pero por lo
menos pueden
vivir donde
antes estaba el

«Pero no fue
culpa tuya,
¿verdad?»

«No fue culpa
de nadie»,
dice papá.

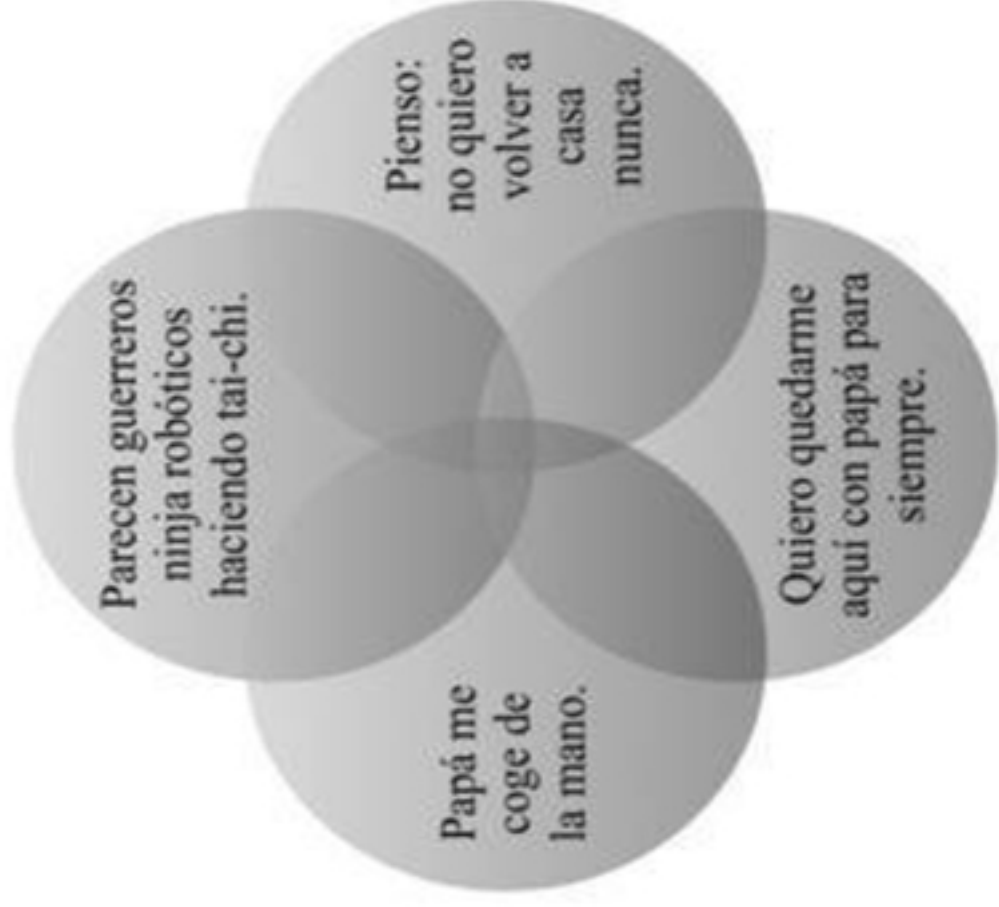
«Murió esta
mañana»,
dice papá.

«¿Y la niña
de ayer?,
—pregunto—.
La enferma
del corazón.»

De pronto oímos un traqueteo a nuestro alrededor



Pasamos mucho rato observando el movimiento de los paneles



Yo/papá



«¿Se suena un poquito que se llama The Beatles?»

- «Creo que mamá solía escucharlos.»

«Tienen una canción titulada *Mighty Sword* con una pausa de más de un minuto.»

- Papá me mira fijamente. «Oh, vamos, Ally. Tú también no.»

«Pero tienes que admitir que una pausa de un minuto es muy larga.»

- De pronto papá se ríe con un ladrido.
«Tienes razón. Es una pausa muy larga.»

Un rato me dan ganas de acurrucarme en el
suelo y cerrar los ojos

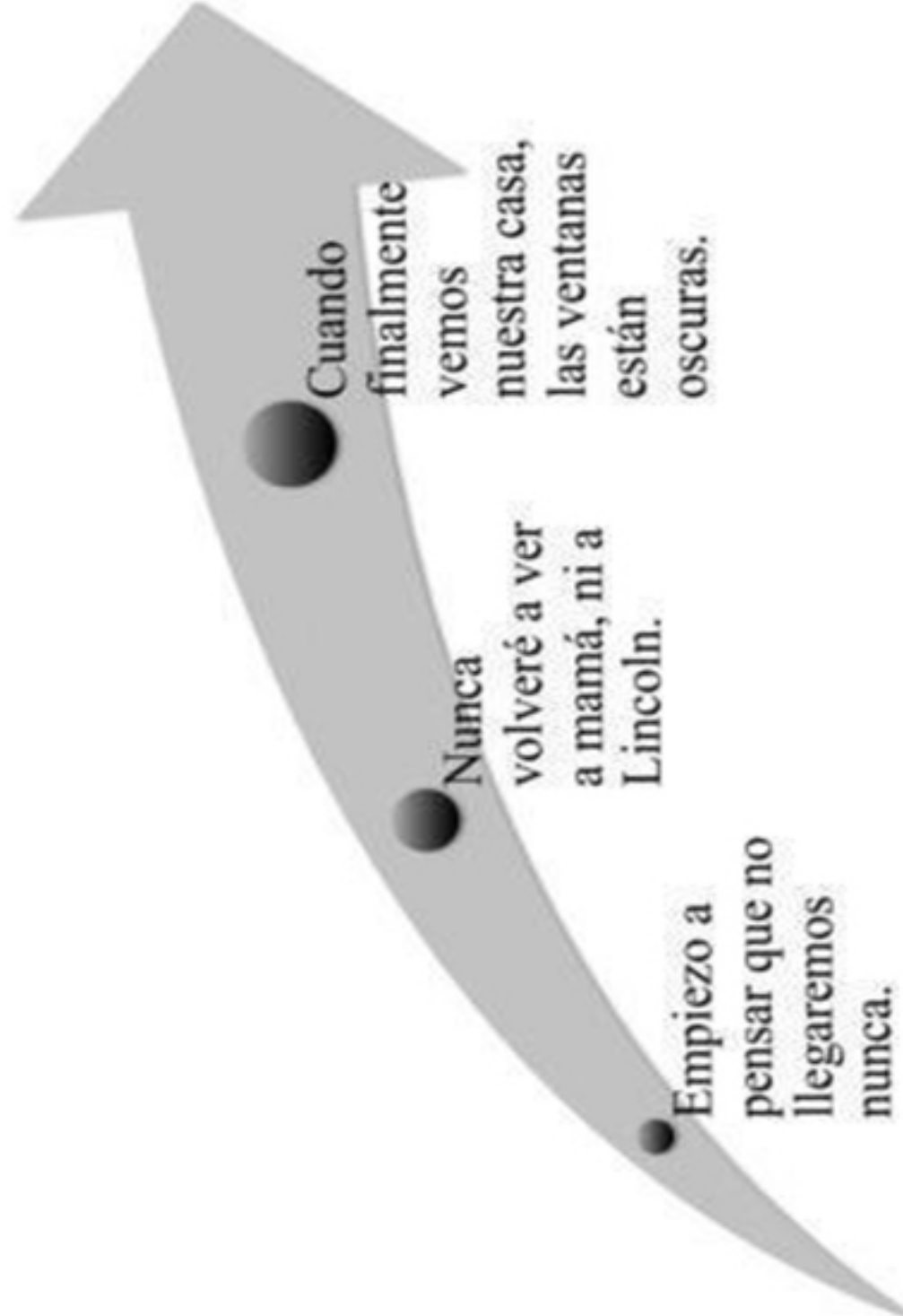


«Ojalá estuviera
ya en la cama»,
digo.

«Espabila, —dice
papá—. Aún nos
queda un largo
camino.»



Pasamos varios años caminando



Papá señala una serpiente en una de las esculturas de mamá

Está enroscada
como una
serpiente plateada
alrededor de mi
pequeño guñol.

Papá me lleva a
hombros.

«¿Crees que
están dentro?»,
pregunto.

Es el hombre
más fuerte del
mundo.

Me lleva hacia
nuestra casa.

Papá no
contesta.

Parece
abandonada,
como el edificio
del club de golf.

De repente
tengo miedo.

De qué tengo miedo

De que los paneles solares fueran una máquina del tiempo.

De que mis padres ya no estén y la casa ya no nos pertenezca.

De que sea un edificio en ruinas, desierto.

Vivir aquí todos juntos fue bonito.

Incluso cuando discutíamos.

Parecía que aquello no iba a acabar.

Siempre lo echaré de menos.

De ser una mujer que vuelve a casa al cabo de muchos años.

Papá me deja en el porche

Corro hacia la puerta corredera de cristal y
abro de golpe.

Dentro hay luz.

Todas las cosas conocidas me envuelven
como una manta muy vieja y suave.

Empiezo a llorar.

Cosas que oigo mientras me duermo

Eh,
Linc.

¿Qué?

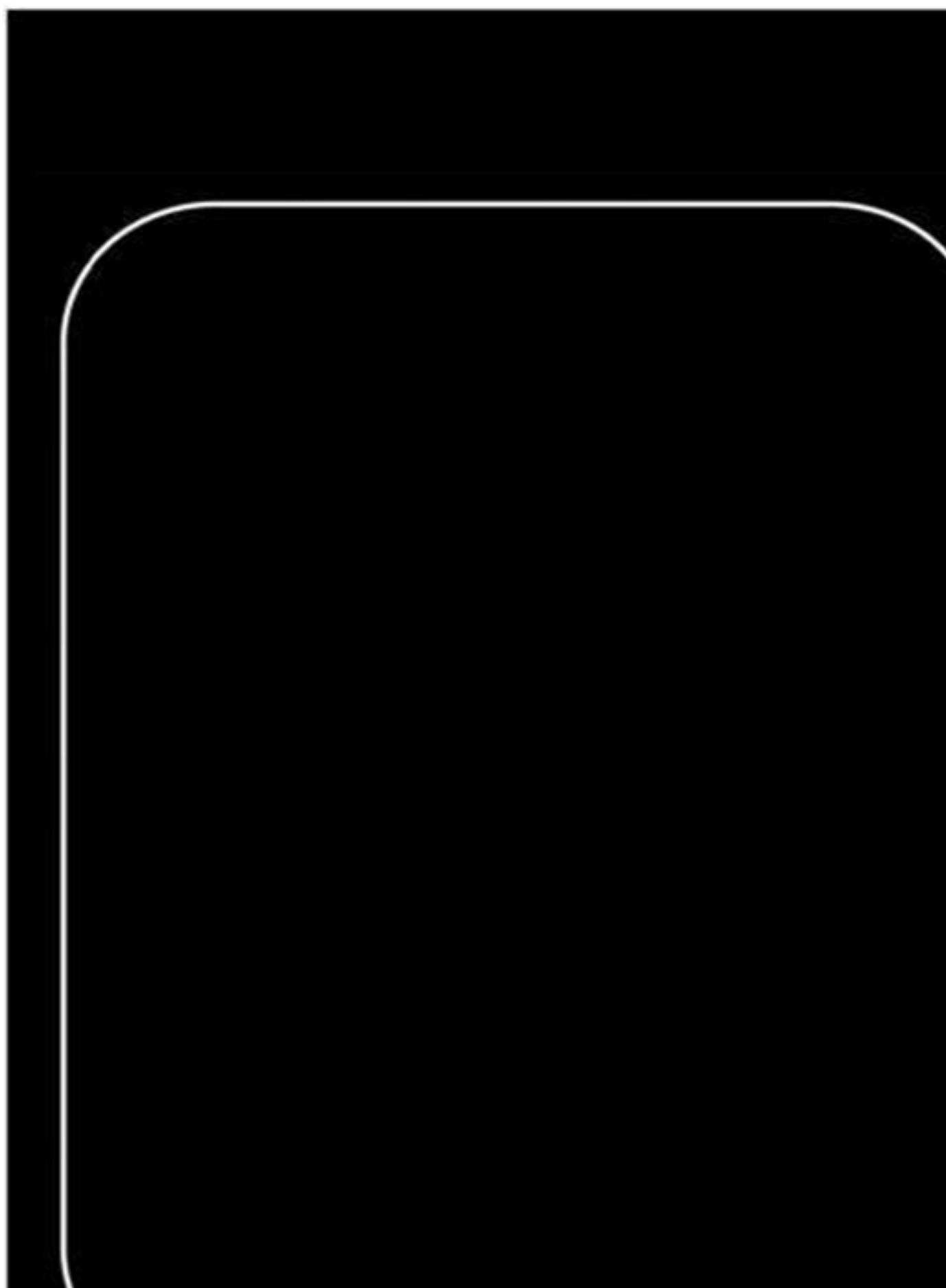
¿Oyes
ese
ruido?

No.

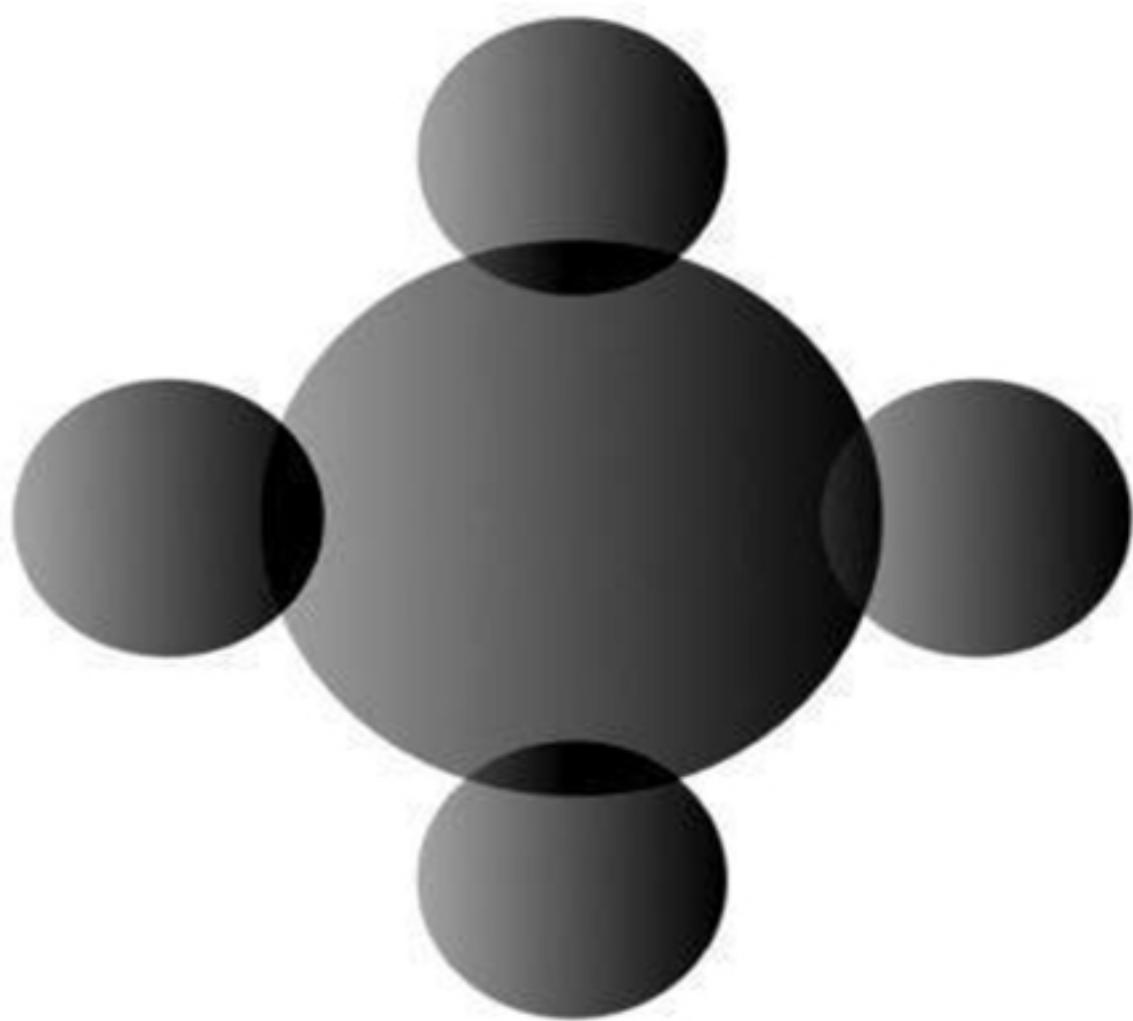
¿Y ahora?

No, papá.

Ven, acércate a la
ventana. Escucha
conmigo. ¿A qué te
recuerda lo que se oye?

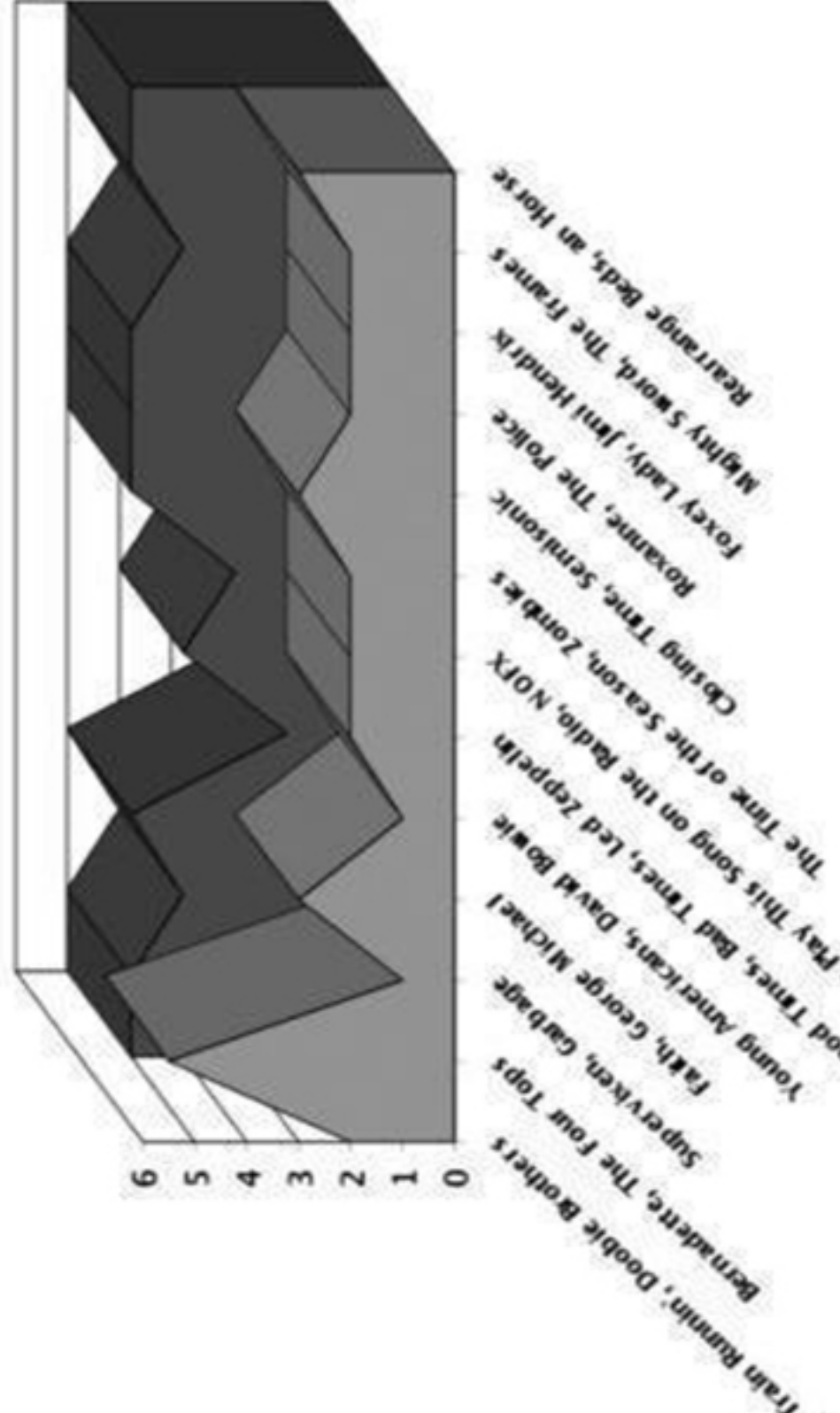


«Vale. Ya lo sé.»



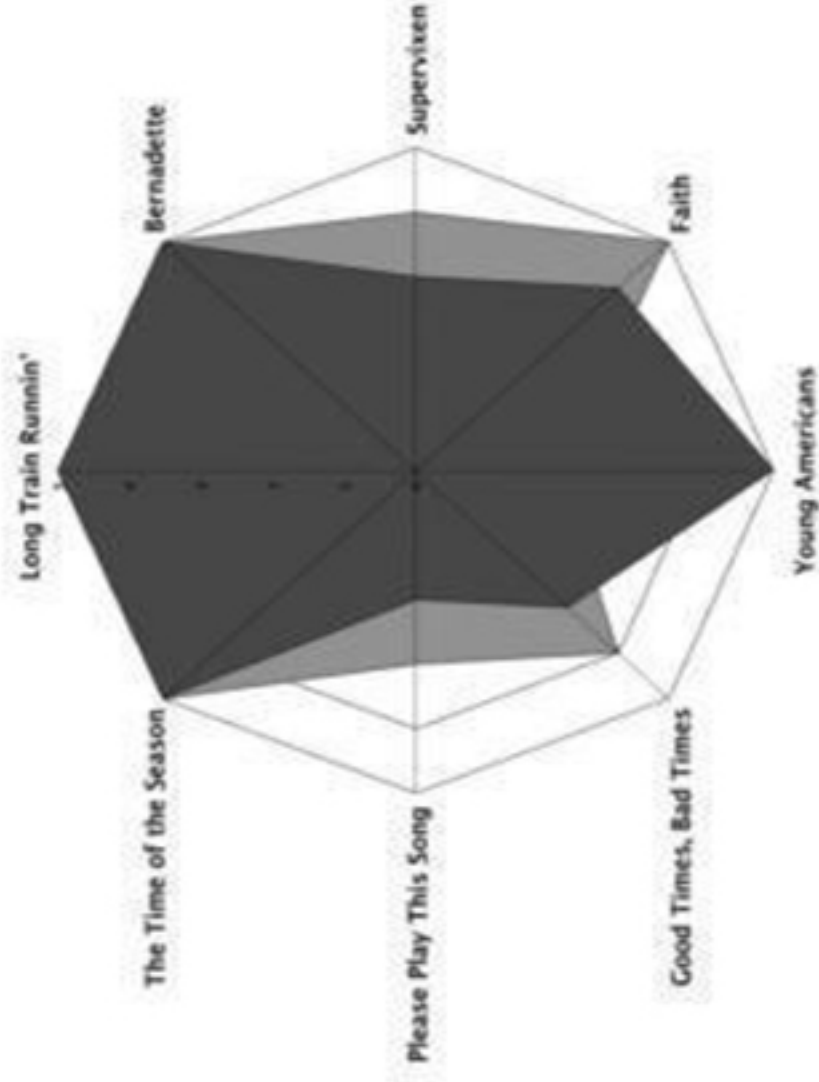
Relación entre la duración de una pausa y su intensidad emotiva

■ Duración de la pausa ■ Intensidad de la pausa

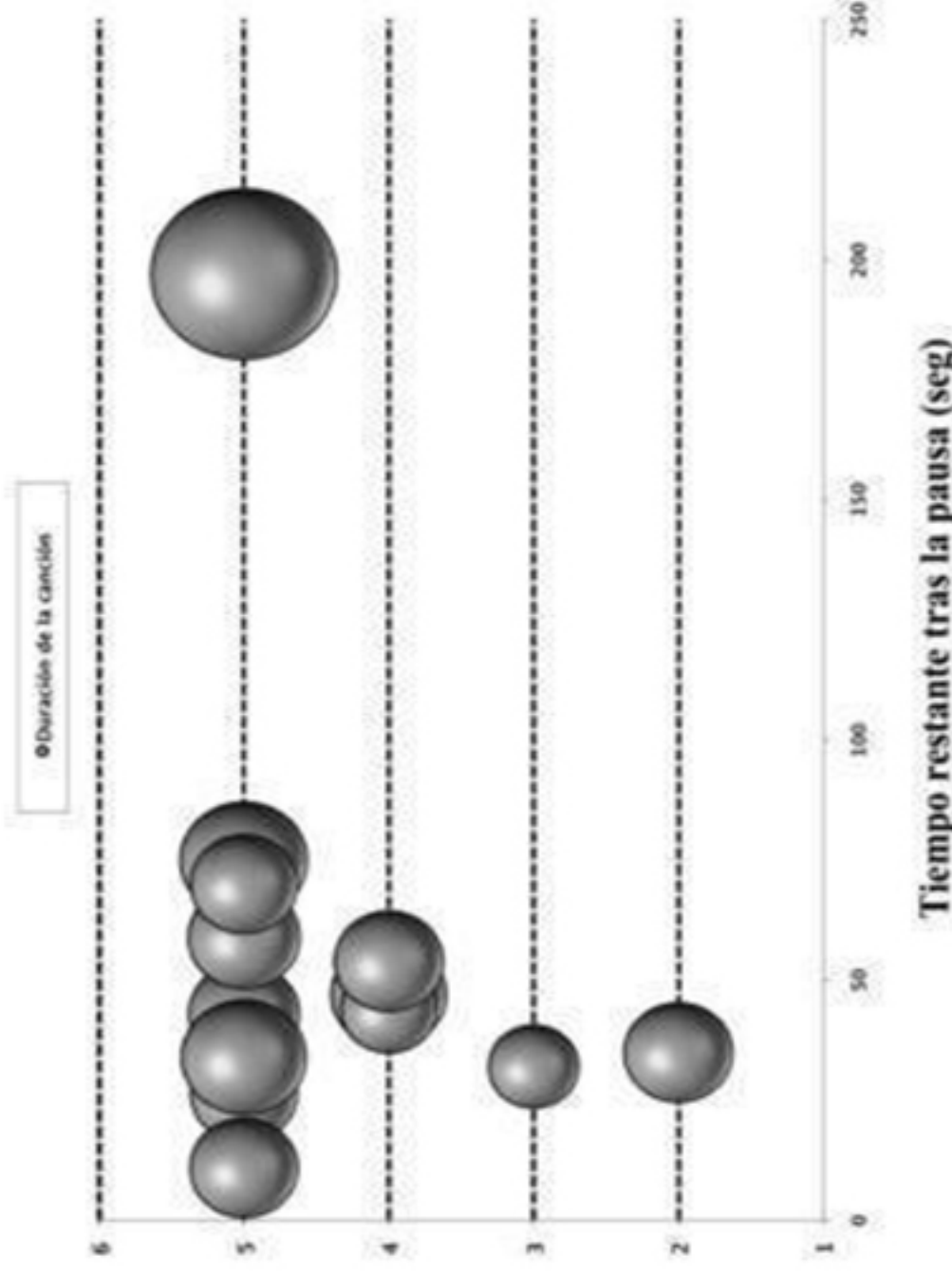


Grado de necesidad de las pausas

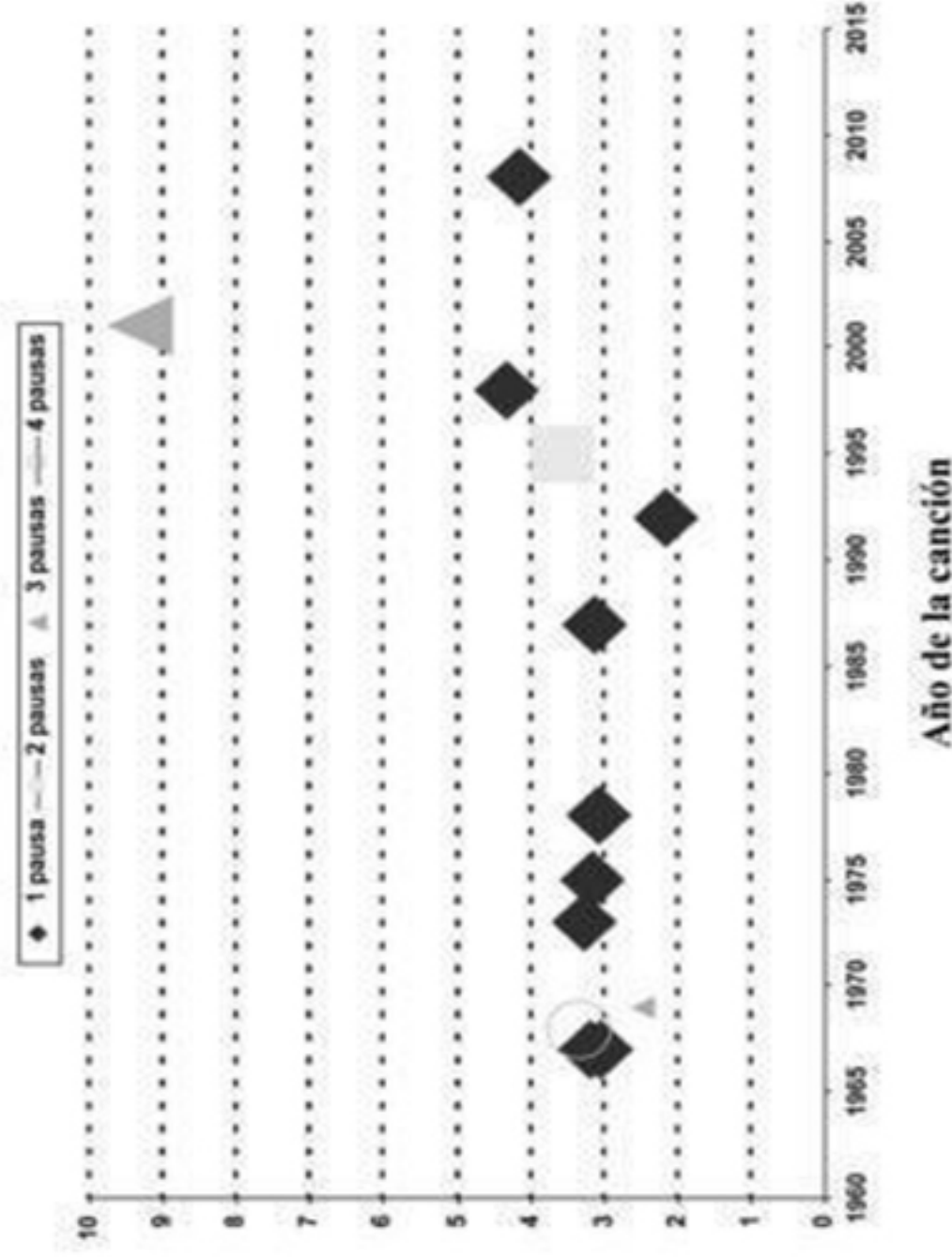
■ Intensidad de la pausa ■ Calidad de la canción



Descubrimientos sobre el *timing* de las pausas (en forma de burbujas)



persistencia de las pausas en el tiempo



13
Lenguaje puro

—No quieres hacerlo —murmuró Bennie—.
¿Verdad?

—Para nada —respondió Alex.

—Crees que así te venderías, poniendo en peligro los ideales que te hacen ser quien eres.

Alex se rió.

—Sé que es así.

—¿Lo ves? Eres un purista —dijo Bennie—. Por eso eres perfecto para esto.

Alex notó el efecto que el halago tenía sobre él, como las primeras caladas de un porro que sabes que te tumbará si te lo fumas entero. El tan esperado *brunch* con Bennie Salazar estaba tocando a su fin, y el discurso de Alex para que lo contrataran como mezclador, que había ensayado hasta la saciedad, había fracasado estrepitosamente. Pero en aquel instante, mientras ambos se estudiaban desde unos exiguos sofás perpendiculares, bañados por el sol invernal que se filtraba por un tragaluz, en el ático de Bennie en Tribeca, Alex se dio cuenta de que, de repente, había logrado despertar la curiosidad del veterano productor. Sus respectivas mujeres estaban en la cocina. Sus hijas, ambas todavía pequeñas, estaban entre ellos, encima de la alfombra persa, jugando

recelosamente a cocinitas.

—Si no tengo intención de hacerlo —dijo Alex—, difícilmente puedo ser perfecto para esto.

—Pero es que yo creo que lo harás.

Alex estaba molesto e intrigado al mismo tiempo.

—¿Y eso?

—Una corazonada —dijo Bennie, incorporándose levemente—. Presiento que entre tú y yo hay una historia común que aún no ha empezado.

Alex había oído por primera vez el nombre de Bennie Salazar en boca de una chica con la que había salido hacía tiempo, cuando él acababa de llegar a Nueva York y Bennie aún era famoso. La chica trabajaba para él (Alex lo recordaba perfectamente), pero eso era lo único que recordaba. Todo lo demás, su nombre, su aspecto y lo que habían hecho juntos, se había borrado de su memoria. Los únicos recuerdos que Alex conservaba tenían que ver con el invierno, la oscuridad y una cartera, ni más ni menos, aunque ¿se trataba de una cartera perdida? ¿Encontrada?

¿Robada? ¿De la cartera de la chica o de la suya propia? La ausencia de respuestas resultaba exasperante; era como intentar evocar una canción que sabes que te hace sentir de una forma determinada, pero de la que no logras recordar ni el título, ni el nombre del cantante, ni siquiera unos pocos versos. La chica se le escapaba, pero había dejado aquella cartera en el cerebro de Alex, como una tarjeta de visita, solo

para provocarlo. En los días previos a su *brunch* con Bennie, Alex se había dado cuenta de que estaba extrañamente obsesionado con ella.

—¡Das a mí! —protestó Ava, la hija de Bennie, reforzando la reciente teoría de Alex según la cual la adquisición del lenguaje incluía una fase en que el niño hablaba en alemán.

La niña le arrancó de las manos una sartén de plástico a su hija, Cara-Ann, que se lanzó contra ella dando bandazos y gritando:

—¡Olla mía! ¡Olla mía!

Alex se levantó de un brinco, pero al advertir que Bennie ni siquiera se inmutaba se obligó a sentarse de nuevo.

—Yo ya sé que preferirías mezclar —dijo Bennie, que logró hacerse oír por encima de los aullidos de las niñas, aparentemente sin levantar la voz—. Te encanta la música. Quieres trabajar con el sonido. ¿Crees que no sé cómo te sientes?

Las niñas se abalanzaron una sobre la otra con furia gladiatoria, chillando, arañándose y tirándose de los incipientes mechones de pelo.

—¿Va todo bien por ahí? —preguntó la mujer de Alex, Rebecca, desde la cocina.

—Todo controlado —respondió Alex. Estaba maravillado ante la serenidad de Bennie; ¿sería lo normal cuando volvías a tener hijos después de un segundo matrimonio?

—El problema —siguió diciendo Bennie— es que el sonido ya no importa. Ni la música. Lo único que importa ahora es el alcance. Esa fue la píldora amarga de los cojones que me tuve que tragar.

—Lo sé.

O sea: sabía (como todo el mundo dentro del mundillo de la música) que a Bennie lo habían echado de su propio sello, Sow's Ear Records, hacía años, después de que invitara a los controllers de la empresa a un desayuno a base de pasteles de boñiga de vaca («servida en las mismas bandejas del carro de *self-service*»), escribió una secretaria, que narró el tumulto en tiempo real en Gawker). «¿Me pedís que ofrezca mierda a la gente?», les habría gritado Bennie a los consternados ejecutivos. «¿Por qué no coméis un poco vosotros, a ver si os gusta?» Tras aquello, Bennie había vuelto a producir música con un sonido áspero, analógico, que no se había vendido muy bien. En aquel momento, a punto ya de cumplir los sesenta, era visto como alguien irrelevante; Alex solía oír hablar de él en pasado.

Cuando Cara-Ann hundió sus mentolados incisivos en el hombro de Ava, fue Rebecca quien tuvo que salir de la cocina para separar a las dos niñas, no sin antes lanzar una mirada de perplejidad a Alex, que estaba serenamente suspendido sobre el sofá, con una actitud casi zen. Lupa llegó junto a ella, la madre de ojos negros a la que Alex al principio evitó en la

guardería porque era guapísima, hasta que se enteró de que estaba casada con Bennie Salazar.

Tras vendar las heridas y restablecer el orden, Lupa le dio un beso en la coronilla a Bennie (su característica melena estaba ahora totalmente llena de canas) y dijo:

—¿No vas a poner el disco de Scotty?

Bennie sonrió a su mujer, que era mucho más joven que él.

—Lo he estado reservando —respondió.

Entonces tecleó algo en su handset, y del imponente equipo de música (que parecía proyectar la música a través de los poros de Alex) salió una siniestra voz masculina, acompañada por una slide guitar estruendosa y vehemente:

—Lo publicamos hace unos meses —explicó Bennie—. ¿Has oído hablar de Scotty Hausmann? Tiene mucho éxito entre los pointers.

Alex echó un vistazo a Rebecca, que despreciaba el término «pointer» y corregía educadamente pero con firmeza a todo aquel que lo utilizara para referirse a Cara-Ann. Por suerte, su mujer no lo había oído. Ahora que los Starfish, los handsets infantiles, estaban por todas partes, cualquier bebé que fuera capaz de señalar podía descargar música. El récord al comprador más precoz lo tenía un bebé de tres meses de Atlanta, que había comprado una canción de Nine Inch Nails titulada Ga-ga. Tras quince años de guerra

se había producido un *boom* de natalidad, y esos bebés no solo habían heredado una industria muerta, sino que se habían convertido en los árbitros del éxito musical. Las bandas no tuvieron más remedio que reinventarse para atraer al público preverbal. Incluso Biggie había publicado otro disco póstumo, que llevaba el título de una remezcla de su gran éxito, Fuck You, Bitch, para que sonara como You re Big, Chief! junto a una foto de Biggie meciendo a un niño con un peinado a lo indio americano. Los Starfish incluían otras aplicaciones (dibujo con los dedos, un sistema de GPS para los niños que aprendían a caminar y PicMail), pero Cara-Ann nunca había tocado ninguno, y Rebecca y Alex habían acordado que no lo haría hasta los cinco años; ellos, por su parte, intentaban evitar usar sus handsets delante de la niña.

—Escucha a este tío —dijo Bennie—. Tú escúchalo.

Un vibrato lastimero, el temblor discordante de una slide guitar... A Alex le parecía espantoso, pero estaba ante Bennie Salazar, que había descubierto a The Conduits hacía un montón de años.

—¿Tú qué oyes? —le preguntó Alex.

Bennie cerró los ojos, todo su cuerpo estaba concentrado en el acto palpable de escuchar.

—Es totalmente puro —dijo—. No contaminado.

Alex cerró los ojos. Inmediatamente los sonidos cobraron mayor densidad: un helicóptero, las

campanas de una iglesia, un taladro lejano. El habitual confeti de bocinas y sirenas. El destello de un rayo, el gorgoteo de un lavavajillas. El «no...» adormilado de Cara-Ann mientras Rebeca le ponía el jersey. Estaban a punto de marcharse. Alex sintió un acceso de terror, o algo parecido, ante la idea de abandonar el *brunch* con Bennie Salazar con las manos vacías.

Abrió los ojos. Bennie ya había abierto los suyos y observaba a Alex con su mirada oscura, tranquila.

—Creo que oyes lo mismo que yo, Alex —dijo—. ¿Verdad?

Esa noche, cuando Rebecca y Cara-Ann estaban profundamente dormidas, Alex abandonó el calor farináceo de su cama, con su mosquitera de espuma, y fue a la sala de estar/cuarto de juegos/habitación de huéspedes/despacho. Si se acercaba a la ventana central y levantaba la mirada, podía ver la cúspide del Empire State Building, iluminada esa noche de rojo y dorado. Aquella vista había sido uno de los atractivos que había destacado el vendedor cuando los padres de Rebecca le habían comprado aquel piso de una habitación en el Garment District, hacía muchos años, justo después de la crisis. Alex y Rebecca decidieron vender el piso cuando ella se quedó embarazada, pero justo entonces se enteraron de que un promotor inmobiliario había adquirido el pequeño bloque que había frente al suyo y que planeaba derruirlo y construir un rascacielos que iba a dejarlos sin aire y sin

luz. El piso se volvió invendible. Ahora, dos años más tarde, el rascacielos había empezado a elevarse, algo que llenaba a Alex de temor y fatalidad, pero también de una vertiginosa dulzura: cada instante en que la cálida luz del sol penetraba por sus tres ventanas orientadas al este era delicioso, y aquel cielo nocturno plateado y centelleante, que había contemplado durante años apoyado en un cojín colocado sobre el alféizar de la ventana, a menudo mientras se fuma un porro, le parecía de repente de una belleza agonizante, un espejismo.

A Alex le encantaba la noche. Sin el vocerío de la construcción y los omnipresentes helicópteros, vías ocultas de sonido se abrían paso hasta sus oídos: el silbido de la tetera y de los pasos amortiguados de Sandra, la madre soltera que vivía en el piso de arriba, y un frenético traqueteo que Alex imaginaba que era el hijo adolescente de esta, masturbándose con su handset en la habitación contigua. De la calle le llegó un carraspeo y fragmentos sueltos de conversación: «... me estás pidiendo que sea una persona distinta...» y «aunque no te lo creas, beber me mantiene limpio».

Alex se apoyó en su cojín y se encendió un porro. Había pasado la tarde intentando (sin éxito) contarle a Rebecca lo que había acordado con Bennie Salazar. Bennie no había utilizado en ningún momento la palabra «lorito»; desde el bloguescándalo, aquel término era considerado una obscenidad. A pesar de

que obligaron a los blogueros políticos a publicar la información de sus cuentas bancarias, ni siquiera eso había logrado aplacar las sospechas de que las opiniones de la gente no eran en realidad suyas. «¿Quién te paga?», era la respuesta automática a cualquier muestra de entusiasmo, acompañada con una carcajada; porque ¿quién iba a dejarse comprar? Pero Alex le había prometido a Bennie cincuenta loritos para crear «auténtica» publicidad boca a boca para el primer concierto de Scotty Hausmann, que iba a tener lugar el mes siguiente en el Lower Manhattan.

Utilizando su handset, empezó a crear un sistema para seleccionar posibles loritos entre sus 15.896 amigos. Utilizó tres variables: hasta qué punto andaban necesitados de dinero («necesidad»), las conexiones y el respeto de los que gozaban («alcance») y su predisposición a dejarse influenciar («corruptibilidad»). Eligió a varias personas al azar, les otorgó una puntuación del 10 al 0 en cada categoría y elaboró un gráfico tridimensional en su handset, en el que buscó puntos en los que confluyeran las tres líneas. Sin embargo, en todos los casos, tener una buena puntuación en dos categorías significaba obtener un resultado pésimo en la tercera: los que eran pobres y altamente corruptibles, como su amigo Finn, un actor fracasado y poco menos que drogadicto, que había colgado en su página una receta para preparar speedballs y que vivía básicamente de la caridad de

sus antiguos compañeros de clase de Wesley (necesidad: 9; corruptibilidad: 10), no tenían alcance (1). Los que eran pobres pero influyentes, como Rose, una *stripper* y violonchelista cuyos cambios de peinado eran copiados de forma instantánea en algunos puntos de East Village (necesidad: 9; alcance: 10), eran incorruptibles. De hecho, Rose mantenía en su página una lista de rumores que hacía las veces de fichero policial informal, y en la que registraba qué novios de sus amigas habían sido bordes con ella, quién había cogido prestada una batería y la había destrozado y quién había dejado un perro atado a un parquímetro durante horas bajo la lluvia. También había personas influyentes y corruptibles, como su amigo Max, el excantante de los Pink Buttons y actual potentado de la energía eólica, que tenía un trípex en el Soho y que cada año organizaba una fiesta por Navidad en la que se servían cantidades ingentes de caviar y que hacía que la gente empezara a besarle el culo ya en agosto, con la esperanza de ser invitados (alcance: 10; corruptibilidad: 8). Pero Max era popular precisamente porque era rico (necesidad: 0), de modo que no tenía incentivos para venderse.

Alex contempló la pantalla de su handset con los ojos como platos. ¿Habría alguien dispuesto a aquello? Y entonces cayó en la cuenta de que conocía a alguien que ya había dado su conformidad: él mismo. Alex elaboró un gráfico con la opinión que Rebecca debía

de tener de él. Necesidad: 9; alcance: 6; corruptibilidad: 0. Alex era un purista, tal como había dicho Bennie. No había querido saber nada de jefes sórdidos (dentro del mundo de la música), del mismo modo que ahora no quería saber nada de las mujeres que se sentían atraídas por la imagen de un hombre que se ocupaba de su hija en horas de oficina. ¡Joder, pero si había conocido a Rebecca después de perseguir a un tipo con máscara de lobo que le había robado el bolso el día antes de Halloween! Y, en cambio, Alex se había rendido ante Bennie Salazar sin siquiera oponer resistencia. ¿Por qué? ¿Porque pronto iba a tener un piso oscuro y sin ventilación? ¿Porque era incapaz de olvidar que todos los *bytes* de información que había publicado en la red (su color, su verdura o su postura sexual preferidos) estaban almacenados en las bases de datos de multinacionales que juraban que nunca, jamás iban a utilizarlos? ¿Porque, en otras palabras, estaba en manos de otras personas, a las que se había vendido irreflexivamente en el momento de su vida en que más subversivo se sentía? ¿O se trataba de la extraña simetría de haber oído hablar por primera vez de Bennie Salazar de boca de una chica perdida con la que había salido una vez, al principio de todo, para terminar conociendo a Bennie una década y media más tarde, por la guardería de su hija?

Alex no lo sabía. Pero tampoco necesitaba saberlo. Lo que necesitaba era encontrar a cincuenta

personas que, como él, hubieran dejado de ser ellas mismas sin darse cuenta.

—La física es obligatoria. Tres semestres. Si suspendes, te expulsan del programa.

—¿Para un título de *marketing*? —preguntó Alex, atónito.

—Antes era epidemiología —explicó Lulu—. Cuando el modelo vital aún estaba vigente.

—¿La gente ya no dice «vital»?

Alex deseó haberse tomado un café de verdad y no la bazofia que servían en aquella cafetería griega. La ayudante de Bennie, Lulu, parecía haberse tomado quince o veinte, a menos que aquella fuera su personalidad.

—No, nadie dice «vital» —dijo Lulu. Bueno, a lo mejor lo dicen sin pensar, igual que dicen «conectar» o «transmitir». Esas viejas metáforas ya no tienen nada que ver con la forma en que viaja la información. Hoy en día el alcance ya no se puede definir en términos de causa y efecto, se trata de algo simultáneo. Es más rápido que la velocidad de la luz, algo que se está midiendo actualmente. Por eso estudiamos física de partículas.

—¿Y qué vendrá a continuación? ¿Teoría de cuerdas?

—Es una optativa.

Lulu tenía veintipocos, era estudiante de posgrado en Barnard y, además, era la ayudante a tiempo

completo de Bennie; la viva encarnación del nuevo «empleado handset»: sin papeleos, sin despacho, sin necesidad de trasladarse a la oficina y teóricamente omnipresente, aunque Lulu parecía estar ignorando la constante cacofonía de pitidos y zumbidos de su handset. Las fotos de su página no hacían justicia a la fascinante, cándida simetría de su cara, ni tampoco al brillo radiante de su pelo. Además estaba «limpia»: sin *piercings*, ni tatuajes, ni cicatrices. Todos los jóvenes lo estaban actualmente. ¿Quién podía culparlos, pensó Alex, tras ver tres generaciones de tatuajes flácidos cubriendo como una tapicería apolillada bíceps blandos y culos fofos?

Cara-Ann estaba dormida en su hamaca canguro, con la cara encajada en el espacio que quedaba entre la mandíbula y la clavícula de Alex; su aliento, dulzón y afrutado, llenaba las fosas nasales de su padre. Disponía de treinta minutos, cuarenta a lo sumo, antes de que la niña se despertara con ganas de comer. Y, sin embargo, Alex sentía la obstinada necesidad de retroceder e intentar comprender a Lulu, determinar exactamente por qué lo desconcertaba.

—¿Cómo llegaste hasta Bennie? —le preguntó Alex.

—Su exmujer trabajaba para mi mamá —respondió Lulu—, hace años, cuando yo aún era una niña. Conozco a Bennie desde siempre; y también a su hijo Chris, que es dos años mayor que yo.

—Ajá —dijo Alex—. ¿Y qué hace tu mamá?

—Era relaciones públicas, pero lo dejó —explicó Lulu—. Ahora vive fuera de la ciudad, al norte.

—¿Cómo se llama?

—Dolly.

Alex habría seguido haciendo ese tipo de preguntas hasta remontarse al momento en que Lulu había sido concebida, pero se obligó a dejarlo. Se hizo un silencio, que se rompió con la llegada de la comida. Alex tenía intención de pedir sopa, pero en el último momento le había parecido una elección sin carácter, de modo que se había decidido por un sándwich Reuben, sin pensar que al masticar podía despertar a Cara-Ann. Lulu había pedido un pastel de merengue con limón; se comía el merengue a pequeños bocados, con la punta del tenedor.

—Bueno —dijo finalmente Lulu al ver que Alex no abría la boca—. Bennie dice que vamos a formar un equipo ciego y que tú vas a ser el capitán anónimo.

—¿Lo dijo usando esos términos?

Lulu se rió.

—No, esa es la terminología de *marketing*. Del ámbito de la universidad.

—En realidad es terminología deportiva. Del ámbito... del deporte —dijo Alex.

Había sido capitán de equipo en numerosas ocasiones, aunque ante la presencia de alguien tan joven tenía la sensación de que había pasado tanto

tiempo que eso ya no contaba.

—Las metáforas deportivas aún funcionan —reflexionó Lulu.

—Entonces, ¿se trata de algo conocido? Eso de «equipo ciego», quiero decir —preguntó Alex, que creía que todo había sido idea suya: paliar la vergüenza y la culpa que provocaba convertirse en lorito formando un equipo que no sabía que lo era, ni tampoco que tenía un capitán. Cada miembro del equipo trataría individualmente con Lulu, mientras Alex lo orquestaba todo en secreto desde arriba.

—Sí, claro —dijo Lulu—. Los EC, equipos ciegos, funcionan especialmente bien con gente mayor. Quiero decir —añadió sonriendo—, con gente de más de treinta.

—¿Y eso?

—Porque la gente mayor es más reacia a...

Pareció titubear.

—¿Dejarse comprar?

Lulu sonrió.

—Eso es lo que se llama una falsa metáfora —dijo—. Las FM parecen descripciones, pero en realidad son juicios. Quiero decir, una persona que vende naranjas ¿se está dejando comprar? ¿Trabajar reparando electrodomésticos significa venderse?

—No, porque actúan abiertamente —respondió Alex, sabiendo que estaba siendo condescendiente—, sin esconderse.

—Y esas metáforas, «actuar abiertamente» y «sin esconderse», forman parte de un sistema denominado purismo atávico. El PA implica la existencia de un estado éticamente perfecto, que no solo no existe ni ha existido nunca, sino que además suele servir para reforzar los prejuicios de quienes expresan esos juicios.

Alex notó que Cara-Ann se agitaba sobre su pecho y se tragó un grasiento pedazo de pastrami entero, sin masticar. ¿Cuánto tiempo llevaban allí sentados? Más de lo que él había planeado, eso seguro. Y, sin embargo, Alex no podía evitar defenderse de aquella chica y su ímpetu. La confianza de Lulu no podía ser simplemente el resultado de una infancia feliz; se trataba de una confianza orgánica, como si la muchacha fuera una reina camuflada, que no necesitaba ni deseaba que la reconocieran.

—O sea —dijo Alex—, ¿tú crees que no hay nada inherentemente incorrecto en creer en algo, o decir que crees en algo, por dinero?

¡«Inherentemente incorrecto»! Dios mío, ese es un ejemplo perfecto de moral calcificada. Tengo que acordarme de comentárselo a mi antiguo profesor de ética moderna, el señor Bastie, que los colecciona. Mira —dijo enderezando la espalda y clavando sus serios (a pesar de los rasgos simpáticos de su cara) ojos grises en Alex—, si creo en algo, creo y ya está. ¿Quién eres tú para juzgar mis motivaciones?

—Pero como tus motivaciones son económicas, hablar de creer o no creer es una gilipollez.

Lulu hizo una mueca. Otro rasgo de su generación era que nadie soltaba tacos. Alex había oído a algunos adolescentes decir cosas como «córcholis» o «jelines» sin aparente ironía.

—Eso es algo con lo que nos encontramos muy a menudo —dijo Lulu pensativa, estudiando a Alex—. Ambivalencia ética, lo que nosotros llamamos AE, ante una medida de *marketing* potente.

—No me lo digas: MMP.

—Sí —dijo Lulu—. En tu caso, eso significa optar por el equipo ciego. Tu ambivalencia es tal que, superficialmente, casi parece como si no fueras a hacerlo, pero yo creo que se trata justamente de lo contrario: la AE es como una vacuna, una forma de justificarte por anticipado por algo que en realidad sí quieres hacer. Sin ánimo de ofender —añadió Lulu.

—¿Más o menos como decir «sin ánimo de ofender» cuando acabas de decir algo ofensivo?

Lulu experimentó el rubor más extremo que Alex hubiera presenciado en su vida: se puso roja de forma tan abrupta que parecía que estuviera sucediendo algo violento, como si se asfixiara o estuviera a punto de sufrir una hemorragia. Alex se levantó de forma refleja y echó un vistazo a Cara-Ann. Constató que tenía los ojos abiertos.

—Tienes razón —dijo Lulu, respirando

entrecortadamente—. Te pido disculpas.

—No pasa nada —dijo Alex. El rubor de Lulu lo había desconcertado más aún que su confianza en sí misma. Vio cómo se esfumaba de su cara y daba paso a un discordante tono pálido—. ¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, estoy bien. Es solo que hablar tanto me cansa.

—Lo mismo digo —admitió Alex, que estaba agotado.

—Es que hay tantas formas de equivocarse —dijo Lulu—. Solo disponemos de metáforas, y estas nunca significan exactamente lo que quieren decir. Somos incapaces de decir Lo. Que. Queremos.

—¿Quién esa? —preguntó Cara-Ann mirando fijamente a Lulu.

—Es Lulu.

—¿Puedo mandarte un mensaje? —preguntó Lulu.

—¿Quieres decir...?

—Ahora. ¿Puedo mandarte un mensaje ahora?

Era una pregunta retórica, pues ya había empezado a manipular su handset. Al cabo de un momento Alex notó que el suyo vibraba en el bolsillo de sus pantalones. Tuvo que apartar a Cara-Ann para sacárselo.

tiNs nmbres x mi?, leyó en la pantalla.

T ls mndo, escribió Alex, y envió una lista con

cincuenta contactos, acompañada de notas, consejos sobre cómo abordarlos y advertencias individualizadas, al handset de Lulu.

Gnial. m pngo a trbjr.

Se miraron.

—Qué fácil, ¿no? —dijo Alex.

—Sí, claro —dijo Lulu, que parecía casi adormilada de alivio—. Es puro: sin filosofías, sin metáforas y sin juicios de valor.

—¡Yo quiere! —dijo Cara Ann. Estaba señalando el handset de Alex, que sin caer en la cuenta lo había utilizado a pocos centímetros de su cara.

—No —le contestó Alex, que de pronto se agobió—. Nos... Nos tenemos que ir.

—Un momento —dijo Lulu, que pareció advertir por primera vez la presencia de Cara-Ann—. Le mandaré un mensaje a ella.

—Es que hemos decidido no... —empezó a decir Alex, pero de pronto notó que se sentía incómodo explicándole a Lulu las creencias que ella y Rebecca compartían acerca de los niños y los handsets. El suyo empezó a vibrar de nuevo. Cara-Ann soltó un grito, encantada, y aporreó la pantalla con su regordete dedo índice.

—¡Yo también hace! —informó a Alex.

—Pqña, tiNs 1 ppa muy majo —leyó Alex en voz alta y de pronto también él se ruborizó. Cara-Ann golpeó las teclas con el fervor de un perro hambriento

al que soltaran en una carnicería. En la pantalla apareció un blooper, una de las imágenes almacenadas que se solían enviar a los niños pequeños: un león bajo un sol abrasador. Cara-Ann amplió varias partes del animal, como si lo hubiera hecho desde su nacimiento. Lulu mandó otro mensaje: nunKcnci a mi ppa. murio anTs D q yo nciera.

—Vaya, lo siento —dijo Alex, que miró a Lulu. Pero su voz sonó demasiado fuerte y le pareció una tosca intromisión. Entonces bajó los ojos y, a través de los dedos de Cara-Ann, que se agitaban como las aspas de una licuadora, logró escribir: q Pna.

—s prehstria.

—¡Mi mío! —exclamó Cara-Ann con indignación gutural, estirándose en la hamaca canguro y golpeando el bolsillo de Alex con el índice. Dentro el handset vibraba; no había dejado de vibrar desde que él y Cara-Ann se habían marchado de la cafetería, hacía horas. ¿Era posible que su hija notara la vibración a través de su cuerpo?

—¡Mía piruleta!

Alex no estaba seguro de cómo había llegado a ponerle ese nombre al handset, pero desde luego no tenía intención de corregirla.

—¿Qué quiere mi bichito? —preguntó Rebecca en el tono excesivamente atento (en opinión de Alex) en que solía hablarle a su hija cuando había pasado el día en el trabajo.

—Piruleta papi.

Rebecca le dirigió a Alex una mirada de interrogación.

—¿Tienes una piruleta?

—Claro que no.

Se dirigían apresuradamente hacia el oeste, querían llegar al río antes de que se pusiera el sol. Los «ajustes» a la órbita terrestre debidos al calentamiento global habían acortado los días de invierno, de modo que ahora, en enero, el sol se ponía a las 16:23.

—¿Me la pasas? —preguntó Rebecca.

Sacó a Cara-Ann de la hamaca canguro y la dejó encima de la acera, negra como el hollín. La niña dio unos pasitos tambaleantes, de espantapájaros.

—Si la haces andar nos lo perderemos —dijo Alex, y Rebecca cogió a la niña en brazos y se puso a caminar más deprisa. Alex había ido a recoger a su mujer por sorpresa a la salida de la biblioteca, algo que había empezado a hacer más a menudo para huir del ruido de obras que había en su piso. Pero aquel día tenía también otro motivo: necesitaba contarle a Rebecca lo que había acordado con Bennie. Inmediatamente, sin más demora.

El sol ya se había escondido detrás del agua cuando llegaron al Hudson, pero subieron las escaleras hasta la ¡PASARELA ACUÁTICA!, el exuberante nombre con el que se conocía el muelle cubierto por una pasarela de madera, y encontraron el sol aún en su

sitio, anaranjado como una yema de huevo, justo encima de Hoboken.

—Abajo —ordenó Cara-Ann y Rebecca la dejó en el suelo.

La niña corrió hasta la reja de hierro que recorría el borde exterior del muelle, que a aquella hora de la tarde estaba siempre abarrotado de personas que probablemente (como Alex) nunca se habían fijado en la puesta de sol antes de la construcción del muelle. Ahora, en cambio, lo echa han de menos. Mientras seguía a Cara-Ann por entre la muchedumbre, Alex cogió a Rebecca de la mano. Desde que la conocía, su mujer intentaba contrarrestar su sensual belleza con unas gafas de cerebritito, unas veces adoptando un aire a lo Dick Smart, y otras a lo Catwoman. A Alex siempre le habían encantado sus gafas, pues no podían ocultar la belleza sensual de Rebecca, aunque últimamente ya no estaba tan seguro: las gafas, junto con el pelo prematuramente canoso y el hecho de que Rebecca solía ir falta de horas de sueño, amenazaban con transformar su disfraz en una identidad: una profesora universitaria frágil y agobiada que trabajaba a destajo para intentar terminar un libro al tiempo que impartía dos asignaturas y dirigía varios comités. Pero lo que más deprimía a Alex era su propio papel en aquel retablo: el veterano freak de la música que era incapaz de ganarse la vida, socavando con ello la vida (o al menos la belleza sensual) de su mujer.

Rebecca era una estrella del mundo académico. Su último libro trataba el fenómeno de las palabras encajonadas, un término que había inventado ella misma para designar aquellas palabras que ya solo tenían sentido utilizadas entre comillas. El lenguaje corriente estaba plagado de palabras vacías («amigo», «real», «historia» o «cambio»), palabras que habían perdido todo su significado para acabar convirtiéndose en simples envoltorios. Algunas, como «identidad», «buscar» o «nube», se habían visto desprovistas de sustancia debido a su uso en la red, pero había otros casos más complejos. ¿De qué modo se había convertido «americano» en un término irónico? ¿Desde cuándo «democracia» se usaba únicamente de forma maliciosa y burlona?

Como de costumbre, durante los segundos que precedieron a la puesta de sol, se hizo el silencio entre la multitud; incluso Cara-Ann, ahora en brazos de Rebecca, se calló. Alex notó el poso que la luz del sol había dejado en su cara y cerró los ojos, saboreando aquel calor, mientras el ruido de un *ferry* que pasaba le llenaba los oídos. En cuanto el sol hubo desaparecido, todo el mundo empezó a moverse de repente, como si se hubiera roto un hechizo.

—Abajo —dijo Cara-Ann, que se puso a caminar a lo largo de la pasarela acuática. Rebecca salió tras ella, riendo. Alex aprovechó la ocasión para echar un vistazo rápido a su handset.

jdíe s lo tiN q pnsar.

sncho diC q si.

Kl: ni hablar.

Con cada respuesta experimentó esa mezcla de emociones a la que se había ido acostumbrando en el transcurso de la tarde: una sensación triunfal con vetas de desprecio ante los síes, y de decepción con un remolino de admiración ante los noes. Cuando apenas había empezado a teclear la respuesta, oyó unos pasos atolondrados seguidos por un vehemente grito de su hija:

—¡Piruleeeeetaaa!

Alex se guardó el handset, pero era demasiado tarde: Cara-Ann ya estaba tirando de la pernera de su pantalón.

—¡Mi mía! —exclamó.

Rebecca se acercó a ellos.

—Ajá. O sea que la piruleta era eso.

—Pues parece que sí.

—¿Has dejado que lo utilizara?

—Una vez, ¿vale? —dijo, pero el corazón le iba a cien por hora.

—¿Has decidido cambiar las normas así, unilateralmente?

—No he decidido nada. Ha sido un resbalón, ¿vale? Joder, ¿es que ya no puedo ni tener un resbalón?

Rebeca enarcó una ceja. Alex se dio cuenta de que

lo estaba examinando.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. ¿Por qué hoy, después de tanto tiempo...? No lo entiendo.

—¡No hay nada que entender! —rugió Alex que, sin embargo, pensó: «¿Cómo lo sabe?» Y luego: «¿Qué es lo que sabe?»

Se miraron fijamente bajo la luz menguante. Cara-Ann esperó, sin decir nada; parecía haberse olvidado de la piruleta. La pasarela acuática estaba casi vacía. Era el momento perfecto para contarle a Rebecca lo del trato con Bennie («¡ahora, ahora!»), pero Alex estaba paralizado, como si su revelación estuviera ya contaminada. Tenía unas ganas tremendas de mandarle un mensaje a Rebecca, y se dio cuenta de que incluso había empezado a redactarlo mentalmente: trbjo nvo n prsPctiva — psblidad D gnar mohos \$. xfvr, se reCptva.

—Vámonos —dijo Rebecca.

Alex colocó a Cara-Ann en la hamaca canguro y descendieron del muelle hacia la oscuridad. Mientras caminaban por las calles en penumbra, Alex empezó a pensar en el día en que él y Rebeca se habían conocido. Tras intentar infructuosamente dar caza al ladrón de carteras con cara de lobo, Alex la había convencido para ir a tomar unas cervezas y unos burritos y, tras acompañarla a su casa, habían hecho el amor en el tejado del edificio en la Avenida D, para eludir a sus tres compañeras de piso. No conocía el

apellido de Rebecca. Y entonces, de repente, recordó el nombre de la chica que había trabajado para Bennie Salazar: Sasha. Le vino sin necesidad de esforzarse, como una puerta que se abriera. Sasha. Alex le dio vueltas al nombre y los primeros recuerdos acudieron caprichosamente a su memoria: el vestíbulo de un hotel; un apartamento pequeño y recalentado. Era como intentar recordar un sueño. ¿Se la había follado? Alex suponía que sí: casi todas aquellas primeras citas habían terminado en un polvo, por mucho que ahora costara imaginarlo, a juzgar por su cama comunitaria, impregnada de olor a bebé y tocada por un vago aroma a pañales biodegradables. Pero Sasha parecía no querer soltar prenda en lo tocante al sexo: era como si le dedicara un guiño (¿tenía los ojos verdes?) para luego escabullirse.

As oído la noticia?, leyó Alex en su handset una noche, muy tarde, sentado en su lugar habitual junto a la ventana.

si, la e oído.

La «noticia» era que Bennie había trasladado el concierto de Scotty Hausmann a un escenario al aire libre, en La Huella, un cambio que iba a exigir un mayor alcance a los loritos ciegos de Alex (sin ninguna remuneración adicional) para que los asistentes potenciales supieran adónde tenían que ir.

Bennie le había comentado el cambio de ubicación antes, por teléfono: «Scotty no es muy fan

de los espacios cerrados. Creo que se sentirá más cómodo al aire libre». Era el último episodio en una escalada creciente de exigencias y condiciones especiales. «Es un tipo solitario» (Bennie, explicando por qué Scotty necesitaba un tráiler). «No se le dan bien las conversaciones» (por eso Scotty se negaba a conceder entrevistas). «No ha pasado demasiado tiempo con niños» (por eso a Scotty podía molestarle el «ruido de pointers»). «Siente aversión por la tecnología» (por eso Scotty se negaba a introducir información o a contestar los mensajes que le mandaban sus fans a través de una página que Bennie había creado para él). El tipo que aparecía en la página (un melenudo desenfadado, con una sonrisa de porcelana y rodeado de pelotas de colores) provocaba en Alex un hormigueo de aversión cada vez que lo veía.

q vndra luego?, le preguntó a Lulu en un mensaje.
Ostrs?

slo kiere cmida chna.

dime q es mjr n Prsona.

no lo cnzco.

n srio??

s Vrgnzso

#@bo*

...

Podían serpentear indefinidamente, aquellas conversaciones, y Alex aprovechaba las pausas para

monitorizar a sus loritos ciegos: leía sus páginas y sus mensajes en busca de recomendaciones entusiastas sobre Scotty Hausmann y añadía a los que hacían campana a una lista de «infractores». No había visto ni hablado con Lulu desde la reunión, hacía ya tres semanas; era una persona que vivía en su bolsillo y a la que había asignado una vibración propia.

Alex levantó la cabeza. El edificio de enfrente llegaba ya hasta la mitad inferior de sus ventanas; sus varas y vigas formaban una hosca silueta a través de la cual el Empire State Building apenas era visible; unos días más y desaparecería. Cara-Ann se había asustado cuando la estructura abarrotada de operarios se había hecho visible por primera vez al otro lado de sus ventanas y Alex había intentado desesperadamente convertirlo en algo divertido. «¡Sube, edificio, sube!», exclamaba cada día, como si se tratara de un proceso emocionante, prometedor. Cara-Ann le seguía el juego, aplaudiendo y gritando: «¡Sube, sube!».

suB edfcio, suB, le escribió a Lulu, sorprendido por la facilidad con la que las frases infantiles se trasladaban al formato de mensaje de texto.

... edfcio?, contestó Lulu.

jnto al mio, s acbo 1 aire/luz.

no l pueDs DTnr?

impsble.

ni mudarT?

no m pdo mver.

ronda cdad, escribió Lulu, lo que en un primer momento confundió a Alex: el sarcasmo no iba con ella. Entonces cayó en la cuenta de que no decía «manda candados», sino «menuda ciudad».

El día del concierto hacía un calor «impropio para la estación»: treinta y dos grados y ni asomo de lluvia, con una sesgada luz dorada que les aguijoneaba los ojos en cada cruce y proyectaba sus sombras ridículamente alargadas. Los árboles, que habían florecido en enero, presentaban ahora unas tímidas hojas. Rebecca había vestido a Cara-Ann con un vestidito del verano anterior que llevaba un pato estampado en la parte delantera, y junto con Alex, se incorporaron a la multitud de jóvenes familias que atravesaban el corredor de rascacielos de la Sexta Avenida, Cara-Ann a la espalda de Alex, en una mochila de titanio que habían comprado hacía poco para reemplazar la hamaca canguro. Los cochecitos estaban prohibidos en los actos públicos, porque podían entorpecer una evacuación.

Alex le había dado muchas vueltas a cómo iba a proponerle a Rebecca que asistieran a aquel concierto, pero al final no había tenido que hacerlo; una noche, mientras le echaba un vistazo a su handset después de que Cara-Ann se hubiese dormido, su mujer había dicho:

—Scotty Hausmann... Ese es el tipo que Bennie Salazar nos puso en su casa, ¿no?

Alex sintió una pequeña implosión junto al corazón.

—Creo que sí. ¿Por qué?

—No paro de recibir mensajes sobre el concierto que va a dar el sábado en La Huella, para niños y adultos.

—Ajá.

—A lo mejor es una buena oportunidad para volver a contactar con Bennie.

Aún estaba picada (por solidaridad con Alex) porque Bennie no lo hubiera contratado. Alex se retorció de culpa cada vez que salía el tema.

—Pues sí —dijo.

—¿Por qué no vamos? —propuso ella—. Total, es gratis...

Más allá de la calle Catorce, los rascacielos desaparecieron y el sol oblicuo les cayó encima, demasiado bajo aún a aquellas alturas de febrero como para que los protegieran las viseras. Alex, deslumbrado por la luz, estuvo a punto de no ver a su amigo Zeus, aunque cuando lo vio intentó evitarlo: Zeus era una de sus loritos ciegos. Demasiado tarde: Rebecca ya lo había llamado. La novia rusa de Zeus, Natasha, iba con él, y cada uno llevaba uno de sus gemelos de seis meses en un portabebés.

—¿Vais a oír a Scotty? —preguntó Zeus, como si Scotty Hausmann fuera un conocido común.

—Pues sí —dijo Alex, precavidamente—. ¿Y

vosotros?

¡Ya te digo! —exclamó Zeus—. Una lap steel quitar con una slide. ¿Alguna vez has oído una de esas en directo? Y no es ni siquiera un rockabilly.

Zeus trabajaba para un banco de sangre y, en sus horas libres, ayudaba a niños con síndrome de Down a estampar y vender camisetas. Alex estudió la expresión de Zeus buscando alguna señal visible que delatara que había estado haciendo de lorito, pero su amigo parecía el mismo de siempre, incluso en la perilla mosca, que seguía llevando aunque hubiera pasado de moda hacía años.

—Se ve que es muy bueno en directo —comentó Natasha, con su fuerte acento.

—A mí también me lo han dicho —dijo Rebecca—. Unas ocho personas, casi resulta extraño.

—De extraño nada —le espetó Natasha con una áspera carcajada—. Les pagan por ello.

Alex notó un sofoco y se dio cuenta de que le costaba mirar a Natasha. Sin embargo, pronto resultó evidente que hablaba sin conocimiento de causa: Zeus había mantenido en secreto su papel.

—Pero son todas personas a las que conozco —señaló Rebecca.

Era uno de esos días en que en cada cruce aparecía un rostro conocido, viejos amigos y amigos de amigos, conocidos, y personas que apenas si resultaban familiares. Alex llevaba demasiado tiempo

en la ciudad como para saber de qué le sonaban todos: ¿de clubes donde había pinchado? ¿Del bufete de abogados en el que había trabajado como secretario? ¿Del improvisado equipo de baloncesto de Tompkins Square Park en el que había jugado durante años? Había sentido que estaba a punto de marcharse de Nueva York desde nada más llegar a la ciudad, cuando tenía veinticuatro años (incluso ahora, él y Rebecca estaban dispuestos a largarse si les salía un trabajo mejor en un lugar más barato), pero, sin saber muy bien cómo, los años habían ido pasando y actualmente tenía la sensación de que no había nadie en Manhattan a quien no hubiera visto por lo menos una vez. Se preguntó si Sasha estaría también entre aquella multitud. Alex se dio cuenta de que la buscaba en los rostros que le sonaban vagamente, a pesar de que no recordaba qué aspecto tenía, como si reconocer a Sasha después de tantos años fuera a proporcionarle la respuesta a esa pregunta a modo de recompensa.

«¿Vais hacia el sur?», «... hemos oído que hay un...», «... no solo para pointers...», «... dicen que en directo es...».

Tras el noveno o décimo comentario de esa índole, que se produjo en los alrededores de Washington Square, Alex comprendió de pronto que toda aquella gente, los que eran padres y los que aún no tenían hijos, los solteros y los casados, los gays y los heteros, los limpios y los tatuados, iban a escuchar

a Scotty Hausmann. Absolutamente todos. Aquella revelación le causó una súbita oleada de incredulidad, seguida primero de un arrebató de orgullo y poder (lo había logrado, Dios, era un genio), luego de una sensación de incomodidad (era una victoria de la que no se sentía orgulloso) y, finalmente, de un acceso de miedo: ¿y si Scotty Hausmann no era un gran músico? ¿Qué sucedería si era mediocre o algo aún peor? Pero a todo ello le siguió un cataplasma que se administró él mismo en forma de mensaje de texto mental: nadie sabe nada de mí. soy invisible.

—¿Estás bien? —preguntó Rebecca.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque te veo nervioso.

—¿En serio?

—Me estás estrujando la mano —dijo—. Me gusta —añadió entonces, sonriendo bajo sus diminutas gafas.

Cuando cruzaron el canal y entraron en el Lower Manhattan (que tenía la densidad de población infantil más alta del país), Alex, Rebecca y Cara-Ann formaban parte de una muchedumbre que desbordaba las aceras y abarrotaba las calles. El tráfico se había detenido y varios helicópteros sobrevolaban la zona, llenando el aire con un estruendo que ya hacía algunos años que Alex no soportaba (hacían demasiado ruido, demasiado ruido), pero al que se había ido acostumbrando con el tiempo: el precio de la

seguridad. Aquel día, su cacofonía militar resultaba extrañamente apropiada, pensó Alex, mirando a su alrededor, contemplando aquel mar de hamacas canguro, sacos, mochilas para bebé y niños que llevaban a otros niños de la mano; porque ¿acaso aquello no era un ejército? Un ejército de niños, la encarnación de la confianza de aquellos que creían haberla perdido ya del todo.

si ay niños tiNq aBr 1 fturo, no?

Ante ellos, los dos nuevos edificios se elevaban en espiral, suntuosos, hacia el cielo. Eran mucho más bonitos que los antiguos (que Alex solo había visto en fotos), y parecían más esculturas que edificios, pues estaban vacíos. Al acercarse a ellos, la multitud empezó a ralentizar el paso y se formó un embotellamiento a medida que los que iban delante rodeaban las piscinas reflectantes. De pronto se hizo evidente la numerosa presencia de policías y agentes de seguridad (reconocibles por sus handsets gubernamentales), así como los escáneres visuales instalados en fachadas, farolas y árboles. El peso de lo que había sucedido allí hacía más de veinte años aún era una presencia vaga para Alex, como siempre que se acercaba a La Huella. Lo percibía como un sonido que escapaba a la longitud de onda de su oído, la vibración de una antigua perturbación. Ahora parecía más insistente que nunca: un latido grave, profundo, que le resultaba elementalmente familiar, como si

hubiera estado vibrando en el interior de todos los sonidos que Alex había generado y recopilado a lo largo de los años: su pulso oculto.

Rebecca le apretó la mano con fuerza; sus finos dedos estaban húmedos.

—Te quiero, Alex —dijo.

—No lo digas así, como si estuviera a punto de ocurrir una fatalidad.

—Estoy nerviosa —confesó—. Ahora lo estoy yo también.

—Es por los helicópteros —le aseguró Alex.

—Magnífico —murmuró Bennie—. Espera aquí, Alex, por favor. Junto a la puerta.

Alex había dejado a Rebecca, Cara-Ann y sus amigos en medio de una multitud que había ido aumentando hasta incluir a varios miles de personas que esperaron pacientemente (y más tarde con impaciencia creciente) a que llegara la hora de inicio del concierto y que pasara de largo, contemplando a los nerviosos roadies que vigilaban la plataforma elevada donde debía tocar Scotty Hausmann. Tras recibir un mensaje de Lulu que decía que Bennie necesitaba su ayuda, Alex había serpenteado por entre la multitud y había atravesado varios puntos de control hasta llegar al tráiler de Scotty Hausmann.

Dentro, Bennie y un viejo roadie estaban hundidos en unas sillas plegables de color negro. No había rastro de Scotty Hausmann. A Alex se le secó la garganta.

«Soy invisible», pensó.

—Bennie, escúchame... —empezó a decir el roadie. Sus manos temblaban bajo los puños de una camisa de franela a cuadros.

—Puedes hacerlo —lo interrumpió Bennie—. Ya te lo he dicho.

—Escúchame, Bennie.

—Quédate junto a la puerta, Alex —le indicó de nuevo Bennie, y tenía razón: Alex había estado a punto de acercarse, de preguntarle a Bennie qué coño estaba tramando. ¿Pretendía que aquel roadie decrepito se hiciera pasar por Scotty Hausmann? ¿Que lo imitara? ¿Un tío con las mejillas chupadas y las manos tan rojas y nudosas que parecía incapaz de tocar un tambor, y mucho menos aún el instrumento extraño y sensual que tenía encima de las rodillas? Pero cuando los ojos de Alex se posaron en el instrumento, de golpe lo comprendió todo, con un espasmo en las entrañas: el roadie decrepito era Scotty Hausmann.

—La gente ha venido —dijo Bennie—. Esto ya está en marcha y yo no puedo pararlo.

—Es demasiado tarde. Soy demasiado viejo. Es que... no puedo.

A juzgar por su voz, Scotty Hausmann estaba a punto de llorar o acababa de hacerlo (probablemente ambas cosas). Su melena, que le caía hasta los hombros y llevaba peinada hacia atrás, dejaba a la vista su cara y sus ojos vacíos, arrasados, y todo ello le

confería un aspecto de abandono pese a su pulcro afeitado. Alex solo reconoció sus dientes: eran blancos y relucientes, y parecían avergonzados, como si supieran que con aquella cara arruinada no se podía hacer gran cosa. Y Alex comprendió que Scotty Hausmann no existía. Era una palabra encajonada con forma humana: una cáscara cuya esencia se había desvanecido.

—Sí puedes, Scotty. Tienes que hacerlo —insistió Bennie, con su calma habitual, aunque a través de su pelo canoso y cada vez más escaso Alex atisbó un brillo de sudor en la coronilla—. El tiempo es un canalla, ¿no? ¿Vas a dejar que un canalla te vacile?

Scotty sacudió la cabeza.

—El canalla ha ganado.

Bennie inspiró profundamente, aunque la única señal externa de su impaciencia fue un vistazo fugaz a su reloj.

—Viniste tú a verme, Scotty, ¿te acuerdas?

—dijo—. Hace veintipico años. ¿Puedes creer que haya pasado tanto tiempo? Me trajiste un pescado.

—Ya.

—Creía que ibas a matarme.

—Debería haberlo hecho —dijo Scotty, con una seca carcajada—. Quería hacerlo.

Y cuando toqué fondo, cuando Steph me echó de casa y me despidieron de Sow's Ear, te encontré. ¿Y qué te dije? ¿Te acuerdas de qué te dije cuando te

encontré pescando en el East River? ¿Sin más ni más?
¿Qué te dije?

Scotty murmuró algo.

—Dije: «Ya es hora de que te conviertas en una estrella». ¿Y qué me contestaste tú? —Bennie se acercó más a Scotty, cogió las muñecas temblorosas del viejo con sus manos, mucho más elegantes, y lo miró fijamente a los ojos—. Dijiste: «¿A que no tienes huevos?».

Hubo una larga pausa. Entonces, sin previo aviso, Scotty se levantó, volcó la silla y salió disparado hacia la puerta del tráiler. Alex estaba más que dispuesto a hacerse a un lado y dejarlo pasar, pero Scotty llegó antes y se interpuso en su camino; entonces Alex comprendió que su misión (el verdadero motivo por el que Bennie lo había colocado allí) era bloquear la puerta e impedir que el cantante huyera. Empezaron a forcejear en silencio, entre jadeos, la cara apergaminada de Scotty tan cerca de la de Alex que este respiraba su aliento, que apestaba a cerveza o, mejor dicho, al olor que deja la cerveza. Entonces afinó su apreciación: Jágermeister.

Bennie agarró a Scotty por detrás, aunque en realidad no lo cogió demasiado fuerte; Alex lo supo claramente cuando Scotty logró dar un paso hacia atrás y le soltó un cabezazo en pleno plexo solar. Alex boqueó y se dobló. Oyó a Bennie decirle algo a Scotty entre murmullos, como si intentara tranquilizar a un

caballo.

Cuando recuperó el aliento, Alex hizo un esfuerzo por intentar razonar con su jefe:

—Bennie, si no quiere hacerlo...

Scotty lanzó un puñetazo contra la cara de Alex, pero este logró esquivarlo y el puño del músico se estrelló contra la endeble puerta del tráiler. Un olor tánico a sangre enturbió el aire. Alex lo intentó de nuevo:

—Bennie, todo esto me parece un poco...

Scotty se zafó de Bennie y le pegó un rodillazo en los huevos a Alex, que se retorció en el suelo, en agonía fetal. Scotty lo apartó de en medio de una patada y abrió la puerta.

—Hola —dijo una voz desde fuera. Era una voz aguda, clara, vagamente familiar—. Soy Lulu.

A través del dolor, Alex logró volver la cabeza para ver lo que sucedía fuera del tráiler. Scotty aún estaba en el umbral, mirando hacia abajo. El sol oblicuo del invierno encendía el pelo de Lulu y proyectaba un halo alrededor de su cara. Estaba bloqueando la huida de Scotty, con las manos apoyadas en las dos barandillas metálicas. Scotty la podría haber derribado fácilmente, pero no lo hizo. Y en ese momento de vacilación durante el cual observó a aquella encantadora criatura, Scotty perdió.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Lulu.

Bennie se apresuró a coger la guitarra y se la

tendió a Scotty por encima de Alex, que seguía tendido en el suelo. Scotty cogió el instrumento, se lo acercó al pecho e inspiró profundamente, de forma entrecortada.

—Solo si me coges del brazo, preciosa
—respondió, y de pronto Alex vislumbró una versión fantasmal de otro Scotty Hausmann, un tipo *sexy* y libertino.

Lulu entrelazó su brazo con el de Scotty y, juntos, se adentraron en el gentío: un viejales hecho polvo que cargaba con su largo y extraño instrumento, acompañado de aquella mujer joven que podría haber sido su hija. Bennie ayudó a Alex a levantarse y salieron tras ellos; Alex notaba sus piernas temblorosas, casi líquidas. La muchedumbre oceánica se apartó espontáneamente formando un pasillo hacia el escenario, donde había un taburete y doce enormes micrófonos.

—Lulu —le dijo Alex a Bennie, moviendo la cabeza.

—El mundo va a postrarse a sus pies —aseguró Bennie.

Scotty subió al escenario y se sentó en el taburete. Sin mirar al público ni pronunciar una sola palabra de presentación, empezó a tocar *I Am a Little Lamb*; el tono infantil de la canción quedaba oculto tras las filigranas de su slide guitar y su complejidad metálica. A continuación tocó *Goats Like Oats* y *A Little Tree Is*

Just Like Me. La amplificación era buena y lo bastante potente como para eclipsar el estruendo de los helicópteros y proyectar el sonido hasta donde se encontraban los espectadores más alejados, donde se perdía por entre los edificios. Alex escuchó la música medio compungido, anticipando una reacción de rechazo de aquellos miles de personas que él había logrado reunir en secreto, y cuya paciencia ya había puesto a prueba la larga espera. Pero no fue eso lo que sucedió. Los pointers, que conocían las canciones, aplaudieron y chillaron con entusiasmo, y los adultos se mostraron intrigados, atentos a los dobles sentidos y a las lecturas ocultas, que eran fáciles de detectar. Y es posible que una multitud en un momento concreto de la historia sea capaz de crear el objeto que justifique su concurrencia, como sucedió durante el primer Human Be-In, el Monterey Pop Festival o Woodstock. O es posible que, después de vivir durante dos generaciones en guerra y bajo vigilancia permanente, la gente anhelara que un tipo solitario y tembloroso con una slide guitar encarnara su propio malestar. Fuera por la razón que fuera, una ola de aprobación tan palpable como la lluvia nació en el centro de la multitud y se fue expandiendo hacia los márgenes, donde estalló contra los edificios y el muro de contención, y llegó hasta Scotty con energía redoblada. De hecho, lo empujó a ponerse de pie (los roadies corrieron a recolocar los micrófonos), hizo añicos la cáscara

temblorosa que Scotty había sido hasta aquel momento y liberó algo cargado de energía, carisma y fiereza. Cualquiera que haya estado allí aquel día afirmará que el concierto empezó realmente cuando Scotty se levantó. Fue entonces cuando empezó a cantar las canciones que había estado componiendo durante años, al margen de todo; nadie había oído nunca esas canciones, ni nada que se les pareciera (Eyes in My Head, X's and Watching Hardest), baladas de paranoia e inconexión arrancadas del pecho de un hombre al que bastaba mirar para saber que nunca había tenido una página, un perfil, un handle ni un handset, que no formaba parte de los archivos de nadie, un tipo que había vivido oculto entre las grietas durante todos esos años, olvidado y lleno de rabia, de una forma que ahora se consideraba no contaminada. Un hombre puro. Aunque, por supuesto, hoy en día es difícil saber quién asistió realmente a aquel primer concierto de Scotty Hausmann; hay muchas más personas que afirman haber estado allí de las que realmente habrían cabido en aquel espacio, por muy extenso y abarrotado que estuviera. Ahora que Scotty ha entrado en la esfera de los mitos, todos quieren poseer un pedazo de él. A lo mejor debería ser así. ¿O acaso los mitos no pertenecen a todo el mundo?

Junto a Bennie, que contemplaba a Scotty al tiempo que manipulaba frenéticamente su handset, Alex percibió lo que sucedía a su alrededor como si ya

hubiera sucedido y él estuviera volviendo la vista hacia el pasado. Anhelaba poder estar junto a Rebecca y Cara-Ann, una sensación latente en un primer momento, pero que se fue volviendo cada vez más intensa y dolorosa. Su handset no tuvo ningún problema para localizar el de su mujer, pero hubo de pasar varios minutos escaneando con el *zoom* la zona del público hasta que finalmente la vio. Durante el proceso, en el visor aparecieron las expresiones extasiadas, a veces con lágrimas en los ojos, de los adultos, las eufóricas carcajadas desdentadas de los bebés, y también vio a jóvenes como Lulu, que iba cogida de la mano de un negro escultural, mientras ambos contemplaban a Scotty Hausmann con el deleite rapsódico de una generación que finalmente había encontrado a alguien digno de su veneración.

Finalmente encontró a Rebecca, que llevaba a Cara-Ann en brazos. Estaba bailando. Se encontraban demasiado lejos como para que Alex llegara hasta ellas y aquella distancia le pareció irrevocable, un abismo que le impediría volver a tocar la delicada piel de los párpados de Rebecca, o notar, a través de las costillas de su hija, el latido de su corazón. Sin el *zoom* ni siquiera podía verlas. Desesperado, le mandó un mensaje a Rebecca: prfvor sPrame, prciosa. Entonces mantuvo el *zoom* enfocado en la cara de su mujer hasta que esta percibió la vibración, dejó de bailar y se llevó la mano al bolsillo.

—Cosas como esta solo pasan una vez en la vida —explicó Bennie—, y eso si eres el hombre más afortunado de la tierra.

—Tú tampoco te puedes quejar —replicó Alex.

—No creas —dijo Bennie—. No, Alex, no. Eso es precisamente lo que intento decirte. ¡No tiene ni punto de comparación!

Bennie estaba en un estado de euforia permanente, llevaba el cuello desabrochado y agitaba los brazos. La celebración ya había tenido lugar: habían descorchado el champán (Jägermeister para Scotty), habían comido *dumplings* en Chinatown, habían contestado y aplazado miles de llamadas, y las esposas, felices, exultantes («¿Pero tú lo has oído?», le preguntaba una y otra vez Rebecca a Alex. «¿Habías oído alguna vez algo parecido?». Y a continuación, susurrándole más cerca del oído: «¡Pídele otra vez trabajo a Bennie!»), habían mandado a las niñas a casa en taxi; el colofón lo había puesto Lulu al presentarles a su novio, Joe, que era de Kenia y estaba cursando un doctorado en robótica en Columbia. Era ya entrada la medianoche, y Bennie y Alex paseaban juntos por el Lower East Side, porque a Bennie le había apetecido ir a dar un paseo. Alex se sentía extrañamente deprimido y, además, agobiado por tener que ocultar aquella depresión a ojos de Bennie.

—Has estado fantástico, Alex —dijo Bennie, despeinándole el pelo con una mano—. Has nacido

para esto, te lo digo en serio.

«Vale, pero ¿qué es esto?», estuvo a punto de preguntar Alex, pero se calló. Lo que dijo, en cambio, después de una pausa fue:

—¿Has tenido alguna vez a una empleada que se llamaba Sasha?

Bennie se detuvo. El nombre parecía flotar entre ambos, incandescente. Sasha.

—Pues sí —dijo Bennie—. Era mi ayudante. ¿La conoces?

—Coincidí con ella una vez, hace mucho tiempo.

—Precisamente vivía por aquí —explicó Bennie, que echó de nuevo a andar—. Sasha. Hacía mucho que no pensaba en ella.

—¿Cómo era?

—Sasha era genial —dijo Bennie—. Yo estaba loco por ella. Pero al final resultó que tenía las manos muy largas —añadió mirando a Alex—. Robaba cosas.

—No me jodas.

Bennie asintió con la cabeza.

—Creo que era una enfermedad o algo así.

El cerebro de Alex intentó establecer una conexión, pero no logró completarla. ¿Había sabido que Sasha era una ladrona? ¿Lo había descubierto en el transcurso de aquella noche?

—O sea, que la despediste...

—No me quedó más remedio —dijo Bennie—. Después de doce años, era como la mitad de mi

cerebro. Tres cuartas partes, en realidad.

—¿Y tienes idea de qué hace ahora?

—Pues no. Supongo que si siguiera en el mundillo de la música lo sabría. Aunque a lo mejor no —se rió—; yo mismo he estado fuera durante bastante tiempo.

Caminaron unos minutos en silencio. En las calles del Lower East Side reinaba un silencio lunar. Bennie parecía absorto en el recuerdo de Sasha. Decidió girar por Forsyth y avanzaron un poco más hasta que de pronto se detuvo.

—Es aquí —dijo, señalando un viejo bloque de pisos. El vestíbulo, iluminado con luz fluorescente, era visible por detrás del rallado plexiglás—. Aquí es donde vivía Sasha.

Alex alzó los ojos para mirar el edificio, oscuro en contraste con el cielo lavanda, y experimentó un escalofriante fogonazo de reconocimiento, el estremecimiento de un déjá vu, como si acabara de regresar a un lugar que no existía.

—¿Te acuerdas del piso? —preguntó.

—Creo que era el 4F —dijo Bennie—. ¿Tú crees que estará en casa? —preguntó al cabo de un momento.

Sonreía y aquella sonrisa lo hacía parecer más joven; eran dos conspiradores, pensó Alex, rondando el piso de una chica, él y Bennie Salazar.

—¿Se apellida Taylor? —preguntó Alex tras leer

el cartelito escrito a mano que había junto al timbre. También él sonreía.

—No, pero a lo mejor es una compañera de piso.

—Voy a llamar —dijo Alex.

Se inclinó hacia el portero automático; hasta el último electrón de su cuerpo ansiaba subir por aquellas escaleras angulares y mal iluminadas que de repente recordaba tan claramente como si hubiera salido del piso de Sasha esa mañana. Las siguió mentalmente hasta que se vio a sí mismo llegando a un piso pequeño, abarrotado (violetas y verdes), húmedo y que olía a vapor de agua y a velas perfumadas. El silbido de un radiador. Cositas en el alféizar de las ventanas. Y una bañera en la cocina, ¡sí, tenía una de esas bañeras! No había vuelto a ver ninguna.

Bennie se acercó a Alex y aguardaron juntos, suspendidos en la misma precaria emoción. Alex se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. ¿Iba a abrirles la puerta Sasha? ¿Subirían él y Bennie por aquellas escaleras hasta su puerta? ¿La reconocería? ¿Y ella, lo reconocería a él? Y entonces la añoranza que le despertaba Sasha adquirió una forma concreta: Alex imaginó que entraba en su apartamento y se encontraba a sí mismo, su antiguo yo, cargado de proyectos y valores morales, con todo aún por decidir. Aquella fantasía le infundió una esperanza vertiginosa. Volvió a llamar al timbre y a medida que pasaron los segundos, Alex fue experimentando una agotadora

sensación de pérdida. Aquella pantomima absurda se hundió y se volatilizó.

—No está —dijo Bennie—. Apuesto a que se ha ido muy lejos. —Levantó los ojos hacia el cielo—. Espero que la vida la haya tratado bien —dijo finalmente—. Se lo merece.

Echaron de nuevo a andar. A Alex le dolían los ojos y la garganta.

—No entiendo qué me ha pasado —dijo, sacudiendo la cabeza—. De veras que no lo entiendo.

Bennie lo miró, un hombre de mediana edad con una caótica melena canosa y ojos pensativos.

—Que has crecido, Alex —dijo—. Como todos.

Alex cerró los ojos y escuchó: la persiana de una tienda que se cerraba, el mugido de los camiones en los puentes, la noche aterciopelada en sus oídos, y el zumbido, siempre aquel zumbido, que a lo mejor no era un eco, sino el sonido del tiempo al pasar.

la nche azl.

ls strllas q no pueDs vr.

el zmbido q nnca Csa.

Un repiqueteo de tacones sobre la acera horadó el silencio. Alex abrió los ojos de golpe, y él y Bennie se volvieron; en realidad, viraron en redondo para escudriñar la oscuridad en busca de Sasha. Pero era otra chica, joven y nueva en la ciudad, jugueteando con las llaves.

Agradecimientos

Me siento en deuda con Jordan Pavlin, Deborah Treisman y Amanda Urban por haberme inspirado y motivado, así como por su magnífica orientación.

Por su perspicacia editorial y su apoyo, y por proporcionarme siempre la idea apropiada en el momento oportuno, quisiera dar las gracias a Adrienne Brodeur, John Freeman, Colin Harrison, David Herskovits, Manu y Raoul Herskovits, Barbara Jones, Graham Kimpton, Don Lee, Eva Mantell, Helen Schulman, Ilena Silverman, Rob Spillman, Kay Kimpton Walker, Monica Adler Werner y Thomas Yagoda.

Gracias también a Lydia Buechler, Leslie Levine y Marci Lewis, por la paciencia y la dedicación invertidas para que este libro fuera una realidad.

Por sus conocimientos en ámbitos en los que yo sabía poco o menos que ellos, mi agradecimiento a Alex Busansky, Alexandra Egan, Ken Goldberg, Jacob Slichter (por su libro *So You Wanna Be a Rock & Roll Star*) y Chuck Zwicky.

Por su buena compañía lectora durante muchos años, gracias a Erika Belsey, David Herskovits (de nuevo y siempre), Alice Naude, Jamie Wolf y Alexi Worth.

Finalmente, me siento en deuda con un grupo de

personas en cuyo talento y generosidad excepcionales me he apoyado en gran medida y sin quienes El tiempo es un canalla no existiría (como ellos mismos saben mejor que nadie): Ruth Danon, Lisa Fugard, Melissa Maxwell, David Rosenstock y Elizabeth Tipples.

Notas

[1] He incurrido en una pequeña sofistería al sugerir que las partículas entrelazadas pueden explicar algo cuando, a día de hoy, no existe siquiera una explicación satisfactoria para dichas partículas. Las partículas entrelazadas son «gemelos» subatómicos: fotones surgidos por la división de un único fotón con un cristal, que reaccionan de forma idéntica a estímulos aplicados de forma individual a uno de ellos, incluso cuando estos se encuentran separados por varios kilómetros.

¿Cómo es posible, se preguntan los físicos, desconcertados, que una partícula «sepa» lo que le está pasando a la otra? ¿Cómo es posible que cuando las personas que ocupan las mesas más próximas a Kitty Jackson la reconozcan inevitablemente, personas que se encuentran fuera de la línea de visión de Kitty Jackson, que en modo alguno pueden compartir la experiencia de ver a Kitty Jackson, la reconozcan de manera simultánea?

Explicaciones teóricas:

Las partículas se comunican.

Es imposible, pues tendrían que hacerlo a una velocidad superior a la velocidad de la luz, violando así la teoría de la relatividad. En otras palabras, para que la conciencia de la presencia de Kitty alcanzara

todo el restaurante de forma simultánea, los comensales de las mesas más próximas a ella deberían transmitir, con palabras o gestos, la información sobre su presencia a los comensales más alejados, que no pueden verla (todo ello a una velocidad superior a la velocidad de la luz). Y eso es imposible.

Los dos fotones responden a factores «locales» generados por su anterior estatus de fotón único. (Esa fue la explicación que Einstein dio al fenómeno de las partículas entrelazadas, que él bautizó como «acción espeluznante a distancia»).

Pues no. Porque ya hemos demostrado que no responden unos a otros: están respondiendo todos simultáneamente a Kitty Jackson, ¡a quien tan solo una pequeña parte de ellos puede ver!

Se trata de uno de esos misterios de la mecánica cuántica.

Eso parece. Lo único que podemos afirmar con seguridad es que en presencia de Kitty Jackson el resto de nosotros quedamos entrelazados por nuestra conciencia absoluta de no ser Kitty Jackson, un hecho tan bruscamente unificador que elimina por un momento todas las diferencias entre nosotros (nuestra tendencia a llorar sin explicación durante los desfiles, el hecho de que nunca hayamos aprendido francés, o de que nos den miedo los insectos, algo que hacemos lo posible por ocultarles a nuestras mujeres, o de que de niños nos gustaba comer papel de azúcar) en

presencia de Kitty Jackson, ya no poseemos esos rasgos; de hecho, somos tan indistinguibles del resto de no-Kitty-Jacksons que nos rodean que cuando uno de nosotros la ve, los demás reaccionamos simultáneamente. <<

[2] En ocasiones, la vida te concede el tiempo, la calma, el dulce far niente necesario para formularte el tipo de preguntas que suelen quedar sin respuesta en el trajín de la vida cotidiana: ¿hasta qué punto recuerdas el funcionamiento de la fotosíntesis? ¿Alguna vez has logrado utilizar la palabra «ontología» en una conversación? ¿Cuál fue el momento preciso en que empezaste a perder la alineación respecto a la vida relativamente normal que habías llevado hasta ese momento, te escoraste infinitesimalmente hacia la izquierda o la derecha e iniciaste la trayectoria que, a la larga, te trajo hasta tu paradero actual, en mi caso el correccional de Rikers Island?

Tras varios meses sometiendo cada filamento de nanosegundo de mi comida con Kitty Jackson a un nivel de análisis que podría hacer que pareciera que los estudiosos del Talmud se precipitan al formular sus aseveraciones sobre el sabbat, debo concluir que ese sutil aunque decisivo alineamiento se produjo en el preciso momento en el que Kitty Jackson mojó su dedo en el cuenco de aliño para ensalada que le habían traído «por separado» y se lo chupó.

A continuación se ofrece, detallada y reordenada

en orden cronológico, una reconstrucción de la trama de pensamientos e impulsos que, *a posteriori*, creo que cruzaron mi mente en aquel momento:

Pensamiento 1 (al ver a Kitty mojar la punta del dedo y chuparla): ¿es posible que esta chica tan escandalosamente joven me esté tirando los tejos?

Pensamiento 2: No, eso es imposible.

Pensamiento 3: Pero ¿por qué es imposible?

Pensamiento 4: Porque ella es una famosa estrella de cine de diecinueve años y tú estás, «de repente, más gordo ¿o es que lo noto más ahora que antes?». (Janet Green, durante nuestro último encuentro sexual, fracasado), tienes un problema cutáneo y ninguna influencia en el mundo.

Pensamiento 5: ¡Pero acaba de mojar el dedo en un cuenco de aliño para ensalada y se lo ha chupado en mi presencia! ¿Qué otra cosa puede significar?

Pensamiento 6: Significa que estás tan lejos del ámbito de relevancia sexual de Kitty que sus sensores internos, que normalmente inhiben todas aquellas actitudes que podrían interpretarse como excesivamente alentadoras, o posiblemente incendiarias, como por ejemplo mojar un dedo en el aliño de ensalada y chuparlo en presencia de un hombre que podría tomarlo por un signo de interés sexual, no están operativos.

Pensamiento 7: ¿Por qué no?

Pensamiento 8: Porque tú no cuentas como

«hombre» para Kitty Jackson y, por lo tanto, se siente tan cohibida ante ti como se sentiría ante un perro salchicha. <<

^[3] Para aquellos que inevitablemente interpretan este antojo como una prueba más de que, en efecto, soy «vomitivamente raro», estoy «enfermo» o «como un cencerro» (extractos de cartas de desconocidos que he recibido durante mi estancia en la cárcel), ahí va una historia: un día de primavera de hace cuatro años vi a una chica de piernas cortas y regordetas y con un cuerpo largo y esbelto, vestida con una camiseta rosa desteñida, que recogía una caca de perro con una bolsa de Duane Reade. Era una de esas chicas musculosas que luego resulta que fueron nadadoras o buceadoras en el instituto (aunque más tarde descubrí que no había sido ninguna de las dos cosas), y su perro era un terrier de aspecto mojado, pequeño y roñoso, de esos que parece que nadie, ni siquiera según los estándares más objetivos y neutrales, pueda querer jamás. Pero la chica lo quería. «Ven aquí, Whiskers —le decía—. Vamos, chiquitín». Observándola, lo vi todo: el apartamento pequeño y recalentado, abarrotado de zapatillas deportivas y leotardos, las comidas quincenales con sus padres y el vello oscuro del labio superior que se teñía cada semana con una crema blanca de olor ácido. Y mi sensación no fue tanto la de querer poseerla como la de verme rodeado por ella, la de entrar en su vida sin ni siquiera moverme.

—Deja que te ayude —le dije y, bajo la luz del sol, me acerqué hasta donde estaban ella y Whiskers y le cogí la bolsa de Duane Reade llena de caca de la mano.

Janet sonrió. Fue como si alguien hubiera enarbolado una bandera.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó. <<

^[4] Al editor:

Entroncando con el espíritu severo de su reciente editorial («La vulnerabilidad en nuestros espacios públicos», del 9 de agosto), y en cuanto encarnación, por así decirlo, de los «individuos mentalmente inestables y por lo demás amenazadores» que usted tanto ansía poder erradicar del ámbito público desde mi «ataque brutal» contra esa «joven estrella excesivamente confiada», permítame hacerle una sugerencia que, cuando menos, será a buen seguro del agrado del alcalde Giuliani: ¿por qué no instalar simplemente puntos de control en las entradas de Central Park y obligar a identificarse a todo aquel que desee acceder al parque?

Eso les daría la oportunidad de revisar su historial y evaluar el éxito o el fracaso relativo de sus vidas —matrimonio o carencia del mismo, hijos o carencia de los mismos, éxito profesional o carencia del mismo, una cuenta corriente sustanciosa o carencia de la misma, contacto con amigos de la infancia o carencia del mismo, capacidad de dormir bien por las noches o

carencia de la misma, realización de las descabelladas y expansivas ambiciones de juventud o carencia de la misma, capacidad de reprimir los ataques de pánico y desesperación o carencia de la misma— y, a partir de esos factores, asignarle a cada persona una puntuación basada en la probabilidad de que «sus fracasos personales puedan ocasionar estallidos de celos contra personas más exitosas».

El resto es sencillo: basta con codificar la puntuación de cada persona en una pulsera que se colocará en la muñeca de todo aquel que entre en el parque, y que permitirá monitorizar los puntos de luz codificados en un radar, con personal preparado para intervenir si el deambular de las personas no famosas con baja puntuación amenazan con interferir en la «seguridad y la tranquilidad que las celebridades merecen tanto como cualquiera de nosotros».

Solo le pido una cosa: que en conformidad con nuestra sagrada tradición cultural, otorgue los mismos puntos a la infamia que a la fama, para que cuando mi humillación pública sea completa, cuando la periodista de Vanity Fair que me visitó durante dos días en la cárcel (después de entrevistar a mi quiropráctico y al portero de mi edificio) haya sacado lo peor de mí, junto con los programas televisivos de «noticias», cuando mi juicio y mi sentencia hayan concluido y se me permita volver al mundo, sentarme bajo un árbol y acariciar su irregular corteza, que entonces, lo mismo

que Kitty, yo reciba también un poco de protección.

¿Quién sabe? A lo mejor un día, paseando por Central Park, vuelva a verla. Dudo que lleguemos a hablar. Creo que la próxima vez preferiré permanecer a cierta distancia y saludarla con la mano.

Atentamente,

Jules Jones. <<

